



RESPIRA

MARÍA JOSÉ PARADAS

Respira

María José Paradas

Respira

María José Paradas

Primera Edición: 2023

Venezuela.

Copyright: 2306214651679

Sello: Publicación independiente.

©Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción o distribución total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de la autora. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Sinopsis

A veces olvidamos que la vida consiste en tomar un largo respiro y continuar con el camino.

Si algo he aprendido es eso... A apreciar hasta esa pequeña bocanada de aire fresco que inhalas y expande tus pulmones, haciéndote sentir vivo y pleno.

Volví a respirar con su llegada, entendí lo que realmente la palabra “respira” significa.

Mi último aliento será a su nombre.

Inhala y exhala... todo pasará.

Prefacio

Arielle Vandenberg

Me río a carcajadas mientras voy abrazada con Millie mi mejor amiga de hace años. Caminamos por las calles de Atlanta, específicamente en el Downtown Atlanta, es el distrito de negocios central de la ciudad. En su centro está el Parque Olímpico del Centenario, con la Fuente de los Anillos como principal atracción, muchos vienen a caminar y a comer por acá, ya que los mejores restaurantes de la ciudad se encuentran aquí.

—¿Y tus padres?

Detallo la fuente en la distancia.

—Mi mamá salió con unas amigas, ya sabes... noche de copas, y mi papá se quedó en casa trabajando —respondo, para ser halada de un brazo.

—Adoro a tus padres, hacen tan bella pareja —dice con el rostro lleno de ilusión.

Niego divertida.

—Empalagan —susurro—. Es incómodo verlos.

Ambas reímos con fuerza. Caminamos viendo a cada chico guapo que nos pasa por un lado. Es viernes por la noche, todo está animado y lleno de vida. El teléfono de Millie suena, revisa su bolsa para mostrarme que es su eterno amor.

Se aleja para contestar, mostrándome su perfecta dentadura, y sus mejillas llenas de color. Es divertido ver cómo la pone Bruno.

Aprovecho el momento, en el que ella se sienta en uno de los bancos, para caminar por la acera repleta de restaurantes.

Muchos enamorados teniendo esa cena romántica de un viernes; el cabello rubio de una mujer llama mi atención, me detengo para detallar al hombre que le extiende su mano para luego llevarla a sus labios, deja un beso lleno de complicidad en ella.

El vestido... me deja sin habla, lo conozco. Es el vestido...

La rubia se sienta junto al hombre, ella muerde su labio con sensualidad hacia él, este acuna su rostro y estampa un beso en los labios de la mujer. Un beso pasional, un beso carnal.

Mi corazón comienza a latir rápido. Froto mi rostro con fuerza, tengo que estar viendo mal.

No puede ser.

Ella no...

Enfoco nuevamente mi mirada en la pareja, ella ríe y limpia los labios de él, quitando la evidencia que ha dejado el beso.

Las lágrimas sin darme cuenta comienzan a caer por mis mejillas. Doy pequeños pasos hacia el restaurante, ingreso bajo la mirada de los comensales que notan mi rostro lleno de consternación.

—¿Mamá? —susurro, el aire comienza a faltarme.

Ella gira su rostro de golpe al notar que el hombre que la acompaña pasa sus orbes en mí.

—¿Elle? —musita tragando grueso.

Mi mirada va hacia su mano sin anillo.

Llevo instintivamente mi mano a mi pecho, el aire comienza a faltarme, dejo de escuchar mi

entorno y un intenso deseo de salir corriendo recorre mi piel.

Se levanta apresurada provocando que la silla caiga llamando la atención de todos. El silencio se hace. Me siento observada, un leve mareo me golpea e intento sujetarme de la mesa, pero lo que hago es tumbar un plato. Cuando ella intenta tocarme, yo grito con todas mis fuerzas, y salgo corriendo del restaurante.

Empujo a Millie que clama mi nombre con fuerza, el aire... Necesito aire.

Tengo la sensación de que moriré, que me estoy ahogando y nadie puede hacer algo. Caigo al suelo para ser rodeada por varias personas... unos gritos en la distancia llaman mi atención.

El rostro lleno de lágrimas de mi madre aparece en mi campo de visión, grita, pero no entiendo qué, me aferro a su vestido buscando aire, buscando respirar.

Le señalo mi cuello en medio de la desesperación, y abre mi abrigo intentando que mis pulmones se expandan.

—Arielle, respira... cariño. ¡Respira!

Su desesperación es evidente, las lágrimas no dejan de correr por mis mejillas y mis ojos comienzan a cerrarse poco a poco.

Respira, Arielle...

Capítulo 1

Respira

Arielle Vandenberg

Escucho en la distancia a un auto aproximarse, me levanto apresurada de mi cama y me asomo por la ventana detallando la camioneta 350 que se detiene a escasos metros. Mi vecina sale corriendo a escondidas para subirse en esta mientras me quedo en la distancia observando la escena con nostalgia.

Mi vida es una mierda.

El hombre que conduce desvía su mirada hacia mí, me congelo al instante e intento dar un paso hacia atrás, pero mis pies se anclan al suelo y mi mirada se prenda de sus intensos orbes que, en la oscuridad, y en la distancia, se ven sombríos.

Un intenso escalofrío recorre mi cuerpo, y mi corazón comienza una intensa carrera.

Enciende el motor y ambos se alejan, el aire vuelve a mis pulmones, llevo mi mano a mi pecho y me alejo de la ventana con pesadez para volver a lanzarme a mi cama.

Cierro mis ojos y me abrazó a mi frazada rosa para quedarme viendo las estrellas que iluminan el techo de mi habitación.

«Arielle... debes dormir», susurro para mí.

La puerta de mi habitación es tocada, no digo nada e igual está abierta.

—Arielle, ya deberías dormir —susurra mi madre.

—Eso intentaba, pero tocaste a la puerta —murmuro sin voltearme a verla.

—Lo siento, cariño. Buenas noches —dice con dulzura.

No tengo nada más que decir.

—Ujum.

Extiendo mi mano para apagar la luz de mi habitación, solo las estrellas iluminan, un largo suspiro es soltado y, finalmente, la puerta se cierra. Doy un largo respiro y cierro mis ojos contemplando en la oscuridad la mirada intensa del chico de la camioneta.

Mierda...

Será otra condenada noche.

Sufro de ansiedad desde hace mucho tiempo, en realidad desde que mis padres se separaron por una traición de mi madre, las noches se hacen largas para mí, ya que mi mente trabaja a mil por hora, y no deja de pensar y entablarse posibles escenarios; entre ellos, el de un mundo sin mí.

Intento con todas mis fuerzas el mantener a raya los pensamientos intrusivos, pero se me es difícil, cuando nada en mi vida marcha como debería, cuando aún no consigo una lógica razón para mi existencia.

Tengo meses con un psicólogo, escuchando que el control de mi mente lo tengo yo, que mi destino está en mis manos... y aunque siento en el fondo de mi ser que es así, mi mente aún no termina de creérselo.

Obligarte a continuar día tras día y conseguir ánimos de dónde sea, no es fácil y menos cuando sientes que te ahogas en un mundo tan visceral y banal.

Vuelvo mi vista a las estrellas e intento salir a flote de mi constante ahogamiento.

Respira Arielle... solo respira, no es tan difícil.

Cierro mis ojos y me aferro a la acción que ejecutan mis pulmones, recordando que el aire que me rodea me llena de vida, que esta sencilla acción me hace disfrutar de algo tan simple como el aire.

*

Bajo las escaleras con mi bolso a cuestas, el desayuno ya está servido en el comedor. Me coloco mis audífonos, e intento sumergirme en las hermosas notas musicales de *Fix you*. Me siento en el comedor y tomé un panqueque; lo muerdo casi de inmediato, solo para terminar lo más rápido posible y huir de este lugar. Necesito aire.

El audífono es arrebatado de mi oído, mi madre se sienta frente a mí con este en sus manos.

—Buenos días. Tienes cara de no haber dormido nada —susurra.

—¿Podrías por favor devolverme el audífono? —inquiero con calma detallando su mirada azulada.

—Elle dejemos la guerra a un lado —elevo mi ceja hacia ella, el hambre que amenazaba se ha esfumado.

—¿La guerra? ¿En serio, mamá?

Le quitó el audífono de su mano y me levanto hecha una furia de la mesa, para salir de casa, sintiendo que el aire me falta, que el ahogo es inmediato y que si mis pulmones no se expanden moriré.

Eso es la ansiedad.

Cierro mis ojos y elevó mi rostro al cielo, me tomo un momento para calmar mi mente, coloco nuevamente el auricular en mi oído y la música vuelve a invadirme.

Solo faltan unos meses, solo unos meses y me iré.

Mis pasos a medida que me acerco a mi destino son más rápidos, incluso puedo asegurar que al ver en la distancia mi escuela empiezo a correr. He aprendido que no está mal el pedir ayuda, no estar mal el decir lo que sientes, no está mal el tener un día de mierda, y, por eso, corro porque necesito ser escuchada; necesito ser entendida y sobre todo comprendida.

Varios de mis compañeros se giran a verme, corro por los pasillos buscando la oficina de la psicóloga escolar. Abro su puerta sin tocar, haciendo que esta se agite al verme.

—¿Arielle?

—Creo... creo...

Rodea su escritorio y viene hacia mí, posa sus manos en mis hombros y susurra levemente.

—Respira... sigue los movimientos de mis hombros, relájate... Tú puedes, Arielle —dice, acentuando su respiración para que imite lo que hace, y eso hago, con lágrimas en mis ojos.

Mi corazón comienza a calmarse, el aire nuevamente vuelve a ser ligero y ya no pesa, ya no duele y no ahoga.

—Eso, muy bien... —Me guía hasta una de sus sillas y me ayuda a sentarme en esta, mi bolso cae al suelo—. Muy bien, Arielle. Excelente.

—Lo siento —murmuro entre dientes dejando escapar las lágrimas—. Yo...

Niega con una amable sonrisa.

—Aquí estoy y lo sabes. ¿Quieres hablar?

—Solo... quiero... —Lo entiende rápidamente, toma mi mano y se sienta a mi lado dándome ese soporte que necesito.

No es algo que pueda controlar, es complicado decirle a alguien que sufre de ataques de ansiedad, que los mantenga a raya, que intente no tenerlos, sencillamente es algo que escapa de nuestro control, de nuestro dominio, pero el tener a alguien a tu lado que sepa cuándo guardar silencio o cuando hablar, es más que suficiente para ayudar.

Vivien no suelta mi mano, se mantiene en silencio vigilando con calma y, sobre todo, con paciencia. Cuando mi mente y mi cuerpo vuelven a la normalidad, seco mis lágrimas y sonrío débilmente a mi psicóloga, obligándome a mostrarme en calma.

—Debería ir a clases —susurro.

—Si es lo que quieres, hazlo. Recuerda que nuestra sesión de hoy es a las dos de la tarde, Arielle. Toma tu medicación y recuerda, eres fuerte.

—Gracias, Vivien.

Me levanto tomando del suelo mi bolso, abrazo rápidamente a Vivien tomándola por sorpresa y salgo de su oficina. Vuelvo a los pasillos completamente vacíos, solos mis pasos son escuchados. El sonido de una puerta llama mi atención y giro mi rostro hacia ese punto; mis pies frenan de golpe.

Su cabello ondulado y su tez clara me dejan sin habla, pero lo que realmente afecta mi ser, haciendo que cada parte de mi cuerpo se sienta viva, son sus ojos, su intensa mirada.

Ladeo mi rostro sintiendo que ya lo he visto en algún lado, me oculto por unos casilleros, mientras sus pasos van tomando fuerza. El aroma que expide su perfume agranda mis pulmones.

Mi mirada recorre su cuerpo, es musculoso e intimidante. Es todo aquello que te dicen que no existe y que solo aparecen en novelas. Pego mi espalda a la pared cuando está por pasar frente a mí, y cierro mis ojos con fuerza intentando desaparecer para no ser vista por él.

—¿Qué haces allí? ¿Por qué estás escondida? —Abro mis ojos de golpe al escuchar su voz gruesa.

¡Santa mierda!

Sus orbes me impactan. Parece de mentira, sacado de una revista; cabello rubio largo recogido, una barba corta y sus intensos orbes azules.

—Te hice una pregunta, niña —dice nuevamente, calentando mi cuerpo.

—¿Rhett? ¿Qué haces aquí? —la voz de Vivien hace que ambos giremos nuestros rostros, pero él vuelve inmediatamente a mí, entrecierra sus ojos como si estuviera tratando de descifrar quien soy—. Arielle, ve a clases. Si no tendré que darte un pase.

Asiento con nerviosismo e intento alejarme del hombre que me detalla con piernas temblorosas y con el corazón a mil.

Le doy una última mirada antes de entrar al salón mientras esté conversa con Vivien en complicidad.

Su mirada vuelve a la mía y mis pulmones se expanden.

Carajos...

Capítulo 2

Volver

Rhett Owens

La carpeta que lleva Vivien en sus manos cae en el escritorio.

—Todo está a tu nombre —dice sentándose frente a mí—. Era su última voluntad, era lo que quería para ti; que te hicieras cargo de todo.

No abro la carpeta, solo la observo en la distancia detallando mi condena.

—¿Por qué no fuiste anoche? Te estábamos esperando... Era una cena familiar, y no apareciste.

—Tenía cosas que hacer Vivien —suelto, acomodando mi chaqueta.

—¿Tener sexo? Porque te puedo asegurar que era eso lo que estabas haciendo. Por dios, Rhett.

—¿Qué me perdí en la cena? Tus quejas con respecto a mi estilo de mi vida, tus reclamos por no haber venido a su entierro —musito con total calma—. Ya sé, tu insistencia de que tome el control de todo.

Relaja sus hombros y me detalla.

—Son tuyas, Rhett. Todo es tuyo... Era lo que él quería. Tienes que hacerte cargo de ellas. Alex está haciendo lo que puede, pero no son de él. ¿Quieres que se vayan a la ruina? Sé qué soñaste en algún momento en ser la cabeza y el dueño de ellas.

Ladeo mi mirada hacia la fotografía que tiene en su escritorio.

—Cuando buscaba su aprobación... Y eso fue hace demasiado tiempo... —susurro levantándome para tomar el portarretrato en mis manos—... Soñaba con eso cuando quería su aceptación, cuando buscaba demostrarle que era su hijo, cuando buscaba que su mirada se posara en mí. Ya no. Ya no soy ese niño.

Siento sus pasos muy cerca de mí, posa su mano sobre la fotografía.

—Sé que ya no lo eres... Te he visto crecer, y convertirte en un increíble hombre que nunca lo necesitó, pero en el fondo Rhett quieres las empresas; estudiaste y te graduaste, para eso. No las quieres en ruinas.

—Dile a Álex que me reuniré con él —musito, mi hermana sonríe y asiente emocionada.

Sonrió viendo a mi sobrina en la fotografía.

—¿Cómo está Cassie?

—Inmensa, extrañando a su tío con locura. ¿De verdad estabas teniendo sexo anoche?

Carcajeó al escuchar su pregunta.

—Sí.

—¡Qué asco, Rhett! —se queja, y me rio más alto, para dejarme caer en el sofá que tiene en su oficina.

—Soy irresistible... Que puedo decirte.

Detallo un expediente que tiene en su escritorio, mi hermana cierra la carpeta y la guarda en su archivero bajo llave.

—¿Tienes hambre?

—La verdad es que sí. Vamos, yo invito.

Mi hermana toma su bolso, y me sonríe con cariño, abro mis brazos hacia ella para que venga a abrazarme.

—Te extrañé, tontín —susurra.

—Yo también, vamos.

Salimos de su oficina donde atiende a los estudiantes de la institución; siempre soñó con ser psicóloga y lo logró. Algo que me hizo muy feliz, porque no se rindió ante las demandas de nuestro padre.

Pasamos nuevamente por el pasillo, donde estaba la pequeña rubia de ojos claros, y detallo la puerta en la distancia.

Antes había sentido esa misma mirada. ¿En dónde? No lo sé.

—¿Quién era la chica que estaba escondida? —pregunto, haciendo que ella me observe.

—Arielle, es una chica muy dulce... pero con muchos problemas. Demasiados, diría yo.

Algo en mí se llena de curiosidad.

—¿Qué clase de problemas?

—Es todo lo que puedo decirte, es mi paciente.

Asiento porque entiendo su ética de trabajo. La guío hasta el estacionamiento donde tengo aparcada mi camioneta. Sube en cuanto quito el seguro, sigo sus movimientos y pongo en marcha el motor, pasando muy cerca de lo que es el campus del instituto.

Detallo en la distancia a una rubia solitaria abrazada a sus libros en medio del césped. Sin embargo, sigo de largo, ignorando por completo a esa persona que no conozco.

Llegamos a un café que mi hermana me recomienda. El lugar es muy cálido, debido a los tonos que han usado para la decoración; imponen los negros, marrones y blancos.

Una mesera se acerca para tomar nuestro pedido.

—Te recomiendo los Paninis, son una delicia —suelta mi hermana.

—Un Panini entonces —digo, y la chica anota en su libreta, con su mirada fija en mí—. Con un zumo de fresa, por favor.

Entrego la carta ante la mirada inquisidora de Vivien, quién suelta que pedirá lo mismo.

—¿Café, ya no tomas?

—Lo he dejado, sabes que me cuesta dormir... Y si tomo café me pongo peor —musito.

—¿Cómo vas con eso? —pregunta, recargando sus codos en la mesa.

—Bien, porque crees que tengo este cuerpo. —Ella ríe con fuerza—. Me mato en el puto gimnasio para poder quedar exhausto y dormir. El insomnio es una mierda.

—Sí, lo es. Un psiquiatra puede darte algo para dormir.

Niego, jugando con la liga que llevo en mi muñeca.

—No, no quiero ser un zombi. Gracias... Prefiero descargar las energías de otras maneras. Está el ejercicio, y el buen sexo —Sonrío hacia ella, que bufa al instante.

Mi hermana comienza a hablarme sobre las travesuras de Cassie, mientras detallo mi entorno y me enfoco en cada persona que nos rodea; intentando recordar en qué momento de mi vida fui feliz en esta ciudad.

Vivir bajo en régimen donde tu padre impone hasta la manera en la que debes vestirse no es fácil, siempre busque su aprobación, siempre añore un deje de cariño de su parte; un abrazo y una felicitación por mis logros.

Logros que para mí fueron muchos.

Fui el mejor en todos mis estudios, practique tantos deportes como se pudiera, gane competencias, campeonatos, fui a la mejor universidad y me gradué joven, con la esperanza de verlo orgulloso de mí, pero nada de eso pasó.

La distancia se impuso, la rabia y el rencor tomaron fuerza, y mandé todo a la mierda. Incluyéndolo a él.

—¿Rhett?

La mano de Vivien se posa sobre la mía, me sobresalto al instante.

—La comida... —dice haciendo que mi mirada se desvíe hacia la mesa—. ¿Escuchaste algo de lo que dije?

—Sí, claro. Todo —miento, tomando el Panini para llevarlo a mi boca—. Mmm... Esto es increíble.

—Sí, lo es. Conozco a la dueña y todo lo que hacen aquí es exquisito.

Terminamos de comer al cabo de unos minutos, pago la cuenta y guío nuevamente a mi hermana hasta mi camioneta para dejarla en el instituto.

Aparco en una plaza cercana y se abalanza sobre mí para abrazarme con fuerza.

—Te extrañé mucho, Rhett. De verdad... Es bueno que estés de vuelta.

—Yo también te extrañé. Y espero quedarme por mucho tiempo.

—Debes, tienes una empresa que dirigir y volver a tu vida, a tu ciudad, con tu familia.

—Ya veremos, Vivien —susurro.

Asiente, entendiendo que no debe presionar. Deja un beso en mi mejilla y se baja de la camioneta. Espero hasta que ingresé al edificio, y me pongo en marcha, saliendo del territorio del instituto a baja velocidad mientras enciendo un cigarrillo.

Voy conduciendo con la ventanilla abajo, mi mirada se pasea por la carretera hasta que un cabello rubio llama mi atención; la caminata de la chica es lenta, va con la cabeza baja, aferrada a sus libros sin notar el entorno. Es la misma...

Va ida, quizás sumergida en sus pensamientos. No se percata de que un ciclista está por chocarla, tocó mi bocina intentando llamar su atención; freno de golpe, pero, cuando estoy rodeando la camioneta, la bicicleta la impacta y todos sus libros caen al suelo, incluso ella.

El ciclista comienza a insultarla y la sangre me hierva porque el culpable es él. Corro rápidamente y lo empujo con todas mis fuerzas, haciendo que caiga al jardín de una de las casas.

—¡Que te pasa idiota! El culpable fuiste tú. —le gruño, se asusta y toma su bicicleta y se marcha sin decir algo más.

Limpio mis manos con mi ramera, y me apresuro a ayudar a la chica que aún se mantiene en el suelo, intentando recoger sus cosas.

—¿Estás bien? —Mis manos rozan las suyas ligeramente, y se aleja de golpe, aterrada—. Oye, oye... No voy a hacerte nada, solo... intento ayudarte.

Eleva su mirada haciendo que su cabello caiga a un lado, dejando al descubierto su rostro, sus ojos.

El aire me falta.

Su nombre viene a mi mente.

—¿Arielle? —inquiero, frunzo mi rostro al verla.

Elle debería estar en clases. ¿Qué hace aquí?

—No vayas a decirle a Vivien, por favor...

—¿Te escapaste? —Asiente nerviosa, miro a nuestro alrededor buscando alguien que nos observé.

—Recojamos, aún estás cerca del instituto cualquiera puede verte. Vamos, te llevaré a donde quieras. ¿Sí?

Asiente sin decir palabra. Detallo todos sus cuadernos forrados de un tono turquesa, hasta su bolso es de ese color con pequeñas flores tejidas.

—Soy Rhett. Mucho gusto... Estarás bien conmigo.

—Soy Arielle. Arielle Vandenberg.

—Vas a tener que escribirme tu apellido.

Ríe levemente, y todo en ella cobra vida.

—Ok. Te lo escribiré.

Capítulo 3

Ansiedad

Arielle Vandenberg

Mi mirada baja a mi pantalón deportivo, se ha roto en la rodilla y, no solo eso, está empezando a sangrar por un raspón que se produjo en mí caída.

—Yo... yo creo que tengo unas toallitas por acá —dice Rhett, el hermano de mi psicóloga, mientras conduce buscando en uno de los compartimientos de la camioneta—. Debí darle un puñetazo a ese idiota.

Para en un semáforo y saca las pequeñas toallitas húmedas; me extiende varias. Un pequeño mechón de su cabello sale de la cola que lleva alta, haciéndolo verse mucho más atractivo.

—Dolerá un poco, pero lo mejor es que limpies el área.

—Gracias —susurro con nerviosismo, tomándolas.

Paso con temor las pequeñas toallas por la raspadura que me hice, chillo entre dientes y niego ante el ardor, no me percató que estaciona la camioneta a un costado hasta que lo siento muy cerca de mí.

Elevo mi mirada para notar que está a escasos centímetros de mi rostro, me arrebató las toallitas higiénicas, toma un poco del agua que lleva en un termo y la humedece.

—Aprieta mi antebrazo. Prometo que arderá solo un poco. —Asiento con temor, me aferro a su brazo musculoso, y cierro mis ojos con fuerza.

Siento unas pequeñas gotas caer en el sitio lastimado, y, luego, el ligero roce que busca limpiar la zona. Hundo mis uñas en su piel y soporto lo más que puedo sin gritar, apretando mis labios con fuerza.

—Eso es... ¡listo!, Arielle de apellido que aún no sé pronunciar —susurra, llamando mi atención. —. Viste, solo fue un poco.

—Sí, gracias.

—Ok, ¿a dónde te llevo?

—A mi casa.

—¿Y tu familia? Verán que te fugaste de clases.

—Mi mamá está en su negocio.

—¿Y tu papá? —pregunta intrigado—. ¿También en su trabajo?

Le desvío la mirada, y me enfoco en las personas que caminan en medio del día ajetreado.

—Sí, imagino que sí —susurro con pesar, juego con mis manos, con nerviosismo. No debí montarme en su camioneta.

No sé ni porque lo hice, mi cabello cae como una cortina ocultando mi rostro. Es mi escudo protector.

—Sabes, Arielle. Deberías descubrir un poco más tu rostro, tienes cara de ángel —susurra, poniéndose en marcha, y mi corazón late con fuerza al escucharlo.

Siento mis mejillas arder. El espacio empieza a reducirse e intento respirar para no darle rienda suelta a mi ansiedad. Mis dedos van hacia el botón que debería bajar la ventanilla, pero parece bloqueado.

—¿Puedes... bajar la ventanilla, por favor? —le pido, con respiración agitada.

La baja inmediatamente, y la brisa ingresa llenando mis pulmones. Cierro mis ojos y recargo mi cabeza en el asiento, disfrutando de esta pequeña libertad que me hace sentir en paz con mi mente.

—Gracias —suelto.

—De nada. ¿Me dirás tu dirección? —pregunta—. No puedo seguir conduciendo sin un rumbo fijo.

Me giro para verlo, su perfil es perfecto... sexy y seguro.

—¿Podrías no llevarme a mi casa? Yo... quiero desconectarme de todo, un rato, unos minutos...

No dice nada, solo asiente y cruza en una de las calles más transitadas de la ciudad llevándome, no sé a dónde, solo sé que no quiero llegar a mi casa para encerrarme en mi habitación. No lo conozco, no sé si tiene otros planes, si le estoy molestando.

Detallo el edificio, hemos llegado al jardín botánico de Atlanta; es uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad, tiene miles de flores y hacen hermosos espectáculos en él. Toma su cazadora, y apaga el motor de la camioneta.

—¿Vamos? —me pregunta. Yo sujeto mi bolso y bajo con este—. Aquí siempre se puede calmar la mente, y, sobre todo, respirar —susurra detrás de mí.

Lleva una gorra en sus manos, la cual me extiende. La tomo sin dudarlo y me la coloco. Sonríe al verme con ella, iluminando todo, haciendo que mi corazón se detenga por un pequeño instante. Me incita a seguirlo, y, eso hago, en total silencio.

Se apresura para llegar a la taquilla donde compra nuestros pases. Me mantengo a cierta distancia de él; la última vez que vine era una niña de cinco años, aproximadamente, y fue con mis padres.

—Tenía años sin venir —susurra—. ¿Sabías que son más de 12 hectáreas?

Niego intentando alcanzarlo. El olor de las flores relaja mi cuerpo, detallo las bellezas que crean con las esculturas, fuentes y demás.

Inmensos dragones, piezas de ajedrez, leones, pero lo que más llama mi atención es una mujer de la cual cae agua de su mano, se siente tan relajante y es tan perfecta que cuesta creer que sean flores.

—Solía sentarme aquí por largas horas cuando mi papá llegaba a casa de sus viajes —dice llamando mi atención—. Sentía paz cuando él se iba, y cada que volvía, la tempestad llegaba. Aquí me llenaba de fuerza. ¿Desde cuándo sufres de ansiedad?

Trago grueso ante su pregunta.

—Vivien... —niega.

—No. Hiperventilas y eres retraída, callada y pensativa —susurra—. Se nota.

—Desde hace algunos años.

—Siéntate.

Ordena con tono suave, dejó caer mi bolso al césped y me siento en este, cruzando mis piernas. Él imita mi acción, pero deja caer por completo su cuerpo, acostándose.

Lo detallo de reojo, y hago lo mismo. El sol brilla con intensidad, su gorra me resguarda un poco, cierro mis ojos y escucho el agua correr, las aves que vuelan y el leve viento que acaricia el alma, sin saberlo.

—¿Qué edad tienes Arielle?

—18.

—Bueno, por lo menos no iré preso por secuestro —dice y rio con fuerza, por alguna razón sigo riendo y sus orbes se posan en mí; sonrío en demasía y pellizca mi mejilla tomándome de

sorpresa.

—Deberías reír más seguido.

—Debería.

Las horas pasan con un silencio cómodo de fondo, donde ambos vemos el cielo y disfrutamos de la calma que nos rodea; o de esa calma que hemos creado para ambos. La desconexión del mundo fue real, muy real.

—Creo que es hora de irnos... van a descubrirte, si no llegas.

Detallo la hora de mi reloj y me levanto apresurada, tomo mi bolso, y lo sigo muy de cerca; reviso mi teléfono y no hay ninguna llamada de mi madre. Se gira obligándome a detenerme de golpe, chocando con su pecho. Mis manos tiemblan tocando este, y sonrío divertido.

—Toma la llave de la camioneta, espérame allí.

—¿Por qué?

—Solo hazlo, Arielle. Ya voy para allá.

Aunque asiento dudosa, sigo mi camino, viéndolo regresar al jardín. Llego al estacionamiento detallando su auto de frente.

¡Mierda! Era él.

No puede ser.

Quito el seguro y subo al vehículo, con el corazón a millón. Al rato lo noto saliendo apresurado del jardín; baja las escaleras lo más rápido que puede, y sube para sonreírme agitado.

Le extiende las llaves y enciende el motor, poniéndonos en marcha. En uno de los semáforos se levanta la camiseta con cuidado y mi mirada va hacia ese lugar, lo que saca llama mi atención y me quedo casi sin habla ante el intenso color.

—¿Qué? ¿Qué hiciste? —inquiero mirando hacia atrás.

—Es un souvenir.

—Es una Dalia... una Dalia —digo—. Una Dalia turquesa.

Me la extiende, y la tomo con delicadeza.

—Las tienes en tu bolso y en tus cuadernos, supuse que te gustaría —musita—. Ahora, ¿me darás tu dirección?

Una inmensa sonrisa se dibuja en mis labios, mis ojos pican, pero me mantengo a raya.

—Gracias...

—Tu dirección, por favor.

No puedo creer lo que tengo en mis manos; suspiro con fuerza y le indico mi dirección. No dice nada, solo conduce, pero al entrar a la urbanización frunce su ceño, y más cuando le indico cuál es la casa. Eleva su mirada hacia mi ventana, y se gira de golpe.

—Eras tú.

Asiento, con una sonrisa en mis labios. Me acerco a él, y dejó un beso en su mejilla.

—Era yo.

Capítulo 4

Una noche

Arielle Vandenberg

Su mano suelta mi brazo.

—Es mucha casualidad volver a encontrarnos. ¿No crees?

—¿Me estás siguiendo? —pregunto viendo a todos lados.

En la distancia puedo ver a mi madre salir del café, me giro antes que me vea y sigo caminando sintiendo de cerca a Rhett Owens.

—Oye, Arielle. Para... ¿De qué huyes? —insiste.

—De nada. Solo déjame irme. ¿Sí? —musito.

—Hey, hey...

Insiste, atravesándose en mi camino.

Choco con su pecho y sus manos van a mi rostro. Mi corazón se agita en cuanto siento la delicadeza de sus manos en mi piel.

—¿Todo bien?

Asiento, con lágrimas en mis ojos. Concibo que el nudo que se ha ido acumulando dentro de mí, está por soltarse, y, sencillamente, las lágrimas se me escapan, sin poder evitarlo. No puedo calmarme... no puedo siquiera dejar de sollozar.

Rhett me abraza a su pecho con fuerza; pasea sus manos por mi espalda y me guía, no sé a dónde. Yo solo me dejó llevar, vuelta un mar de lágrimas que no pueden contenerse.

Me sienta con cuidado y se coloca a mi lado, sin decir nada... se mantiene allí, sujetando mi mano haciéndome sentir su presencia, y eso es suficiente para que luego de un rato mi cuerpo se calme. Seco mis lágrimas, mirando hacia la plaza de la ciudad donde miles de personas transitan sumergidos en su mundo.

—Lo siento —susurro, niega mirando al frente.

—Todos tenemos derecho a rompernos. Está bien, no estar bien... debemos aprender a normalizar eso —dice, llamando mi atención—. ¿Colocaste la Dalia en agua?

Asiento, con mi vista en su perfil.

Es muy atractivo.

—Cuando empiece a marchitarse me avisas para robarme otra.

Rio al escucharlo, y todo va quedando atrás.

—Te avisaré.

—¿Mejor?

—Mejor... —susurro, sorbiendo mi nariz.

—¿De qué huías, Arielle?

—De la vida —musito—. Y de mi madre que cree que todo lo que tengo va a solucionarse con unas pastillas que me atonten. Me hiere que crea que mi ansiedad es como una gripa, que con un medicamento los males van a desaparecer.

—¿Ha ido al psicólogo contigo? —pregunta, llamando mi atención.

¿Por qué le dije eso?

¿Por qué estoy hablando de esto con él?

—Yo...

—Puedes hablar conmigo, Arielle. —Sus orbes muestran total sinceridad.

Su mano se posa sobre la mía, y creo que entiende que no quiero hablar en estos momentos, porque se levanta de la banca y me hala de ella.

—Vamos a por un helado.

No digo nada, y lo sigo detallando; el cómo mi mano se entrelaza con la suya, y caminamos por la multitud como personas normales. Me resulta extraño, porque desde hacía mucho que no me sentía así.

La ansiedad no es solo la falta de aire, es llenarte de miedos, es la falta de sueño, son los pensamientos intrusivos que te embargan, y, también, la sensación de no sentirte parte del mundo, de no sentirte normal.

Es todo aquello que está mal, que te embarga y que te agobia. Que no te permite fluir...

Escucho unas risas de fondo, ladeo mi rostro buscando aquello que llama mi atención. Millie aparece riendo con todas sus amigas y amigos, una especie de nostalgia se instala en mi pecho al verla.

Éramos amigas... éramos grandes amigas, pero cuando tu cuerpo y tu mente no están bien, existen efectos colaterales que te llevan a perder grandes cosas, entre esos grandes amigos.

Muchos no entienden lo que sucede en tu mente, muchos no comprenden y solo dicen: estarás bien, tú eres fuerte, sal de allí, no le hagas caso a tu mente. Sin comprender que lo que sucede está fuera de mi control, que nadie más que yo quisiera que todo acabara, ¡pero no puedo!... no puedo simplemente querer y ya.

Su mirada da con la mía, y aunque su rostro cambia al instante, ella sigue de largo, sin siquiera detenerse a saludarme.

Ya es normal.

—¿Vainilla? —la voz ronca que eriza mi piel me obliga a expandir mis pulmones.

—Sí, por favor.

—Dos barquillas de vainilla —pide, y vuelvo mi vista al puesto.

Me extiende la primera que le entregan, y la sujeto con fuerza. Él toma la segunda sin soltar mi mano, y emprendemos un camino sin rumbo. La leve lluvia ha cesado; no obstante, mantengo mi capucha sobre mi cabeza.

—¿Qué te gusta hacer para divertirte?

—No soy muy divertida que digamos —digo saboreando el helado. Su sabor a vainilla es delicioso, pero, es el frío que invade mi paladar lo que me hace sentir bien.

—¿Tienes amigas?

—Solía tener —respondo.

—Bueno, ya tienes uno nuevo —dice, con amplia sonrisa en sus labios.

—¿Quieres ser mi amigo?

—Sí, necesitas a alguien que te vuelva divertida, y, ¿quién mejor que yo? —vocifera—. Además, el encontrarnos tres veces en un día debe significar algo, apellido extraño.

Sonrío al escucharlo.

—Quizás que eres un acosador —expreso, provocando una risa en él.

Suelta mi mano, dejándome una sensación de vacío. Se para frente a mí y lleva el helado a su boca con su mirada fija en la mía. No puedo creer que un hombre como él esté hablando conmigo.

¿Cómo es eso posible?

Su porte es sensual. Me pongo nerviosa al tenerlo tan cerca.

—No le digas a nadie mi más oscuro secreto —susurra, con sus orbes destellando de diversión—. ¿Qué hacías en el café que queda a pocas cuadras de aquí?

Elevo mis cejas al escucharlo.

—¿Cómo...?

—Estaba allí con un amigo.

Asiento, y le desvío la mirada. Me vio discutiendo con mi madre.

—Fui por algo de comida, y mi mamá salió a reclamarme porque no la había llamado.

—¿Tu mamá trabaja allí?

—Mi mamá es la dueña —digo, y él se sorprende al escucharme—. Siempre está allí.

—Los Paninis de allí son exquisitos, lo mejor que he probado.

Le extiendo mi helado que está por terminarse, y acomodo mi bolso para poder abrirlo, saco de este la bolsa que me entregaron en el café, y, le sonrío, guiándolo hasta una cera donde me siento y él imita mi acción; abro la bolsa y el olor de comida hace agua mi boca.

Saco una parte del Panini y se la extiendo con una servilleta. Tomo mi helado para que pueda agarrarlo.

—Es tu cena.

—Y quiero compartirla. —Me como rápido el helado, provocando que carcajee, y saco el resto de la comida para comer a su lado—. Buen provecho, Rhett.

Sus orbes brillan, y su sonrisa ilumina todo.

—Me gusta mi nombre en tus labios. Suena bien... Aunque me gusta que me digas ladrón de Dalias.

Detallo que lleva ropa deportiva, que su cabello no es tan largo, como pensé, que solo le da para recogerlo hasta arriba, y que tiene un par de tatuajes en sus brazos, incluso en sus piernas.

Le da un mordisco al Panini y cierra sus ojos disfrutando del sabor. La verdad es que, ¡sí!, son buenos, a mí me encantan.

Como con él a mi lado, y mi estómago lo agradece; aparte del helado, no tenía nada en el estómago desde esta mañana.

—Tienes que darme la receta de esto —dice, con la boca llena.

—¿Qué me darás a cambio? —inquiero.

Se queda pensativo por un instante.

—Una docena de Dalias.

Capítulo 5

Dalia

Rhett Owens

Baja de mi camioneta apresurada, me quedo viendo la ventana y sonrío como idiota. Era ella...

—¿Apellido extraño? —grito, haciendo que se ría.

—Dime... ladrón de Dalias. —Yo sonrío al escucharla.

—Hasta pronto.

Asiente con una amplia sonrisa.

Ingresa a su casa, y me quedo un rato esperando, no sé qué, pero la repuesta llega rápido cuando la veo en la ventana asomada como esa noche, sonrío y se despide. Acelero el motor para ponerme en marcha.

Me alejo de su casa, con una sonrisa tonta y una especie de paz instalada en mi pecho. Hoy hice algo bueno, ayudé a alguien.

Conduzco por la ciudad de Atlanta; el clima es suave en esta época del año y bastante agradable. Mis recuerdos de esta ciudad se ven empañados por una infancia llena de traumas, por culpa del hombre que debía cuidarme y protegerme.

Llego al pequeño hotel donde me hospedo, la agradable dueña me recibe en el lobby extendiéndome la llave de mi habitación. El olor a humedad y deterioro es fuerte, las paredes manchadas y las alfombras sucias dicen mucho del tiempo que lleva este hotel.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —susurro, tomando la llave.

—Aún me preguntó que hace un joven como usted en mi hotel —suelta ella, con débil voz.

—¿Y cómo es un joven como yo? —inquiero, lleno de curiosidad.

—Rico... se le nota —responde—. Y si mi memoria no me falla, su apellido lo he escuchado un par de veces. Conozco a todos en esta ciudad... mis años son muchos.

Camina hacia su silla, ladeo mi rostro y le sonrío con amabilidad.

—Mi apellido es común.

—Sí, podrá ser común, pero un niño rico con ese apellido no se olvida —puntualiza con calma—. Le cambié las toallas. Señor rico.

Me rio subiendo las escaleras. No necesito mucho para descansar, un techo y un calentador son más que suficientes para mí. Abro la puerta, para adentrarme a mi habitación. Mi bolso, aún hecho, permanece en el suelo.

Me dejó caer en la cama, abriendo mis brazos. Quisiera poder dormir, poder descansar; mi cuerpo lo necesita.

Volver a poner un pie en esas empresas que mi padre tanto cuidó no será fácil. Nada fácil, y si antes conciliar el sueño me resultaba difícil, ahora será peor. Lo sé.

Tomo mi bolso y busco algo de ropa deportiva, necesito drenar esta energía que corre por mi cuerpo. Me deshago de todo lo que llevo encima, para cambiarme rápidamente y marcharme a algún gimnasio que quede cerca. Noto en mi antebrazo las pequeñas marcas que dejaron sus uñas.

Una toalla, mi botella de agua y mi teléfono. Así como entré, salgo...

—Este niño rico, no para —murmura la mujer, y yo me carcajeo al escucharla.

Salgo sin decir nada, me coloco mis auriculares para empezar a correr hacia el gimnasio que he buscado por internet.

Fix you resuena en mis oídos con mucha fuerza; corro dos kilómetros hasta llegar al edificio con estructura industrial, me acerco a este, en el fondo puedo visualizar un cuadrilátero de boxeo.

Pago el día de gimnasio, y, cuando estoy por entrar, me tropiezo con alguien e intento excusarme rápidamente.

—¡Rhett Owens! —exclama el moreno corpulento. Frunzo mi ceño, extrañado, buscando en mi mente—. Carajos... ¿En serio? Rhett soy Joseph, Joseph Klaus.

Todo hace clic en mi mente.

—¡Joseph! ¡Mierda! —lo saludo con efusividad.

Toda mi adolescencia viene a mi mente. Compañero de clases y buen amigo, aunque no entiendo por qué mi mente ha decidido jugarme una mala pasada con él.

—¿Cuándo llegaste?

—Ayer en la mañana —respondo—. ¿Y tú, cómo estás?

—Bien amigo, trabajando para la empresa de tu padre. Lamento mucho su partida, por cierto, fue muy inesperado.

Asiento con pesadez.

—Sí, muy inesperado.

—Pensé que te vería en el funeral, le pregunté a Vivien por ti —suelta—. Y mencionó algo de que estabas fuera del país. Me alegro de verte. En serio.

—Nos veremos más seguido —anuncio, llamando su atención, y luego sonrío de oreja a oreja.

—¿Te harás cargo de la constructora? Amigo, eso es increíble, me encantará trabajar contigo.

—A mí también.

Soy de pocas palabras, siempre lo he sido... me cuesta soltar sentimientos y expresarme.

—Bueno, bienvenido a casa.

—Gracias, Joseph. Te dejo, voy a subir un rato.

Eleva la comisura de sus labios, y golpea mi hombro levemente.

—Subamos, recordemos viejos tiempos.

—Sí, porque no.

Nos encaminamos hacia el cuadrilátero, donde esperamos observando como terminan los que están arriba. Recojo mi cabello para que no me estorbe. Empiezan a colocarme los guantes, y caliento mi cuerpo; lanzó unos golpes al aire y muevo mis pies de un lado a otro, hasta que nos toca subir.

Necesito esto, necesito descargar mi cuerpo.

Joseph sonrío con diversión, mientras yo me concentro en lo mío. La carga de presión y energía me recorre.

Llevo mis manos a mi rostro, unos amigos comunes irían a tomarse café, Joseph y yo solíamos jugar a las peleas cuando éramos dos pubertos en crecimiento; así mantenía al margen mis frustraciones. Mi amigo se prepara para recibir mis golpes. Y la descarga fluye hasta mis puños, estampo mi mano enguantada en él, intercambiamos un par de golpes. Me pide cubrirme y eso hago, descargo todo, las gotas de sudor recorren mi cuerpo.

Me hacía falta.

Lanzó golpes hacia arriba y abajo; me muevo con agilidad usando toda la superficie del

cuadrilátero mientras Joseph se encarga de aguantar mis golpes cargados de ira contenida. Los recuerdos de sus maltratos, sus gritos y sus desplantes vienen a mi mente como pequeños flashes, cegando mi mente, y, sin percatarme, estampo mi mano en el estómago de mi amigo haciendo que este caiga al suelo.

Unas manos me sujetan con fuerza para retenerme, caigo en cuenta de quién está tirado en el suelo intentando recuperar el aire que le falta.

—¡Mierda! ¡Joseph! Lo siento —digo, apresurado hacia él.

Niega, intentando calmarme.

—Me descuidé, fue mi error —suelta, intentando excusarme.

Busco que me quiten los guantes, y las vendas. Lo ayudo a levantarse y nos echan del cuadrilátero.

—Carajos, Rhett sigues teniendo la mano pesada —gruñe, paseando sus manos por su abdomen.

Me siento fatal.

—De verdad, lo siento. —Me lanza una toalla para que seque mi sudor, y eso hago. Tomo mi teléfono y, como compensación, le ofrezco ir a tomarnos algo.

Caminamos unas cuadas, mientras él me habla sobre la empresa de la cual debo hacerme cargo, o quiero hacerme cargo. Noto en la distancia el mismo café al cual fui con Vivien esta mañana, le señalo el lugar y asiente animado.

Entramos en este para ser inmediatamente abordados por una mesonera, que nos guía hasta una mesa.

—¿Desean algo en particular?

—Algo frío, muy frío —pide Joseph, con una amplia sonrisa.

—Sí, por favor. Un té natural helado.

Se marcha tomando nuestro pedido.

—¿Cuándo serás el dueño de Owens Construcciones?

Suspiro con pesadez, viendo hacia la ventana que da con la calle principal.

—Hoy en la noche me pondré al día con Alex, debo de ver cómo está todo. Seguramente el lunes me tendrán allá...

—¿Dónde estuviste todo este tiempo?

—Estudié en New York, y luego me fui a Canadá por un tiempo, hasta que Vivien me hizo volver.

Las bebidas llegan y brindamos por volvernos a encontrar. La campana de la puerta suena, y mi vista se va justo a ese lugar; las personas que salen no me permiten detallar quién ingresa, solo logro visualizar pequeños destellos... Sin embargo, su bolso es lo que llama mi atención.

Rodea la barra y conversa algo con quién está en la caja, le entregan una bolsa y se marcha nuevamente por donde entró, pero una mujer mayor la sujeta del brazo impidiendo que siga su curso. Discuten algo entre leves susurros, y ella se marcha ofuscada; aferrada a ese morral turquesa que no suelta para nada.

—Joseph, yo pago esta vez. Lo siento, tengo que irme.

Suelto un fajo de dinero hacia la mesa, mi amigo se muestra confundido, y, yo corro antes de perderla de vista.

La noche empieza a caer, y sé que debo ir a casa de mi hermana, pero por algo no puedo dejar de seguirla. Intento alcanzarla ya que camina apresurada huyendo de algo... tal vez de la discusión.

Unas leves gotas de lluvias empiezan a caer, Arielle se coloca la capucha de su abrigo y corro

hasta que mi mano se posa sobre su brazo, evitando que, de un paso más.

Ella se gira aterrada.

—Hola.

Eleva su mirada hacia la mía.

—Hola... ladrón de Dalias.

Sonrío al escucharla. Es bellísima.

Capítulo 6

Sus orbes

Rhett Owens

—¿Te parece? Es un trato justo —susurro.

—Es justo, pero no puedo darte la receta tan fácil —musita, devorándose el Panini.

Tengo el leve presentimiento que no había comido nada. No sé por qué razón no puedo alejarme de ella, siento esta inmensa necesidad de estar para ella, de ser eso que necesita.

Es extraño.

—No es nada fácil robarse una docena de Dalias turquesas —vocifero.

Sus orbes son maravillosos, una mezcla de verde con ámbar que se intensifican con la luz, y el leve brillo de la luna los acentúa mucho más. Son enigmáticos y llamativos.

—Puedes comprarlas, sabes... no tienes que robarlas.

—Debo hacerle honor a mi nombre, ¿no crees?

Mi teléfono comienza a repicar en el bolsillo de mi pantalón, lo saco limpiando rápidamente mis manos con una servilleta que ella me extiende.

Vivien...

Deslizo mi dedo por la pantalla y llevo el aparato a mis oídos.

—Vivien... —Arielle se tensa al escuchar el nombre de mi hermana—. ¿Todo bien?

—Todo de maravilla, pero mi hermano cómo que olvidó que tiene una cena con nosotros hoy —musita.

—¡Mierda! —exclamo, llamando la atención de Arielle—. Dame unos minutos... ¿Sí?

—Está bien, pero no tardes —dice, y tranca la llamada.

Me giro para detallar un deje de tristeza en la mirada ida de Arielle, noto que tiene un poco de salsa en la comisura de sus labios y me tomo el atrevimiento de acercarme a ella para quitárselo. Se sorprende al sentir mis dedos, pero se queda quieta, permitiendo que la limpie.

—Tengo una cena en casa de Vivien... se suponía que era ayer y los dejé embarcados —musito, sin quitar mi mirada de la suya.

—Ve...

—Déjame llevarte a tu casa, por favor. Estoy en un hotel por acá... buscamos mi camioneta y te llevo.

—Vas a demorarte demasiado, yo puedo volver al café.

Se levanta y acomoda su abrigo, bota la bolsa y el resto de lo que quedó. Una idea muy loca viene a mi mente.

—¿Y si vas conmigo? —inquiero.

—¿A dónde?

—A la cena —suelto; sus cejas se elevan, y niega rápidamente.

—¿Estás loco? Vivien es mi psicóloga, no puedo ir contigo a esa cena, no me sentiría cómoda, además que no lo creo correcto —explica con mucha calma—. Ve tranquilo. Disfruta de tu familia. Fue bueno volverte a ver por tercera vez en el día.

Sonrío al escucharla.

—Vamos, te acompaño hasta el café —insisto, parándome a su lado. Se me queda viendo de

pies a cabeza, bufa al notar que no desistiré y empieza a caminar de vuelta conmigo a un lado—. Si mañana te fugas nuevamente del instituto, escíbeme.

Ríe nerviosa.

—No debería hacerlo, van a llamar a mi madre. —dice.

—No me has dicho si por fin va el trato.

—Tienes que darme más que una docena de Dalias, no me convences.

—Voy a tener que secuestrar un camión entonces.

Sonríe de medio lado, y se mantiene en silencio a mi lado, pero con el rostro iluminado. La observo de reojo.

—¿Qué?

—¿Me escribirás?

—No tengo tu número, Ladrón de Dalias.

—Eso se soluciona rápido, dame tu teléfono —pido.

Se detiene un momento, me observa, y revisa en su bolso para extenderme el aparato.

Enciendo la pantalla para detallar lo que tiene de fondo; una foto de ella junto a quien creo que es su papá.

La sonrisa y la alegría que se refleja en sus orbes es cautivadora.

Marco mi número y lo guardo como “El ladrón de Dalias” se lo doy de vuelta y saco el mío para que ella haga lo mismo.

—No vas a fugarte tan fácil —susurro, viéndola como marca su número.

—Como si pudiese hacerlo. Hasta sabes dónde vivo. Temo por mi vida —musita, haciéndome reír—. No eres un asesino, ¿verdad?

—Si lo fuese, ¿crees que te lo diría?

—Jamás. Soy tu víctima. Te mostrarás encantador, interesado y sobre todo complaciente conmigo, para finalmente cuando me tengas entre tus manos... lograr tu cometido. Patronos que una mujer alumbrada por el físico de su asesino jamás notaría.

Me rio con fuerza, ella me detalla con una leve sonrisa en sus labios.

—Eso quiere decir que te parezco atractivo —señalo, elevándole una de mis cejas. Abre sus ojos en demasía y niega rápidamente—. ¿No? ¿En serio?

Se muestra nerviosa mirando a todos lados, doy un paso hacia ella.

—No te pongas nerviosa, apellido extraño. Solo estoy bromeando. —Tomo mi teléfono de sus manos, rozando ligeramente nuestros dedos.

La corriente que siento ante el pequeño tacto es impresionante.

—¿Arielle? —llaman, interrumpiendo el silencio incómodo que nos rodea.

Los sonidos vuelven y todo a nuestro alrededor empieza a moverse.

Ella se gira hacia quien creo es su madre, es la misma persona con la que discutía hace rato.

—¿Todo bien? —inquieta desviando su atención hacia mí.

—Sí, ya voy. —Vuelve el verdor de sus orbes con leves toques ámbar hacia mí—. Nos vemos... gracias por todo —susurra muy bajito.

—No hay nada de agradecer. Nos vemos, Arielle.

—Nos vemos, Rhett.

Se aleja de mí caminando hacia la mujer que la espera, esta pasa el brazo de ella sobre sus hombros en modo de protección y se adentran hacia el interior del café.

Mi teléfono vuelve a vibrar y detallo que es mi hermana, otra vez.

¡Mierda!

Voy tardísimo.

*

Escucho a Álex comentarme algo sobre las empresas, las ligeras manos de mi hermana se posan en mis hombros con sutileza, y se acerca a mí.

—¿No pudiste ducharte al menos?

Yo ladeo mi rostro hacia ella.

—Si lo hacía, llegaba más tarde.

Mi hermosa y bella sobrina pellizca mi mejilla para llamar mi atención, me giro hacia ella.

—Oye... no seas abusadora —suelto, y se ríe divertida.

—Tío, tienes que cortar tu cabello. Tu corte es extraño.

—¿Extraño? Estoy a la moda, Cassie... ¿Cuánto quieres apostar que si te llevo mañana al colegio causaré impacto entre tus amigas? Todas querrán venir a tu casa para verme.

Poso mi dedo en su nariz y está voltea sus ojos.

—¿Rhett, seguimos? —pregunta Alex—. Hay mucho que hacer.

—Sí, lo siento.

—Tenemos proveedores a los cuales se les debe mucho dinero.

—¿Y por qué es eso? —Tomo las facturas que me extiende.

—Tu padre las dejó acumular. La verdad es que no entiendo el porqué. Tenemos maquinarias que necesitan servicio, algunas están por detenerse, y eso implicaría...

Cuando dice; tu padre. Mi piel se eriza.

—Perdidas... —susurro—. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—De millones. Yo he logrado poner en orden algunas cosas, pero sabes que esto no es lo mío. A mí ponme como jefe de alguna construcción, porque la verdad, Rhett... no sé el cómo llevar esta empresa. Si tomé el control, fue por Vivien.

Reviso las facturas, detallando todo lo que hay que hacer. Rogué mucho por tener este puesto, y aquí estoy, años después, teniéndolo. Se siente tan agri dulce, que no sé cómo expresarlo.

—Ok, veré esto hoy en la noche. El lunes me tendrás allá.

—Perfecto. —Mi cuñado se levanta relajado y feliz de escuchar esas palabras—. Todos estarán felices de verte.

Asiento con parsimonia.

Este se acerca a mi hermana. Deja un beso en su mejilla, con dulzura y amor.

Cassie brinca frente a mí.

—Ese corte es de ninja —vuelve a insistir, mostrándome su iPad con la fotografía de mi corte que consiguió en internet.

Hago movimientos ninjas ante sus muy azules ojos y ríe soltando su iPad para correr por la casa.

—¡Cassie, lávate las manos! —grita mi hermana—. Es hora de comer. Y tú. —Me señala—. Ve a lavarte por lo menos la cara, das asco.

Tanto mi sobrina como yo bufamos.

Me levanto para ir al baño de visita, tomo una toalla y un poco de jabón para lavarme el rostro, estoy sudando y con el cabello hecho un desastre.

Lavo mi rostro con suficiente jabón y agua, para luego peinarme y recoger el cabello largo que tengo. Sonrío viéndome en el espejo con el recuerdo de ella en mi mente.

¿Qué tiene esta niña?

Saco mi teléfono, y rio con fuerza al ver cómo se grabó en mi teléfono.

—¡Carajos!

—¿Rhett, todo bien? —inquire mi hermana al escucharme.

—¡Sí!

Tecleo un mensaje que espero sea de su agrado.

«Se escribe Vandenberg “Arielle”»

Ahora ya sé cómo escribirlo, pero tienes que enseñarme a pronunciarlo.

Guardo mi teléfono en el bolsillo de mi mono de ejercicios, y salgo del baño, ganándome un rostro lleno de satisfacción de mi hermana.

Me señala mi puesto y me siento en el comedor con todos. Aunque no tengo hambre, debido al Panini que comí con Arielle, el olor a comida casera invade mis fosas nasales y la boca se me hace agua.

Un delicioso pollo al horno es servido por mi hermana con unas patatas.

—No tengo mucha hambre, pero esto... no dejaré de comerlo.

—¿Y por qué no tienes hambre?

—Me comí un delicioso Panini de rosbif con aderezo de mostaza y miel —describo el pan.

—¿De Elle's café?

Asiento llevando un bocado a mi boca. Cassie me observa maravillada.

—Sabía que te gustarían.

—Sí, pero en realidad me gusta otra cosa de allí —suelto sin darme cuenta.

Cuando elevo mi mirada tengo todos los ojos sobre mí.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Qué dijiste?

—Nada... no dije nada —resuelvo rápidamente, al percatarme de lo que salió de mí sin filtro.

Me gustan los apellidos extraños.

Capítulo 7

Suspiros

Arielle Vandenberg

—¿Quién era ese, Arielle? —la voz de mi mamá resuena detrás de mí.

Me aferro a mi bolso dejándola con la pregunta sin responder, entro a la casa siendo seguida muy cerca por ella.

—¡Arielle estoy hablando! —grita, me detengo de golpe.

Ella jamás va a entender.

—Un amigo, el único que tengo... —susurro, para subir las escaleras e ingresar a mi habitación azotando la puerta con fuerza.

Mi refugio...

Recargo mi cabeza en la puerta, recorro el lugar con mi mirada y detallo en la distancia a la Dalia turquesa que permanece en un jarrón con agua. Me acerco a ella, dejando caer al suelo mi bolso.

Detengo mi andar justo frente al estante en el que se encuentra junto con todos mis libros, paseo mi dedo por uno de sus suaves y hermosos pétalos.

—No sé si es mi amigo... pero se siente así —susurro para mí.

Enciendo las luces que dibujan mi techo con un cielo estrellado, pongo algo de música y saco mis cuadernos de mi bolso, para ponerme a hacer las actividades que tengo pendientes.

No he podido mantenerme concentrada. Me está costando demasiado, y si sigo así voy a perder el año. No puedo darme ese gusto.

Tomo asiento frente a mi escritorio, me quedo viendo la pared llena de fotografías que muestran una vida pasada, llena de amistad y felicidad, donde mi mente no era controlada por mi estabilidad emocional, dónde todo fluía como debía hacerlo.

Mi teléfono vibra contra el piso, desvío mi mirada a este. Su pantalla se ilumina.

Lo tomo sin pararme de la silla, desbloqueo la pantalla y una sonrisa se dibuja en mis labios.

Ladrón de Dalias:

Ahora ya sé cómo escribirlo, pero tienes que enseñarme a pronunciarlo.

Me emociono con su mensaje, mi vista queda prendada en la pantalla, releo y releo buscando en mi mente que responderle, y no sé... llevaba mucho tiempo sin hablar con alguien de esta manera.

¡Mierda!

Camino por mi habitación de un lado a otro pensando que escribirle. Observo mi teléfono en mi pequeño escritorio. Debe estar cenando con Vivien. ¿Cierto? Así que...

Los cursos de deletreo y pronunciación tienen un costo, buen provecho Ladrón de Dalias.

Suelto mi teléfono con mis manos temblando, detallo como se envía y no pasa a las marcas azules, pero no importa, sé que responderá. Tomo nuevamente asiento y saco un pequeño

cuaderno lleno de stickers de Dalias y lo abro.

Existen técnicas que pueden ayudarte a avanzar en medio de una crisis de ansiedad, y una que me recomendó Vivien fue escribir... escribir todo aquello que mi cuerpo o mente padecen, ya sea emocional o físico. Derramar en las hojas, mis más profundos pensamientos, me ha ayudado en algunas ocasiones.

Aprendí que escribir de alguna forma me relaja, y leer me desconecta del mundo, por ello tengo tantas novelas en mis repisas; sumergirme en esos universos hace que los días más oscuros tengan un poco de luz.

Comienzo con él... escribo de él, de sus ojos, de lo calmada que me siento y de lo relajante que es tener a un tercero que solo escuché. A alguien que esté ajeno a todo aquello que ha sucedido en mi vida durante estos dos años.

Luego de terminar, me pongo a hacer mis actividades pendientes. Tengo tanto que entregar que me siento agobiada.

Comienzo con mi trabajo de ciencias, revisando en internet lo que necesito.

La puerta de mi habitación se abre sin ser tocada, una taza de té caliente es deslizada por mi escritorio. Mi madre no dice nada al verme metida entre mis libros, me da una mirada y sale cerrando la puerta detrás de ella.

A veces quisiera que las cosas fuesen como antes, pero hay tanto daño de por medio que no sé si en algún punto eso será posible.

Tomo la taza y le doy un sorbo.

Cuando termino con el primer pendiente, mi teléfono vibra.

***Ladrón de Dalias:
¿Me estás cobrando? ¿En serio?***

Me rio, al leer su mensaje.

Claro que sí. Debo tener algún ingreso. Ya que al final vas a matarme... algún beneficio debo tener.

***Ladrón de Dalias:
Quizás te perdone la vida, Apellido Extraño. Cuéntame, ¿qué haces?***

Tarea... ¿Qué sabes de divisibilidad de números naturales? ¿Múltiplos y divisores comunes a varios números?

***Ladrón de Dalias:
Mucho. Ya te llamo...***

Abro mis ojos en demasía, ¿qué dijo?

Mi teléfono comienza a sonar con una videollamada. Me levanto apresurada y paso el pestillo a mi puerta. Deslizo mis manos por mi cabello, y muevo mi dedo índice por sobre la pantalla. Su rostro aparece en esta, y sonrío al verme.

—Hola, Arielle.

—Hola, Rhett... —susurro nerviosa.

¡Carajos!... Es bellissimo.

—Muéstrame que te colocaron.

Coloco mi cuaderno frente a la cámara, y se visualiza la actividad.

—Ok, empecemos.

—¿En serio lo entiendes?

—Sí. Lo entiendo. ¿Dudas de mí?

—No —enfático, asiente satisfecho—. Es solo que no entiendo cómo sabes...

—Bueno, era un cerebritito. Fui campeón de las olimpiadas de matemáticas por tres años consecutivos. Estudie mucho, estudiaba demasiado. Soy bueno, créeme.

—Ok, empecemos entonces.

*

Siento un leve llamado en la distancia, unas manos acarician mi rostro, me abrazo con fuerza a mi almohada para quejarme entre dientes, mientras intento aferrarme a mi sueño.

—Arielle, es tarde.

—Shh... —murmuro.

—Llegarás tarde a clase. —Abro mis ojos para notar el sol intenso del día.

Mi mirada viaja hacia el pequeño reloj rosa que destella anunciando una hora.

—Dios...

Me levanto con la mirada de mi madre puesta en mí.

—¿Cuántas pastillas te tomaste anoche, Arielle? —inquire con tono duro.

Salgo de la cama notando que mis cuadernos, e incluso mi teléfono están en ella, mis pastillas permanecen en la mesita.

—Yo no me tomé la pastilla anoche —susurro, caminando hacia el baño.

Dormí toda la noche sin el medicamento, y lo mejor es que descansé... ¿En qué momento me dormí? No lo sé. Solo recuerdo estar hablando con Rhett, me explicaba con toda la calma del mundo la actividad, y la terminé.

La puerta de mi baño es tocada.

—¿Arielle, te pregunté que cuántas pastillas te tomaste anoche? —pregunta.

Abro la puerta molesta.

—¡Te dije que no me tomé ninguna! —exclamo—. Cuenta las pastillas si quieres... Dormí bien, me siento bien. Gracias.

Vuelvo rápido a mi baño para darme una rápida ducha, debo irme al instituto lo más rápido posible, llegaré tarde, y tendré que pedir un pase.

Abro la puerta y consigo a mi madre contando las pastillas. Mi tratamiento es mensual, y son contadas las pastillas que me suministran.

No digo nada, solo me encamino a buscar algo de ropa, mientras ella instiga en algo que por mi mente no ha pasado, y cuando lo ha hecho, he pedido ayuda. Cuando los pensamientos intrusivos son frecuentes y no me permiten continuar con mi vida diaria, debido a la frecuencia con la que se presentan, mi ansiedad se activa. Por mi cabeza puede pasar cualquier tipo de preguntas, e incluso llegué a plantearme posibles escenarios que me perturban gravemente.

Lo importante de esto es reconocer cuando buscar ayuda, y eso yo sé hacerlo. Ya cuando mi concentración se ve afectada, o cuando me lleno de miedos por lo que mi mente se plantea, no dudó en gritarlo.

El sonido de las pastillas volviendo al envase me hace voltear a verla, su rostro se suaviza e intenta sacar palabras de su boca, pero se le es imposible. Siempre es así...

Cepillo mi cabello húmedo. Tomo mi cuaderno y teléfono, los lancé al bolso. Calzo un par de botas en mis pies, para luego colocarme cualquier suéter.

—¿Quieres desayunar?

—No, gracias —murmuro pasándole, por un lado—. Voy tarde.

Bajo las escaleras, casi corriendo, y me encamino directo hacia mi instituto, sin mirar a atrás. Entiendo que mi madre se preocupe por mi bienestar, pero su falta de confianza hacia mí, y su desconocimiento hacia lo que es la ansiedad han creado una gran brecha en nuestra relación. No fue únicamente su infidelidad a mi padre, es todo lo que nos rodea.

La ansiedad no solo afecta a quien la padece, también lo hace a su entorno, y lo complica todo.

Siento la ligera y suave brisa aligerar mi cabello, la humedad va quedando atrás y las pequeñas ondas empiezan a formarse.

Hoy me siento bien, dormí toda la noche, no tome el medicamento y para ser franca, no recuerdo cuando fue la última vez que descansé de esa manera. Sonrió al recordar a Rhett en la pantalla de mi teléfono.

¿Fue gracias al Ladrón de Dalias?

Yo creo que sí, fue gracias a él. Un largo suspiro me hace disfrutar del día, llego finalmente al instituto y me toca correr por los pasillos para llegar a tiempo a mi salón.

Abro la puerta, llamando la atención de todos. En una esquina permanece Millie, riendo con sus nuevas amigas. Me abrazo a mi bolso y me siento en mi lugar, con los murmullos haciendo eco en mi oído.

Saco mis cuadernos y los pongo todos en su lugar, la pantalla de mi teléfono se ilumina en el pequeño bolsillo. Lo reviso a escondidas para notar quién escribe.

***Ladrón de Dalias:
Buenos días, Vandenberg.
¿Viste? Aprendo rápido.***

Sonríó leyendo su mensaje, incluso puedo sentir mis mejillas arder.

—¿Arielle? ¿Todo bien? —inquieta mi profesor en la distancia.

Todos voltean a verme.

Asiento con una amplia sonrisa en mis labios.

—Sí, todo bien.

Capítulo 8

Pasado

Rhett Owens

—Las personas que sufren un trastorno de ansiedad tienen preocupaciones intensas y miedos excesivos, dificultando su vida diaria, su trabajo e incluso su entorno, su manera de relacionarse. Suelen retraerse y eso llega a alejarlos de sus lazos de amistad. La ansiedad nos enfoca en los problemas y no en la solución, nos hace actuar en forma reactiva, impulsiva. Va minando la estabilidad emocional, va acabando con la mente —dice Vivien a mi lado.

—¿Qué lo desencadena?

—Puede ser un evento traumático que haya infligido miedo, dolor o angustia. Incluso un alto nivel de estrés puede desencadenarla. Se llegó a creer que la ansiedad era una enfermedad, pero ¡no lo es!... es un trastorno que puede erradicarse, con la guía adecuada. Decirle a una persona que deje de ser ansiosa es como decirle al corazón que deje de latir, es imposible acallar la mente, pero sí puede trabajarse en tener una mente sana con bienestar. Lo importante en todo esto... es reconocer cuando pedir ayuda.

Escucho sus palabras con atención.

—¿Por qué se retraen?

—Por miedo a ser lastimados, a no ser comprendidos —musita, extendiéndome un folleto que habla de la ansiedad—. Sé que no eres tú el que sufre de ansiedad, no entiendo el porqué de las preguntas, pero ese folleto tiene mucha información que puede ayudarte.

Releo las palabras que tengo frente a mí.

“No está bien vivir en ansiedad, aprendamos a ser libres”

—Gracias por esto. —le sonrío a mi hermana, asiente feliz y se acerca a mí para desordenar mi cabello.

—Te repito, si conoces a alguien con ansiedad y está afectando su vida, recomiéndale buscar ayuda. No es malo ser escuchados y comprendidos.

Mi hermana se levanta para servirme una taza de café, no he podido dejar de pensar en Arielle; sé que debajo de esos tonos grises que la rodean un intenso arcoíris espera por ver la luz.

—Existen varias técnicas que ayudan.

Elevo mi mirada ante la taza humeante.

—¿Cómo cuáles?

—Escribir, leer... hacer ejercicios, trabajar la respiración... el entorno influye mucho, el sentirse apoyado y resguardado, marca una gran diferencia.

—Entiendo —musito, recordando las palabras de Arielle con respecto a su madre.

No tiene un buen apoyo.

¿Dónde está su papá?

—¿Vivien?

Esta me detalla con una amplia sonrisa, no puedo preguntarle... no puede saber. Va a matarme, a insultarme, y, sobre todo, a prohibirme que me acerque a Arielle.

Es su paciente, y solo tiene 18 años. Yo, en cambio...

—Nada. —Frunce su ceño, y le resta importancia a mi comportamiento, cuando su esposo

entra a la cocina ya listo para ir a la empresa—. Buenos días, Alex.

—Buenos días, Rhett. ¿Vas a la constructora?

Le da los buenos días a mi hermana y espera mi respuesta.

—Sí, pero solo para ver algunas cosas. El lunes comienzo —musito—. Necesito ocuparme en algo..., ya que estoy aquí.

Mi hermana rodea la isla y deja un beso en mi mejilla llena de emoción, sus orbes brillan. Le encanta que esté devuelta.

—Que tengan un feliz día, ambos. Los amo.

Alex sube a mi camioneta y conduzco por la avenida que nos llevará a la empresa que en algún momento vi con gran emoción. Recuerdo que las veces que fui la veía inmensa, imponente y yo me sentía tan pequeño en frente de ella, que no sabía si podría tener lo necesario en algún punto para manejarla.

—Tu papá los últimos días hablaba mucho de ti —susurra mi cuñado a mi lado.

No digo nada, mantengo mi mirada al frente.

Resopla, pero entiende que no quiero hablar de ello, que no me produce paz. Fui juzgado muchas veces por él, me volvió mierda, cuántas veces pudo porque, según él, yo no servía para nada. Lastimo mucho mi ego, me hizo sentir inservible, y alimentó ciertas inseguridades que aún me cuestan superar.

Por más que me esfuerzo en algo, siento que no doy todo de mí, que no valgo la pena, que nunca llenaré las expectativas del mundo por más que lo intente.

He intentado mantenerme a flote y, sobre todo, entender que quien estaba jodido era él, no yo.

Mi padre fue el peor, pero gracias a esa mierda, no fui un chico problema porque me preocupaba tanto lo que pensara de mí, que me esforcé por demostrarle que era un buen chico, y que saldría adelante.

Aparco la camioneta viendo en la distancia el edificio, juro que cuando era un niño lo veía como un inmenso castillo del cual yo pronto sería su rey, hoy lo veo como todo aquello por lo que tanto luché. Su infraestructura aún sigue asombrándome, me recuerdo corriendo por los pasillos, viendo proyectos que me llenaban de ilusión y soñando a lo grande.

Mi cuñado me guía. Aunque las cosas han cambiado, la esencia sigue siendo la misma.

Mi teléfono vibra, mientras camino con las miradas puestas en mí, todos susurran, pero ignoro el entorno enfocándome en quien me ha dibujado una sonrisa en los labios con su respuesta.

Ella es aire... aire limpio y puro.

***Apellido extraño “Arielle Vandenberg”:
Eres el mejor, ¿lo sabías?
Salí bien en matemáticas. Gracias.***

Tecleo mi respuesta.

***No creo que sea el mejor, pero gracias por el cumplido.
Voy a incursionar en las clases privadas, te robaré el negocio.
De nada, Arielle.***

Me detengo de golpe con mi teléfono en las manos, cuando llegamos a la oficina de presidencia, su nombre en letras doradas aún brilla en la puerta de roble, una señora mayor se acerca a Álex para ofrecerle una taza de café, me observa de arriba abajo, y entrecierra sus ojos.

—¿Rhett? —inquieta llena de curiosidad.

—¿Usted es...?

—¿Rhett, no te acuerdas de Hilda? Ella era la asistente de tu padre.

—¿Hilda? —me sorprende al verla.

¡Rayos!

Está mayor, pero al escuchar su nombre mi cerebro hizo clic con su rostro y sigue siendo ella. Siempre me guardaba dulces y me los daba a escondidas, me mostraba los proyectos y me decía todo lo que mi padre haría.

Se acerca a mí con una amplia sonrisa.

—Sabía que este día llegaría —susurra, y yo tomo sus manos—. Eres todo un hombre...

—Sí, ya crecí.

—Bienvenido, tengo unos proyectos guardados. ¿Quieres verlo?

Me rio al escucharla, se guinda de mi brazo y me guía hasta la puerta de la oficina principal, donde muchas veces me tocó permanecer parado recto, con la mirada al frente y sin emitir palabra.

Al estilo militar...

Abre la puerta y el olor a tabaco aún permanece intacto, todo... está igual. Siento escalofríos en mi cuerpo, flashes de recuerdos golpean con fuerza.

La madera abunda... las ventanas que dan con el inmenso terreno, en donde las máquinas y materiales se encuentran, están sin persianas. El escritorio se encuentra lleno de papeles, y su biblioteca con miles de libros de arquitectura y construcción.

Una maqueta en la distancia me obliga a detenerme.

Era un niño, un niño de quizás unos seis años... vine con mis carros y esa maqueta me hizo chillar de emoción, vi una pista de carreras entre la edificación, jugué por varios minutos, choqué mi auto con una de las pequeñas columnas y la estructura cedió.

La dañé.

Su grito estremeció mi cuerpo, corrí hasta el rincón donde con manos temblorosas, su golpe llegó, y me aferré con fuerza a mi juguete.

—¿Rhett? —Alex me señala la silla—. Ponte cómodo.

Niego, su nombre aún permanece en la pequeña lámina dorada.

Richard Owens.

—Necesito tiempo, te dije que hoy no haría esto. Solo vine a ver cómo estaba todo.

—No tenemos tiempo, Rhett. Debes hacerte cargo ahora...

—Ahora no puedo.

—¿Por qué no? —gruñe mi cuñado, Hilda se gira a verlo.

No me presiones, Alex. No lo hagas...

—Debes asumir el compromiso, Rhett.

—No puedo, ahora no. ¡Ahora no!

Exclamo y salgo de la oficina, me voy directo hacia los terrenos, el aire me hace bien... no sé por qué dije que haría esto. Aún no estoy listo.

Me acerco a una excavadora, imaginaba que excavaría un túnel y con el, me iría lejos. Sería mi escape... un escape que al graduarme no esperé, solo tomé, y hui.

Maldición.

¿Cómo voy a enfrentarme a mi pasado?

Saco mi teléfono, y no lo pienso mucho. Marco su número y tarda en responder, pero lo hace.

—¿Hola?

—Apellido extraño... dime qué estás por salir de clases.

—Eh no. ¿Por qué?

—Necesito aire... y eso eres tú.

Se hace un silencio en la línea.

—Dame 20 minutos. ¿Ok?

—Ok, Arielle.

—Ok, Rhett. Nos vemos en un rato.

Tranco y cierro mis ojos, su mirada viene a mi mente y todo cobra calma y paz.

Todo...

Capítulo 9

Aire

Arielle Vandenberg

Saco mis libros de mi casillero mirando a todos lados, cierro y paso el seguro para encaminarme hacia la cancha de fútbol, donde los jugadores están practicando.

Se escucha sus gruñidos cuando chocan con los muñecos de goma, intento pasar desapercibida, pero el balón cae a mis pies, y me detengo, cerrando mis brazos con fuerza en mi torso.

—Lo siento... —susurran, mi mirada da con su cabello castaño oscuro, y con sus orbes del mismo tono.

Tenso mi mandíbula, y él se levanta con el balón en sus manos.

—Arielle... ¿Qué haces aquí? Deberías estar en clases.

No digo nada, intento esquivarlo, pero insiste interponiéndose en mi camino. Está lleno de césped y con el sudor corriendo por su rostro. Es alto y corpulento, evidentemente me intimida y me pone mal.

—Déjame pasar, Ben.

—¿A dónde vas?

—No te importa —respondo, desviándole la mirada.

En algún momento de mi vida estuve enamorada de él, pensé que sería mi dulce y maravilloso amor. Salimos, reí junto a él y me llené de ilusiones, pero el golpe de la infidelidad de mi madre me llegó con tanta fuerza que todo se fue a la mierda en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Arielle! —grita—. Si te vas pasaré la notificación.

—Hazlo —suelto irritada ante su amenaza.

Me toma con fuerza de los hombros, llenándome de pavor.

—Suéltame —pido petrificada.

—Pareces una loca, siempre callada... estás llena de ojeras, pálida y demacrada. Deberías ir más seguido al psicólogo —gruñe, fastidiado por mi actitud.

Una actitud que no puedo controlar, que juro que quisiera cambiar. Sus palabras hacen eco en mi mente.

—¡Ben! —gritan en la distancia, desvía la mirada a ese punto.

Suelta su agarre.

—No eres ni la sombra de la Arielle que conocí, y de la que estaba enamorado —musita con desdén. Se aferra a su balón y se marcha, dejándome con ecos en mi mente.

—Y tú eres el mismo patán de siempre —susurro para mí.

Me da una última mirada, mientras mis piernas tiemblan ancladas al piso. El sonido de una camioneta acercándose al punto donde le dije que me buscase me devuelve a mi centro, y camino acelerando el paso, buscando lo que tanto necesito.

Cuando encuentras un punto de salvación en medio de un ataque de ansiedad te aferras a este, porque la sensación de ahogamiento se desvanece al instante, los terrores se marchan, y los ecos se callan.

Corro al notar en la distancia la cerca, deslizo mi bolso por el pequeño agujero que se

encuentra en esta, y me arrodillo para salir por el mismo lugar con mucho cuidado; cuando estoy del otro lado, unas manos que me llenan de paz, me sujetan...

Sus manos no me llenan de pavor, yo solo quiero sujetarme con fuerza de él. Acuna mi rostro y mis manos van a las suyas, que se sienten tan calientes, ¡tan vivas!

—¿Todo bien? —pregunta, acercándose ligeramente a mi rostro.

—Sí. ¿Todo bien? —inquiero con curiosidad, porque su llamada me dejó un poco descolocada.

—Ahora sí —musita, aleja su toque de mi rostro, para entrelazar nuestras manos, y me guía hasta su camioneta.

La puerta del piloto está abierta, y se acerca a esta para tomar algo del asiento y extendérmelo.

La sonrisa que se había esfumado por culpa de Ben aparece nuevamente en mí, el alivio y la calma toman partido y brinco a sus brazos recibiendo la Dalia turquesa.

—Gracias.

—De nada, Arielle. Gracias a ti.

Elevo mis cejas sin entender el porqué de sus palabras.

—Respiro gracias a ti —susurra.

Mi corazón se agita con fuerza, nadie me había dicho algo así, y menos un hombre como él. Alguien tan atractivo y hermoso.

Pellizca mi mejilla, como usualmente suele hacerlo, y me invita a subir a su camioneta. Me quita mi bolso, y subo por el lado del piloto para pasarme al otro lado. Me acomodo en el asiento. Llevo la Dalia a mi nariz para aspirar su rico aroma.

—Van a prohibirte la entrada al jardín botánico.

Se ríe divertido. Me concentro en detallarlo; se ve exquisito vestido de pantalón negro, camisa blanca y saco a juego.

—¿Dónde estabas? —pregunto llena de curiosidad.

—Trabajo en una funeraria —musita saliendo de la zona del instituto.

—¿En serio?

Se voltea a verme y ríe iluminando todo.

Calentando todo, hasta mi pecho.

—No. Estaba en una reunión, y no me sentí bien —dice con total sinceridad.

Acomodo la Dalia en el tablero de la camioneta, y busco mi teléfono entre mis cosas para hacerle una fotografía, lo hago con su mirada puesta en mí, aunque me incomoda y me hace sentir nerviosa, me gusta... me gusta que lo haga porque me siento viva, no me siento un ser andante sin rumbo.

—Deberías hacerme una fotografía a mí —sugiere.

Tomo la Dalia y se la doy.

—Con la Dalia. Porque eres el Ladrón de Dalias.

Asiente al escucharme.

La sujeta con una mano y se gira a sonreír hacia mi teléfono, siento un nudo en el estómago cuando enfoco la cámara en él, sonrío de una manera tan sexy que me derrite por dentro.

Presiono la pantalla y capturo el momento. Me devuelve la Dalia y sigue conduciendo, le doy un vistazo a la fotografía y quedó bellísima. Bloqueo mi teléfono y lo guardo en mi bolso.

—¿Cómo estuvo tu día, Arielle?

Inquiere con ganas de saberlo.

—Salí bien en matemáticas como te dije. Me cuesta un poco concentrarme y poder terminar

las actividades, pero entregué lo que tenía pendiente y todo estaba bien. Gracias...

Niega elevando ligeramente la comisura de sus labios.

—Puedo ayudarte a ponerte al día con las actividades, si así lo quieres. Entiendo que colocan tutores, yo fui uno una vez.

No sé nada de Rhett salvo que es el hermano de mi psicóloga, que me siento a gusto con su compañía, que me atrae físicamente, y que cuando está a mi lado no sé lo que es la oscuridad.

—¿Fuiste uno una vez? ¿Hace cuánto?

—Hace algunos años.

—¿Qué edad tienes, Rhett? —pregunto, desvía su mirada hacia mí.

—26, casi 27...

Me prendo de su mirada. Sabía que era mayor, pero jamás pensé que tanto.

—¿El casi es de cuanto?

—Unas semanas. ¿Te asusta mi edad?

Niego mirándolo.

—No, me asustan más otras cosas.

—¿Cómo cuáles?

—Mis pensamientos, a veces...

Aparca y detallo un parque.

—¿Puedo saber los pensamientos?

—Son repetitivos, muchas veces... imagino un mundo sin mí en él. No es que yo diga que voy a pensar eso, no. Los pensamientos llegan y para mí es un poco complicado sacarlos de mi mente. No es fácil.

—¿Escribes, Lees? Dicen que eso ayuda.

—Sí, lo hago. Leer es lo mejor de todo, me sumerjo en ese mundo, me imagino en esa historia que se desarrolla y mi cerebro simplemente se desconecta del entorno, me encantan las novelas románticas. Escribo... un diario —musito con nerviosismo—. Allí describo lo que me pasa en el día o lo que más me afectó.

—Eso quiere decir que... escribiste de mí. ¿Cierto?

Me pongo nerviosa, sus manos van a las mías que se mueven sin control sobre mi regazo, el calor de su piel me reconforta haciéndome sentir en calma.

—No te pongas nerviosa, Arielle. Puedes hablar conmigo.

—¿Y tú cuando hablarás conmigo? —inquiero manteniéndole la mirada, algo que me sorprende porque normalmente no puedo mirar a alguien así tan fijamente.

—¿Qué quieres que te diga? Pregúntame y responderé —musita, apagando el motor de la camioneta.

—¿Por qué me llamaste? —suelto, eleva la comisura de sus labios con la mirada hacia el frente, dándome un excelente vistazo de su perfil, y vuelve su mirada a mí.

—Porque el pasado es una mierda. Sentí que me ahogaba y... solo me siento bien o me he estado sintiendo bien cuando estás a mi lado.

Muerdo mis labios al escucharlo. La emoción que se instala en mi pecho es increíble, mi corazón se agita, y es agradable la sensación.

—Me encanta cuando sonríes, porque no existen tonos grises en esa hermosa y sincera sonrisa que se asoma en tu rostro, no hay días de ansiedad, no hay malos pensamientos, solo estás tú, tu esencia pura... su brillo, tu aura ligera. Arielle... ¡eres maravillosa!, y debes de creértelo. Me haces sentir bien, espero tener el mismo efecto en ti.

—Causas lo mismo en mí —digo con vergüenza bajo mi rostro y respiro con fuerza.

Asiente satisfecho al escucharme.

—Debo entender que no eres muy comunicativa, pero trabajaremos en eso. ¿Ok?

—Ok...

—¿Caminamos? Nos hace bien a ambos.

Capítulo 10

Calma

Rhett Owens

Arielle camina a mi lado en silencio, hoy se le ve mucho más relajada y en paz consigo misma.

Está bellísima con ese pantalón roto y una sencilla camiseta negra.

—Todos te miran —dice, desvío mi mirada de ella hacia el entorno.

—Es porque parezco un pingüino con este traje —suelto, deshago la corbata y la guardo en el bolsillo de mi pantalón.

—¿En qué trabajas?

Emito un fuerte suspiro.

—Me haré cargo de la empresa de mi padre. Hoy fui a las oficinas a ver cómo estaba todo... ¡todo sigue igual!, y eso me hizo huir —me sincero, metiendo mis manos en los bolsillos—. ¿Tendrás problemas por escaparte?

Hunde sus hombros y entrecierra sus ojos con el sol en su rostro.

—Alguien me vio, pero espero que no diga nada —dice preocupándose.

Me detengo.

—Arielle, no quiero causarte problemas. Mejor vamos a que regreses a clases —niega, acercándose a mí.

—Ya salí, no voy a volver... pero vas a ayudarme con unas actividades —sentencia.

Sonríó hacia ella.

La conexión que existe entre ambos no se explica, únicamente se siente. Se siente a tal punto que, aunque estamos rodeados de varios transeúntes, solo somos ella y yo.

Resulta extraño, porque tenemos pocos días de habernos conocido.

—Lo prometo. Estarás al día con todo. ¿Se te dificulta concentrarte?

Asiente mi mirando al frente.

—Sí, un poco... los profesores entienden lo que pasa conmigo, Vivien les ha explicado la situación y han sido muy abiertos. Me envían actividades, trabajos para que vaya a la par y pueda graduarme este año —dice.

—¿Qué quieres estudiar luego de graduarte?

Su cuerpo se tensa, muerde su labio.

—No lo sé, pensar en ello me causa ansiedad. Solo intento pasar día a día, un día a la vez sin enfocarme en el futuro.

—Entiendo. Lo lamento si te incómodo mi pregunta.

—No, no lo hizo. Debes estarte cocinando con ese saco. —Señala mi traje.

La verdad es que sí, estoy sudando. Me lo quito ante su mirada y se lo extiendo, abro algunos botones de mi camisa, para luego arremangarla hasta mis codos. Ella abraza a su pecho mi saco, y creo que aspira el aroma del perfume.

No digo nada. Disfruto de lo que hace, no quiero hacerla sentir incómoda. Entiendo que las cosas con Arielle deben ser con calma.

—¿Qué actividades tienes pendientes?

—Varias de ciencias, y otras de química avanzada —contesta, extendiéndome el saco.

—Vamos entonces a mi hotel, allí tengo mi laptop y podemos hacer todo, así hacemos tiempo hasta que puedas llegar a tu casa. ¿Te parece? Prometo que no te haré nada... lo juro.

Levanto mi mano y miro al frente haciendo que se ría.

—Está bien, no creo que vayas a matarme aún.

—Aún no —susurro divertido.

Volvemos a la camioneta, mientras ella me explica de qué son los trabajos que debe entregar. Intentaré ayudarla en lo más que pueda.

Sube e inmediatamente toma la Dalia.

—¿Por qué te gustan tanto? —inquiero, lleno de curiosidad.

Suspira y la deja en su regazo.

—Mi papá solía regalarme una en todos mis cumpleaños. Recitaba “una Dalia turquesa para una bella princesa.”

El “solía” no me pasa desapercibido.

—Y desde pequeña amaba el color turquesa —musita—. ¿Por qué te quedas en un hotel? ¿No tienes una casa acá? Pensé que te quedabas con Vivien.

Enciendo el motor y nos pongo en marcha.

—Vivien vive con su esposo y mi sobrina, soy solitario, me gusta la soledad. La casa que se supone que es mía, aún no estoy listo para habitarla, la verdad es que ya debería empezar a buscar dónde vivir por lo menos hasta que decida qué hacer con la casa. La señora del hotel ya me tiene rabia.

Arielle ríe.

—¿Por qué? ¿Qué haces?

—Dice que gruño mucho, que no duermo, que no descanso, que no paro —recuerdo cada una de sus palabras con gracia—. Y mil cosas más. Lo que te diga lo ignoras, o te ríes con ella.

—Está bien.

Arielle se suelta el cabello y la ventanilla del aire hace que sus hebras rubias se muevan de un lado a otro, el olor del champú invade la cabina, es exquisito el olor a coco.

Carajos...

Pasa sus manos por este e intenta recogerlo nuevamente. Sin embargo, yo lo evito posando mi mano libre sobre la suya.

—Déjalo suelto, por favor.

Duda, pero lo hace.

—¿Crees que estoy ojerosa y demacrada? —suelta, llamando mi atención.

Freno de golpe, casi llegando al hotel.

—¿Quién te dijo eso?

—Solo responde.

Y con ello entiendo que necesita tal vez calmar los pensamientos que tiene en su mente.

—No, no lo creo y no es lo que veo cuando poso mis ojos en ti. Para serte sincero, sin ocultar nada, creo que eres bellísima, dulce y hermosa. Te hace falta entender lo maravillosa que eres, debes creértelo. Ya te lo he dicho, para mí Arielle eres la mujer más bella que existe. Yo no veo grises en ti, yo veo miles de colores.

Sus mejillas se tiñen de rosa ante lo que digo, me tomo el atrevimiento de pasear mis dedos por ellas y puedo notar como su piel se eriza a mi tacto, tensando mi cuerpo.

—De verdad quisiera creer todo lo que me dices —susurra, desviándome la mirada.

—Hazlo, porque es verdad. No miento —musito, con voz ronca.

Siento que el espacio a nuestro alrededor empieza a quedarse pequeño, y son asfixiantes las

increíbles ganas que tengo de tomarla en mis brazos y aferrarla a mi pecho para repetirle una y otra vez que es hermosa, ¡porque lo es!

Recarga su rostro en mi mano y el calor de su piel me llena de calidez.

Me siento tentado a más, pero no puedo. Así que con pesar alejo mi toque de su rostro y nos pongo en marcha hacia el hotel. Ayudo Arielle con su bolso, mientras sujeta la Dalia entre sus manos.

Camina muy calmada a mi lado hasta que ingresamos, donde la señora mayor se encuentra sentada recibiendo a quien entra a su hotel.

—Buenos días, gruñón —suelta—. ¡Oh, qué hermosura de señorita!

Suelta viendo a Ariella a mi lado.

—Buenos días —Recita la rubia a mi lado.

—El niño rico y gruñón está bien acompañado. ¡Por fin! —suelta, dándose la vuelta.

Arielle se gira a verme con una leve sonrisa en sus labios, niego divertido, guiándola hasta las escaleras.

—¿El niño rico y gruñón? —inquire, subiendo frente a mí.

—Dice que soy rico, que tengo pinta.

Sus orbes se posan en mí y me recorre con la mirada.

—La verdad es que sí. Tienes pinta de ser millonario —suelta, haciéndome reír.

Acelero mi paso para alcanzarla.

—¿Qué me hace parecer millonario?

—Todo. Tu porte, tu mirada y como vistes.

Le señalé la puerta de mi habitación, y abro con mi mirada en ella.

Sonríe e ingresa, recorre con su mirada el pequeño, pero cómodo espacio. Soy ordenado, así que no encontrara algo fuera de lugar.

Detalla mi equipaje aun sin desarmar, y se sienta en mi cama, dejando a un lado la Dalia.

—Es cómoda.

—Sí, tiene todo lo que necesito.

—¿Duermes? —pregunta llamando mi atención—. La cama está intacta.

—Duermo, pero poco... —susurro.

Coloco su bolso sobre la cama con mi saco, y Arielle me sigue con la mirada mientras busco mi laptop. Ella revisa sus cosas y saca los cuadernos.

—Ponte cómoda, porque de aquí no te irás hasta que estés al día con todo. ¿Ok?

Asiente con sus cuadernos en sus manos, se quita los zapatos y yo hago lo mismo; la alfombra se siente de maravilla tras haber estado tanto tiempo con unos zapatos tan rígidos.

Me deslizo por la orilla de la cama para sentarme en el suelo, y Arielle hace lo mismo.

—¿Por qué duermes poco? —pregunta, revisando sus apuntes.

Mi mirada va hacia las hojas detallando su letra y los pequeños dibujos que hace en las esquinas de estas. Corazones de todas las formas, algunos tristes y otros alegres, imagino que dependiendo del humor de su día.

Su caligrafía es hermosa, delicada y sutil.

—Muchos fantasmas en mi cabeza. Pero ya se cómo derrotarlos.

—¿Cómo?

—Haciendo ejercicio. Entreno mucho, agoto mi cuerpo y eso me ayuda a dormir —digo, la tengo tan cerca que puedo escuchar su respiración.

—Ya entiendo por qué te ves así...

—¿Así cómo?

—Musculoso —declara, mordiendo ligeramente su labio. Acomoda su cuaderno en una de las páginas, y pasea sus manos por esta—. Este es el primer tema —entona, cambiando la conversación que le causa incomodidad.

—Ok, muéstrame. —Extiende el cuaderno hacia mí, acercándose más a mi cuerpo. Su calor llega a invadirme y el aroma que expide su cuerpo me embarga haciéndome cerrar los ojos—. Arielle...

—¿Mmm?

Eleva sus pestañas, impactándome con el particular color de sus orbes.

—Prometí portarme bien, pero no sé si pueda cumplir esa promesa.

—¿Por qué dices eso?

—Porque desde que llegamos, solo pienso en una cosa.

—¿En matarme? —niego divertido.

—En besarte, Arielle.

Capítulo 11

Beso

Arielle Vandenberg

—¿Cómo? —tartamudeo.

—Quiero besarte. —susurra con su mirada en mis labios—. Pero no lo haré, sino tú no lo deseas.

Cierro mi cuaderno y me levanto nerviosa, él imita mi acción e intenta acercarse a mí.

—Arielle, no huyas... yo... no debí decir nada, no sé qué me pasó —suelta ofuscado—. No quiero que pienses que te traje aquí para eso, porque no es así.

—Sé que no es así —digo, y su rostro se relaja—. Yo...

Muerdo mis labios, y detallo las cosas que están el piso, y la Dalia que yace en su cama.

Mi corazón late con prisa, en mi estómago se instala una sensación de vacío, y el calor que nos rodea se vuelve avasallante.

—Lo que pasa... es que yo nunca he... besado a alguien —suelto, bajando la mirada.

Su voz no se escucha, hay silencio. Elevo mi mirada para buscar el porqué no dice nada, tiene su rostro lleno de confusión.

—¿Cómo así, Arielle? ¿No has tenido tu primer beso?

Niego. Ladea su rostro, su mente debe estar intentando de entender mi respuesta.

—¿Por qué?

Tomo una fuerte bocanada de aire y entrelazo mis manos.

—La ansiedad llegó hace dos años, yo... no he tenido novio, ni nada en ese lapso, porque todos se alejan, o, mejor dicho, yo los alejo —musito.

Viene hacia mí con extrema seguridad, pero cauteloso, se detiene a escasos centímetros, detalla mi rostro estudiando algo que me hace sentir un poco incómoda, inmediatamente le desvío la mirada.

—No hagas eso. Estoy intentando comprender cómo esos malditos idiotas no aprecian tu belleza y no hablo solo de la física, hablo de quien eres en el interior, porque eres bellísima en todos los aspectos —suelta, posa sus dedos en mi barbilla ligeramente para que centre mi vista en él—. ¿Quieres que te bese? ¿Quieres que lo haga?

Asiento sin dudarlo siquiera. Mi mirada va hacia sus labios.

Traga grueso y acuna mi rostro, se acerca a mi rostro ligeramente y con mi corazón casi fuera de mi pecho sus labios se posan sobre los míos, para luego separarse lentamente.

Mi garganta se seca.

—Entreabre tus labios solo un poco, mis labios y los tuyos son dos elementos que van a complementarse, sigue mis movimientos y déjate llevar. ¿Sí?

—Sí —susurro, cierro mis ojos y siento el roce de sus labios.

Separo ligeramente mis labios, y él hace lo mismo imponiendo un ritmo que me agrada y que me hace sentir de maravilla, mis piernas tiemblan y solo él me ancla al suelo, dándome esa seguridad de que no me caeré, de que él va a sujetarme con labios y será mi soporte ante el sacudón de energía que invade mi cuerpo.

Siento la humedad de su lengua tanteando mis labios, y sin saber qué hago entreabro más mis

labios e ingresa en mi boca.

El beso es suave y sutil, es más de lo que me he imaginado o he visto en películas. Siento que me quedo sin aliento, sigo sus movimientos, sigo el ritmo suave que poco a poco va cobrando fuerza y que me hace temblar, mi cuerpo es invadido por una ola de calor. Se separa de mí con lentitud, saboreo el momento y abro mis ojos poco a poco.

—Nadie se imagina lo maravillosa que eres, Arielle —dice, con voz ronca—. Me encanta ser yo quien lo descubra.

Estoy que me derrito en sus brazos. Me quedo prendada de sus orbes que brillan con intensidad.

—Estoy temblando.

—Yo también. —Él sonrío de lado y me abraza a su cuerpo. Puedo sentir su corazón latir con fuerza en su pecho—. ¿Te gustó?

Asiento con nerviosismo, vuelve a mis labios para dejar un pequeño beso en estos. Entrelaza su mano con la mía, y me guía al piso nuevamente dónde nos sentamos.

No puedo creer que acabo de tener mi primer beso, mi primer beso con Rhett Owens. Tengo miles de sensaciones invadiendo mi cuerpo.

Recoge mi cuaderno y lo posa sobre mis piernas, acomoda mi cabello detrás de la oreja y pasea sus dedos por mi mejilla.

—Te ganas un pedazo de mí cada vez que me miras... Y eso me gusta.

Me quedo sin decir nada. Vuelvo mi vista a mi cuaderno con una inmensa sonrisa, no puedo alejar mi mente lo que acaba de pasar. Aún puedo sentir sus labios en los míos, las leves caricias que su lengua me proporcionaba, y sus manos pegándose a su cuerpo.

—Es hora de seguir con las actividades. Porque si sigo besándote, Arielle... no podré parar —musita, paseando su pulgar por mis labios.

Dicta lo que debo escribir, y comienzo con manos temblorosas.

Pasamos de un tema a otro, y mi mente empieza a llenarse de paz y calma, no tengo pensamientos intrusivos durante este momento, incluso la presión que sentía en mi pecho por el beso me hace sentir de maravilla, no quiero huir... Quiero quedarme. El que no quiera huir, o no me sienta abrumada, dice mucho.

Rhett se levanta para buscar agua en su pequeña nevera, Lo detallo con esa camisa y su pantalón de vestir, su musculatura y su físico, su cabello rubio y largo lo hace ver muy sexy y ese par de tatuajes que marcan su piel le dan un aire que te incita a caer en sus manos.

Dios...

¿Cómo un hombre como él puede fijarse en una chica como yo? ¿Qué tengo de especial? ¿Qué ve él que yo no?

Las preguntas comienzan a rondar en mi cabeza, se arrodilla frente a mí y niega con su cabeza como si pudiese saber qué es lo que está pasando por mi mente.

—No vayas allí, Arielle.

—¿Puedo pedirte algo? —inquiero, elevando mis pestañas hacia él.

—Lo que quieras... —susurra, hago a un lado mi cuaderno.

—Bésame otra vez, no importa si no puedes detenerte, solo quiero apagar mi mente y sentir. Solo eso... —susurro—. Ayúdame a desconectarme.

No dice nada, hace a un lado las botellas de agua y viene directo hacia mi rostro para unir nuestros labios, siento el golpeteo de mi corazón, esta vez mis manos temblorosas van a su cuello y las suyas me toman de la cintura. Me dejó llevar... no soy experta, pero estoy disfrutando esto con él.

Me mueve rápidamente y chilló al ser tomada por sorpresa para verme sentada sobre sus piernas.

Respira agitado, y yo también.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pare? —niego, quita mi cabello de mi rostro—. Arielle... no creo que sea buena idea, no quiero agobiarte.

—No lo haces —respondo.

—Y eso es bueno. ¿Verdad? —musita, me tomo el atrevimiento de acariciar su cuello—. Mm...

Cierro sus ojos y deja caer su cabeza hacia atrás, sigo con las pequeñas caricias aun estando sobre sus piernas, me siento en el maldito cielo, mi mente ha quedado en silencio y el peso se ha caído.

—Es muy bueno —digo, y él abre sus ojos.

—¿Qué piensas en este momento?

—En que esto me gusta, y que me siento bien.

—¿Bien conmigo?

—Sí.

—Yo también me siento bien, y quiero que entiendas algo, no lo digo por decirlo, es lo que siento... ¿Tienes hambre? Podemos ordenar algo, antes de seguir con las actividades y con los besos.

Me río nerviosa, y asiento. Extiende su mano para tomar su teléfono, no me permite bajarme de sus piernas y me gusta.

Marca a un restaurante de pizzas y ordena una de pepperoni para ambos, con su mirada en mí. Siento que mis mejillas están por estallar, me encanta el cómo me mira, como me veo reflejada en sus orbes. Es una Arielle llena de vida la que se ve en ellos.

Suelta el teléfono y lo pone a mi lado.

—¿Seguimos?

—¿Con qué?

Ríe contagiándome, me sujeta del rostro y me pega a sus labios.

—Con los besos...

*

La caja de pizza yace en la papelería, y el cuarto está perfectamente ordenado. Empiezo a guardar mis cuadernos, mientras Rhett se cambia de ropa en el baño.

Comimos, hice todas mis actividades y nos besamos mucho, ¡muchísimo!, y aún sigo sin creerlo. Reviso mi teléfono y tengo varias llamadas de mi madre.

¡Oh, mierda!

—¿Lista?

—Eh... sí.

Rhett sale con ropa deportiva, y toma su bolso.

—¿Vas a hacer ejercicios?

—Sí, hoy más que nunca lo necesito —dice, viene a hacia mí y deja un beso en mi frente—. Vamos, no quiero que tengas problemas.

—Ok.

Toma mis cosas y me extiende la Dalia nuevamente. Me guía fuera de su habitación, bajamos las escaleras juntos con esa complicidad activa de los besos que nos dimos. No quiero irme, y eso instala una sensación de vacío en mi estómago, que solo significa una cosa, me gustó lo que pasó y como me hizo sentir.

Una comodidad que tenía tiempo sin sentir.

La anciana aparece con un plumero, quitando polvo en cuánta esquina la rodee.

—Oh brillo y destellos en esos hermosos ojos... los colores abundan —canturrea, Rhett ríe y niega escoltándome hasta su camioneta.

Mi teléfono vuelve a vibrar en mi bolso, intento ignorarlo y relajo mi cuerpo al verlo montándose a mi lado. Enciende el motor e inmediatamente busca mi mano para entrelazarla con la suya y poner en marcha la camioneta.

—Gracias por este día. Fuiste la cura perfecta —declara, llevando mi mano a sus labios—. En serio, Arielle.

—Gracias a ti, Rhett.

Asiente, y sin buscarlo suena *Fix you* a en la radio, me tomo el atrevimiento de subirle volumen con su mirada en mí.

Disfrutamos de la letra juntos y las notas.

Nos acercamos a mi casa, y detallo que el auto de mi madre se encuentra en el garaje, así que le pido a Rhett que me deje unas casas más adelante y lo hace no muy convencido.

—Lo más correcto es que te deje frente a tu casa.

—Mi madre está. Mejor no... —insisto, tomo mi bolso y la Dalia.

Rhett se inclina hacia mí.

—Escríbeme. ¿Ok?

—Ok —susurro—. Ten una feliz tarde...

—La tendré, gracias a ti. —Ladea su rostro y deja un dulce y lindo beso en mis labios—. No podré sacarte de mi mente.

—Hasta luego, Ladrón de Dalias.

—Hasta luego, Apellido Extraño.

Bajo de la camioneta dándole una última mirada, y camino con calma hacia mí casa, donde seguro me espera una gran pelea.

Rhett se aleja al verme abrir la puerta, e ingreso detallando a mi madre en la cocina sentada en uno de taburetes.

—¿Dónde estabas, Arielle?

—Estudiando.

Respondo mirándola a los ojos, frunce su ceño y se levanta con calma.

—Podías haberme avisado. Te he llamado más de veinte veces, estaba preocupada.

—Aquí estoy, mamá. Viva... y en paz. Eso debe ser suficiente para ti. Voy a ducharme, ve a tu negocio.

La mirada de mi madre se desvía hacia la Dalia, pero la ignoro y subo las escaleras.

Me siento bien...

Cierro la puerta de mi habitación y sonrío llevando mis dedos a mis labios, cierro mis ojos y todo vuelve a invadirme.

Rhett Owens, me encantas.

Capítulo 12

Imposible

Rhett Owens

Estoy en la caminadora corriendo con fuerza, las gotas de sudor corren por mi cuerpo y mi corazón late con fuerza en mi pecho, pero nada de eso borra la sonrisa que tengo en mi rostro.

¡Carajos!, tenía demasiados años sin sentirme así.

Mi mente no deja de rememorar los besos que nos dimos, como mi corazón se aceleró como si fuese un adolescente... Me sentí vivo. Su bella inexperiencia hizo todo más memorable, más hermoso.

Voy a necesitar reventarme con los ejercicios para calmar mi cuerpo.

Bajo de la caminadora para irme hacia el área de las pesas, levanto todo lo que puedo ejercitando mis bíceps y hombros.

Cuando mis músculos empiezan a mostrar fatiga, paso las series para recoger mis cosas y caminar hasta el hotel. Compro un agua en el pequeño cafetín, y me marcho sin mirar atrás. Mi corazón está a millón, y el reloj en mi muñeca me envía una alerta.

—Debo calmarme —susurro para mí.

Me quedo parado en la cera frente al gym, tomo una larga bocanada de aire y empiezo a caminar despacio disfrutando del pequeño atardecer que empieza a teñir el cielo. Sin darme cuenta me voy acercando a Elli's café, donde en la distancia puedo detallar a la mamá de Arielle conversando muy animadamente con un hombre.

Este le sonríe y busca tomar su mano, ella se remueve un poco, pero finalmente acepta y ríe viéndolo a los ojos, intento detallarlo para ver si consigo algún parecido con Arielle, pero... no, no hay nada.

Ella debe sentir mi mirada, ya que se gira hasta donde me encuentro y frunce su ceño al verme, suelta la mano del hombre y yo sigo mi camino ignorando su intensa mirada en la distancia.

Saco mi teléfono y marco el número de quien me tiene con los pensamientos a mil.

—¿Sí?

—¿Qué haces? —inquiero, dejando atrás a su madre.

—Estoy enviando las actividades por correo. ¿Y tú?

—Caminando de vuelta al hotel... estuve pensando en algo.

—Dime...

—Deberías de ayudarme a buscar un apartamento para vivir —suelto.

—¿Yo?

—Sí, tú conoces la ciudad y necesito tu opinión, en realidad quiero tu opinión —musito, entrando al viejo edificio donde la vieja me recorre con la mirada.

Le guiño un ojo y abre su boca sorprendida. Rio divertido subiendo las escaleras.

—¿Qué paso?

—La vieja del hotel... le guiñé un ojo y casi se infarta.

Arielle se carcajea con fuerza al teléfono, siento un calor en el pecho al escucharla.

—Me encanta escucharte, reír, me das años de vida —susurro—. ¿Vas a ayudarme, Apellido

Extraño?

—Sí. Voy a ayudarte.

—Perfecto. Busquemos opciones entre los dos.

—Está bien —responde.

Me quedo congelado cuando mi mirada da con Vivien y Cassie, llevan algo en sus manos, mi sobrina se levanta del suelo y corro hacia mis piernas.

—Hola, Cass... —digo, aún con mi teléfono en el oído—. Te llamo más tarde, mi hermana y mi sobrina están aquí.

—Está bien. Hablamos luego, Ladrón de Dalias.

La llamada se cuelga y bajo mi teléfono, para ver a Vivien acercándose a mí.

—Hueles horrible —suelta frunciendo su nariz.

—Estaba en el gym. ¿Qué hacen aquí?

—Mi esposo me contó que mi hermano no tuvo un buen día, y vine a verte... en la mañana estaba en el instituto, pero acá estoy ahora. Te trajimos algo.

Cassie me extiende el pastel.

—Gracias —cargo a Cassie, y las guio hasta la puerta de mi habitación. Abro y las invito a pasar.

Detallo que todo esté en orden, y salvo la caja de pizza, todo está en su lugar.

—Carajos, Rhett. ¿En serio duermes aquí?

Mi hermana pasea sus dedos por la mesa, y desvía su mirada hacia un par de pétalos turquesas que yacen sobre mi cama.

—¿Y eso qué es?

—Pétalos —le digo con sorna, bajo a Cassie que corre a encender el televisor.

—¡Tío! ¿Tienes novia? Mis amigas del colegio me enviaron a preguntar —suelta, tomando por sorpresa a su madre.

—No, no tengo novia... pero quizás pronto tenga una. Luego te digo cómo se llama —Cassie se ríe. —. Tienes que guardarme el secreto.

Cassie chilla y asiente emocionada. Siento un golpe de Vivien y rio para sentarme en mi cama, mi hermana sigue mis pasos.

—¿Qué fue lo que pasó? —instiga mi hermana.

—Si vas a analizarme me callo lo que pasó.

—No vine como psicóloga, vine como hermana. Me preocupas Rhett y siento que te estoy forzando a avanzar. Y si es forzado, no deberías hacerlo... —dice, tomando mi mano.

Suspiro con fuerza y me dejó caer en la cama para mirar hacia el techo.

—Todo está igual, no han movido nada... entrar en esa oficina fue como volver en el tiempo. Volví a ser un niño de nueve años, volví a mi adolescencia... hasta me llené de miedo.

Vivien se acuesta a mi lado.

—¿Deseas que mande a sacar algunas cosas?

Niego.

—Vine a hacerle frente a mi pasado... ¿Qué me diría Vivien la psicóloga?

—Te diría... que el pasado es eso, pasado... que, aunque no podamos borrarlo, podemos cambiar el enfoque y la manera en la que lo vemos. Buscar eso que dejo y tomarlo como una fuente de energía que nos impulse a seguir. Aprender que, aunque el dolor se mantenga, eso no define nuestro presente.

Giro mi rostro para detallar a Vivien.

—Él cometió muchos errores, y nos hirió... pero yo no soy esa. Yo no soy el dolor, el

pasado... yo soy quien superó todo, y salió adelante. Tú puedes hacer lo mismo.

Sonríó ante sus hermosas palabras.

—Eres increíble, voy a ducharme para que comamos pastel. ¿Sí?

—Sí, por favor...

Río y me levanto para buscar algo de ropa, y meterme en el baño.

*

Terminamos de ver una película acostados los tres sobre mi cama, Vivien detalla la hora y se levanta para pellizcar las mejillas de su pequeña.

—Es hora de irnos, ya tu papá está esperándonos en casa.

—Yo las llevo —me ofrezco, saliendo de la cama.

—No te preocupes, mi auto está abajo.

—No voy a dejarlas irse tan tarde. Deja tu auto, y que mañana mi cuñado venga por el. Vamos...

Tomo mi billetera y cargo a Cassie para que recargue su cabeza en mi hombro, bosteza agotada. Bajamos juntos hasta el estacionamiento, donde recuesto a mi sobrina en el asiento de atrás.

Vivien toma asiento del lado de copiloto y me pongo en marcha hacia la casa de mi hermana, quién va en silencio disfrutando de la música. Al llegar a su casa, la ayudo hasta el frente donde mi cuñado espera para recibir a Cassie, quien ya está completamente dormida.

—Mañana iré a por el auto.

—tranquilo —musito, dejando un beso en la mejilla de mi sobrina—. Gracias por la visita —digo hacia mi hermana.

Esta me abraza y se adentra a su casa. Me marchó sabiéndolas a salvo y en casa, ya con ello me lleno de tranquilidad.

Conduzco de vuelta al hotel, pero una idea se cruza por mi mente, así que me desvío de la ruta e ingreso a la zona urbana de la ciudad, donde un complejo de casas me da la bienvenida. Paso justamente frente a su casa, mi mirada va directo hacia la ventana que refleja luces de estrellas en el techo.

Sonríó, imaginándola en su cama acostada viéndolas. Aparco a una calle de distancia y camino por la noche oscura, acercándome a su casa. Detallo que el auto de su madre está, pero toda la propiedad se encuentra a oscuras, salvo por su habitación. Tomo una pequeña piedra para lanzarla al vidrio.

Espero un par de segundos, mirando fijamente hacia ese punto que me separa de ella.

Una sombra aparece y la ventana se abre. Su rostro dibuja una sonrisa en mis labios.

Se sorprende al verme, mira hacia todos lados.

—¿Qué haces aquí? —susurra levemente.

—Vine a desearte buenas noches —murmuro muy bajo.

Frunce su ceño al no escucharme. Vuelvo a repetir lo mismo, pero nada, así que hago una locura, me acerco a la fachada de la casa, y por una enramada que visualizo comienzo a subir rezando que sostenga mi peso y que no me haga caer.

El rostro preocupado de Arielle me hace apresurarme.

—Te dije... que vine a desearte buenas noches —digo, cuando finalmente llegó a su ventana.

—¿Estás loco? —inquire, posando sus manos sobre mis brazos para sostenerme.

—Algo... ¿Me vas a dejar pasar?

Asiente, apresurada y abre las cortinas para ayudarme a entrar a su habitación. Procuero no hacer ruido y ella corre a pasar seguro a la puerta.

Recorro con mi mirada todo, y sonrío al notar las Dalias en su escritorio, una ya marchitándose y la otra rebosando vida.

—Muy linda tu habitación.

—Es tardísimo... —dice, llamando mi atención. Yo me giro a verla.

Lleva un pijama de seda, color celeste.

—¿Estabas dormida?

—No... no podía.

—¿Por qué? ¿En qué pensabas? —inquiero, acercándome a ella.

Suspira largo y pesado.

—En ti —suelta.

—¿Específicamente en qué?

Muerde su labio y bajo mi rostro para quedar más cerca del suyo.

—En que sería muy cómodo y agradable, dormir a tu lado... creo que podría conciliar el sueño sin medicamentos.

Asiento, entrelazo su mano con la mía y la guío hasta su cama. Aunque duda por un segundo, me sigue en silencio y sube a esta. Yo me quito las botas y me acuesto a su lado; puedo ver las pastillas en la mesita, pero las ignoro.

Arielle se pega a mi cuerpo y yo la abrazo más. Puedo sentir el calor que emana y como su corazón comienza a calmarse poco a poco.

—Ahora si... buenas noches, Arielle.

—Buenas noches, Rhett.

Capítulo 13

Susto

Arielle Vandenberg

—¡Arielle! —exclaman moviéndome de un lado a otro.

La voz de mi madre me hace abrir mis ojos de golpe, volteo mi rostro hacia un lado, y el espacio está vacío.

Tengo el corazón a mil, volviendo la vista hacia mi madre que me observa con el ceño fruncido.

—Párate. Debes ir a clases... ya me voy a Elli's. El desayuno está listo.

Asiento, sin decir nada, ella camina hacia donde se encuentra mi laptop encendida.

—¿Estuviste estudiando?

—Sí. —respondo confundida.

Estoy segura de que apagué la laptop al acostarme.

Me acerco a la orilla de la cama y detallo las botas de Rhett. Me inclino para meterlas debajo de mi cama, y un leve quejido me hace abrir mis ojos en demasía. Mi madre se gira a verme.

Mierda.

—Bueno, me voy. Me llamas cualquier cosa y pasa por Elli's cuando salgas —dice saliendo de mi habitación.

Recuerdo que le puse botón a la puerta.

Bajo de mi cama apresurada para volver a trancar la puerta con el seguro, y me quedo un par segundos recostada a esta, intentando recuperar el aliento que se ha esfumado por el susto.

Escucho cómo se deslizan debajo de la cama, y Rhett sale con el cabello suelto y con las botas en sus manos.

—No es fácil meterse debajo de tu cama —musita, provocando una sonrisa en mis labios.

—Casi nos descubre.

—La escuché, y me escondí a tiempo. Me quedé dormido, lo siento —dice; y yo niego paseando mis manos por mi cabello, muy nerviosa.

Debo verme como un desastre.

—Estás bella, Arielle —suelta, acercándose a mí.

Pasea sus dedos por mi barbilla, llenándome de calor. Escucho en la distancia cómo mi madre enciende su auto, y me calmo un poco.

—¿Dormiste?

—Sorprendentemente, sí. Toda la noche, hasta que el sol empezó a asomarse por tu ventana —contesta, y yo asiento ante su mirada—. Buenos días, Arielle.

—Buenos días, Rhett —susurro—. Voy a...

Detallo mi pijama y me apresuro a tomar una pequeña bata para cubrirme, él sonríe y se encamina hacia mi laptop.

Desliza su dedo por el touchpad y está cobra vida en un archivo de Word.

—Me desperté temprano, y terminé tu ensayo de ciencias. Solo debes enviarlo...

Me sorprende cuando lo escucho, me acerco a la laptop para notar que ciertamente terminó mi ensayo, hasta le hizo la hoja de presentación.

—¿En serio? ¿Lo terminaste?

—Si. No quiero que salgas mal o que descuides tus estudios por mí. Si puedo ayudarte, lo haré, Arielle. Nada me cuesta. Ya pasé por todo eso... y para mí fue un paseo.

Recarga su cuerpo en la puerta, y me detalla.

—Me gusto dormir contigo.

Siento mis mejillas calentarse.

—A mí también me gustó. —Él asiente satisfecho.

—Debes ir clases. Hagamos algo... yo iré por el desayuno mientras tú te arreglas, vengo por ti y te llevo a clases. ¿Te parece?

—Esta bien...

Me sonrío y se acerca para pellizcar mis mejillas. Se coloca sus botas y va hacia la ventana, dejándome confundida.

—¿Qué haces?

—Me voy... —niego, acercándome a él.

—Por la ventana no, mamá no está... puedes irte por la puerta. Si te caes... yo viviré con ese condenado cargo de conciencia.

—Está bien, me iré por la puerta. Vengo en un rato, lo prometo —dice, y viene hacia mí para dejar un beso en mis labios.

Sale de la habitación dejándome anclada al piso. Corro hacia mi baño, emocionada, porque esto nunca me había pasado, y para ser sincera no pensé que me pasaría. Me he estado hundiendo sola en un abismo, y Rhett, con su llegada abrupta, me ha sacado poco a poco.

Me ducho rápido, y por primera vez en un largo tiempo me dedico a escoger lo que me pondré.

Un pantalón de mezclilla, una camiseta rosa y unas bailarinas.

Arreglo mi bolso, y envío la actividad de ciencias. Paseo mis dedos por las Dalias antes de salir de mi habitación. Bajo las escaleras para esperar a Rhett en frente de la casa, pero le detengo en seco cuando observo a mi madre parada en la puerta.

Mi corazón se detiene por un instante.

Recorre mi cuerpo con su mirada, y temo lo peor. La angustia empieza a tomarme.

—Vi su camioneta en la otra calle, lo vi salir de mi casa... quiero una explicación, Arielle.

—Vino a verme —suelto.

—¿Vino a verte? Paso la noche aquí, Arielle —musita, acercándose a mí.

La presión en el pecho se acrecienta.

—¡No porque tengas 18 años harás en mi casa lo que te de la gana! —exclama—. Lo quiero lejos de ti.

—No... —respondo, con lágrimas en mis ojos—. No voy a alejarme de él, mamá.

Escucho la camioneta aparcar, me tenso porque ella ladea su rostro hacia la ventana. La puerta es tocada y niega volviendo su vista hacia mí.

—¿Arielle? —la voz de Rhett resuena.

Mis piernas tiemblan y doy una larga inhalación. Le paso, por un lado, para abrir la puerta, ella intenta detenerme, pero insisto hasta que lo logro.

Rhett me detalla y desplaza su mirada hacia mi madre que insiste llamándome.

—¿Nos vamos? —inquieta el rubio.

Asiento tomando su mano.

—Te quiero lejos de mi hija —dictamina mi madre con voz fuerte.

Rhett eleva una de sus cejas e ingresa a la casa sin soltar mi mano.

—No voy a alejarme... y acostúmbrese a verme —gruñe, dándole una mirada de advertencia—. Debería ser más empática con su hija... debería entenderla, y, sobre todo, apoyarla. No es solo vigilar que se tome los medicamentos, es ser un apoyo. Y si insiste en prohibirme verla... Yo puedo hablar...

Ella tensa su rostro, se gira para darnos la espalda, no dice nada. Y se da por entendido que no va a cuestionar nada. Rhett sale conmigo de la casa, me sostiene con fuerza la mano, intentando de llenarme de fuerza.

La brisa aligera mi cuerpo, cierro mis ojos y me detengo en toda la entrada, siento sus manos acunando mi rostro.

—Respira... —susurra muy cerca de mí, y yo asiento, uniendo su frente con la mía—. Solo respira... el aire es ligero, y todo está en paz... somos tú y yo. Nadie Más.

Lleva mi mano a su pecho para que sienta su corazón.

—Siéntelo... solo respira, Arielle.

Abro mis ojos para verlo cerca de mí, me guía poco a poco hacia su camioneta sin quitar su mirada de la mía, me abre la puerta y, allí, espera que yo misma tome la decisión de subir, al cabo de un par segundo subo con un largo suspiro aflorando de mis labios.

Rhett baja la ventanilla, y rodea rápidamente la camioneta para subirse a esta y arrancar de una conmigo, en pleno ataque de ansiedad.

Me aleja de mi casa y miles de cosas pasan por mi mente, mi corazón golpea con fuerza en mi pecho y la sensación de aturdimiento llega.

Poso mis manos en mis oídos y subo mis piernas hacia mi pecho para refugiarme en esta.

Me digo una y otra vez...

Solo respira, Arielle. No es tan difícil.

No sé en qué momento, ni en qué instante llegamos al parque. Él abre mi puerta y me carga, pegándome a su pecho para guiarme hasta el césped.

—Aquí estoy... aquí estoy. ¿Sí?

Musita con calma.

Se sienta conmigo acuestas, y quedamos mirando al cielo.

El sol está siendo opacado por una inmensa nube, el clima está algo triste.

—Cierra los ojos, solo concéntrate en ti.

—No soy buena —suelto—. Soy un desastre...

—Eres un ángel, eres increíble y maravillosa. Repítelo en tu mente muchas veces, y dilo en voz alta conmigo... “Soy un ángel, soy increíble y maravillosa.”

—Soy un ángel, soy increíble y maravillosa. Soy un ángel, soy increíble y maravillosa. Soy un ángel, soy increíble y maravillosa —repito, siguiendo el movimiento de sus labios.

—Créetelo. Porque todo lo que digo es verdad —declara él.

Capítulo 14

Sonreír

Rhett Owens

Arielle se ha calmado, va a mi lado con la ventanilla abajo dejando que el aire acaricie su rostro. Cierro sus ojos por largos instantes y no me dice nada. Yo únicamente sostengo su mano, sin abandonarla.

Paseo mi pulgar por la palma de su mano abierta, y ella larga un fuerte suspiro.

—Me siento tan débil cuando esto pasa... —susurra.

—Y no lo eres, Arielle —respondo.

—Yo debo ir a clases. Llévame a clases —insiste y no discuto al respecto, lo que menos deseo es que se aleje o que me vea con un enemigo.

Entiendo que las personas ansiosas suelen irritarse con facilidad, y lo primero que hacen es alejar a las personas de su entorno. He procurado entender lo que pasa por su mente, por eso, me leí el folleto que me dio Vivien. Quiero entenderla, aunque sea difícil.

Llegamos al instituto, apago el motor, mientras Arielle detalla la infraestructura.

—No tienes que ir.

—Eso lo sé.

Toma su bolso con pesadez, baja del auto sin decirme algo, y yo hago lo mismo para pararme frente a ella cuando está a punto de ponerse en marcha.

No eleva su mirada y eso me causa un poco de incomodidad. Porque había logrado que ella me mirara a los ojos y ahora no tenerlo, duele.

—Si necesitas que venga a por ti, llámame Arielle. ¿Sí? Yo no voy a dejarte sola, estoy aquí. ¿Lo entiendes?

Se abraza a mi pecho, tomándome por sorpresa, y cierro mis brazos en su espalda.

—Tú puedes con lo que sea, eres más fuerte de lo que crees.

Asiente pegada a mi pecho, dejo un beso en su cabeza y allí... justo allí, es cuando eleva su rostro para obligarme a respirar con sus orbes puestos en mí.

—Ven por mí a la salida... ¿Puedes?

—Puedo —sentencio.

Traga grueso, y yo hago lo mismo. Muero por posar mis labios sobre los de ella, y lo hago, dejo un pequeño beso en estos que me hace sentir de maravilla.

Se aleja con pesar y asiente alejándose de mí.

Me quedo en la distancia viéndola partir hacia el instituto, quizás hoy no sea un buen día para ella allí, pero entiendo que debe hacerle frente a lo que sucede y eso es algo que me hace admirar a Arielle.

Tiene fuerza y no se deja.

Pienso en algo que pueda animarla, en algo que la llene de felicidad, y me pongo en marcha en busca de ello.

Debo pensar con claridad, tampoco deseo abrumarla con atenciones. Todo con Arielle debe ser con tacto.

Me encamino hacia el hotel para darme una ducha, reviso unos correos que me ha enviado mi

cuñado con documentos de la empresa, y me pongo en ello primero, para poder con calma comenzar mi trabajo en ese lugar.

Debo hacerle frente, y lo haré...

Ignoro a la anciana que sisea al verme, e ingreso a mi habitación. Me alisto lo más rápido que puedo, y busco por internet alguna actividad o evento que suceda esta noche en Atlanta, que sirva para que Arielle se distraiga, y maravillosamente consigo algo.

¡Algo que será increíble!

Cierro mi laptop y llamo a mi cuñado para ponerme al tanto de algunas cosas.

—¿Viste los correos?

—Sí. Convoca una reunión el lunes... me preocupan las obras sin concluir, y la calidad de los materiales.

—Los contratistas, al verse sin un presidente, están haciendo lo que quieren. Están incumpliendo con las fechas de entrega.

—Lo sé. Hace falta ponerles mano dura. Solo, ten todo listo para que yo pueda hablar con el personal.

—Ok, a Vivien le encanta que estés aquí. Está muy feliz estos días, y Cassie ni se diga. Les grita a las amigas que su tío guapo es el mejor. —Me río al escucharlo.

—¿Puedo buscarla en clases hoy?

Quiero hacer algo que anime a Arielle, y Cassie es experta en levantar el ánimo de quien sea.

—Sí, claro. Déjame y notifico a dirección que irás por ella. La dejas en la casa, allá estará la señora Nelly esperándola.

—Gracias, Alex.

Tranco la llamada, y ahora solo me queda esperar porque mi sobrina y Arielle salgan de clases. Así que pasó el tiempo trabajando en la empresa, revisando todos los informes que me ha enviado Alex y, cuando menos lo espero, el día ha pasado y me toca salir por Cassie.

Ella sale primero que Arielle, así que conduzco hasta la escuela primaria. Me formo en la cola de autos que espera con paciencia la entrega de los niños, voy avanzando poco a poco mientras hago el pago de la sorpresa de Arielle por medio de mi teléfono.

Cassie chilla en la distancia al ver mi camioneta, y señala hacia donde me encuentro para que sus amigas me vean. Ya que soy un tío cool me bajo de la camioneta para que puedan verme y recibo con los brazos abiertos a mi sobrina que corre hacia mí.

—¡Tío!

—Hola, Cass... ¿Quieres presentarme?

—Obvio. —Ríe divertida, la guío hasta sus amigas y ella con rostro de orgullo, y muy altiva, me presenta—. Chicas, él es mi tío Rhett. Hace mucho ejercicio y tiene mucho dinero. ¿Verdad, tío?

Asiento, muerto de la risa, mientras las niñas se quedan absortas observándome.

—¿Tío, estás soltero? —pregunta Cass, agitando sus pestañas hacia mí.

—Ehh... me gusta alguien, estoy tratando de conquistarla —digo.

Todas bufan.

—Lo siento, chicas. Mi tío tiene dueña... Chao, hasta mañana.

Caminamos hacia mi camioneta y la ayudo a subirse en esta, le coloco el cinturón y sonrío feliz.

—Ha sido un éxito —murmura, y yo le guiño un ojo. Rodeo rápido la camioneta para ponernos en marcha.

—¿Cómo estuvo tu día?

—Genial, ya sabes. Soy un genio.

—Lo sé, ahora pequeño genio. Necesito un favor de tu parte. Iremos a buscar a una amiga y quizás le haga falta un poco de compañía, comeremos helado y todo lo que quieras con ella. ¿Te parece bien?

Mira hacia la ventanilla y sonríe.

—¿Es la chica que te gusta?

—Lo es... pero nadie puede saberlo. Aún no.

La detallo por el retrovisor, gira su rostro hacia mí y asiente.

Vivien no puede saber aún que estoy “saliendo” con Arielle, sé que lo prohibiría. Ya que es su paciente...

Cassie y yo cantamos algunas canciones camino al instituto, mi sobrina calla al notar donde estamos, es lógico que sepa dónde trabaja su madre.

—¿Qué hacemos aquí?

—Arielle, estudia aquí. —Mi sobrina abre sus ojos, pero se recompone—. Por eso nadie puede saber, no aún.

—Mi mamá va a matarte. —Suelta para hacerme reír.

—Alarguemos mi vida un poco más. ¿Sí?

—Te costará muchos helados, tío. —Me chantajea.

Niego con diversión, y marco el número de Arielle para notificarle que estoy acá. Tarda en contestar, pero lo hace.

—Cumpló una promesa. —susurro, su largo suspiro me indica que ha sido un día de mierda.

—Voy saliendo.

Apago el motor mientras Cassie tararea una canción, y yo ruego por todos los cielos que mi hermana no salga en ningún momento.

—Mamá, no sale a esta hora. Ella tiene reuniones.

En la distancia detallo a Arielle, viene con su mirada pegada al suelo, y aferrada a su bolso, ignora el entorno y camina lo más rápido que puede.

Me bajo rápido y le abro la puerta, ella no dice nada, se sube en silencio.

Vuelvo a mi puesto donde puedo detallar que Cassie intenta verla.

—Imagino que este día no ha sido fácil, pero desde este instante todo va a cambiar. Quiero presentarte a alguien.

—No es buena idea... —murmura.

—Hola —dice mi sobrina detrás de Arielle, la rubia eleva su mirada y gira su rostro para dar con la pequeña que se encuentra atrás—. Me llamo Cassie, y soy la bella sobrina de Rhett. ¿Quieres comer helado conmigo?

—Yo...

Cassie le sonríe de oreja a oreja.

—Mi tío me debe un helado, tiene que empezar a pagarme la deuda que tiene. Acompáñanos, por favor.

—Está bien.

—Gracias... Tío quiero helado de pistacho. ¿Y tú de qué lo quieres?

Arielle se queda pensativa con la mirada al frente.

—De mantecado —susurra—. Nunca he probado un helado de pistacho.

—¡Que! ¿En serio? —exclama, Cassie—. No, vamos ya por el helado de pistacho, tío. ¿Sabías que mi tío tiene un corte de cabello que se llama samurái?

Arielle sonríe de lado.

—¿Lo googleaste?

—Oh sí. Lo busqué en internet... y todas mis amigas andaban locas por él hoy.

—¿En serio? —inquire Arielle, ampliando su sonrisa.

Siento un alivio al notar como poco a poco se va relajando y se va soltando con Cassie, quien llega a un punto que la hace reír con fuerza, y, sencillamente, todo lo malo del día queda escondido en una esquina, porque poco a poco va saliendo a relucir el alma brillante de Arielle, esa misma que la ansiedad intenta opacar.

—Eres muy bonita, Arielle —declara Cassie, sujetando la mano de Arielle mientras caminamos hacia los helados.

—Tú eres más bella —musita en repuesta.

—Mi tío dijo que estaba tratando de conquistarte.

La rubia se tensa y me da una mirada nerviosa.

—¿Cuándo dijo eso?

—Hoy, varias veces ha hecho comentarios... le gustas, y a mí también me gustas. Me caes bien.

Arielle se sonroja.

—Ok, ¿de qué quieren los helados?

—¡Pistacho! —dicen las dos al mismo tiempo.

Hago el pedido y extendiendo los helados a cada una, me acerco ligeramente a Arielle, quien ya se muestra más tranquila.

—Te tengo una sorpresa...

Eleva hacia mí su mirada con timidez.

—¿Cómo así?

—¿Te gusta Coldplay?

—Sabes que sí...

Sonrío de oreja a oreja, y su rostro se llena de curiosidad. Saco mi teléfono y le muestro la compra que hice hace un par de minutos.

Su rostro se desenchaja, y Cassie a su lado chilla llena de emoción.

—¿Es en serio?

—Muy en serio. Todo para verte sonreír... todo.

Capítulo 15

Coldplay

Arielle Vandenberg

Es inexplicable la emoción que siento, no creo que esto sea real, me parece imposible...

¿Cómo creerlo?

¿Cómo procesarlo?

Este día ha sido duro, mi mente no me ha dado tregua, y me ha retraído mucho más, mi nivel de concentración fue nulo.

Me sentía pesada y agobiada, sentía que yo no era buena compañía, que acabaría con el brillo de Rhett si estaba mucho tiempo cerca de mí, y mágicamente ha pasado lo contrario.

Es impresionante.

Detallo las entradas que tengo en mis manos temblorosas.

—Yo... no puedo creerlo —susurro.

—¡Créelo! —chilla Cassie, aferrada a mi brazo—. Grábalos, por favor. ¡Por favor!, te lo pido.

Asiento, con una amplia sonrisa, recibiendo un fuerte abrazo de ella.

Rhett deja un beso en la cabeza de su sobrina, para luego verla marcharse hacia la mujer que espera por ella en la distancia.

—¡Gracias, Cass! —digo, ella se gira a verme y me hace una linda reverencia.

Rio divertida.

—¿Lista? —inquire Rhett, detrás de mí.

Me giro a verlo, aun con las entradas en mi mano, doy un pequeño brinco llena de emoción y asiento. Sonríe, contagiado por mi emoción.

Subo a su camioneta y nos ponemos en marcha, para ir rápidamente a mi casa, a dejar mi bolso y cambiarme. No es mucho el lapso de tiempo que tenemos, ya que debe haber una inmensa cola para entrar al estadio.

En la radio solo se escuchan sus canciones y canto junto a Rhett emocionada, ¡porque podré verlos en vivo!, podré cantar sus canciones a todo pulmón.

Rhett frena y corro con mi bolso hacia la casa, sé que mi mamá no está, así que subo rápido a mi habitación y tomó una camiseta rosa con miles de flores de colores en ella, me cambio las bailarinas por unas converse rosa, recojo mi cabello en una cola alta, y estoy más que lista.

Bajo las escaleras y me encamino hacia la cocina para dejar una nota a mi mamá.

Estoy bien.

Voy al concierto de Coldplay.

Me consigo con Rhett entrando a la casa, me detalla en la distancia y sonrío al verme. Dejo la nota en el refrigerador, y por si no la ve le tecleo un mensaje. Guardo mi teléfono y me acerco a donde él se encuentra esperando por mí.

Lo detallo en la distancia con ese pantalón negro roto en sus rodillas, y una camiseta holgada del mismo tono, su cabello rubio, largo y recogido resalta ante el color oscuro.

—Te ves bellísima —declara, dejándome sin aire.

—Gracias... Y mil gracias por este mágico día.

—Vamos, que el día aún no termina.

Nos encaminamos al estadio Mercedes-Benz de Atlanta donde todo pasará, el tráfico se vuelve pesado a medida que nos acercamos.

Mi mamá comienza a llamarme, y respiro hondo, ya que no quiero que me arruine este momento.

Rhett me da una leve mirada.

—¿Sí?

—¿Cómo es eso de que vas al concierto de Coldplay? —inquire, los ruidos del local opacan su voz.

—Rhett me invitó. Estoy muy emocionada... —susurro.

Suelta un largo suspiro.

—No llegues tarde, Arielle. Cuídate.

La llamada se tranca, y me quedo más tranquila.

—¿Todo bien?

—Todo bien.

Paseo mis manos inquietas por mi pantalón de mezclilla, Rhett posa una de sus manos libres sobre las mías, y eso me calma.

Aparcamos en una plaza libre que luego de un rato conseguimos, bajamos inmediatamente. Él toma mi mano, para guiarnos hasta una de las entradas del estadio, a la misma que indica que es la nuestra. Sostiene nuestras entradas en sus manos, y hacemos la fila para entrar.

Rhett saca su teléfono y nos hace una fotografía, mientras esperamos, llenos de emoción.

Finalmente, cuando pasamos, nos indican que nos coloquemos nuestros brazaletes, los cuales debemos entregar al finalizar.

—Se encenderán al comenzar el concierto —anuncia la chica como una amplia sonrisa—. Disfruten del espectáculo.

La vibra que se siente en este lugar me hace sonreír.

Sigo aferrada a la mano de Rhett, nos encamina hacia nuestros puestos, la multitud emocionada me embarga de su energía.

Estar rodeada de tantas personas por lo general me llenaría de ansiedad, me sentiría asfixiada y saturada, pero en este caso puede más la emoción que siente mi cuerpo al sentirse vivo y en paz, que la ansiedad.

Rhett se posa detrás de mí para cuidarme, y me siento protegida por su altura y contextura física.

—¿Emocionada? —susurra en mi oído.

Asiento con una amplia sonrisa, giro mi rostro y lo elevó para detallarlo con las luces del escenario iluminándolo, acentuando aún más su atractivo.

—¡En serio, gracias!

Baja su rostro hacia el mío, deja un pequeño beso en mi nariz y las luces se apagan.

—Me gustas, Arielle —dice, con el grito del público de fondo.

—No soy fácil... voy a alejarte muchas veces, voy a sabotear la relación, mi situación es demandante. Voy a pedirte miles de veces que me hagas sentir lo que sientes, voy a necesitar escucharlo casi a diario... voy a huir —suelto, pegada a su rostro.

—Y yo te voy a perseguir, voy a buscarte... y no voy a apartarme.

La intro comienza, y los brazaletes cobran vida iluminando la oscuridad del estadio.

Rozo mis labios con los suyos.

—No será fácil.

—Eso nos hará indestructibles.

La música comienza, y Chris Martin sale al escenario junto a su banda. Los gritos resuenan, y Rhett y yo miramos hacia ese punto donde el cantante de una banda que me ha ayudado tanto nos deleita con la primera canción.

Los brazos gruesos y tatuados de quien me cuida me rodea, y canto junto a él llena de emoción.

Viva La Vida comienza y todos brincamos llenos de emoción. Dejándonos llevar por la emoción que le pone la banda a la presentación.

—*Be my mirror, my sword and shield* —recita Rhett, en mi oído.

Desarmándome por completo.

¿Qué hice para merecerme vivir esto?

¿Qué hice para tenerlo a él?

Se está jugando todo para sacarme de la oscuridad y del frío que representa la ansiedad.

Tenemos a pocos centímetros a Chris Martin cantando, y Rhett saca su teléfono para grabarlo, y grabarnos a ambos cantando.

Yellow, comienza... y como si fuese un llamado específico hacia mí, Chris canta hacia mí.

—Te la dedico —musita Rhett.

Y la letra es sencillamente una hermosura. Me giro y lo abrazo con fuerza. Mientras él me canta a todo pulmón.

*Look how they shine for you
Look how they shine for you
Look how they shine for
Look how they shine for you
Look how they shine for you
Look how they shine
Look at the stars
Look how they shine for you
And all the things that you do.*

Las lágrimas afloran. Sus labios chocan con los míos y el beso es pasional, es adrenalina y emoción pura, sus manos me pegan más a su cuerpo y su lengua me guía a seguir su ritmo.

No importa el entorno, los gritos, ni dónde estamos... somos él y yo.

Este sentimiento es más fuerte que todo aquello que puede derribarme, lo sé. Lo siento en mi cuerpo y en mi ser... mi vida necesitaba esto. ¡Yo necesitaba esto!

Fix you...

Lo que para mí es mi himno en momentos oscuros y difíciles llega; y junto al hombre que me llena de vida, la disfruto y el significado de sus palabras cobran vida, nunca la canción había significado tanto como en este momento.

La vivo y la siento, la letra tiene un efecto impresionante en mi cuerpo, abre los poros de mi piel, eriza todo a su paso, llenando de emoción y felicidad mi pecho.

When you try your best, but you don't succeed

When you get what you want, but not what you need

*When you feel so tired, but you can't sleep
Stuck in reverse
And the tears come streaming down your face
When you lose something you can't replace
When you love someone, but it goes to waste
Could it be worse?
Lights will guide you home
And ignite your bones
And I will try to fix you*

Todos elevan sus manos al cielo con los brazaletes de colores en todo su esplendor, y Chris Martin nos hace vibrar.

Vivo el momento de manos del mejor hombre que ha podido cruzarse en mi vida. Me abraza con fuerza y susurra una pregunta que detiene mi mundo, y pausa el entorno.

—¿Quieres ser mi novia, Arielle?

Capítulo 16

Una respuesta

Rhett Owens

No quiero agobiarla, pero el momento perfecto me parece ahora. Es especial...

Entiendo que su mente trabaja sin descanso, y que seguramente se está llenando de preguntas que, aunque para mí tienen claras respuestas, para ella quizás no.

¿Por qué yo?

¿Por qué quiere estar conmigo?

¿Qué tengo de especial?

Y, tal vez, no sean ni la mitad de las preguntas que rondan por su cabeza, pero puedo responderlas viéndola a los ojos, porque realmente quiero estar con Arielle.

—No tienes que responder ahora. —susurro muy cerca de ella.

Las luces de los brazaletes se intensifican, y elevo mi mano hacia su rostro, su belleza es inexplicable.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro... y estoy dispuesto a todo.

Se abraza a mi pecho, mientras la música sigue y todos disfrutan del gran espectáculo que se está ofreciendo por parte de la banda. Ella eleva su mirada y sonríe con dulzura hacia mí.

—Sí.

—¿Sí?

—¡Sí!

Sonríó al escucharla y la pego más a mi cuerpo, bajo mi rostro para buscar sus labios, y fundirme en ella.

Sus besos son delicados, dulces y algo tímidos. Me encanta. Me hace sentir miles de maravillas en el cuerpo.

Nos separamos ligeramente y ambos sonreímos llenos de emoción. Me siento bien, me siento feliz, me siento en paz.

He tenido otras relaciones, pero ninguna me había hecho sentir lleno de emoción, lleno de vida. Es como una chispa que se enciende dentro de mi ser.

Cantamos abrazados y llenos de adrenalina, brincamos y disfrutamos de la noche. Los fuegos artificiales no se hacen esperar haciendo el cierre del espectáculo. Tomo mi teléfono, nos hago un par de fotografías para tener un hermoso recuerdo de este día.

Un día que para ella empezó mal por la culpa, por haberme quedado dormido en su casa, y merecía terminar de la mejor manera. Entrelazo su mano con la mía y la guio hacia la salida donde los brazaletes deben ser entregados.

Arielle empieza a hablar emocionada de todo lo que vio en el concierto, el brillo de sus orbes me indica que está muy feliz.

Respira con fuerza y sonríe mirando el cielo.

—El mejor día de mi vida. ¡En serio! Y fue gracias a ti...

Corre a mis brazos y la cargo.

—Será el primero de muchos, te lo aseguro —afirmo, uniendo nuestras frentes.

—Espero ser lo que desees.

—Lo eres, Arielle.

—Soy de alta demanda —advierde, por su ansiedad.

Entiendo que necesitaré más de mí, que yo de ella. También comprendo que quizás existirán días en que nuestra relación se pondrá a prueba, pero quiero intentarlo.

—Y yo puedo con lo que sea —musito.

La bajo al suelo y caminamos hacia la camioneta.

—¿Comemos algo? —pregunto.

—Sí, por favor. Tengo apetito. Algo extraño. —susurra.

Aprovecho eso y acelero el motor de mi camioneta para llevarla a comer un hot dog, que es lo que le provoca en este momento.

No suelto su mano, y ella tampoco suelta la mía.

—Falta poco para tu cumpleaños, ¿cierto? —pregunta, detallando la ventanilla.

—Sí. Falta poco...

—¿Qué tan poco? —se gira a verme, algunas hebras de cabello se han salido de su cola alta.

—Una semana. ¿Por qué?

—Si eres mi novio, debo saber cuándo cumples años. ¿No crees?

Sonrío al escucharla.

—Sí, debes saberlo. Te haré un informe con datos importantes de mi vida.

—Eso sería increíble. Yo podría prestarte mi diario —suelta hundiendo sus hombros—. Solo que allí... hay cosas que quizás no te agrade leer, y no sé si estoy lista para eso.

Aparco cerca del puesto de comida.

—No necesito leerlo para entenderte, y conocerte, Arielle. Yo veo mucho más de lo que las otras personas ven en ti. Para mí, solo está Arielle... la mujer llena de vida.

Me inclino hacia ella y dejó un beso en su mejilla, siento el calor de su cuerpo, y su respiración lenta y pesada por mi cercanía.

He empezado a adorar cada centímetro de su piel, los pequeños lunares, lo angelical de su rostro, y esa hermosa sonrisa que refleja su inocencia.

—Volví para enfrentarme a mi pasado, y te conseguí a ti. Es lo mejor que me ha pasado en largo tiempo —confieso.

Ella no me ha pedido nada, y me ha dado todo con su sola presencia, ha alejado los miedos y me ha dado la seguridad de que haga lo que haga el pasado es eso, ¡pasado!... algo que no está, y que ya fue.

Acuno su rostro y me embeleso con su dulce mirada llena de pureza.

—Me pones nerviosa —musita.

—¿Por qué?

—Porque eres... —traga grueso—. Muy guapo.

—Bueno, y ahora soy tu novio guapo. Mi sobrenombre debería de cambiar.

Ríe pegada a mi rostro.

—Si llega a cambiar será para... Mi ladrón de Dalias.

Sonrío al escucharla.

—Mi apellido extraño.

Pone sus ojos en blanco, divertida.

—Vander... —interrumpo lo que dice para estampar un beso en ella.

La adrenalina aun del concierto está latente.

Tengo sed de ella. Separa sus labios, permitiéndome adentrarme en su boca con mi lengua.

Sus manos se cuelan por mi cuello para pegarme más a ella, gruño pegado a sus labios sintiendo la descarga eléctrica que recorre mi cuerpo al sentir el tacto de sus delicadas manos, me aferro al asiento de cuero con fuerza, para controlar mi impulso.

Arielle se deja llevar, y el beso va en aumento. Mi mano libre se ancla con más fuerza al cuero.

—Arielle —murmuro en advertencia, ella respira agitada y vuelve a buscar mis labios.

No voy a poder controlarme.

Acuno su rostro, y la alejo un poco. Es un condenado sueño verla con los labios rojos e hinchados, con su respiración agitada y con las mejillas a explotar.

—No es fácil controlarme. No me la pones fácil...

—Lo siento.

Yo sonrío divertido.

—¡Carajos! No te disculpes, no lo hagas —musito—. No haces nada mal. Nada... al contrario, me vuelves loco.

Muerde sus labios con timidez. Recargo mi cabeza en el asiento y cierro mis ojos por un segundo, necesito calmar mi cuerpo.

—¿Estás bien? —inquiere acariciando mi mano que poco a poco va soltando su agarre del cuero.

—Sí, muy bien. Dame unos segundos.

—Ok. —musita acomodándose en el asiento.

Intento relajarme. Giro mi rostro para encontrarla detallándome.

—¿Cuándo te hiciste el primer tatuaje?

Pasea su dedo por mi brazo.

—La verdad es que no lo recuerdo, creo que fue cuando me fui a la universidad, estaba solo y no tenía que rendir cuentas a nadie, así que me vi lleno de libertades. Luego de que comencé, no he podido parar, es como una adicción. El dolor que inflige la aguja es placentero. Soy masoquista —hundo mis hombros.

Ríe, y eleva sus pestañas hacia mí.

—¿Qué piensas? —inquiero ante su mirada curiosa.

—En que en este espacio... —Pasa su dedo por mi antebrazo que se encuentra sin cubrir. —. Quedaría bien una dalia turquesa.

La idea es tentadora y maravillosa. Ahora no podré pensar en otra cosa.

—Sí, tienes razón. Vamos a comer...

Comemos en el pequeño puesto, mientras le explicó el significado de cada tatuaje que está a su vista.

—¿Cuándo comenzarás en la empresa?

—El lunes debo ir sin falta. Estaba pensando que me gustaría buscarte en la mañana y llevarte al instituto ante de irme a trabajar. Claro, ¿si tú quieres?

Asiente, sorbiendo su gaseosa.

—Sí, me gustaría mucho.

—Perfecto. Esa será nuestra rutina diaria.

—Vas a aburrirte de verme —murmura, bajando su mirada.

—Jamás. Eso no pasará, Arielle.

Capítulo 17

Su novia

Arielle Vandenberg

Me dejo caer en mi cama ligera como una pluma, me siento en las condenadas nubes con todo lo vivido en estas pocas horas.

Esto debe ser un sueño.

—¿Cómo estuvo el concierto?

Abro mis ojos al escuchar la voz de mi madre, me siento en la cama y la detallo en la entrada de mi habitación.

—¡Fue increíble! —digo llena de emoción—. Es lo más emocionante que he experimentado.

Asiente sin decir nada.

—Ahora intenta descansar, por favor... —susurra—. Y no quiero visitas en la madrugada, Arielle.

Sale de mi habitación, y yo chilló sin prestarle atención a lo último que dice. Siento a mi corazón palpar con fuerza, es impresionante lo feliz que me encuentro, hace mucho tiempo que no sentía esto.

Saco las entradas de mi pantalón, y las coloco cerca de las Dalias que ya empiezan a marchitarse. Tomo mi diario y comienzo a plasmar en este todo lo vivido el día de hoy.

Las canciones, sus besos, los leves susurros y la adrenalina del momento. No puedo dejar de pensar en él.

Mi teléfono comienza a sonar con varios mensajes, y me levanto para ir a revisarlo. Todas las fotografías y vídeos que hizo de ambos, empiezan a llegarme con un pequeño texto.

Por más momentos así, mi novia.

Unas intensas cosquillas se instalan en mi estómago. Llevo mi teléfono a mi pecho, Cierro mis ojos por un leve instante y me recuesto en la cama para responderle.

Por muchos más, mi novio.

Siento que mi camiseta tiene impregnada su perfume... me deshago de todo menos de ella, para sentirlo cerca, aunque esté lejos.

La pantalla de mi teléfono se pone negra e ingresa una videollamada de él, me acomodo en la cama y deslizo mi dedo por la pantalla.

Muerdo mi labio al verlo acostado ya en su cama, su cabello va suelto y puedo notar que no tiene camiseta. Mi cuerpo se calienta.

—Quiero escucharte decirlo —dice con voz ronca.

—¿Qué?

—Lo que me enviaste por mensaje.

Sonríó recordando lo que le envié.

—Por muchos más, mi novio —susurro, con mis mejillas ardiendo.

La sonrisa que se dibuja en sus labios detiene mi corazón por unos segundos.

—¿Qué harás mañana?

—Los fines de semana suelo ir al café o sencillamente me quedo en casa —informo con calma.

—Entiendo. Deberías acompañarme a buscar un apartamento. Dijiste que lo harías.

¡Tiene razón!

No he buscado nada. ¡Mierda!

—Es cierto, sí. Mañana podemos hacer eso.

—Perfecto. Mañana nos veremos, ahora descansa. Si no puedes dormir, llámame. No lo dudes ni un segundo. ¿Ok?

—Ok.

—Hasta mañana, novia. Descansa.

—Hasta mañana, novio. Descansa.

Ambos sonreímos. No puedo trancar la llamada, coloco mi teléfono a un lado y me recuesto, sin dejar de verlo, él hace lo mismo.

—Duerme...

Intento cerrar mis ojos, pero con él aún en la pantalla de mi teléfono es complicado.

—No es fácil contigo viéndome —musito, y Rhett se ríe con fuerza.

—Hablemos hasta que te duermas. ¿Te parece?

—Me parece. Háblame de ti... quiero saber tus cosas favoritas en el mundo —inquiero, abrazando mi almohada.

Eleva su mirada hacia el techo, frunce sus labios de una manera tan dulce que me enternece.

—Creo que ya sabes que soy un nerd, y que me gusta hacer ejercicios. Eh, me gustan los Skittles especialmente los del empaque rojo, puedo comerme hasta 10 bolsas de una sentada —asiento escuchándolo—. Soy como un niño, soy fanático de las películas de Harry Potter... tengo incluso los libros en versión tapa dura. Los cuales pienso exhibir en el apartamento que compre. Soy muy ordenado, creo que eso lo notaste.

—Sí. Lo noté. En cambio, yo... —canturreo.

Ríe divertido.

—Pero ¡no es para tanto!... Me gusta la pizza, me encanta un café latte de vainilla, sobre todo en un día lluvioso.

Los días lluviosos son algo tristes para mí, y es cuando mi ansiedad se acentúa.

—¿Color favorito?

—El de tus ojos —susurra, mirándome fijamente—. Me encanta como se ven con el sol, y cuando posas tu mirada en mí. Destellan. ¿Cómo van las Dalias?

—Marchitándose —musito—. Quisiera que fuesen eternas...

—Buscaré la forma de que lo sean. Lo prometo...

Bostezo con fuerza, él se ríe buscando comodidad en la almohada.

—Ahora sí, es hora de descansar.

—Está bien.

Cierro mis ojos, sin trancar la llamada. Mi cuerpo se relaja con el silencio y duermo con él, observándome.

*

El olor a comida me hace removerme en mi cama, abro mis ojos lentamente para notar mi teléfono a un lado.

La llamada fue finalizada.

Tomo el aparato y aún no tengo algún mensaje de su parte, salgo de mi cama con pesar, pero totalmente descansada.

Cepillo mis dientes y recojo mi cabello, antes de bajar a desayunar con mi madre. Está sirviendo mi plato de comida, cuando me siento.

—Buenos días. ¿Cómo dormiste?

—Buenos días. Bien...

—Come, debemos irnos a Elli's dentro de una hora. —Tenso mi mandíbula al escucharla.

—Yo... —Elevo mi mirada hacia ella, que ladea su rostro esperando que siga hablando. —.

Hace días Rhett me pidió que lo ayudara con algo, y lo había olvidado por completo. Anoche quedamos que sería hoy.

Suelto sin titubeos. No dice nada, solo detalla que mantengo mi mirada y mi semblante firme.

—¿Ayudarlo con qué?

—A buscar un apartamento. —Mi madre se sienta frente a mí.

Suelto un largo respiro, y ella toma su taza de café.

—¿Tienes conocimiento de la diferencia de edad que existe entre ambos? Se ve mucho mayor que tú, Arielle.

—Sé su edad. Estoy consciente de todo, tanto así que entiendo que él me hace bien.

—Tienes pocos días de conocerlo. ¿Cómo puedes decir eso?

—¿Acaso no me ves? —encaro—. Mamá, estoy bien. Me siento de maravillas. ¡Carajos, mírame!

—Me alegra que estés bien, pero no quiero que tu estabilidad dependa de él.

Musita y siento un nudo en el estómago.

—Luego de ayudarlo iré a Elli's —digo, ignorando su comentario.

Tomo el tenedor y comienzo a comer con su mirada en mí. Disfruto del plato que me ha servido... luego de un rato, ella imita mi acción. Cuando ambas hemos terminado, levanto ambos platos y lavo todos los trastes.

—¿Tu padre te ha llamado? —inquire, detrás de mí.

Niego.

Escucho mi teléfono repicar en mi habitación, seco mis manos y corro hacia las escaleras, pasando, por un lado, a mi mamá. Llego a mi habitación y me lanzo a la cama para contestar lo más rápido que puedo.

—¡Buenos días! —musita—. Pensé que te vería al abrir mis ojos...

Sonrío.

—Buenos días, no sé por qué se finalizó la llamada.

—¿Cómo dormiste?

—Bien... dormí toda la noche. ¿Y tú?

—De maravillas. Aún sigo en la cama, algo extraño pero muy bueno. ¿Todo bien?

—Sí. Acabo de desayunar. ¿Qué harás?

—Pensaba en ir al gimnasio antes de pasar a buscarte. ¿Te parece? Prometo ir duchado.

Me rio nerviosa.

—Está bien.

No creo que mi estabilidad dependa de Rhett, creo que él es el puente hacia un destino lleno de paz, y eso lo hace una persona increíble. Llegó en el momento justo... y nadie va a alejarme de él.

—En dos horas me tendrás allá, nos vemos novia.

—Nos vemos, novio.

Capítulo 18

Calma

Rhett Owens

Cierro mis ojos bajo el agua caliente que comienza a correr por mi cuerpo, ir al gimnasio me ayuda a quemar un poco de energía, y, sobre todo, a mantenerme centrado.

No puedo dejar de pensar en Arielle.

Salgo de la ducha luego de una jornada en gym, y, con rapidez, escojo lo que me pondré, recojo mi cabello con una pequeña cola que me dejó Cassie cuando vino con Vivien.

Dejo todo arreglado en la habitación, llamo a la agente inmobiliaria mientras bajo las escaleras y concreto con ella donde vernos.

Un leve carraspeo me obliga a detenerme, la señora del hotel está en el recibir tejiendo. Eleva su mirada y me sonríe.

Tranco la llamada y me acerco a ella.

—¿Debo algo? —inquiero.

Niega con desdén.

—Eres el mejor cliente que he tenido en años —murmura—. Te dije que conocía a todos en la ciudad. ¿Verdad?

—Sí, lo dijo...

—Arielle Vandenberg. Ya decía yo que esa hermosa chica la había visto en algún lugar.

No digo nada, solo detallo como sigue tejiendo mientras habla.

—Su papá se fue hace años de la ciudad, por un escándalo. La pobre chica ha sufrido, no la hagas sufrir más —dice, llamando mi atención.

Ladeo mi rostro al escucharla, es mi oportunidad de saber todo.

—Yo no la haré sufrir. ¿Por qué se fue? —inquiero, recargando mis codos en la recepción.

Deja de tejer y me observa.

—Tu padre era un miserable que no te merecía como hijo. —Me quedo impactado por lo que me dice—. Siempre fue una basura de hombre, pensé miles de veces en decírselo a tu madre, pero la pobre estaba tan enamorada que veía en él un príncipe azul. Nada de lo que hiciéramos la haría cambiar de parecer.

Un frío recorre mi espalda.

—¿Conocías a mi madre?

—Oh si... Elisa era la más bella, cariñosa y bondadosa. Siempre tenía una sonrisa en sus labios, siempre estaba dispuesta a ayudar a quien fuera. Pero esa escoria se atravesó en su camino —murmura, volviendo a tejer—. No hagas lo mismo que él, no apagues esa luz.

—¡Yo jamás haría eso!... ¿Por qué el papá de Arielle se fue? —insisto, desviando el tema de algo que me afecta.

Frunce sus labios y sigue con su labor.

—Eso es algo que ella debería decirte. No yo... hasta luego, niño rico.

Me ignora a partir de este momento, y, yo me encamino hacia donde se encuentra mi camioneta, para ir en busca de Arielle.

En mi mente no deja de reproducirse todo lo que me dijo la anciana. Siempre ha sabido quién

soy, incluso conoció a mi madre de la cual mis recuerdos son prácticamente nulos.

No recuerdo nada de ella. Lo que sé, es por Vivien. Porque ni siquiera él llegó a hablarme de ella en algún momento. Cuando preguntaba, me gritaba colérico.

—¡Mierda! —gruño, aferrado al volante.

Aparco a una leve distancia de la casa de Arielle, relajo mi cuerpo y finalmente decido bajarme para ir en su búsqueda.

Paseo mis manos por mi rostro lleno de frustración, toco un par de veces la puerta sintiéndome casi derrotado, pero cuando su rostro aparece todo cambia.

Mi corazón hace un fuerte golpeteo.

Ella lleva su cabello suelto, va vestida de negro...

Un top, una chaqueta de cuero y un pantalón ceñido a su cuerpo.

Un ligero maquillaje acentúa su belleza.

Sonríe al verme, y todo lo que me afectaba antes, se esfuma. Quedo sin aliento, y debo recargar mis manos en el marco de la puerta.

—Necesito que me abracés, Arielle —susurro, ladea su rostro y no lo duda ni un segundo.

Rodea mi pecho con sus manos y esconde su rostro en mi cuello, siento el calor de su aliento en mi piel. Paseo mis manos por su espalda e inhalo el aroma de su cabello.

Cierro mis ojos y disfruto de este momento.

—Todo estará bien. Estamos juntos... —musita, y esa frase es música para mis oídos, es alegría y calma.

Ella dándome fuerzas es todo lo que necesito. A pesar de toda la mierda que se acumula en su mente, está dispuesta a estar para mí. Es justo lo que necesito.

—Sí, estamos juntos. Eso es lo único que necesito —digo.

Arielle eleva su rostro y sonríe.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Entrelazo su mano con la mía, caminamos hacia la camioneta, no dejo de mirarla.

—Estás hermosa —susurro, y sus mejillas se sonrojan.

—Gracias. Hoy... mis ánimos están al máximo.

—Puedo notarlo, y eso me hace muy feliz. En serio.

Asiente cuando le abro la puerta. Detallo en la distancia que alguien se nos acerca, me tenso al notar quién es. Es la misma chica con la que salí cuando llegué a la ciudad, está paseando a su mascota. Detalla la camioneta posando su mirada en Arielle.

Yo la ignoro, e intento pasar a su lado, pero busca interponerse.

—Hola, Rhett... ¿Cómo estás?

—Hola, bien. ¿Y tú?

—Bien, no me has llamado.

—He estado ocupado, con mi novia —aclaro—. Y antes de que pienses que cuando salí contigo estaba con ella, no. No es así. Ahora sí, me disculpas... fue un placer verte.

Rodeo la camioneta dejándola parada en plena cera, subo y Arielle no dice nada, busco inmediatamente su mano, no quiero que esto dañe lo bien que se siente.

Ella se aferra a mi mano, me inclino hacia ella y hago que su rostro se acerque al mío.

—Eso no fue nada —susurro—. Tú lo eres todo para mí. ¿Ok?

Asiente.

—Ok.

Poso ligeramente mis labios sobre los de ella, y se relaja ante el beso.

Enciendo el motor y nos alejamos de la urbanización, mientras la rubia hermosa que va a mi lado cambia emisoras buscando algo que le guste.

—¿Ya viste algunos apartamentos?

—No. Supuestamente, la agente inmobiliaria tiene algunas opciones. Ya veremos. ¿Conoces esta dirección?

Le extiendo mi teléfono para que la detalle.

—Sí, claro. Es una buena zona. Las edificaciones allí son nuevas.

Se sale del chat y queda impactada con lo que ve de fondo de pantalla.

—Nuestra foto —dice.

Nuestra foto, la del concierto... ella sonriendo y yo dejando un beso en su mejilla.

—Sí. Nuestra foto... —Le guiño un ojo, y aparco en el edificio en donde la agente inmobiliaria nos espera. Apago el motor y Arielle no quita su mirada de mí—. ¿Qué pasó?

—Eres maravilloso.

Sonríó hacia ella.

—No más que tú. Vamos... nos esperan, y me gusta ser puntual.

Nos encaminamos hacia la mujer que aguarda por nosotros, ansiosa con su maletín en sus manos.

—Mucho gusto, Rhett Owens. Es un placer... ella es mi novia, Arielle Vandenberg —musito, ganándome una amplia sonrisa de quien me acompaña.

—Lissa Quinn. Es un placer. Bella pareja, veamos las opciones. ¿Les parece?

—Perfecto.

Nos guía hasta la edificación, es nueva y lo que me gusta es que está en una buena zona, donde todo está cerca. De lo único que puedo quejarme es que el instituto está lejos...

Subimos al elevador. Arielle no suelta mi mano en ningún momento. Yo solo pienso en que, si ella me necesita, tardaré en llegar a ella.

Entramos al apartamento que está para estrenar, todas sus paredes en blanco, y totalmente vacío con una vista increíble de la ciudad.

Camino con Arielle detallando cada espacio.

—Es lindo... imagina tus libros de Harry Potter en una biblioteca blanca en esa pared —comenta, dibujando una sonrisa en mis labios.

—Me gusta la idea, pero no me gusta el lugar.

—¿Por qué?

—Porque estaré lejos de ti. Quiero algo más céntrico.

—Este es el primero, apenas —susurra—. En auto llegas rápido a donde sea.

—Este no es —Sentencio, girándome hacia la mujer—. ¿Tiene alguna opción céntrica?

—Sí, claro. Vamos...

—Vamos. —Arielle se ríe, divertida por mi actitud—. ¿De qué te ríes?

—De nada...

—¿De nada? Lo que dije fue en serio. No pienso estar lejos de ti.

La pego a mi cuerpo, y dejó un beso en su cabeza.

—Sigamos buscando y viendo...

—Sigamos.

Capítulo 19

Ataque

Arielle Vandenberg

Hemos visto en lo que va de día cuatro apartamentos en la ciudad, Rhett le ha buscado inconvenientes a cada uno de ellos, mientras yo lo observó y río por sus excusas básicas.

“El balcón no me gusta”

“La puerta suena”

“Aquí no cabe el televisor que quiero”

Y así...

Sencillamente, ninguno está lo suficientemente cerca de donde vivo, es el gesto más bello de todos, pero debe decidirse.

Entramos al quinto apartamento, voy directo hacia el balcón, sonrío, por qué en la distancia puede verse la urbanización en donde yo vivo.

Estoy segura de que este sí va a gustarle.

Siento su presencia detrás de mí, sus manos se posan en mi cintura y me pega a su pecho.

—Este sí me gusta —susurra.

Río con fuerza, no hay más nada. Solo la vista...

—Imagino el porqué.

—Y estoy seguro de que aciertas. —Deja un beso en mi mejilla y se aleja para seguir viendo el apartamento—. Parece que lloverá.

—Así es.

Es bonito, acabados modernos, paredes blancas, techo alto, lámparas negras y una muy moderna chimenea.

—Tiene tres habitaciones, una puede disponerla como oficina y la otra de vista, la habitación principal es amplia, con otro balcón y ventanal, baño privado y vestidor.

Nos muestra la habitación.

—Me gusta —dice, se gira a verme—. ¿Te gusta?

Me sorprende ante su pregunta. La misma que me toma desprevenida.

—Sí. Me gusta. Es lindo... yo lo rentaría.

—No pienso rentarlo, voy a comprarlo —dice, guiñándome un ojo—. Finiquite los documentos, este es.

La mujer sonrío llena de emoción, ya que ha cerrado una gran venta.

—¿Sabe el precio?

—No importa, solo... lo quiero —susurra, viniendo hacia mí. Pasea sus dedos por mi mejilla—. ¿Dónde irán los libros?

Tomo su mano y lo guío hasta la sala, donde pienso que se vería increíble una biblioteca con sus libros.

—Aquí.

—Me gusta —puntualiza.

—Señor Owens, necesito que llene este formulario para gestionar la compra. ¿Podría, por favor?

—Sí, claro.

Se aleja con pesar mientras salgo al balcón. Respiro el aire frío con olor a lluvia y cierro mis ojos. Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi pantalón.

Lo saco pensando que es mi madre, pero me tenso al ver quién es. Deslizo mi dedo por la pantalla algo dudosa.

—¿Sí?

—¡Arielle! ¿Cómo estás?

—Bien, papá —susurro—. ¿Y tú? Tenías semanas sin llamarme.

Su voz me llena de nostalgia.

—Sí, lo sé. Lo siento es que Patricia dio a luz, y hemos estado ocupados con el nacimiento del bebé.

Frunzo mis labios al escucharlo. Él hizo su vida... Tiene otra familia.

—¿Y no pudiste avisarme? ¿No pensaste en mí? Papá, yo también soy tu hija.

Bufa en la línea.

—Arielle no empecemos.

—¿No empecemos...? —repito—. Lo siento, papá. Es solo que te extraño, casi no hablamos, tengo meses sin verte. Te divorciaste de mamá, no de mí. Entiendo que tienes una familia...

Un llanto se escucha en la distancia interrumpiendo lo que él diría, siempre pasa algo. Trago grueso y las lágrimas se acumulan en mis ojos.

—Te llamo luego, el bebé está llorando. Hasta luego, hija.

La llamada se cuelga y me quedo con el aparato pegado a mi oído, pensando que no me colgó, que yo solo estoy escuchando locuras.

Finalmente, bajo el teléfono y me quedo viendo la pantalla sin decir nada.

Siento unas manos posarse en mis hombros al tiempo que una lágrima corre por mi mejilla. No podía ser tan perfecto este día.

No podía ser.

—Hable con la agente, nos va a dejar quedarnos un rato. Luego, debemos entregar la llave en recepción. Va a ir agilizando la compra.

No digo nada, me quedo en silencio llamando su atención.

Rhett se para frente a mí, para notar las lágrimas y mi teléfono en mis manos.

—¿Arielle? ¿Qué pasó?

—Yo nunca seré suficiente —murmuro, como en una especie de trance. La ansiedad empieza a tomar rienda...

Cruzo mis manos en mi pecho y me cierro a todo. La pesadez me impide moverme, y el dolor de estos que no existía, llega haciéndome sentir débil.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué pasó?

—Pasa que existo. Eso pasa... pasa que me quema no importarle, pasa que me duele mucho tanta mierda. Que quiero que acabe... que acabe para siempre. —Sollozo, dando un paso hacia atrás, alejándome de su toque—. Tengo que irme...

—No —musita, intentando evitarlo—. ¡Carajos, Arielle! Ven acá.

Niego repetidas veces sintiendo el pánico correr por mi piel. La sensación de muerte es desagradable, es terrorífica.

Acuna mi rostro con evidente preocupación, seca mis lágrimas como puede, mientras intenta zafarme de su agarre.

—Suéltame. Quiero irme... quiero irme. Quiero irme... —murmuro, entre dientes.

Niega aferrándome a su cuerpo.

—Respira... solo hazlo, sé que puedes.

—¡No! ¡Suéltame! Quiero irme... yo no sirvo, yo no importo.

Las preguntas llegan, junto con los pensamientos que agobian mi mente.

Llevo mis manos como puedo a mi cabeza, quiero salir corriendo, necesito salir de aquí, el espacio empieza a sentirse pequeño y sofocante.

—Quiero estar sola.

—No voy a dejarte sola. Habla conmigo, dime qué pasó... Arielle quiero estar para ti, estoy para ti.

—No sabes lo que dices, todos se alejan, todos se marchan porque yo soy un desastre, porque la ansiedad me controla. —Lo empujo con todas mis fuerzas.

Y busco salir del apartamento, necesito aire... No bajo por el elevador, voy directo a las escaleras, sintiendo el insistente golpeteo de mi corazón.

Quiero correr y perderme. Correr y no volver...

Un fuerte estruendo retumba las paredes de la construcción, llegó al lobby y la torrencial lluvia que hace rato amenazaba con caer, lo hace...

Salgo sin importarme mojarme.

Me detengo en todo el frente del edificio, al sentir las frías gotas recorrer mi piel. Elevo mi rostro hacia el cielo y cierro mis ojos.

¿Por qué no puedo ser normal?

Siento unos brazos que me arropan por la espalda, lloro con fuerza recargando mi cabeza en su pecho.

—Aquí estoy —susurra, con la torrencial lluvia cubriéndonos por completo.

Él me coge de las piernas y me carga.

—Aquí estoy. Lo que sea lo vamos a superar... tú y yo. Dijiste que estabas para mí, yo estoy para ti.

Sisea, conmigo en sus brazos en plena acera de la ciudad.

Mi cuerpo poco a poco se va relajando bajo la intensa lluvia que ha tomado los cielos. No sé cuánto tiempo permanecemos así, no sé cuánto tardo en calmar mi cuerpo. Solo sé que luego de un rato poco a poco voy sintiendo calma. Soy elevada por los brazos de Rhett, el vigilante del edificio le extiende un par de toallas, y este las toma.

Entramos al elevador, y subimos a lo que será su nuevo hogar. Ninguno dice nada, me mantengo pegada a su cuerpo húmedo. La puerta se cierra y me guía hasta donde se encuentra la chimenea, la enciende con el control remoto, mientras se escucha la lluvia de fondo.

Me quita mi chaqueta de cuero y posa sobre mis hombros la toalla que el vigilante nos proporcionó. Pequeños temblores toman mi cuerpo, él frota mis brazos desnudos.

—Respira.

Está empapado, las pequeñas gotas recorren su rostro, su camiseta gris está ceñida a su cuerpo.

Mis manos van al borde de esta, su mirada está en mí con el rostro lleno de tensión. Levanto un poco y él eleva sus brazos para dejarme quitársela. Su torso queda al descubierto, anclo mis rodillas al suelo y me elevó un poco para soltar su cabello húmedo.

Dejo que las piezas húmedas caigan al fino piso de madera.

Él no dice nada, sus manos van a mi rostro cuando quedó a su nivel nuevamente.

—¿Estás bien?

—Bésame, tócame... por favor.

Sé mi escape...

Capítulo 20

Deseo

Rhett Owens

Su teléfono, junto a los zapatos de ambos, terminan en el piso. La subo a mis piernas, y la beso desesperado, porque deseo borrar todo lo que su mente padece. Deseo ser su escape de la ansiedad.

Bajo la lluvia entendí que necesita sentirse acompañada, las palabras están de más cuando ella solo quiere sentir que no está sola. Cuando los miedos la agobian y los pensamientos toman partido.

Ella necesita sentir que alguien está allí, que nada de lo que pasa en su cuerpo, puede controlarla. Que ese miedo y pánico inminente no tienen más fuerzas que ella.

Sus manos se pasean por mi espalda desnuda hasta subir a mi cabello, las mías, por su parte, se anclan en sus caderas para pegarla más a mí, uniendo nuestras pelvis.

¡Mierda!

Mis labios pasan de su boca a su cuello. Arielle murmura mi nombre en un leve jadeo, y yo sigo dejando rastros con mis labios hasta llegar a su pequeño top.

Entiendo que ella busca sentir, que quiere drenar el estrés... y yo quiero ser esa fuente de alivio para su alma.

En la posición en la que me encuentro, soy capaz de advertir el fuerte y acelerado golpeteo de su corazón en su pecho. La tomo del rostro y la obligo a mirarme.

—Me gustas demasiado —murmuro, extasiado.

—Tú también me gustas, demasiado —susurra ella—. Lo siento.

Niego.

—Ven acá —gruño, para besarla nuevamente.

Toma el mando sorprendiéndome, se adueña de mi boca, y sus caricias dejan estragos en mi piel. Caricias inexpertas, que me desarmen... que me vuelven un desastre, que me exciten muchísimo.

Jadeo pegado a sus labios, mis manos van hacia sus nalgas, dejándome llevar por la intensidad de sus besos.

—Arielle —murmuro, pegado a sus labios—. Necesitamos parar...

—No pares. No lo hagas.

Sus manos van a la orilla de su top y con su mirada puesta en mí se deshace de este haciéndolo a un lado, se intimida un poco ante mi intensa mirada que detalla su torso desnudo y sus hermosos pechos expuestos ante mí.

La pego a mi cuerpo, siento el calor de su piel con la mía fusionándose a la perfección, el roce de sus senos eriza todo a su paso. Me enciende más...

Paseo mis manos por su espalda, y recorro con mis labios su cuello hasta bajar a su pecho.

Elevo mi mirada antes de proceder a hacer lo que deseo, ella asiente con respiración agitada, y tomo uno de sus pechos en mis manos para acariciarlo levemente con mi pulgar.

Arielle cierra sus ojos disfrutando de lo que sucede, y mi boca se hace agua ante lo que tengo frente a mí. La imagen de ella, disfrutando, es exquisita.

Me acerco a su pecho, a ese mismo que rozo con mi pulgar para llevarlo a mi boca, Arielle reprime un delicioso gemido cuando siente mi aliento y mi lengua en su pezón, jugueteo con este... de manera delicada, quiero hacerle sentir que es especial, porque lo es.

Paso al otro y su cuerpo se estremece entre mis brazos.

Sus manos se hunden en mi cabello largo. Me hace hacia atrás con fuerza y con respiración agitada, gruño ante lo que hace.

Su atrevimiento me descontrola.

Se queda prendada de mi mirada, su cabello húmedo se pega a su piel, deja caer la toalla y el calor del fuego con su luz nos cobija.

—Eres mi salvación —susurra.

—Y tu la mía —respondo, volviendo a sus labios. La abrazo con fuerza, y la recuesto con cuidado en el suelo.

Me subo sobre su cuerpo metiéndome entre sus piernas, nuestros cuerpos se rozan, de una manera exquisita.

Uno mi frente con la de ella...

Intento calmar lo que sucede en mi cuerpo, pero es más que evidente que ambos estamos excitados y dejándonos llevar por lo que sentimos.

No quiero agobiar a Arielle, y menos aprovecharme de cómo se siente en este momento.

Sus manos inexpertas me acarician, y no me ayudan a controlarme.

Mi cadera comienza a moverse, buscando el roce de nuestros sexos.

Arielle jadea hundiendo sus uñas en mi espalda.

—Oh, Arielle... —pronuncio, bajando mi rostro hacia su pecho.

Junto sus senos, para pasear mi lengua por ellos y ella hunde sus manos en mi cabello.

Siento una vibración cerca de ambos, Arielle se tensa y lo siento volviendo a su rostro. Tensa su mandíbula y ladea su rostro para notar que es la pantalla de su teléfono la que se ilumina.

—No quiero contestar —susurra, respiro con dificultad, cierro mis ojos por un instante —. No dejes de besarme —pide agitada.

Acuno su rostro.

—Jamás, pero... no tengo protección aquí. Y no quiero que nuestra primera vez suceda así, en un piso... te mereces el cielo y las estrellas —musito, volviendo a mis cabales.

La vibración continua, ambos la ignoramos. Sabemos quién es... y si Arielle contesta el momento se arruinará.

—Yo solo quiero olvidarme del mundo en tus brazos —dice, volviéndome mierda.

Tengo el corazón a mil, y más con ella dispuesta a entregárseme.

—¿Estás segura? ¿Muy segura?

—¡Sí!

—Mierda...

La recorro con mi mirada, me extiendo para tomar su teléfono y lo apago. Ella no dice nada, no objeta, solo me observa. Alejo el aparato y antes de quitar el botón de su pantalón vuelvo a preguntar.

Ella asiente.

Quito el botón de su pantalón, sus manos recorren mi torso justo donde están los tatuajes que ocultan mi ropa.

Bajo el jean negro descubriendo sus piernas, una pequeña braga queda al descubierto. Me inclino hacia ella para besarla, y voy bajando por su cuello, recorriendo cada centímetro de su piel, poco a poco, hasta llegar a su abdomen.

Su cuerpo tiembla ante mis ligeros besos.

—Quiero todo contigo, Arielle. Y no son palabras vacías...

Elevo mi mirada hacia ella, jadea con fuerza. Mi corazón se desboca.

Poso mis dedos ligeramente en el borde de su braga, poco a poco comienzo a bajarla, dejando pequeñas caricias en su delicada y pálida piel blanca.

Queda completamente desnuda antes mis ojos, una fuerte ola de calor recorre mi espalda, haciéndome sentir vivo y deseoso ante lo que tengo frente a mí.

Cada centímetro de su ser está lleno de hermosura y pureza.

Sus mejillas se enrojecen más, intenta cubrirse, y yo niego agitado; estoy lleno de placer.

—Estoy seguro de que lo que voy a decir quizás te suene trillado, pero, eres la mujer más bella que he visto en mi vida.

Musitó fascinado.

Mis manos recorren sus muslos, la empujó hacia mí. Siento la delicadeza de su piel bajo el toque de mis dedos, me acerco a su centro y su cuerpo se tensa al instante.

Es primera vez que es explorada, y tocada... y debe ser memorable. Si voy a ser el primero en su vida, seré ese que cuando me recuerde su piel se erice y su corazón se acelere, quiero ser ese que la deje sin aliento y, sobre todo, que la haga sentir única.

Seré todo, porque eso es lo que ella se merece y le daré todo sin necesidad de que lo pida. Porque así debe ser el amor.

Llego a su sexo y ella muerde sus labios con fuerza, acaricio ligeramente el contorno de este, una pequeña tela de fluidos los cubre, y eso me dice que le gusta lo que hago, que lo está disfrutando.

Estiro su pierna y la subo en mi hombro, reparto pequeños besos en la cara interna de esta mientras paseo mis dedos por su vagina húmeda.

Sus manos se afianzan al suelo.

—¡Rhett! —murmura.

—Voy a besarte toda... —declaro, llegando a ese punto de placer donde sus fluidos hacen resbalar mis dedos.

Suelto algo de mi aliento caliente en la zona.

—Oh, dios...

Mi lengua roza sus labios mayores, los separo un poco con mis dedos, para adentrarme en su sexo y saborear sus fluidos.

Sus gemidos y movimientos me indican que le gusta, que lo está disfrutando, tanto como yo.

Su cuerpo, su entrega y el deseo que siente me tienen delirando.

Me separo un poco de ella para detallarla en pleno éxtasis.

Arielle se yergue y se acerca a mi rostro. Recorre con su mirada y con su ligero toque mis brazos, y va dibujando con ellos la silueta de uno de mis tatuajes.

—Te deseo —susurra agitada—. ¡Te deseo, ya!

Capítulo 21

Entrega

Arielle Vandenberg

Un hombre como Rhett está lleno de experiencia, sus manos sobre mi piel se mueven con agilidad, su lengua y sus labios dejan rastros en mí, que estoy segura de que jamás podré borrar. La manera en la que me toca es sublime, y erótica.

Lo que siento al estar entre sus brazos es maravilloso.

Tiemblo ante su toque, ante las sensaciones que produce en mi ser, un fuerte calor me invade y se centra en la parte baja de mi vientre, crece mi necesidad por él.

Quiero olvidarme del mundo, quiero ahogar mi ansiedad en un pozo oscuro y sin fondo.

Ambos respiramos agitados, su aliento y el mío se funcionan ante la cercanía de nuestros rostros.

Estoy desnuda, y llena de líquidos que me hacen sonrojar. Esto nunca me había pasado... todo lo que está sucediendo a mi cuerpo es nuevo para mí.

Son nuevas sensaciones, agradables y placenteras, hasta podría decir que incluso son adictivas.

Sus dedos rozan mi sexo, tenso los músculos de las piernas ante las deliciosas cosquillas que se propagan por mí ser, quiero más, quiero mucho más. Muerde su labio inferior mientras me desarmo en sus brazos, su mano libre va hacia el botón de su pantalón.

Me embeleso con su mirada llena de deseo hacia mí.

Deja de besarme y tocarme por unos segundos para deshacerse de su pantalón, yo no puedo alejar mi mirada de su cuerpo, de sus tatuajes, de sus músculos. Su desnudez es exquisita, y lo que en un principio me causaba un poco de pudor, ya en este momento no lo hace, no me preocupa el estar desnuda ante él... yo solo quiero entregarme a sus brazos y fundirme en su ser. Tener esa sensación de que somos uno solo.

No hay voces, no existen esas preguntas en bucle, no hay sensación de miedo, no hay pánico... solo deseo y necesidad.

Es liberador.

Quita su bóxer descubriendo su erección, mi respiración se detiene por un instante, pero sus labios, chocando con los míos, me obligan a tomar aire.

Recuesta mi cuerpo con cuidado en el piso caliente, solo se escuchan en este momento nuestros leves jadeos, y las llamas ardiendo, ardiendo tanto como nuestros cuerpos.

Su cuerpo está sobre el mío, puedo sentir su erección muy cerca de mi pelvis.

Roza su nariz con la mía.

—Prometo que voy a cuidarte.

Asiento ante sus palabras, tragando grueso.

No temo nada, no quiero huir. Quiero quedarme aquí.

Se separa de mí, ancla sus rodillas al suelo y me recorre con la mirada, con una de sus manos acaricia mi sexo palpitante, ese mismo que se contrae.

Puedo sentir una leve presión.

—Respira profundo. Iré muy despacio —susurra agitado.

La presión vuelve enviando a mi sexo una especie de ardor que empieza a invadirme por dentro. Jadeo con fuerza y mi mano va hacia la suya. Entrelaza nuestras manos.

Siento como se va abriendo paso en mi ser, cómo va desgarrando mi interior, su cuerpo cae sobre el mío, busca mis labios, con desesperación. Intento soportar lo que sucede... la extraña sensación de ardor y dolor.

Se aleja de mis labios y me observa estudiando mi rostro que se contrae.

—Shh —sisea—. No te muevas. Tienes que acostumbrarte... ¿Dolió?

—Sí —murmuro.

—Ya pasará. ¿Ok?

Asiento.

Su cuerpo se estremece, hago caso a lo que dice, cierro mis ojos intentando acostumbrarme a lo que sucede en mi cuerpo.

Sus manos acarician mis mejillas con dulzura.

—Mi Arielle —jadea agitado—. Mi Dalia hermosa.

Sus caderas comienzan a moverse poco a poco, mis jadeos resuenan en las paredes del apartamento, con ecos.

Somos únicamente él y yo... a oscuras, e iluminados por el fuego. Es perfecto, es justo lo que quiero.

El dolor comienza poco a poco a hacerse placentero, mi piel se eriza, sus besos y sus caricias me invaden, respondo a estos, obnubilada por lo que sucede, mis piernas se cierran en su espalda y sus gemidos se ahogan en mis labios.

La intensidad aumenta, sus manos se entrelazan a las mías, hunde su rostro en mi cuello entre jadeos y gemidos de placer.

—Dios... —gimo con fuerza.

El movimiento de sus caderas choca con mi cuerpo, los músculos de mi vientre y mi sexo se contraen, lo que siento es indescriptible, es alucinante.

Jadeo su nombre, y eso acelera su ser. Suelta mis manos para pasarlas por mí espalda, me separa del suelo, y me carga para sentarme sobre él.

Gimo al sentirlo entrar por completo en mí.

—Esto se siente tan distinto, sabía que sería así en cuanto me tocaste la primera vez... ¡Jamás había sentido esto, Arielle! Jamás... —jadea, y cierro mis ojos.

Sus palabras aceleran mi cuerpo, lo avivan.

Me sujeta de mis nalgas, y me indica el movimiento que debo hacer.

—A tu ritmo —aclara, cuidando siempre que me sienta bien, que no me duela.

Sigo la marcha que propone, muevo tímidamente mis caderas, muy despacio al principio buscando adaptarme, y sobre todo a disfrutar. Lo hago a tal punto que me muevo un poco más rápido, sus gemidos y sus gestos me indican que le gusta lo que hago.

—¡Oh mierda!

Acuna mis senos, y su lengua rozando mis pezones me hace jadear.

En algún punto me imaginé este momento, pero no creí jamás que fuese tan maravilloso como lo ha sido hasta este instante. Siento la entrega de su ser, de su alma e incluso de su corazón.

Es como si fuésemos uno solo. Uno solo...

Sus manos me recorren y las mías imitan su acción, le permito a mi cuerpo tener la libertad de explorar lo inexplorado, de disfrutar de sensaciones jamás sentidas, de entregar todo aquello que nunca podría soltar con naturalidad.

Mordisquea ligeramente mi mandíbula enviando corrientes a mi abdomen bajo, grito con fuerza al tiempo que mi garganta se seca.

Sus manos se clavan en mi cintura, me eleva con la mirada llena de oscuridad y placer para luego bajarme con fuerza.

—¡Dios! —gimo, sintiendo miles de cosas en mi cuerpo.

Las venas de su cuello se marcan, y una pequeña gota de sudor comienza a recorrer su frente. Vuelve a hacer lo mismo, una y otra vez, el sonido de nuestro cuerpo chocando es otra forma de excitación.

Me abraza y me recarga con cuidado en el suelo, sin apartarse de mí.

Sus manos me recorren desde el cuello hasta el abandonen bajo. Está disfrutando de la imagen que le doy, y yo hago lo mismo con él. Lo recorro con la mirada, intento grabar este momento, porque verlo así, entre mis piernas, jadeante y excitado, parece mentira.

Lleva un mechón de su cabello detrás de su oreja, su abdomen se marca y sus gruesos y fuertes brazos me sostienen de las caderas, comienza a entrar y a salir de mí con brío, muerde sus labios y yo hago lo mismo, llevando mis manos a mis pechos llenos de sensibilidad.

—Voy a correrme —jadea—. ¡Mierda, Arielle! Me tienes mal...

Declara tumbándose sobre mí, me cubre con su ancho torso, une nuestras frentes mientras sus caderas siguen moviéndose.

Mis músculos se contraen...

—Te quiero, te quiero mucho —musita en mi oído, y eso es todo para mí y para mi cuerpo, el cual sucumbe entre sus brazos, liberando la tensión que se iba acumulando y me obliga a clamar su nombre con fuerza.

Su cuerpo reacciona al mío, hunde su rostro en mi cuello, y jadea entre temblores y tensión.

Deja de moverse, y evita dejar caer su peso sobre mi cuerpo, manteniendo este sobre sus brazos. Acaricia su nariz en mi mejilla, abro mis ojos en busca de su mirada y la consigo.

Sonrío débilmente, mi corazón aún intenta recuperarse.

—Mi alma te ha estado esperando por largo tiempo, ahora lo sé. Te quiero, Arielle.

Sus labios dejan un beso en mis labios.

—Y yo te quiero a ti, Rhett.

—¿Te gustó?

Asiento, agitada.

—¿Dolió?

—Solo un poco —musito.

Siento como empieza a retirarse y la sensación me recorre el cuerpo, el vacío se hace presente.

—Debemos ir a por una pastilla —dice en un leve susurro—. ¿Ok?

Entiendo a qué se refiere.

—Ok. ¿A ti te gustó?

Sonríe iluminando mi ser. Sus dedos se pasean por mi pecho desnudo, baja su mirada a mi cuerpo y muerde sus labios.

—Muchísimo. Tanto... que puedo repetir, una y otra vez.

Declara con una sonrisa llena de picardía.

—Pero tendré que contenerme porque te duele.

Se recuesta a mi lado, y me pega a su cuerpo. Elevo mi rostro para detallar su perfil. Soy tan feliz, que siento todo como si fuese un sueño.

—Es real, somos reales... —declaro, en voz alta, para creerme este momento, y esta realidad.

¡Sí, existe! ¡Sí, somos!

—Somos reales. Siénteme.

Toma mi mano y la lleva a su corazón, el mismo que aún se mantiene agitado.

Es real.

Capítulo 22

Mi Dalia

Rhett Owens

No suelto la mano de Arielle en ningún momento, no quiero que sienta o que piense que luego de lo que pasó las cosas cambiarán. Porque no será así, y si llega a hacerlo será para mejor.

Beso ligeramente sus nudillos y sonrío con timidez, caminando hacia la farmacia porque debo ser responsable, debo cuidarla. Entramos al pequeño local.

La acerco a mi cuerpo, y le susurró en el oído al notarla nerviosa.

—Escoge algunas golosinas, yo iré por las pastillas —susurro.

Asiente elevando su mirada hacia mí.

Me encamino hacia la parte trasera donde se encuentra el mostrador y el farmacéutico. El hombre me indica que avance y lo hago.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas noches, necesito la pastilla de emergencia.

Asiente sin más, y se marcha para buscarla. Yo detallo en que Arielle tomó algunas cosas y viene hacia mí, justo cuando el hombre vuelve con la caja.

Me percato de que lleva en sus manos varias golosinas y un jugo, pero lo que me hace sonreír son los empaques de *Skittles* rojos. Pellizco su mejilla y me guiña un ojo dejándome sin aliento.

—¿Algo más?

—Solo eso, y esto —musito, extendiendo las cosas.

Le pasó mi identificación y mi tarjeta para que haga el cobro. Cuando ya estamos listos, sujeto nuevamente la mano de Arielle. Nos encamino hacia la salida, hasta que un chico corpulento entra al negocio, haciéndose el importante y me empuja.

—Se dice permiso —gruño, este se planta y mi giro hacia él.

Típico niño que se cree el mejor por ser jugador de fútbol americano. Puedo apostar que es quarterback.

Relaja los hombros al ver que soy mucho más grande y alto que él, pero su mirada pasa de mí hacia Arielle y su semblante cambia, más cuando nota que estamos tomados de las manos.

—Arielle —susurra, y me tenso porque el tono que usa hacia ella no me gusta.

No me gusta para nada.

—Ben, hola...

—¿Se conocen? —inquiero.

—Vamos al mismo instituto —responde mi Dalia con total calma.

—Estás muy cambiada, te ves... bella —suelta, y siento que el pecho me arde.

—Gracias, nos vemos.

Arielle sale y me hala del brazo, me saca alejándome del idiota que no deja de mirarla. Aun en la distancia permanece en el mismo sitio, con sus ojos sobre ella.

—¿Quién es él?

—Ben, un chico con el que salí en algún momento, antes de la ansiedad. Como es normal... fue uno de los primeros que se alejó de mí —responde con calma.

Asiento, calmando mi cuerpo. No me gustó el cómo ese deportista la miró y menos como

dijo su nombre.

—¿Cómo se toma esto? —me pregunta, sacando la caja con las pastillas.

Detallo lo que dice a fuera del empaque, y es solo una pastilla. La saco de la caja, le pido que abra la boca y la llevo a esta. Su lengua roza ligeramente mi dedo, y debo tensar mi mandíbula para controlarme.

Aún puedo sentirla tocando mi cuerpo. Es vitalizante, lo que siento.

¡Carajos!

Le doy el jugo, y se lo toma.

—¿Listo?

—¡Listo! Eso es todo, es de un solo paso. La próxima vez usaremos condón. ¿Ok?

Asiente nerviosa.

—¿De verdad te gustó? —me pregunta. Doy un par de pasos hacia ella, su cuerpo se pega a mi camioneta quedando atrapada entre esta y mi cuerpo.

—Me encanto, juro que no quería irme del apartamento, ese mismo que desde ahora se volverá mi lugar favorito. Siempre voy a recordar ese momento. Fuiste mía, y eres mía, Arielle. ¿A ti te gustó?

Muerde sus labios, sus mejillas se tornan rojas.

—Mucho, es... ¡Fue mágico!, tú lo hiciste mágico —susurra—. La verdad es que superó mis expectativas.

Baja su mirada, y yo poso mis dedos en su barbilla, para que la eleve hacia a mí. Ladeo mi rostro en busca de sus labios, y los consigo, dispuestos a responderme.

Su beso me enciende, porque poco a poco Arielle se va soltando, y la timidez la va haciendo a un lado, dejando al descubierto a la mujer que tuve en mis brazos hace escasos minutos y me hizo temblar de placer.

—Debo... irme a... Elli's —dice, agitada.

—Lo sé —murmuro pegado a sus labios—. ¡Carajos!, pero me cuesta soltarte.

Se ríe divertida.

—No te rías, me estás volviendo un adicto... a ti. —Sus manos se pasean por mi pecho, para luego subirlas a mis labios.

Dejo en beso en sus dedos.

—Vamos.

*

La lleno de besos antes de dejarla en toda la puerta del Elli's. Ya la noche ha caído, y estoy seguro de que su madre se pondrá de histérica, así que insisto en acompañarla hasta dentro del local.

Podemos notar a su madre en la barra, Arielle se detiene y me detalla.

—No es necesario.

—Si lo es, seguro va a reprenderte.

—Me da igual —musita, hundiendo sus hombros—. Nadie va a opacar lo maravilloso de este día.

—Insisto, por favor.

Bufa, resignada, y caminamos juntos hasta la barra donde su madre eleva su mirada, evidentemente molesta, hacia nosotros.

Se baja de la silla, y deja a alguien a cargo de la caja. Nos hace señas a ambos y la seguimos hasta la oficina que tiene detrás de la cocina, cierra la puerta detrás de ambos.

—Lo siento, se nos hizo tarde.

Me da una mirada desafiante, y yo ladeo mi rostro, corrompiéndole.

—Pudieron llamar. ¿No?

—Se descargó mi teléfono mamá —suelta Arielle—. Estoy bien. Ya estoy aquí.

Paseo mi mano por la espalda de Arielle, y le sonrío con cariño.

—¿Podrías dejarnos a solas?

Frunce su ceño confundida, traslada su mirada hacia su madre, y vuelve a mí.

—Está bien. Estaré en la barra.

—Haz el cierre con Jenny.

Asiente y sale. No soy un niño que va a correr y a temblar ante nadie. Ella suspira con fuerza, y se deja caer en su silla. Soy responsable, y más lo seré con Arielle.

—Antes que diga algo, le aclaro. No pienso alejarme de Arielle, la quiero y voy a quedarme.

—¿Por cuánto tiempo? Por qué su ansiedad de seguro te hará huir en algún punto. Y allí tendré yo que medicar a mi hija, y sacarla del hoyo en el que la dejaras.

Gruño al escucharla.

—¡No voy a dejarla! Voy a quedarme todo el tiempo que ella quiera, y aun si ya ella no me quisiera a su lado, igual me quedaría.

Me escruta con su mirada.

—Arielle tiene 18 años, no sabe aún que quiere en la vida, en unos meses se irá a la universidad. ¿Cómo harán? Quiero saberlo... porque me da curiosidad.

Trago grueso, y guardo mis manos en el bolsillo de mi pantalón.

—Conociendo a mi hija, como ya lo hago... va a entrar en una gran crisis de ansiedad, porque estará enamorada de ti, y a ella le tocará irse... No sabrá cómo hacer, porque va a pensar que la dejaras de querer, porque creerá que le eres infiel, porque ella sentirá que la vida es vacía. ¿Crees que no me importa, Arielle? Sí, lo hace. Es mi hija... Arielle pensará en no irse, ya que lo incierto le causa pensamientos en bucle, y va a depender de ti para no pensar —suelta, y un ardor me recorre—. Va a crear dependencia.

No había pensado en ello. En la universidad...

Arielle va a irse.

—Ella y yo buscaremos una solución a eso, en su debido momento. Yo ahora solo quiero vivir para hacerla feliz. Tanto como se lo merece. El futuro siempre es incierto, y con ella hay que vivir el presente. Ella no necesita una madre que este pendiente de una condenada medicación que la atonta; ella lo que quiere es su apoyo, empatía y estabilidad.

Bufa al escucharme.

—¿Y crees que tú le das todo eso?

—Lo hago, estoy seguro de ello. ¿Qué fue lo que pasó con el papá de Arielle?

Abre sus ojos en demasía.

—¡No es asunto tuyo!

—Sí lo es, porque ella es mi novia. Y todo lo que le afecte directa o indirectamente es mi asunto. Su padre la llamo hoy, Arielle se puso mal. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué él desata su ansiedad?

Suspira con pesadez, y pronuncia maldiciones entre dientes.

—Nos separamos hace casi tres años. Porque él descubrió que le fui infiel. No solo se divorció de mí, se divorció de Arielle también. Hizo una familia nueva y se olvidó de ella, de la niña que tuvo conmigo, de la misma a la que él llamaba princesa. El día que se fue... Arielle corrió detrás de él mientras se alejaba y no se detuvo en ningún momento, y la vio... ¡Él la vio! —dice, con un quebranto en la voz—. Para ella su padre era todo, yo cometí el error. ¡Yo! No

Arielle. Y él sencillamente la condenó. ¿Qué más paso? No lo sé. Porque ella no me ha dicho nada.

Gruño al escucharla.

—Y usted la alejo también, con su falta de empatía. Arielle está así porque no tiene una fuente de apoyo estable, a veces nuestra propia familia es quien más daño nos hace. Debemos aprender a poner límites, incluso con nuestros padres, eso no nos hace malos hijos. Mírese en un espejo, y detalle a Arielle, es el ser más increíble que he conocido en mi vida. Y haré lo que sea para estar a su lado. Yo no voy a permitir que se marchite, la ayudaré a florecer. Hasta luego y buenas noches.

Capítulo 23

Clases

Arielle Vandenberg

Entro en la oficina de Vivien luego de varias semanas sin venir. Ella sonríe al notarme.

— Arielle! Qué bonita sorpresa —exclama—. Siéntate, por favor.

Hago lo que me dice y le sonrío desde mi asiento. Me detalla de pies a cabeza, y agranda su sonrisa.

— Debo preguntar cómo est s?

Asiento oprimiendo la sonrisa que quiere salir de mis labios.

— C mo est s, Arielle?

— Feliz! —exclamo—. Estoy... —suelto un largo suspiro y cierro mis ojos por un instante. —. Estoy enamorada, y estoy feliz. Me siento bien, estable, libre, y con aire en mis pulmones. Estoy respirando después de tanto tiempo.

Ladea su rostro llena de emoción.

—Eso,  eso es maravilloso, Arielle! Me llena de gran alegría, verte de esta manera.  Qui n es él?

Muerdo mi labio porque Vivien aún no puede saber, Rhett me dijo que hablaría con ella.

—Es un poco mayor que yo, sabe de mi ansiedad y me ha estado apoyando. Me dieron dos crisis y él estuvo all  conmigo, ayudó a que me calmara, y desde entonces no tengo pensamientos, ni crisis.

Asiente escuchando con atención.

—Eso es muy bueno, es un gran avance.  Y el medicamento?  Lo sigues tomando?

Niego, frunce sus labios y me tenso al instante.

—Arielle... no puedes dejar el medicamento de la noche a la mañana. Puede que anímicamente no los creas necesarios, pero tu organismo los necesita,  has ido al psiquiatra?

—Me toca consulta la semana que viene —susurro.

—Los medicamentos no pueden dejar de tomarse así, es progresivamente su suspensión. La dosis se baja hasta llegar a un punto en el cual no son necesarios. Recuerda que cuando los empezaste a tomar tuviste una bajada fuerte, lo mismo puede pasar al suspenderlos de golpe. Hablar  con August al respecto... Por favor, promete que los volverás a tomar hoy.

—Lo har . Lo prometo es que pens  que no son necesarios, no en este momento de mi vida.

—Entiendo —susurra. Hace a un lado su libreta y se acerca a mí para tomar mis manos —. El amor es bello, es puro y liberador. Me hace feliz ver qué has conseguido a alguien que a pesar de saber tu condición est  all . Pero, recuerda algo...  l no es tu salvación. Eres tú.  Ok? No quiero que te vuelvas dependiente de alguien para estar bien —musita—. Debes estar bien, sola... si te sientes bien contigo misma, estamos yendo en el camino correcto. Si lo necesitas a él para estar bien, es el camino errado.

Trago grueso al escucharla. Y entiendo a lo que se refiere.

— Crees que lo veo como mi estabilidad emocional?

Niega.

—No lo creo.  Te sientes mal en este momento?  C mo has pasado el día?

Desvió mi mirada.

—Me siento bien, tranquila y no hay preguntas en mi cabeza, no hay dudas, ni miedos. Me siento normal... me siento bien.

—¿Y lo necesitas? ¿Físicamente?

—Quiero verlo, pero no es que el mundo va a acabarse si no lo hago en estos momentos. — confieso y ella asiente.

—Me gusta eso. Trata de estar bien para ti, no para él. Procura cuidar tu mente, tu estado y tu bienestar. Recuerda qué si estás bien, la relación que hoy tienes con ese hombre, estará de maravillas. Entiendo que quizás sientas carga, pero solo deja que las cosas fluyan, vive esta etapa... y disfrútala. ¿Sí?

—¡Sí!

—¿Él entiende que eres de alta demanda?

—Sí, sabe que lo necesito más de lo que él a mí.

—Perfecto.

Se levanta y vuelve a su sitio. Detallo mis uñas y muevo mis pies.

—Mi padre me llamo.

Vivien se gira a verme.

—Yo... creo que tenía más de un mes sin saber de él, y ni hablamos dos minutos porque su nueva hija estaba llorando.

—¿Qué sentiste, Arielle?

Relajo mi espalda en la silla.

—Me sentí sin sentido. Fue como si volviera a correr detrás de él. Me sentí ignorada por el hombre que más he querido en mi vida. A veces deseo que no me llame, no quiero escucharlo, pero en el fondo, me hace falta. Lo extraño, y me duele no sentirme amada por él —suelto sin más.

—Arielle, tú eres maravillosa. No permitas que terceras personas apaguen tu luz. No eres tú la que pierde, es el resto del mundo. No atraigas hacia ti energía que no aporta. Los límites son importantes... si él no desea ser parte de tu vida, ¡él se lo pierde!, no tú. Debemos soltar aquello que nos hiere y lástima, incluso si se trata de nuestros padres, lo único que importa en este momento es que tú estás bien, no le contestes si vuelve a llamar. No necesitas sentirte excluida de su vida. No te hace falta... mírate.

Sonrío al escucharla.

—Te tengo una tarea —dice animada—. Vas a pararte frente al espejo y vas a decirte todas las mañanas lo maravillosa que eres. ¿Ok?

—Ok.

—Recuerda también los ejercicios de relajación, y respiración. Por favor. ¿Cómo vas con el diario?

—De maravilla, ya llevo tres cuadernos —asiente satisfecha—. He escrito mucho últimamente.

—¡Eso es bueno! Por cierto, los profesores están muy feliz con tu avance en clases. Te has puesto al día. Me ha encantado verte, Arielle.

—A mí también, Vivien. Gracias...

—De nada. Ya sabes dónde encontrarme. Estoy a la hora que sea. Y recuerda Arielle, quién no sume, no hace falta.

Asiento y me levanto para abrazarla rápidamente. Ella corresponde feliz, y salgo de su oficina con el mismo ánimo en que entré. Pensé que me afectaría el hablar de mi padre, pero no

lo hizo, camino por los pasillos directo a mi casillero para esperar la siguiente hora de clase.

Saco mi teléfono, y empiezo a buscar algunas cosas para el cumpleaños de Rhett que está muy acerca; quiero darle algo especial. Me detengo en mi casillero y recargo mi espalda en este mientras sigo navegando en internet.

Siento unos brazos cerca que se posan cerca de mi rostro. Elevo mi mirada para notar a Ben con sus ojos sobre mí, detallándome.

Está muy cerca de mí.

—Hola, Arielle.

—Ben, ¿qué haces aquí?

Guardo mi teléfono, y me giro para buscar mis cuadernos.

—¿Quién era ese hombre de hace días?

Tenso mi mandíbula, se refiere a Rhett.

—Mi novio. ¿Por qué? —respondo con sequedad.

Frunce sus labios, parándose a mi lado.

—Es mayor.

—Aja... —musito. Saco mis cuadernos y los guardo en mi bolso, Ben pasea sus dedos por las dalias turquesas haciéndome sentir incómoda.

—Arielle, lamento lo de hace días. No fue mi intención el incomodarte cuando nos vimos en la cancha.

—Ok.

Respondo, y cuando estoy por irme, me sujeta del brazo impidiendo que me vaya.

Kevin Main, se acerca a saludarlo, su compañero de equipo.

—¡Arielle! Guau... qué belleza. —Me aferro a mi bolso, desviando mi mirada a este—. ¡Qué cambio!

Ben lo golpea en el hombro, y lo aleja.

—Vete. Idiota. —Vuelve su mirada hacia mí—. No me gustó verte con él, Arielle. No sé por qué... me dieron celos, para serte sincero.

Respiro con fuerza, y detallo a en la distancia a Millie, quien frunce su ceño en la distancia.

—No deberías. ¡Tú y yo, no somos nada! Él es mi novio, ahora si me disculpas... Voy a clases.

Me aferro a mi bolso y le paso, por un lado. Escucho las risas de sus compañeros, y los murmullos en la distancia. Me da igual...

Saco mi teléfono y tecleo un mensaje para Rhett, hoy es su tercer día en el trabajo.

Mi ladrón de Dalías,

Feliz tercer día de trabajo, novio. Te quiero mucho.

Su respuesta, como siempre, no tarda en llegar.

Mi apellido extraño,

Mi hermosa novia, gracias. Yo también te quiero mucho.

Hoy almorzamos juntos, cuento las horas para verte...

Sonrío emocionada.

Ingreso al salón y tomé mi asiento, sigo revisando en internet lo de los regalos de Rhett, hago la compra con mi tarjeta. Mi madre me paga por ayudarla en Elli's, y tengo algo reunido en ella.

Espero que le guste.

—Buenos días, chicos. ¡Comencemos! Guarden sus teléfonos.

Guardo el mío, y puedo notar en la distancia la mirada de Millie, no me sonríe ni nada. Solo me detalla.

Entiendo que desde que estoy con Rhett he empezado a cuidarme, y, sobre todo, a reponerme físicamente. Eso ha llamado la atención de muchos. Le sonrío levemente esperando a que me responda, sin embargo, no lo hace, ella vuelve su vista al frente.

Respiro con fuerza y le restó atención. Es como dice Vivien: *Quien no sume, no hace falta.*

Intento mantenerme concentrada en clase, pero los recuerdos de las manos de mi novio sobre mi cuerpo vienen y erizan mi piel, muerdo mi labio inferior y sonrío.

Elevo mi mirada hacia el reloj.

—Horas pasen rápido...

Capítulo 24

Trabajo

Rhett Owens

Aliso mi traje y me acomodo en mi silla colocando mi teléfono sobre mi escritorio.

—¿Qué piensas Rhett?

—Me gusta, me gustan estos proyectos.

Con la ayuda de mi cuñado y de mi hermana la oficina fue remodelada, lo único que quedó de la anterior decoración es la maqueta que yace aún en la esquina; pedí que la dejarán.

Es un recordatorio.

—Bueno, me voy —anuncia Alex—. Todo está tomando su camino. Gracias, Rhett.

No digo nada, me concentro en el monitor que me muestra los miles de correos que debo revisar, es demasiado trabajo acumulado.

Hilda ingresa con una taza de café para mí y una gran sonrisa.

—Tiene reunión con Joseph en diez minutos.

Asiento.

—¡Hilda! Necesito un favor... conoces alguna floristería que venda flores eternas.

—¿Cómo así?

Suspiro, y le explico detenidamente lo que quiero. Ella me da el nombre de varias floristerías y se marcha prometiéndome que me enviara los números.

Mi cumpleaños está muy cerca, y quiero pasar el día con Arielle. Sin embargo, sé que Vivien está planeando algo también.

—Debo hablar con Vivien.

Marco su número, mientras reviso algunos presupuestos de materia prima.

—¡Rhett! El casi cumpleaños.

—Vivien... ¿Estás trabajando?

—Eh... Sí, salgo a eso de las cinco. ¿Por qué?

—¿Puedo ir a cenar en tu casa? Quiero hablar algo contigo.

—¡Claro que sí! Te espero, besos. Cassie amará verte. ¿Todo bien, Rhett?

—Sí, todo bien.

Tranco la llamada y recargo mi espalda en la silla. Sé que Vivien va a molestar mucho, incluso va a oponerse, la conozco para ella existen límites. Y uno de ellos son sus pacientes.

Me levanto y camino hacia el ventanal, están reparando las máquinas, y moviendo el material hacia el depósito.

La puerta se abre y sé que es Joseph. Viene hacia mí para estrechar mi mano.

—¡Jefe! Carajos, Rhett. Quien lo diría...

Bufo al escucharlo.

—No debería estar aquí, y ambos lo sabemos. Pero en fin. Cuéntame, ¿cómo va el proyecto del centro comercial?

—Estamos a tiempo, el problema son los permisos. Hablé con los abogados y dijeron que harán lo posible para conseguirlos antes del viernes. Ya los cimientos están listos.

—Entiendo. No podemos atrasarnos más. La multa es alta, y no pienso pagar otra.

—Cambiando el tema. ¿Qué haremos el día de tu cumpleaños? Amigo... han sido años sin celebrarlo juntos. Me conseguí hace días a Stefany. ¿La recuerdas? La castaña con la que perdiste la virginidad en el campamento.

Sonríó al escucharlo.

—La recuerdo —susurro.

—Está interesada en verte —niego divertido, tomando asiento.

—Tengo novia, Joseph. Y pienso pasar mi cumpleaños con ella.

—¡Amigo te lo tenías guardado!

—Es reciente. Ahora, si me disculpas, voy a buscar a mi novia para almorzar. Nos vemos en unas horas.

Tomo las llaves de mi camioneta y mi teléfono.

Salgo con Joseph de mi oficina.

—Hilda, vengo en dos horas. Cualquier cosa llámame. Por favor.

Me despido de Joseph y salgo rápido hacia el estacionamiento. Conduzco por la ciudad en busca de Arielle, que está por salir de clases.

No tengo que llamarla porque está esperándome donde siempre, abrazada a su bolso turquesa. Tocó la bocina para que eleve su mirada, y lo hace ampliando su sonrisa.

Viene directo hacia a mí, con una cola alta, un polo blanco y una falda de cuadros. Sube a la camioneta y se abalanza para besarme.

La recibo con gusto, sus dulces labios me embriagan.

—Hola, novia —murmuro, pegado a sus labios.

—Hola, novio.

Vuelve al asiento y me pongo en marcha, notando en la distancia un pequeño grupo que nos observa y entre ellos se encuentra el tal Ben. Acelero el motor, y nos alejo.

—¿Qué quieres comer? —inquiero, entrelazando su mano con la mía.

—Tacobell —susurra—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien, mucho trabajo, pero bien. Aún estoy adaptándome y sobre todo poniéndome al día. Cosa que no es fácil, muchas cosas se han dejado al olvido. ¿A ti como te fue hoy? ¿Fuiste a la sesión con Vivien?

—Sí, fui. Se sorprendió al verme. Le hablé de ti, sin mencionar tu nombre y de lo que sucedió el sábado. De mi padre...

Asiento. Llevo sus manos a mis labios y dejó un beso en estas.

—¿Cómo te sientes al respecto?

—Bien, tranquila. Me hablo de crear dependencia hacia ti —dice muy bajito, muerde sus labios y me detalla.

—¿Dependencia?

A mi mente vienen las palabras de su madre.

—Si, ella no quiere que mi estabilidad emocional dependa de ti, quiere que esté bien siempre, estando o no contigo.

—Y eso es lo correcto. Así debe ser. —Acaricio su mejilla con dulzura—. Quiero que estés bien contigo misma. Eso es lo principal.

—Y lo estoy. En serio —afirma.

Llegamos a TacoBell. Arielle no desea bajarse, quiere comer en el auto y la complazco. Pedimos por el autoservicio y esperamos nuestra comida, le pasó todo y ella con mucho cuidado organiza la comida. Aparco lejos.

—Voy a hablar hoy con Vivien —musito, Arielle recarga su cabeza en al asiento del auto.

—No lo va a tomar bien. No quiero que deje de ser mi psicóloga.

Suspiro con pesadez.

—Tengo que hablar con ella, no quiero tenerte a escondidas de mi familia, quiero que todos lo sepan. No tenemos por qué ocultarnos. ¿Ok? Intentaré convencerla para que no deje de verte.

Asiente sorbiendo su soda, desvía su mirada a mi camisa cuando comienzo a comer, hace un lado su soda y viene hacia mí.

—Vas a manchar la camisa, y te ves muy... bello —suelta, dibujando una sonrisa en mis labios, hace a un lado mi saco mientras sostengo mi comida en mis manos.

Sus manos tiemblan un poco, respira fuerte y lleva estás hasta los botones de mi camisa y empieza a quitarlos uno, por uno.

Sigo con la mirada sus movimientos y me tenso al notar su rostro y cuerpo tan cerca de mí.

—Listo —dice.

—Bésame, Arielle.

Eleva sus pestañas hacia mí, solo tiene que acercarse un poco más para pegar sus labios con los míos, me deleito con sus labios. Ella los mueve, y busca marcar el ritmo y la dejo, su mano helada por el vaso de soda me hace gemir al tocar mi torso.

Separo mis labios, hambriento de ella, y mi lengua busca el encuentro con la suya. El beso se profundiza más, suelto la comida y voy directo a acunar su rostro.

Me enciendo, me pone mal.

Uno de los vasos cae al piso de la camioneta, ambos giramos hacia ese punto, Arielle busca recogerlo, pero niego volviéndola hacia mí.

—Ven acá. Deja eso así.

La tomo de una de sus piernas para que se suba sobre mi cuerpo. Mi erección me está matando.

Su pelvis choca con la mía, la incentivo a moverse y lo hace, se frota contra mi cuerpo perdiendo poco a poco la timidez. Mis manos se cuelan debajo de su camiseta. Jadea pegada a mis labios.

—Quiero... —susurra—. Quiero... hacerlo.

La separo levemente de mi rostro, para notar que lo dice muy en serio. Desvío mi mirada hacia nuestro entorno, estamos solos... no hay nadie.

Mierda...

Asiento, llevando mis manos al cinturón de mi pantalón.

—En la guantera están los condones —digo.

Ella se estira para alcanzarlos, y saca un envoltorio. Al hacerlo su falda se sube, dándome un vistazo de las bragas de algodón que lleva.

Subo mi mano por sus muslos, y ella se tensa a mi tacto.

Me entrega el envoltorio, y lo muerdo ante su mirada.

—Haz a un lado tu braga —ordeno, y lo hace sin quitar su mirada de la mía, libero mi erección y me coloco el condón, no sin antes volver a chequear que nadie nos observa.

—Ven.

Ya sabe qué hacer, se sube sobre mis piernas, humedezco un poco mis dedos y los rozo por su sexo que me sorprende con su humedad. Está muy excitada.

Cierra sus ojos ante mi tacto, y jadea.

La tomo de las caderas y empieza a bajar, me adentro poco a poco en su ser, hundo mi cuerpo en el asiento ante lo apretada que se siente.

Esconde su rostro en mi cuello.

—Me vuelves loco, Arielle.

Capítulo 25

La quiero

Rhett Owens

Mueve sus caderas de arriba a abajo, mi piel se eriza y la excitación aumenta más cuando ella me besa, desesperada por las sensaciones.

Me gusta.

La quiero.

Me vuelve loco.

Me ha desarmado, tomando la iniciativa. Hago todo lo que me pide y más.

Ya no me importa dónde estamos, me dejo llevar por como ella disfruta del sexo y como me hace sentir. Gruño, hundiendo mis manos en su piel. Su frente se une con la mía, ambos respiramos agitados.

—Te quiero —gimo, perdiéndome en sus orbes verdes con leves destellos ámbar.

Muerde su labio, para luego susurrar una respuesta para mí.

Me hace temblar.

Arielle se tensa, y cierra sus ojos con fuerza, clava sus uñas en mis hombros. En vez de causarme algún tipo de dolor, me excita.

Muevo mis caderas buscando el encuentro de las suyas, buscando eso que ambos deseamos, la liberación de nuestro placer. Ella va descubriendo poco a poco su cuerpo, va soltándose y eso me gusta, me gusta demasiado.

Sus manos bajan a mi torso y ancla sus uñas en este.

—¡Mierda! —jadeo, obnubilado.

El desgarrar de su voz me llega hasta el fondo de mi ser, ¡ha llegado!... su cuerpo sufre de pequeños espasmos, llevando al mío al declive.

Alcanzo mi orgasmo con su nombre en mis labios, los movimientos poco a poco cesan, busco su mirada acunando su rostro. Los abre y me derrite con ese brillo, de deseo, que aflora de estos.

—Novia, me vas a matar.

Se ríe divertida.

—No quiero eso.

—Lo sé —susurro, intentando recuperarme, acaricio los muslos de sus piernas—. Quiero verte hoy en la noche. Por favor...

Pido.

—Pasa por mí en Elli's —asiento, la beso rápidamente y ella se levanta, sacándome de mi sitio cómodo y placentero.

La detallo en el asiento de al lado acomodándose, y la verdad es que mis ganas de ir a la oficina se esfuman.

—Me quitas las ganas de ir a trabajar.

Arielle se gira a verme.

—Tienes que ir... ¡la empresa depende de ti!

—Lo sé.

Ella me ayuda con la camisa, mientras me arreglo mi pantalón y me deshago del condón. Recogemos lo que quedó de comida y terminamos, para ponernos en marcha hacia su casa.

—Luego de que cene con Vivien, pasaré por ti. ¿Ok?

—Ok.

—¿Tienes actividades?

—Unas de álgebra. Intentaré hacerlas.

—Si tienes dudas, ya sabes. Me llamas.

—Ok. Créeme que te llamaré —afirma, detengo la camioneta frente a su casa, se gira a verme con esa hermosa sonrisa que ilumina todo a su paso—. Gracias por los tacos, y por...

Se sonroja.

—¿Por el orgasmo? —inquiero, divertido.

Ríe nerviosa, la halo con fuerza hacia mi cuerpo.

—Puedo darte todos los orgasmos que quieras. ¡Soy tuyo! —sentencio.

—Eres mío... —declara—. Te espero en la noche.

—Dalo por hecho —murmuro, pegado a sus labios.

La beso, con desesperación, y ella me corresponde de la misma manera.

Se separa de mala gana de mí, y toma su bolso para bajarse. Rodea la camioneta y me lanza un beso en la distancia. Yo arranco cuando la veo entrar en su casa.

Me encanta como ha empezado a florecer. Vi en Arielle, desde el primer día, una gran belleza, y ahora la irradia. Eso, aunque suene un poco egoísta y, quizás posesivo, me llena de incomodidad, porque todo aquel que antes no posaba su mirada en ella, ahora lo hace.

Principalmente el tal Ben.

Cierro mis manos en el volante. Vuelvo a la empresa, Hilda me recibe con una amplia sonrisa.

—Tiene cara de enamorado.

—Lo estoy.

Se ríe divertida.

—Tengo dos cosas que anunciar. Una, llamaron de la inmobiliaria, mañana es la firma —asiento emocionado—. Y dos... Vivien está aquí.

Frunzo mi ceño.

Dijo que no saldría hasta después de las cinco. ¿Eso es extraño?

Ingreso a mi oficina, y me consigo con mi hermana sentada en una de las sillas con la mirada baja.

—Vivien...

Eleva su mirada y su rostro me dice que ya lo sabe.

¡Mierda!

—Arielle Vandenberg —suelta, y tenso mi mandíbula—. Mi paciente, una de las alumnas del instituto... ¿En serio, Rhett?

Respiro con fuerza y cierro la puerta.

—Déjame explicarte —susurro, y ella niega evidentemente molesta.

—¿Qué coño vas a decirme? —gruñe.

—Que estoy enamorado de ella. Que la conocí hace más de un mes, específicamente el día que fuimos a comer en Elli's tú y yo... —Abre sus ojos con demasía—. Yo, estuve todo este tiempo viéndome con ella, y hace unas semanas le pedí que fuese mi novia. La quiero, Vivien.

No sale de su asombro. Niega repetidamente.

—La quiero.

—¿Cómo puedes quererla, Rhett? ¿Cómo puedes decir que estás enamorado si nunca en tu vida lo has estado?

Me tenso al escucharla, cierro mis manos y contengo el aire.

—Ella es frágil, es una chica que ha pasado por mucho sufrimiento. Te prohíbo que te le acerques.

—¡No puedes prohibirme nada! —grito, tomando por sorpresa a mi hermana—. Arielle es mayor de edad, yo también lo soy. Y sí, es cierto, nunca en mi maldita vida había sentido lo que era estar enamorado, por eso, precisamente, es que estoy seguro de que lo que siento por Arielle es eso, ¡amor!... no la estoy usando, no me estoy aprovechando de ella, no le haré daño. Entiendo que te preocupe, pero créeme cuando te digo que lo que siento por ella es sincero. —Doy varios pasos hacia mi hermana—. No tuve una fuente de amor en mi vida, salvo el amor que tú, hermana, me has dado. Yo de verdad la quiero, es... ¡El aire que respiro!, me devuelve la vida cada vez que posa sus orbes en mí, es todo aquello que está bien en este mundo de mierda —confieso, casi al borde del llanto.

Vivien me mantiene la mirada.

—Ella... ella es todo lo que yo me merezco, por qué no he hecho nada malo en esta vida, salvo soportar mierda de la gente.

Una lágrima escapa de mis ojos, la seco con brusquedad.

—Duermo, Vivien... duermo desde que ella llegó. ¿Dime qué significa eso?

Mi hermana baja su mirada al suelo, frota su rostro y vuelve a sentarse.

—Arielle, es frágil —susurra—. Hoy puede estar muy bien, y mañana al despertar es ansiedad pura. Ella... es una dulce chica, que merece ser feliz. —Eleva su mirada hacia mí—. Al igual que tú.

—Entiendo a que me enfrento con Arielle.

Niega.

—No, no lo entiendes. Arielle hace un año tuvo pensamientos suicidas —declara, y mi piel se hiela—. Pensamientos que la llevaron a intentarlo. Por eso fue medicada. ¿Crees que sabes lo que es la ansiedad? Imaginas que es únicamente la presión en el pecho, la taquicardia y la sensación de no sentirte dentro de tu cuerpo, pero es más... es mucho más que eso. Es dudar de todo, cuestionar lo que dices, lo que oyes, es el vacío y la ausencia de vida, es sentir que no eres necesario y que estás de más. Son las miles de preguntas y sugerencias que tu mente hace, cuestionando todo, hasta tu forma de respirar. No lo entiendes, Rhett.

Siento que el alma me ha caído a los pies.

—Ayúdame a entenderlo.

Suspira con fuerza.

—De verdad la quiero, Vivien.

Me siento frente a ella.

—Ayúdame a entenderla. Ayúdame a estar para ella... por favor. —Sujeto las manos de mi hermana—. Entiendo que está tu ética, pero soy tu hermano, y te estoy suplicando, por el amor que siento.

—Arielle vio a su madre siéndole infiel a su papá, allí le dio el primer ataque de ansiedad —empieza a hablar y contengo el aire—. La llevaron a una clínica, y en la emergencia ella intentó decirle todo a su papá, pero no pudo, así que esperó... A los días, cuando la dieron de alta, le exigió a su madre decir toda la verdad, y, en ese momento, llegó su papá escuchando la conversación. Según lo que sé, regañó a Arielle por no decirle todo... —Mi cuerpo se tensa—. El día en que él se fue... Arielle solo tenía 16 años, y salió corriendo detrás de él, la ignoró. Y no

solo lo hizo esa vez... El año pasado, Arielle intentó pasar las navidades con él, aceptó no muy contento, ya que tenía novia y esta, una hija con la cual pensaban pasar las navidades. Tenían todo para hacer la fotografía familiar, en ningún momento le notificaron algo a Arielle, cuando ella bajó... él y su novia se estaban haciendo las fotos, y luego, llamaron a la hija de su novia. Ignoró a Arielle...

Mi corazón se estruja.

—En la cena, hizo un brindis por su nueva familia, luego de eso, ella volvió a casa y al parecer algo se extravió, un anillo. Llamó a Arielle, la acusó directamente, porque según su novia ella había sido. Desde ese momento todo fue en declive... una cosa, tras otra. Ella se siente culpable, no sabe cómo actuar y, en consecuencia, no tiene apoyo. Él no la llama, sus “amigas” le dieron la espalda. —Suspira con fuerza—. Arielle intentó... —Se detiene conteniendo las palabras—... Su madre llegó a tiempo, la detuvo y le quitó el arma. Un arma que nadie sabía que existía. No era un llamado de atención, todo ese tiempo lo estuvo pensando y nadie se dio cuenta. La ansiedad no es solamente la sensación de ahogo, es más, Rhett. Mucho más.

NOTA ESPECIAL

Hola, esto es para ti o alguien cercano a ti...

Si tienes síntomas de ansiedad, depresión, estrés que sientas que te causa hasta tener pensamientos suicidas, por favor, habla honestamente sobre cómo te sientes con alguien en quien confíes.

Si cree que un amigo o familiar puede estar luchando contra esto, dedique tiempo para hablar con ellos, expresarles su preocupación y hacerles saber que tienen su apoyo.

Sepa cuando buscar ayuda...

Si su ansiedad, depresión, estrés, o la de un ser querido, comienza a causar problemas en su vida cotidiana, como en la escuela, en el trabajo o con sus amigos y familiares o en su alimentación, es hora de buscar ayuda profesional.

Hable con un proveedor de atención médica, de su ciudad, sobre su salud mental...

Estamos para ti.

Con amor,

María José Paradas.

Capítulo 26

Elli's

Arielle Vandenberg

—¿Terminaste la actividad de Álgebra?

—Sí.

Mi madre asiente en la distancia, se me queda observando un largo rato, suelta un largo suspiro y viene hacia mí.

—Me llamaron del instituto, has cumplido con las actividades y en lo que va de semana tu puntaje ha aumentado —dice—. Eso es bueno.

—Gracias, mamá. —Sujeta mis manos, dejándome helada.

Es un tacto que no recordaba, mi instinto me dice que aleje mis manos, pero por alguna razón se quedan allí.

—No es que odie a Rhett —murmura—. Es que temo que te lastime, y volvamos a lo mismo. Trago grueso.

—No va a lastimarme, mamá —susurro.

—Eso espero. De verdad que lo hago.

Se marcha a atender a los clientes, y yo me quedo al pendiente de la caja. Quiero intentar llevar una vida normal, quiero mejorar mi situación con ella...

Sonrío hacia el cliente que espera por su té helado.

—Buenas noches, gracias por venir a Elli's son 1,20.

—¡Qué linda niña! Buenas noches, toma.

—Gracias —contestó, recibiendo el dinero.

Lo guardo en la caja, y le extiendo su ticket para que retire su pedido. El señor me guiña un ojo y se marcha, el siguiente cliente se acerca.

Me tensó al notar a Millie.

—Hola, Millie.

—Hola, Arielle —responde con sequedad, desvía su mirada hacia la inmensa pizarra.

Muerdo mi labio.

—¿Cómo estás? ¿Qué deseas? —inquiero.

—Bien. Una milkshake de fresa y banana.

—Listo. Son 1,30.

Saca el dinero y me lo extiende, no suelta el dinero cuando lo sujeto.

—¿Qué hacías hablando con Ben hoy? —cuestiona.

Frunzo mi ceño.

—¿Cómo?

—Te vi hablando con Ben. En el pasillo —explica.

Halo el dinero, arrebatándolo de su mano.

—No me interesa Ben, puedes quedártelo con todo y su balón de fútbol, Millie. Tengo novio...

Eleva sus cejas.

—¿El de la camioneta negra? —asiento sin decir nada. Hago el cobro y le extiendo su factura

—. Es muy guapo.

¿Muy guapo?

Demasiado guapo...

—Sí, lo es.

—¿Y se fijó en ti...? Qué lindo, ¿no? Y extraño también.

Siento un vacío en mi estómago.

Me digo a mí misma que no haga caso de su comentario, que no le presté atención.

No le des vuelta, Arielle.

No lo hagas.

No lo hagas.

—¿De qué hablan? —inquieta Hesse, la nueva mejor amiga de Millie.

—Del supuesto novio de Arielle.

Aprieto mis manos en puño. Mierda, la presión se instala en mi pecho.

Solo respira, Arielle.

Solo hazlo...

—¿Es tu novio? ¿Cómo un hombre como él, se fija en alguien como tú? Tan... insípida —suelta con veneno.

Empiezo a sentir las fuertes palpitaciones de mi corazón, mis manos transpiran y un leve mareo me toma por sorpresa. Unas manos se anclan en mis hombros, elevo mi mirada para notar a Jenny, que me da una sonrisa tranquilizadora.

—¿Desean algo más? Están deteniendo la fila... y no son nuestras únicas clientes, chicas. Vayan a soltar su veneno en Salem, allí las brujas son bienvenidas —musita con molestia, el rostro de ambas se tensa.

Me anclo al suelo, y aprieto con fuerza mi chamarra gris.

Millie sonrío al notar que me ha afectado, inhalo con fuerza y con el mayor de mis esfuerzos, le sonrío de vuelta.

—Me alegro por ti. ¡Viste!, solo tenías que controlar lo que sucedía en tu mente. Parar los pensamientos.

Si fuese tan fácil, nadie sufriría por ansiedad.

—Sí, claro. Muy sencillo, todo —mi sarcasmo no pasa desapercibido—. Al otro lado de la barra retiras tu pedido.

Trago grueso cuando se alejan, mis hombros caen y mi mente comienza con los cuestionamientos.

—¿Arielle? —insiste Jenny, fijando su mirada en mí—. No les prestes atención. Ellas son unas idiotas.

—Yo... yo iré a atrás. —gruño, y me alejo de la caja para irme a la parte trasera del local.

Abro la puerta que da con la calle, y respiro con fuerza intentando calmar mi cuerpo.

Los ejercicios...

Me repito, cierro mis ojos y tomé una larga bocanada de aire. No le permito a mi cerebro comenzar con los pensamientos, buscando una respuesta para todas las preguntas que comienzan a fluir.

—Yo soy maravillosa —susurro, con lágrimas en mis ojos—. ¡Yo soy maravillosa! —grito desesperada—. ¡Yo soy maravillosa!

Sollozo, dejándome caer al suelo.

Mierda. No puedo controlar lo que empieza a desarrollarse en mi cuerpo, el vacío en mi estómago. Los temblores en mi cuerpo se hacen presentes. Detallo mis manos temblorosas.

¿Por qué Rhett está conmigo?

¿Por qué yo?

¿Qué tengo de especial?

Por favor ya no puedo más. La sensación inminente de muerte empieza a tomar fuerza. El aire en mis pulmones se vuelve escaso, respirar me cuesta, me cuesta mucho.

Colapso en el suelo mirando el cielo, llevo mi mano a mi pecho e intento desesperadamente abrir mi camisa, pero no puedo. Escucho a lo lejos que soy llamada, unas manos familiares acunan mi rostro.

Mamá...

—Mi amor, aquí estoy. ¡Respira! Ya pasará, es un ataque. Intenta respirar, Arielle.

Me acaricia con mimo, sus lágrimas caen en mi rostro.

—Respira mi amor, mami está aquí. Siempre estaré aquí —susurra—. Tú puedes lograrlo. Eres maravillosa, mi amor. ¡Lo eres!, yo lo veo, todos lo ven, Rhett lo ve.

Dice, y las lágrimas afloran.

—Respira. Tú puedes...

Mi madre se acuesta a mi lado, recarga su rostro sobre mi hombro, sin importarle que su ropa se ensuciará.

—Mira las estrellas, cariño. ¿Recuerdas cuando perseguíamos estrellas?

Inquieta y asiento débilmente.

—Hagámoslo ahora. ¿Sí? Mira, allí veo unas que forman un corazón, un corazón tan grande y puro como el tuyo.

Sollozo y ella me abraza.

—Inhala y exhala. Sigamos buscando estrellas —repite, intentando calmar mi cuerpo y mi mente.

Hago lo que me dice y poco a poco mis pulmones se expanden.

—Allí... —susurro—. Una flecha.

Ella eleva su mirada al cielo y asiente.

—Sí, parece una flecha, veamos a que está apuntando. ¡Mira cariño! Una sonrisa.

Elevo levemente la comisura de mis labios.

—Mamá... —pronuncio, con un quebranto en mi voz—. Gracias.

Niega y se yergue para ayudarme a sentarme. Sus manos acarician mis mejillas.

—Vamos a casa, debes descansar. ¿Sí?

Asiento en modo automático, mi cuerpo se maneja solo, soy una marioneta en este momento de mi vida. Todo aquello que parecía estar bien, se fue a la mierda en menos de un segundo.

Un segundo.

Uno solo, y la ansiedad me destrozó.

Solo hizo falta un segundo y unas palabras vacías para que mi cuerpo y mi mente colapsaran de nuevo. Subo al auto de mi madre, ella con sus manos delicadas coloca el cinturón y cierra la puerta, las lágrimas siguen corriendo por mis mejillas.

Se sienta a mi lado, y sujeta mi mano con fuerza, baja las ventanillas, para que el aire dé en mi rostro, y la sensación de ahogo no vuelva.

—Mañana será otro día, cariño. Mañana todo estará bien.

Capítulo 27

Estoy aquí

Rhett Owens

Cierro mis manos con fuerza en el volante de mi camioneta, las palabras de Vivien no salen de mi cabeza.

Arielle ha tenido pensamientos suicidas y casi lo hace.

Casi... por eso es la insistencia de su madre con los medicamentos, por eso es que ella es así.

¡Maldita sea!

Todo tiene sentido ahora.

Leves toques en la ventanilla me hacen soltar el aire, desvío mi mirada hacia mi cuñado que me observa intrigado.

Bajo el vidrio con pesadez.

—¿Todo bien?

Niego, suelta un largo suspiro. Sopesa lo que va a decirme, pero lo suelta.

—Vivien me contó. Entiendo por qué ella no está de acuerdo, pero lo que piense no debería importarte Rhett. Lo único que debe interesarte es como tú y esa chica se sientan al estar juntos. Es mi humilde opinión.

—Pensé que sabía lo que hacía... —susurro.

—Sabes lo que haces, Rhett. Porque lo que me contó mi esposa es que en dos años nunca había visto a Arielle tan feliz como está ahora. Solo habla con tu hermana, sé que ella va a darte las herramientas que necesitas —musita—. Te dejo, me esperan para cenar.

—Gracias, Alex.

—Siempre a la orden, cuñado.

Se retira y yo me pongo en marcha hacia el Elli's. No he hablado con Arielle en lo que va de tarde, ya que, sé que estaba con sus actividades y ahora está trabajando.

Paso antes por la floristería; le pedí el favor a Hilda, de que hiciera el pedido. Tecleo un mensaje a Arielle, no me responde. No insisto, seguro en cualquier momento me contesta.

—Buenas noches.

—Buenas noches... —susurro—. Soy Rhett Owens, vengo a retirar una Dalia turquesa.

—¡Ah sí! La Dalia turquesa...

Se gira hacia unos estantes, y sonrío al verla, está envuelta en una cúpula de cristal; exactamente como la rosa de La Bella y la Bestia.

Me la extiende y la tomo con cuidado.

—Hice todo lo que me pidió su secretaria.

—¿La melodía?

Gira un poco la base y detallo la manecilla. La vendedora le da vuelta y la melodía de Yellow suena. Yo leo la inscripción que colocaron...

—¡Me encanta! Muchas gracias.

Le extiendo el pago, y ella guarda la Dalia en una caja, con un lazo turquesa a juego.

Recibo la factura, y salgo directo a Elli's, dejo la caja en el piso para que no se caiga.

La dejo en la camioneta en cuanto llego al café, busco con la mirada a Arielle, pero está la

joven que normalmente atiende la caja.

Me acerco a ella, buscando a mi novia, y nada que doy con ella.

—Buenas noches. Bienvenido a Elli's ¿En qué puedo ayudarlo?

—Buenas noches. ¿Arielle está? Soy su novio.

Ella tensa su mandíbula, le pide a alguien que quede al tanto de la caja y, por alguna razón, se hace un vacío en mi estómago.

Viene hacia mí y me separa del resto de gente.

—Ela, tuvo que llevársela a casa —dice, y mi garganta se seca—. Le dio una crisis.

No escucho más nada, salgo disparado del café y subo a mi camioneta, acelero causando un estrago en el tráfico, pero me da igual.

Mierda...

Me paso varios semáforos. Marco el número de Arielle, y nada que me contesta.

No lo hará, sé que no lo hará, y aun así, yo insisto.

Freno en todo el frente de la casa, y bajo apresurado. Toco la puerta con insistencia, al cabo de un rato la puerta se abre.

Noto el rostro afligido de la mamá de Arielle, se hace a un lado y me permite pasar.

—¿Dónde está?

—Está durmiendo, le di los medicamentos.

—¿Qué pasó?

Resopla, y frota su rostro, dejándose caer en el sofá.

—Millie... una ex amiga de Arielle, solían ser muy unidas, pero cuando la Ansiedad de Arielle se hizo presente, muchos se alejaron, entre esos ella... hizo un comentario sobre ti.

Elevo mis cejas.

—Dijo algo como que eras demasiado bueno para Arielle. Que eras muy guapo, y cosas así.

Cierro mis manos en puño, y tenso mi mandíbula.

—Y ella empezó con los pensamientos... —susurro—. Quiero verla.

Me detalla de pies a cabeza y asiente.

—Intenta no despertarla, por favor...

—Voy por algo en la camioneta, y vuelvo.

Salgo rápido, y busco la caja con la Dalia, vuelvo a la casa y Ela me espera con una taza de té caliente, que recibo con gusto.

—Te hará bien.

—Gracias.

Dejo la caja a un lado, y me tomo el té junto a la mamá de Arielle, en silencio. No hay nada que decir, ambos necesitábamos llenarnos de fuerza para ella. Solo eso.

Termino la taza, y me levanto en silencio. Subo las escaleras y sigo hacia la puerta con su nombre en ella.

Abro muy despacio la puerta intentando no hacer ruido, la lámpara de estrellas ilumina el techo, puedo notarla en la cama.

Dejo la caja con la Dalia en su escritorio, y me llevo una sorpresa, imprimió nuestra fotografía del concierto, y la tiene puesta en un portarretrato, con los pétalos de las flores que le he obsequiado antes, ya marchitados.

Mi hermosa Arielle.

Rodeo la cama para poder apreciar su rostro, duerme plácidamente. Me ubico sobre el colchón con cuidado, y detallo que en la cuenca de su ojo yace una lágrima sin derramar, mi corazón se estruja.

—Eres demasiado para este mundo de mierda.

Me acerco a su rostro y dejo un beso en su mejilla, seco la lágrima y ella solloza dormida.

—Estoy aquí. No pienso irme —digo.

La puerta se abre y Ela aparece, trae en sus manos una manta.

—No soy la madre más admirable, pero la amo, y me duele verla caer nuevamente en el hoyo. Hasta los momentos el único que ha logrado que su brillo vuelva eres tú, y aunque me parece que al final no existe un futuro entre ustedes, quiero que ella vuelva a brillar.

Me extiende la manta.

—Si pudieras quedarte, lo agradecería y sé que a ella le encantaría verte al despertar.

Asiento, tomando lo que me ofrece.

—Gracias.

—¡Lo hago por ella! Si tienes hambre, en el horno hay pasta. Puedes servirte una porción sin problema. Estaré en mi habitación, cualquier cosa.

—Gracias, en serio. De verdad...

—No te preocupes, avísame si se despierta. Quizás cuando lo haga esté un poco callada, es normal...

Asiento al escucharla, y ella sale de la habitación. Me deshago de mis zapatos de vestir, la corbata y el saco. Aunque el día estuvo agitado y debería estar exhausto, no lo siento así, debo tener fuerzas por ella.

Entro a la cama con cuidado, y tomé mi teléfono para escribir un mensaje a Vivien.

Rhett:

Sé que estás molesta conmigo, pero necesito a la psicóloga. Arielle tuvo una crisis hoy, está dormida y quiero que me orientes... Por favor.

Dejo mi teléfono en mi pecho, y acaricio el cabello de Arielle.

Es bellísima.

Mi teléfono vibra en mi pecho.

Vivien:

Ela me llamó y me dijo. Le di indicaciones, entre esas que te dejara estar cerca. Solo quédate allí, espera con paciencia... cuando se despierte, deja que ella dé el primer paso, ¡no la abrumes!, no preguntes qué pasó. Ella en su momento te dirá lo que sucedió. Quizás se muestre callada, incluso retraída, es normal. Va a sentir que tuvo una recaída, y que todo lo que avanzó se fue a la mierda, pero no es así. Ella es fuerte.

Rhett:

Gracias, Vivien.

Vivien:

De nada, llámame cualquier cosa.

Me levanto de la cama, para prepararle algo que le suba el ánimo. Acomodo su escritorio, dejo nuestra fotografía a la vista y coloco la caja con la Dalia a un lado, tomo una de las hojas y detallo sus diarios...

Mis manos pican, cierro mis ojos y niego.

¡No!

No voy a leerlos.

No puedo hacer eso.

Los ignoro, y escribo una nota para ponerla junto a la caja. Vuelvo a la cama, dejo mi teléfono en la mesita y me abrigo junto a ella.

Siento el calor de su cuerpo, vuelve a sollozar y la abrazo. Oculto mi rostro en su cuello, y cierro mis ojos.

—Aquí estaré siempre, para ti.

Capítulo 28

Silencios

Arielle Vandenberg

Siento un brazo sobre mi pecho, y una respiración lenta y calmada muy cerca de mi rostro, abro mis ojos lentamente, porque mis párpados están extremadamente pesados. Noto que me encuentro dentro de mi habitación, y la luz del sol ya está haciendo de las suyas.

Ladeo mi rostro muy despacio, aún siento los mareos. Mi corazón se detiene y mi garganta se seca, al notar a Rhett acostado a mi lado.

Lleva su cabello suelto y mechones de este le cubren el rostro. Lleva puesto parte del traje con el cual lo vi ayer...

¿Qué hace en mi habitación?

Elevo mi mirada hacia la puerta, la cual no tiene puesto el seguro.

Mamá...

Dios...

Intento salir de la cama sin despertarlo, ya que se nota que está descansando profundamente y para ser sincera me da pesar despertarlo. Sé que muy pocas veces logra dormir realmente.

Murmura algo entre sus labios, y me suelto de su agarre. Cuando estoy por salir de la cama, la puerta de mi habitación se abre muy despacio.

¡Mierda!

Siento mi corazón palpar con fuerza y el aire no fluye.

Mi madre eleva sus manos para mostrarme una taza de té, y sonrío... desvío mi mirada a Rhett, y llevo mi mano a mi pecho. Ella no dice nada, solo deja la taza sobre mi escritorio.

—Buenos días... Intenta no despertarlo. Pasó casi toda la noche al pendiente de ti, y creo que solo tiene unas horas durmiendo —susurra, bajito.

—Mamá...

—Yo le pedí que se quedase. No hay problema. ¿Ok?

Asiento en silencio, aún dudosa. Rodea la cama, y deposita un beso en mi cabeza.

—Hoy es un nuevo día. Siempre existirán nuevos días, donde todo queda atrás—dice, y no logro articular palabra.

Me quedo callada y la veo salir de mi habitación, evitando hacer algún ruido. Giro mi rostro hacia Rhett, quien sigue en un sueño profundo.

Me recuesto lentamente en el cabecero de mi cama, y llevo mis rodillas a mi pecho, para luego, dedicarme a detallarlo.

No puedo dejar que la ansiedad me aleje de él, de quien me ha hecho tan bien. Muy dentro de mí siento que yo valgo la pena, que soy maravillosa, y que, todo aquello que Millie pudo decirme es falso.

No puedo permitir que ella sea el impulso que me haga caer hacia el fondo.

No puedo.

Cierro mis ojos por un leve instante, y apoyo mi cara en mis rodillas.

¡Yo puedo!

Comienzo con mis ejercicios de respiración, los hago con calma, y luego, de un rato, me

levanto para buscar uno de mis diarios. Rhett abraza mi almohada, y estoy segura de que piensa que soy yo... así que aprovecho, y me encamino hacia mi escritorio.

Me detengo a escasos centímetros, detallo una caja blanca con un lazo turquesa en ella y una pequeña nota.

Eres maravillosa, Arielle. Nadie brilla como tú. Y sabes que es lo mejor de ello, que me siento orgulloso de decir que eres mi novia. Mis sentimientos hacia ti serán eternos, así como lo es este regalo. Tu novio, Rhett Owens.

Observo su caligrafía con lágrimas en mis ojos. Esto es una fiel muestra de que él es perfecto para mí, y que, sí soy alguien especial para él.

Llevo la nota a mi pecho, y dejando caer un par de lágrimas con mano temblorosa, deshago el nudo y abro la caja.

Ahogo un gemido, y con nerviosismo saco la base, donde es resguardada con vidrio una Dalia turquesa.

La dejo sobre mi escritorio... ¡Es perfecta!

La base es negra, y tiene unas letras doradas.

“You know I love you so”

La manecilla llama mi atención, le doy cuerda y suena la melodía de Yellow.

Cierro mis brazos en mi pecho y sollozo.

—Buenos días, novia —susurra, con su voz ronca, giro mi rostro hacia la cama, y, allí, está él.

Viéndome de pies a cabeza.

Sale con cautela de mi cama, se ve increíble con el cabello suelto y cayendo sobre su rostro.

—¿Puedo? —inquierte, señalándome.

Asiento, en silencio. Su toque me hace sentir viva.

Él con delicadeza seca mis lágrimas.

—Es una Dalia eterna —explica—. Va a durar, como nuestro amor.

Sin mediar palabra me pego a su pecho y sollozo con fuerza, sus manos acarician mi espalda.

—Todo estará bien. Estoy sorprendido de lo fuerte que eres.

Busca elevar mi rostro, y lo logra, deja un pequeño beso en mis labios, y me sonrío con cariño.

—¿Puedo ir a tu baño?

Asiento, y deja otro beso en mí, para marcharse hasta mi baño. Se aleja, y yo me quedo detallando la Dalia, que yace en mi escritorio.

Largo un fuerte suspiro, y paseo mis dedos por el cristal que la protege.

Es demasiado hermosa.

Tomo la nota y la guardo en una de mis gavetas, notando mis diarios que están a la vista. Desvío mi mirada hacia la puerta del baño.

¿Los habrá visto?

¿Los habrá leído?

Tomo los tres cuadernos en mis manos. Empecé cuando me dio el primer ataque de ansiedad, fue una recomendación de Vivien, y la he mantenido desde ese momento. Aunque no escribí todo, hay cosas en ellos que no le he contado a nadie.

Tomo el primer cuaderno, y guardo los otros dos, camino hacia la cama y lo dejo en esta, para irme al baño del pasillo, sé lo que estoy haciendo, y sé lo que implica que él abra ese cuaderno y lea su contenido, pero creo que es tiempo.

Trago grueso y me detallo en el espejo. Mi mirada se ha apagado un poco, lavo mi rostro y cepillo mis dientes con un repuesto que tengo en este baño. Salgo al aseo, puedo olfatear el café...

Bajo las escaleras, dejando a Rhett en mi habitación. Mi madre me sonríe detrás de la isla y me extiende la taza que lleva en sus manos.

—Tiene leche.

No digo nada.

Salgo al jardín y me siento en el césped.

Cierro mis ojos y le doy un sorbo a la taza, inhalo el aroma y disfruto de las pequeñas cosas, que tienen un gran significado para mí. Entiendo que quizás existan personas que la estén pasando peor que yo, que por más que mi mente juegue en mi contra, soy yo quien tiene el poder, yo puedo callarla.

Soy fuerte. Soy resiliente.

Yo puedo tener momentos de silencio y paz.

Escucho a la puerta abrirse, y no me volteo, sé que es él. Debería irse a trabajar, pero la verdad es que... no quiero que lo haga.

Percibo el cómo se sienta a mi lado, desvío levemente mi mirada hacia él. Su cabello está recogido, y lleva mi diario en sus manos.

—Imagino que lo dejaste en la cama porque querías que yo lo viera —susurra—. ¿De verdad quieres eso?

Me giro por completo para verlo a los ojos.

—Lee la primera hoja.

Tensa su mandíbula.

—No tengo que hacerlo.

—¡Quiero que lo hagas! Lee la primera hoja... por favor.

—¿Aquí?

—Aquí.

Abre el cuaderno y pasa sus dedos por las flores que dibujé en la portada, detalla mi letra y resopla con fuerza, mientras yo sorbo lo que queda de café en la taza, la hago a un lado y vuelvo mi mirada hacia al frente.

Contengo el aire, hasta que su voz comienza a resonar.

—Marzo 18 del 2019, hoy fue mi primera sesión con la psicóloga Vivien Owens...

Capítulo 29

Confianza

Rhett Owens

—Mis padres han decidido divorciarse, finalmente la demanda de divorcio ha sido introducida, hablar del dolor que me produce su separación no ha sido fácil... verlos destruirse mutuamente, cuando antes de lo sucedido eran incapaces de permanecer separados me ha negado la posibilidad de creer en el amor. ¿Existe realmente? ¿Cómo dos personas que han jurado amarse en un altar pueden odiarse tanto en algún punto de sus vidas? —trago grueso, Arielle a mi lado permanece callada—. Mi padre me acusa por callar, me culpa de ser cómplice de algo que repudio con toda mi alma. ¿Cómo le dices a tu padre que la mujer que ama le es infiel? ¿Cómo destruyes un corazón que sientes que debes de proteger?

Cierro el cuaderno y suspiro con fuerza.

—Arielle, tú no tienes culpa de nada —musito, buscando su mirada.

Ella no dice nada, puedo notar lo mucho que le afecta.

—¿Lo entiendes? —inquiero.

Ella muerde su labio inferior.

—Sigue leyendo —contesta, bajando su mirada, mueve sus manos y he notado que hace eso cuando está inquieta.

Poso mi mano sobre las suyas, y sigo leyendo.

—Mi padre vino hoy a casa, sacó toda su ropa y la guardó en una maleta azul, que compramos para irnos de viaje. Me paré en el marco de la puerta, suplicando que se voltease a verme, que me escuchase y no lo hizo, sencillamente me ignoró, mientras las lágrimas corrían por mis mejillas, y mi alma se desgarraba por el dolor de fractura que se creaba en mi hogar, ¡en nuestro hogar!

Mierda...

Su mano se afianza a mi agarre.

—Le supliqué que me escuchase, pero se negó en repetidas ocasiones, le pedí perdón por algo que yo no hice... corrí detrás de él y se negó a voltear. Sentí como mi corazón se destrozaba por dentro, como mi mente me acusaba y señalaba afirmando la culpa. Caí en la carretera con manos temblorosas y la ansiedad me golpeó. Fue mi segundo ataque de ansiedad... Sentí que moría por dentro, y él me dejó allí. Mi mente colapsó... Mis pensamientos se quedaron sin vida, las culpas se acentuaron y, poco a poco, me he vuelto un alma vacía y sin color. Alguien que piensa que el mundo sería mejor sin su presencia, que la vida no es vida y que el aire es tan pesado que mis pulmones quieren dejar de funcionar.

¡Su padre es un maldito!

Cierro el cuaderno, lo hago a un lado, y la abrazo con fuerza.

—Yo no voy a dejarte.

—Pero quizás yo sí lo haga. —Me tenso al escucharla.

—¿Qué?

—No puedes estar con alguien como yo. —susurra, con lágrimas en sus ojos—. No puedo arrastrarte a mi inestabilidad.

Niego, seco sus lágrimas.

Mi corazón...

—No lo haces. ¡No hagas esto!... Ambos nos hacemos bien.

Oculto su rostro en mi pecho, siento un vacío en mi estómago.

—¿Después de leer eso, aún quieres estar conmigo?

—Podría leer los tres diarios, y aún moriría por estar a tu lado —musito—. Arielle, mírame.

—Acuno su rostro—. Daría todo lo que tengo y lo que no tengo, por estar contigo. No tienes ni una maldita idea de lo que significas para mí. ¡Eres todo! Me dijiste que eras de alta demanda, y aquí estoy dispuesto a cumplir con lo que necesites de mí, aunque sé que no es mucho, porque tú eres muy fuerte.

—No lo soy.

—Sí, lo eres, Arielle. ¡Sí, lo eres!

—Millie me hizo sentir tan mínima, tan poca cosa. Dudé de lo que tú sientes por mí —dice—. Es que... ¡Mírate!, y, mírame.

—Yo veo ante mí a la mujer más bella del mundo. Eres fuerte, admirable y sensual. Me tienes en tus manos... Soy tuyo, y no tengo ojos para nadie más que no seas tú. Mi corazón te pertenece —confieso—. No creas en palabras vacías, y ardidas. Míranos...

Saco mi teléfono del bolsillo y lo enciendo para que observe la fotografía de ambos.

—Míranos —insisto.

Sonríe débilmente, y eso es más que suficiente para mí.

—Somos mágicos —susurra.

—Lo somos —afirmo.

Duramos un rato sentados en el césped, hasta que el intenso sol del día nos hace entrar. Ella ha preparado el desayuno, y aunque Arielle insiste en que no tiene apetito, ambos tratamos de convencerla en que debe comer un poco y lo hace, de mala gana, pero lo hace.

No termina su plato y, no insisto, porque sé hay que darle su espacio.

Mi teléfono resuena con fuerza en el bolsillo de mi pantalón. Saco el aparato y detallo que es Hilda.

La empresa...

Me excuso mientras Arielle hace a un lado su plato, y sigue mis movimientos.

—¿Hilda?

—Señorito Rhett... Buenos días, al parecer, no recordó el camino al trabajo.

Sonríe al escucharla.

—Lo siento, se me hizo tarde. No creo que asista hoy.

—Bueno, puede zafarse de la empresa hoy, ya que es el jefe y dueño de todo. Pero, de la firma del apartamento, no. Lo esperan en una hora.

—Mierda —gruño, desviando levemente mi mirada hacia donde se encuentra Arielle, quien está abrazada a sus rodillas.

—¡Qué boca, Rhett! —exclama—. Te esperan... y te enviaré la dirección al teléfono.

—Gracias, Hilda.

Tranco la llamada y muevo mi cuello lleno de tensión, y agotamiento.

Arielle baja sus piernas y sigue a su madre, quien sube las escaleras aclarando que llamó al instituto informando su ausencia.

—Llamaré también a Jenny.

—No. Vete tranquila a Elli's, mamá. Yo estaré bien.

Ambas intercambian miradas. Es como si trataran de comunicarse en silencio.

—Tengo la firma del apartamento hoy, me gustaría que me acompañaras, Arielle. Te haría bien un poco de aire fresco, y a mí tu compañía, por favor.

Ela se gira a verme y sonrío.

—Esa idea me gusta. Yo iré a Elli's y tú ve con Rhett. Los espero a la hora del almuerzo allá... les haré unos emparedados —musita.

Arielle no dice nada, está muy callada y pensativa. Muerde su labio, y cierra sus brazos en su pecho.

—Por favor... —insisto.

Ella asiente, relajo mis hombros y su madre sube a arreglarse, para marcharse.

Doy pequeños pasos hasta donde se encuentra, toma en sus manos el diario y me lo extiende.

—Termínalo —pide.

—Lo haré, pero no aquí, y no ahora. Esto no te hace bien en estos momentos.

—Quiero que entiendas...

—Y yo quiero que tú entiendas, que nada de lo que lea allí me hará cambiar de parecer. Quiero estar a tu lado, siempre.

Declaro, traga grueso.

Su nariz está roja y sus hermosos ojos se muestran tristes, pero a pesar de eso, noto que brillan.

—No hay concierto de Coldplay hoy, pero podemos hacer otra cosa...

Eleva un poco la comisura de sus labios.

—¿Qué?

—Salir... disfrutar del día. Puedo robarme otra Dalia, podemos caminar por el parque... o quedarnos en mi apartamento nuevo cuando nos entreguen las llaves. Solo salgamos de aquí.

Me observa por leves segundos.

—Está bien.

Ela aparece y se despide de ambos, tomando sus cosas. Observa a Arielle, y, aunque duda, se acerca a ella.

—Llámame cualquier cosa.

—Lo haré.

Acaricia un mechón de su cabello, para alejarse de ella y venir hacia mí.

—Cuídala.

—Lo haré.

—Ok.

Ela se marcha y quedamos solo, Arielle toma mi mano y me guía hacia las escaleras para ir directo a su habitación, entramos y cierra la puerta, me encamino hacia su cama, mientras ella busca en su closet algo que ponerse.

—Yo... iré a ducharme.

Asiento.

—Te esperaré, siempre lo haré.

Capítulo 30

Feliz cumpleaños.

Arielle Vandenberg

Camino detrás de Rhett a pesar de que me lleva de la mano, nos guían hasta una oficina donde dos personas esperan por él.

La señora de la inmobiliaria, y el otro no lo reconozco.

—¡Rhett! Carajos... mírate —exclama el señor, muy animado, rodea la mesa para saludar al rubio que se niega a soltar mi mano.

—Rick... mucho tiempo.

—Demasiado. La última vez que te vi, tenías 17 años y estabas por irte a la universidad —musita—. Eres todo un hombre, con barba y cabello largo.

Ambos ríen, en mis labios se dibuja una leve sonrisa.

—Sí... ¿Cómo ha estado todo?

—Bien, ya sabes. Trabajando duro. Tu papá me dejó muchos asuntos por resolver. Entre esos, la entrega oficial de la empresa.

Es el abogado de su padre...

Rhett se tensa, pero asiente. Me coloca a su lado, y desvía su mirada hacia mí.

—Rick, te presento a mi novia —musita, con una sonrisa en sus labios.

Respiro profundo y extendiendo mi mano hacia al hombre de cabello canoso, que me estudia, para luego sonreír.

—Mucho gusto, Rick Salomón. Conozco a Rhett desde que era un bebé. Un bebé llorón y mimado.

Me carcajeo al escucharlo.

—Bueno, tenía mis razones. ¿Dónde tengo que firmar?

La mujer le extiende el contrato, y le señala el asiento. El abogado me ofrece la silla junto a Rhett.

—¿Desean algo?

—Agua —pide Rhett y se gira hacia mí—. ¿Quieres algo?

Niego, perdiéndome en sus hermosos orbes.

—¿Segura? No van a cobrármelo, eso sale del salario de Rick.

Sujeto su mano, y niego nuevamente, acercándome a él.

—Agua para el hombre con barba y cabello largo —dice Rick, con rostro divertido.

La señora de la inmobiliaria habla con Rhett sobre los gastos de mantenimiento, mi teléfono vibra y detallo que me ha llegado un correo anunciando la llegada de un paquete a mi casa.

Mañana es su cumpleaños... son sus regalos.

Rhett está entretenido firmando documentos, y yo aprovecho el momento para escribirle a mi madre.

Mamá, necesito un favor.

¿Qué pasó? ¿Todo bien?

Sí, todo bien. Mañana es el cumpleaños de Rhett y necesito papel de regalo.

¿Podrías...?

Su respuesta tarda un poco, sé que aún es muy pronto para acercarme a ella con este tipo de cosas, pero sé que entiende que él me hace bien.

Claro que sí, enviaré a Jenny. ¿Qué color?

¿Azul...?

Ok. ¿Algo más?

Me quedo pensativa mientras lo detallo, habla animadamente con Rick quién le muestra los documentos de la empresa, está por ser oficialmente el dueño, desvía su mirada hacia mí.

Sé que esto es duro para él. No era la manera en la cual quería hacerse de ella. Sujeto su mano y le sonrío. Y vuelve su mirada al frente, firma muy decidido dando un gran paso y yo estoy aquí para él.

Sí. Pero, lo hablamos en Elli's o en casa cuando estemos solas.

Ok. Ya Jenny fue por el papel. Los espero para almorzar... Cuídate, Arielle.

Guardo mi teléfono en el bolsillo, y escucho todo lo que dice el abogado.

—La casa es tuya... ¿Qué piensas hacer con ella, ya que tienes un apartamento nuevo?

—Pásala a nombre de Cassie —susurra.

Puedo notar el intercambio de mirada entre ambos.

—Tu papá...

—A nombre de Cassie —insiste Rhett—. Y crea un fideicomiso para ella. Luego te diré el monto.

—Perfecto. ¿Algo más?

Ladea su rostro, y sé que me está viendo.

—Lo hablaremos por teléfono. ¿Mis llaves? —pronuncia, largando un fuerte suspiro.

Hace señas hacia la mujer que viene con una botella de agua, y las llaves en sus manos, extiende ambas a Rhett.

—Por fin, la vieja del hotel dejará de gruñir cuando me vea.

Rick se ríe con fuerza.

Nos levantamos, y Rhett recibe las escrituras. Sujeta mi mano y cuando lo hace me siento segura, me siento plena.

Nos despedimos de ambos, y salimos del edificio directo hacia su camioneta.

Rhett se detiene a abrirme la puerta como siempre, y me detalla.

—¿Todo bien?

—Sí.

—¿Segura?

—Sí... estoy más calmada.

—Ok, eso me gusta. ¿Qué te parece si vamos al hotel, busquemos mis cosas y las llevamos al apartamento?

Inquiere mostrándome las llaves emocionado.

—Me parece una genial idea.

Aunque quizás no lo parezca, ya que, mi estado de ánimo no es tan chispeante como hace días, me emociona ser parte de esta etapa de su vida. Ayudarlo con su mudanza, e incluso darle ideas de decoración que toma en cuenta y les da el visto bueno.

La señora del hotel nos recibe con una amplia sonrisa mientras teje.

—Arielle Vandenberg —susurra.

—Buenos días, señora...

—Pilar... Pilar —dice en repuesta—. Buenos días, gruñón, ayer te extrañé. Mira lo bien que se ve con traje... parece un niño grande.

Me río, divertida.

—Me va a extrañar más, ya que finalmente me iré.

Rhett le extiende un cheque con el pago completo y algo extra.

—Gracias, por todo.

—Siempre a la orden. Ya sabes dónde encontrarme para más consejos.

Mi novio asiente y me guía hasta las escaleras para subir a su habitación, no hay mucho que recoger, Rhett es ordenado y tiene prácticamente todo en su sitio.

Tomamos sus maletas y las dejamos en la puerta.

—¿Dónde vas a dormir? El apartamento no tiene cama. ¿No irás a dormir en el piso?

Se gira a verme... no lo había pensado.

—Bueno, vamos a comprar eso de una vez, y así me ayudas a escoger algunas cosas. Las ideas que me has dado me gustan.

Él no lo sabe y quizás ni los sospeche, pero lo que está haciendo hace que mi mente se mantenga ocupada y que no cuestione mi entorno. Lo que pasó ayer va quedando poco a poco atrás y el miedo a que él huya de nuestra relación, por lo que ha leído en mi diario, se va desvaneciendo.

Cuestiono todo y dudo de todo, le temo a cosas que solo pasan en mi cabeza, me planteo situaciones fatalistas y creo que no soy, ni seré suficiente para él y no es algo que pueda controlar con facilidad. Sin embargo, lo que él hace conmigo es maravilloso.

Bajamos las escaleras, la anciana sale del mostrador para ayudarnos con un par de cosas.

Débilmente, puede con la caja, pero insiste en ayudarnos. Rhett recibe en equipo para subirlo, y yo me quedo con la caja; en ella puedo ver un portarretrato, con una foto de un niño muy rubio, quizás de unos nueve meses o más... con una mujer de cabello castaño que lo abraza.

Siento sus manos rozar mis dedos.

—Dame novia...

Suelto la caja y se la entrego. Se despide de la anciana con un abrazo. Aunque se quejaba de ella, sé qué la hará en falta. Hicieron clic.

Ella le murmura algo que queda entre ellos, y subo a la camioneta para ponernos en marcha, le extiende mi mano para que la entrelace con la mía.

—¿Listo para esta nueva etapa de tu vida?

—Sí es a tu lado... ¡sí!

Capítulo 31

Feliz cumpleaños

Rhett Owens

Fuimos a un almacén de muebles, donde Arielle me ayudó a escoger parte de la decoración del apartamento. Con la urgencia, lo único que despacharan hoy será la cama y las cosas de la cocina que compramos en una tienda.

Todo va en negro...

Con la ayuda del vigilante hemos subido las cosas. Estoy acomodando la licuadora negra en su lugar mientras escucho a Arielle hablar con su madre por teléfono, excusándose por faltar al almuerzo.

—Sería maravilloso, mamá. Gracias... en serio —escucha, con atención, mientras saca la vajilla negra de su caja—. Sí, ya te paso la dirección. Y en serio, ¡gracias!

Tranca la llamada y me observa.

—Nos traerá comida. No te molesta, ¿verdad?

—No. Es perfecto. ¿Dónde se supone que va esto?

Inquiero tomando la cafetera, se levanta y detalla la encimera.

—Bueno, debería ir allí. Junto a la licuadora.

—¿Y esto? —pregunto, sujetando la tostadora.

Arielle sonríe alegrando mi alma. Con el pasar de las horas su ánimo ha ido mejorando. Intento mantenerla ocupada, y, al parecer, está dando buenos resultados.

Poco a poco vamos organizando todo lo de la cocina, hasta que finalmente me llaman para hacer la entrega de la cama con sus accesorios. Los trabajadores ingresan, Arielle se mantiene en la distancia observando todo, ayudo a los hombres a armar la inmensa cama negra.

Esta nueva etapa me tiene expectante, quiero hacer todo correctamente, ya es tiempo. Siempre he intentado complacer a terceros, y, ahora, es tiempo de hacer las cosas para mí, y por mí.

Volver no fue como esperaba, ¡fue mejor!, porque la tengo a ella.

Los hombres se marchan, y Arielle se pone a vestir la cama con las sábanas y cobertores, mi reacción es tomarla por la espalda, girar su cuerpo y acunar su rostro.

Me detalla confundida.

—Me gusta esto —suelto.

—A mí también —dice muy bajito—. Mañana es tu cumpleaños.

—¿Mañana? —me hago el desentendido.

Claro que lo sé.

—Sí, mañana es 16 de octubre. Tu cumpleaños.

—No lo recordaba.

—Sí, imagino que es así. Ha pasado mucho en estas horas.

Sus manos acarician mis mejillas, y bajan hasta mi cuello, para luego posarse en mi pecho.

—¿Qué quieres de regalo de cumpleaños?

—Mi regalo, lo tengo entre mis brazos.

Ella me sonríe.

—Aparte de mí. ¿Qué quieres?

—Solo a ti, Arielle. Solo a ti...

Se pone de puntillas, y deja un beso en mis labios. Un beso que me enciende, porque sus manos viajan a tocar mi piel. Profundizo el beso, y ella me recibe con gusto, la pego a mi cuerpo lo más que puedo y su calor me invade.

Nos dejamos llevar por la pasión que empieza a apoderarse del momento.

Me abstengo, me contengo... porque mis ganas de ella me dicen que la lleve a la cama, pero no puedo, ahora no.

El sonido del timbre nos detiene, nos alejamos levemente agitados.

—Debe ser... mi madre —dice.

Asiento, trago grueso.

—Ábrele, yo... necesito un momento.

Entiende a que me refiero y se sonroja, sale de la habitación e intento calmarme. Paseo mi mirada por la habitación, todo está listo, tomo la caja que yace en el suelo, y saco la fotografía que me ha acompañado todo este tiempo.

La dejo en la pequeña mesa que hace juego con el color de la cama.

—Y esta es la habitación de Rhett.

Me giro para conseguirme con Ela detallando todo, y Arielle.

—Está muy bonito. ¿Compraron todo?

—Casi todo. Arielle hizo la selección de colores —musito.

—Y están muy lindos, me gustan las paredes blancas y los tonos negros... Les traje algunos emparedados y bebidas, también postres. Puedo ayudarlos un par de horas. ¿Qué falta?

Arielle sonríe levemente al escucharla.

—Bueno, terminamos aquí... nos queda aún la cocina.

—Vamos, entonces.

Le doy un último vistazo a la fotografía y salgo, Arielle me detalla y sé que la vio. Acaricio su espalda, Ela saca todo lo que trajo y la verdad es que es demasiada comida. Nos sentamos en los taburetes que llegaron con la cama, y empezamos a comer.

Mi mirada sin poder evitarlo viaja hasta el piso justo frente a la chimenea, los recuerdos de esa primera vez como pareja vienen, y debo apartarlos porque tiene un efecto en mí. Luego de comer y guardar toda la comida que quedó en el refrigerador, seguimos organizando la cocina.

Es mucho, pero entre tres, el tiempo pasa y todo se termina. Intercambio un par de veces palabras con Ela, ya que quiere saber de qué estoy graduado y en qué trabajo. Respondo tranquilo y ella asiente, satisfecha ante mis respuestas.

Finalmente, se despide y Arielle... debe irse con ella. No me agrada la idea, no me gusta en realidad. Incluso me ofrezco a llevarla, pero insiste en que no quiere que yo conduzca.

—Debes descansar. Allí tienes suficiente comida, agua y jugos... la cama está lista y mañana traen el resto de los muebles —dice, tomando sus cosas.

—Por favor —insisto, como niño pequeño.

Se ríe, observando a su mamá en la puerta.

—Mañana vengo a primera hora, lo prometo. Tengo que traerle desayuno a mi novio de cumpleaños.

La abrazo a mi pecho, y ella pasea sus manos por mi espalda.

—Llámame a lo que llegues.

—Lo haré.

—Te espero en el auto, Arielle... Hasta luego, Rhett.

—Hasta luego.

Se marcha y Arielle se guinda de mi cuello.

—¿Qué haremos mañana? —inquire.

—Estar acostados todo el día en la cama —digo muy bajito, y ella se carcajea.

—Ok, mañana estoy aquí temprano. ¡Descansa! Gracias por este día.

Roza su nariz con la mía, poso mis labios sobre los de ella y me cuesta soltarla, pero debe irse.

Se aleja y cierra la puerta, suelto un largo suspiro y detallo el espacio vacío de la sala. Mañana traen los muebles que faltan, gracias a la madre de Arielle la nevera ya no está vacía y la cocina se encuentra ordenada.

Camino hacia mi habitación, empiezo a desempacar mi ropa y las cajas que quedan. Ordeno mis zapatos deportivos, mis trajes y todo lo que debe ir dentro del clóset.

Tomo en mis manos una pequeña maqueta que hice de niño con palitos de helado, recuerdo que la llevé emocionado a la oficina de mi padre, y puedo asegurar que fue la única vez que lo vi sonreír hacia mí.

La detalló con delicadeza en sus manos, sonrío y me vio directo a los ojos. Tomó su impecable bolígrafo dorado y escribió en ella.

Yo paseo mis dedos por las viejas letras.

Excelente trabajo, sigue así.

Luego de ese momento pensé que, si estudiaba y mostraba interés en su trabajo y en querer ser como él, quizás me ganaría más miradas y sonrisas. Pero nada así sucedió.

Mi madre murió joven, y son pocos los recuerdos que tengo de ella, lo que sé es por Vivien, quien obviamente la tuvo más tiempo que yo. Hago a un lado la pequeña maqueta y me dejó caer en la cama agotado.

Ya Arielle está en su casa, y me siento calmado al saberla bien y estable. Intercambiamos un par de mensajes.

Mi novio,

Estoy feliz por ti, y por esta nueva etapa.

Sonrío al leer su mensaje.

Me hubiese encantado que te quedarás más tiempo.

Mi novia

A mí también. Pero, no quería que salieras tarde. Te quiero mucho, Rhett. Mucho... en serio. Siento que, conmigo, las cosas no sean fáciles.

Resoplo al leer su mensaje.

Yo te quiero mucho más, ¡no te preocupes por eso!, las cosas serán cómo deben ser y yo estaré allí.

Mi novia.

Sé que sí.

Estoy sudado, y no quiero seguir ensuciando mis sábanas nuevas, le digo que me daré una ducha sin notar la hora; casi es medianoche. Dejo el teléfono en la cama, e ingreso al baño para lavar mi cabello y cuerpo. Estoy acostumbrado a la soledad.

Salgo de la ducha, cepillo mis dientes y no recojo mi cabello para esperar a que se seque. Busco un pantalón de dormir y me lo coloco. Mi teléfono suena con una llamada entrante. Frunzo mi ceño.

Me acerco a mi cama haciendo a un lado la toalla, sonrío al ver que es Arielle.

Son las doce en punto. Llevo el aparato a mi oído.

—Feliz cumpleaños, Mi ladrón de Dalias. Eres lo mejor que me ha pasado en largo tiempo, te quiero muchísimo.

Sonrío al escucharla.

—Gracias, mi apellido extraño. Este será mi mejor cumpleaños, gracias a ti.

—Eso espero.

El timbre suena.

¿Qué?

—Abre, tu regalo está en la puerta.

—¿Mi regalo?

—Sí. Lo que pediste.

Niego, caminando hacia la entrada del apartamento.

—Lo único que pedí de regalo fue a ti. Es lo que quiero para este día. —Quito los seguros y abro la puerta.

Me congelo al notar quién está en el pasillo con una amplia sonrisa en su rostro.

—Aquí estoy... feliz cumpleaños, Rhett Owens.

Bajo mi teléfono y ella lleva en sus manos un pastel con una vela encendida.

—Debes soplar —dice.

Es como un sueño el verla aquí. Me inclino hacia el pastel y soplo la vela.

—¿Qué pediste?

—Una vida entera contigo.

Capítulo 32

Regalo

Arielle Vandenberg

Hablar con mi madre sobre lo que quería para el cumpleaños de Rhett no fue fácil, pero era una conversación que debíamos tener. No pensé que fuese a ayudarme, y menos a darme permiso, pero lo hizo. Incluso me trajo de vuelta al edificio, luego de que me duché y organicé todo en tiempo récord.

—¿Tienes todo?

—Sí, creo que sí.

Saco las cosas, y el vigilante al verme con todo se ofrece a ayudarme.

—Ok, nos vemos mañana. Arielle...

Elevo mi rostro hacia ella.

—De verdad... Gracias, mamá.

—Ya sabes lo que hablamos. Cuídate —asiento.

—Gracias.

Asiente en silencio, y cierro la puerta del auto. Con el vigilante ingreso al edificio y subo al elevador. Marco el número de Rhett al notar que ya es media noche.

Él fue muy claro en lo que quería de cumpleaños, y quiero complacerlo. Rio al escuchar que me quiere a mí como regalo. Me llené de valor y fui honesta con mi madre, aunque al principio quizás no le agradó la idea, aceptó solo por el hecho de que fui madura y sincera.

Me paro frente a la puerta esperando que abra, el vigilante se marcha con una amplia sonrisa en sus labios, no es fácil tener un pastel en una mano y el teléfono en otra, pero me las ingenio. La puerta se abre y él aparece recién duchado y con el cabello suelto.

Me tiembla hasta el alma cuando sus orbes se posan en mí.

—Aquí estoy... Feliz cumpleaños, Rhett Owens —susurro, su rostro lleno de sorpresa y me encanta. Baja muy lentamente su teléfono—. Debes soplar —indico, sale de su pequeño trance y se inclina hacia el pastel para soplar la vela.

—¿Qué pediste?

—Una vida entera contigo —dice, elevando su mirada hacia mí.

Siento que mi corazón va a salirse de mi pecho.

—¿Me... me ayudarás a pasar? —inquiero, con voz temblorosa.

Asiente, tomando el pastel. Guardo mi teléfono y tomó las bolsas que tengo en el suelo. Él sujeta la puerta para mí, dejo todo en la entrada y, sin importarme nada, me giro para abrazarlo.

Me toma con un solo brazo, ya que en el otro lleva su pastel.

Camina conmigo a cuestas hacia la cocina, para liberar su otra mano y abrazarme con ambas.

—Te quiero demasiado —declara, y eso es más que suficiente para mí.

—¿Te gusta tu sorpresa?

—Sabes que sí.

Acuno su rostro, y lo detallo. Es muy guapo, y es mi novio.

—Desde ya es el mejor cumpleaños, en serio.

—¿Quieres abrir tus regalos?

—¿Hay más regalos?

—Muchos más.

Su sonrisa llena de vida me aviva el alma. Me suelta con pesadez, y corro hasta dónde dejé las bolsas con todos sus regalos. Los subo a la encimera y le señalo el taburete para que se ubique en este.

Se sienta y detalla en silencio, con un rostro lleno de emoción, como yo saco las cosas para dejarlas ante él.

Le extiendo la primera caja, y no espera que le diga algo, sencillamente ataca el papel de regalo como si fuese el peor enemigo.

Chilla como un niño al ver lo que hay en él.

—¡Skittles! —grita, sacando los maxi frascos que le compre.

Le durarán meses...

—No te los vayas a comer en una sentada.

Ríe divertido.

—Trataré de no hacerlo, pero no prometo nada —musita emocionado, abriendo uno de los envases para sacar un puñado—. Comía muchos en mis años de universidad. Era lo que necesitaba para estudiar.

Me extiende solo uno, y rio feliz al verlo.

—¿Uno solo?

—Uno. Tienen que durarme meses —dice, y me carcajeo con más fuerza.

Tomo el Skittles rojo y lo llevo a mi boca, con su mirada en mí.

—Ahora abre el siguiente.

Empujo la otra caja hacia él. Esta es un poco más grande, y eso aviva su curiosidad.

—¿Qué es?

—Abre.

Rompe el papel, y detalla la caja blanca sin nada que le indique que podría ser. La abre con cuidado y lleva sus manos a su boca al notar...

—Pensé que necesitabas adornos de decoración que vayan junto a tus libros de Harry Potter.

Se gira a verme y saca con mucho cuidado el adorno de decoración de las reliquias de la muerte, y una golden snitch. Es tan perfecta que hasta tiene los pequeños detalles y el escrito.

La saca con mucho cuidado y la detalla en sus manos.

—No puedo creer esto.

—Se verán bien con tus libros —digo, está sin palabras detallando todo—. Tiene certificado de autenticidad.

Se gira de golpe a verme.

—¿Qué?

—Es una de las que se usó en la película —pronuncio, y él abre sus ojos en demasía.

—¡Mientes!

Yo niego, saco el certificado que afirma que es una de las que se usaron, e incluso menciona en cuál escena.

—¡Arielle!

Se levanta y me abraza con fuerza, llena mi rostro de muchos besos, su alegría me contagia.

Esto era lo que quería. Él ha hecho tanto por mí y merece más que esto que le ofrezco.

—¿Cómo hiciste para conseguirla?

—Bueno... tengo mis ahorros. Yo... usé un dinero que no he tocado en largo tiempo.

—No debiste.

—Sí, debí. ¡Has hecho mucho más por mí!, y... Hay otro regalo.

—¿Más?

Asiento nerviosa.

—¿Qué pasa?

—Dijiste que me querías a mí de regalo de cumpleaños. Bueno... no soy buena en esto. Eres el primer hombre con el cual he estado en todos los aspectos.

Digo bajando mi mirada.

—Abre el otro —susurro.

Me toma de la mano, y me guía hasta la encimera donde yace la pequeña caja.

Quita el lazo, y hace a un lado el papel. No hay nada allí...

—Voy a quedarme... contigo. Esta noche. Toda tuya. Lo que estaba en esa caja, ya lo tengo puesto.

Frunce su ceño, pero entiende cuando mi mano empieza a quitar los botones de mi camisa de cuadros.

—Haremos el amor tantas veces como quieras —declaro, muy bajito.

Me sujeta por la parte de atrás de mi cuello y me pega a su rostro. Hunde esa mano en mi cabello y hace una leve presión.

—¿Me harás perder la cabeza?

—Sí. —Su mirada se oscurece.

Una fuerte ola de calor me invade, mi corazón se agita con fuerza y mi garganta se seca.

Suelta su agarre, y doy un paso hacia atrás, donde empiezo a desprenderme de cada pieza de ropa.

Rhett se queda observándome en silencio, mi corazón puede escucharse en el silencio, y es muy excitante hacer esto.

Llevo un body de encaje blanco, que tiene pequeñas transparencias.

—Mierda.

Sus manos se pasean por su cabello suelto, y yo elevo mi mirada.

—Feliz cumpleaños, mi amor.

Capítulo 33

Emociones

Rhett Owens

Entrelazo mi mano con la suya y me dejo guiar por ella hasta mi habitación, el condenado body que lleva puesto me ha dejado sin aliento.

Encaje y transparencias. Su tono de piel, su cabello rubio cayendo por su espalda y sus mejillas sonrojadas, es una imagen que guardaré para mí.

Se gira en todo el borde de mi cama.

Sin temor a equivocarme, este ha sido mi mejor cumpleaños, y solo han pasado un par de minutos desde que comenzó.

Los regalos, y ella.

Me acerco a su cuerpo, y mis dedos recorren la piel descubierta de sus brazos. Bajo mi rostro, en busca de su mirada, deja salir un leve jadeo de sus hermosos labios.

—Me tienes mal, Arielle —susurro.

Paseo mi pulgar por sus labios.

—Quiero tomar las riendas —dice, poniéndome al borde de la cama con sus manos en mi pecho.

Me empuja ligeramente y caigo sentado en esta, hipnotizado por sus orbes. Muerde sus labios, y se arrodilla entre mis piernas, hala ligeramente el tiro de mi pantalón.

Mi erección es más que evidente. Elevo un poco mis caderas para que baje de este, y lo hace sin despegar su mirada de mí.

Siento que me quedo sin aire ante la seguridad que me muestra.

El calor de sus manos rozando mis muslos me obliga a cerrar mis ojos con fuerza.

Maldita sea.

La manera en la que me excito con Arielle no tiene punto de comparación, ni lo tendrá jamás.

Sus pequeños dedos tantean mi pelvis, bajando poco a poco hasta llegar a mi falo necesitado de atención.

Sus dos manos se cierran a su alrededor, y lentamente comienza a moverla. Abro mis ojos para detallar su rostro.

—Me gustas demasiado —digo agitado.

—Tú a mí, más.

Sigue masturbándome con sus delicadas manos, llevándome al cielo del placer.

No tiene ni la más mínima idea de lo que causa en mi cuerpo. Quiero perder el maldito control, apoderarme de ella y hundirme, una y otra vez, en su ser.

Seca mi alma con su toque, me deja moribundo y necesitado.

Acuno su rostro con una de mis manos, y la guío lentamente hacia mi falo.

Ella decidirá si quiere hacerlo, y si no, estoy bien con ello.

Relame sus labios, y eso me da la respuesta. Quiero verla, no aparto mi mirada de ella. Separa sus labios y me da cabida dentro de su boca. Su aliento y su lengua, tocando mi piel sensible, me hace temblar.

—¡Mierda! —exclamo casi sin aire.

Cierra sus labios, sube y baja llenándome de sensaciones y cosquilleos que me hacen gemir en repetidas ocasiones su nombre.

Cierro mi mano en su cabello y la hago bajar un poco más. Me hace perder el sentido, respiro intentando contenerme, pero ¡mierda!, me está haciendo un sexo oral increíble.

La suelto y agarro con fuerza las sábanas.

—Arielle... por favor —suplico.

Hace una succión que envía corrientes a mi cuerpo. Pasea su lengua por toda mi extensión y me detalla.

—Ven acá —gruño, tomándola por sus brazos.

La acuesto en la cama, separo sus piernas y me embeleso observándola en mi cama con su cabello, añadiendo color a las sábanas blancas.

Mis dedos van a la fina costura del body, y lo hago a un lado para poder exponer su sexo.

—¿No vas a quitármelo?

—Tenemos toda la noche... el primero será con esto puesto.

Tomo mi polla y la guío hacia su entrada, rozo ligeramente su sexo.

Jadea...

Muevo mi pulgar por su clítoris haciendo pequeños círculos.

—Ah... mmm...

Deseo hundirme en ella, así sin nada de por medio... ¡No!, debo ser responsable.

Solo entro un poco y Arielle gime. Sentir su humedad y estrechez es como una droga para mi cuerpo.

Quiero más, y más.

Salgo, poniendo a prueba mi autocontrol. Bajo de la cama y ella me sigue.

—¿Qué...?

—Condón —musito, tragando grueso.

Busco en mi bolso y tomo algunos dejándolos en la mesa. Dormiremos, solo si ella me lo pide.

Desgarro un empaque y me lo coloco rápido para subir a la cama nuevamente, y tomar mi lugar. Expongo su sexo y me posiciono en su entrada para entrar de golpe.

Su gemido eriza mi piel, soy aprisionado por sus paredes, me dejó caer sobre su cuerpo, y busco sus labios.

Me recibe con gusto. Su lengua me invade buscando la mía, sus manos me abrazan más a su cuerpo, al igual que sus piernas, las cuales me hunden más en su ser.

Muevo mis caderas al principio lentamente, pero, poco a poco, la pasión y las ganas van tomando partido, y mi cuerpo solo quiere sentirla.

Unimos nuestras frentes mientras seguimos haciendo el amor, y es maravilloso perderse en sus orbes.

—Te quiero. Te quiero mucho...

—Yo también.

Hunde sus uñas en mi espalda. La tomo por sus muslos, llevándolos hacia atrás, subiendo sus pies a mis hombros y sigo moviéndome.

Verla recibíendome, es erótico y excitante. Mis manos recorren la tela... que cubre su cuerpo. Ese mismo que pienso explorar toda la noche.

Toda la condenada noche. La tomo de su cintura y la cargo para sentarla sobre mí, su cabello cae a un lado como una pequeña cortina y su nariz roza la mía.

—¿Te gusta? —mueve sus caderas.

—¡Demasiado! —gruño, hundiéndome en ella.

—¿Así?

Inquierte meneándose y asiento, disfrutando de lo que causa en mi cuerpo, de como mi piel se eriza y tensa.

—Sí, así.

Hundo mis manos en sus caderas y sigue moviéndose con más fuerza. El desespero va nublando mi mente, y las ganas de derramarme son más intensas.

—Arielle... —la tomo del cuello y detallo.

Se menea con más ímpetu al notar que voy a venirme. Y el orgasmo llega con su mirada en mí, tiemblo entre sus brazos y gruño con fuerza. Ella continúa moviéndose, y libera su tensión con mi nombre en sus labios.

La abrazo a mi cuerpo, mientras ambos intentamos recuperar el aliento.

—Después de esta noche me costará mucho dejarte ir a tu casa...

Despertar con Arielle desnuda en mi cama puede ponerse en una lista de mis cosas favoritas en la vida.

No recuerdo cuando nos dormimos, solo sé que aprendí más de su cuerpo y con todo lo que hicimos, he descubierto lo que le gusta. Si hubiese sido por mí seguiríamos durmiendo, pero llamaron de la tienda anunciando que los muebles ya estaban aquí.

Arielle se pasea por la cocina calentando algo de lo que quedó ayer para ambos, con una de mis camisetas y su pantalón.

Sonríó viéndola mientras indico donde van los muebles.

Todo ha llegado... hoy podré festejar con todos acá.

Voy a mi habitación y saco los libros de tapa dura de Harry Potter para ponerlos en la pequeña biblioteca que ya han armado. Arielle trae los adornos, y yo los pongo en su sitio.

—Más que perfecto —digo, abrazándola a mi cuerpo.

Dejo un beso en su cabello.

—Señor. Todo listo —inquierte el supervisor.

—Perfecto, gracias —susurro, buscando algo de dinero para darles de propina.

Busco en mi billetera, y elevo mi mirada para notar que uno de los ayudantes sigue con su mirada a Arielle, quien se muestra completamente ajena a lo que sucede, ya que está sirviendo nuestra comida.

Cierro mis manos en puño y estiro mi cuello, buscando calmar los celos que se instalan en mi pecho y estómago. Me acerco al supervisor y le extiendo el dinero.

—Gracias.

Contenerme... eso es fácil. Sé hacerlo.

Los guío hasta la salida, cierro la puerta, de golpe y doy un largo respiro.

—Casi arrancas la puerta.

—Casi mato a alguien —respondo.

Arielle deja los platos en el comedor con el rostro lleno de confusión.

—¿Cómo?

—Uno de esos idiotas te comía con la mirada —gruño, sentándome en una de las sillas —. Se me quitó el apetito.

Hago a un lado el plato, y aunque sé que ella no tiene la culpa... estoy lleno de celos.

Rodea el comedor y se para junto a mí, para tomar mi rostro en sus manos.

—¿Seguro? Porque pensé que luego de comer algo... podíamos seguir estrenando la cama o

este comedor.

Sonríó al escucharla.

—Mía...

—Tuya, ladrón de Dalias.

La tomo de su cintura y la subo fácilmente a la mesa.

—Pongamos a prueba esta mesa.

Capítulo 34

Inseguridad

Arielle Vandenberg

No son muchos los amigos que tiene Rhett en la ciudad, y yo tampoco es que soy la más amigable de todos. Pero, entre ambos, hemos invitado a algunas personas.

Acomodo los bocadillos que hemos comprado en la tarde, y juntos, esperamos pacientes la llegada de los invitados.

Rhett aparece en el pasillo con un pantalón de rayas rosa, una camiseta negra y una chaqueta que hace juego con esta.

Mierda.

Su cabello va suelto, y me sonrío.

—Estás hermosa.

¿Yo?

Bajo mi mirada hacia mi vestido blanco.

—Gracias. Pero hablemos de ti, Ladrón de Dalias. Te ves muy sexy.

Sonríe mostrándome toda su perfecta dentadura.

—¿Sexy? Me gusta como suena de tus labios. Sexy para ti.

Viene hacia mí y me carga con fuerza. Hemos pasado todo el día juntos, arreglando el apartamento y haciendo el amor en cada rincón posible. Me costará demasiado irme esta noche.

Acaricio su mejilla.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

Inquiere llamando mi atención.

—¿Qué sería eso?

—Que despedirnos esta noche, nos costará.

Asiento ante lo que me dice.

—¿Y si hablo con tu mamá? —rio al escucharlo.

—No juguemos con nuestra suerte.

El timbre suena, y Rhett gruñe, dejando unos pequeños besos en mis labios.

Mis manos comienzan a sudar; Vivien vendrá y será oficialmente la primera vez que nos verá juntos. Debo poner de mi parte para que la ansiedad no sea la protagonista de esta noche. Es un gran peso, pero sé que puedo lograrlo.

Yo puedo.

Escucho la dulce voz de Cassie y mi corazón se agita, cierro mis ojos por un instante y tomo una larga bocanada de aire para calmarme.

Siento sus apresurados pasos, y el choque de su cuerpo con el mío.

—¡Arielle! —chilla, emocionada.

—Cass... ¿Cómo estás?

—Feliz de verte. ¿Cómo se ha portado, mi tío?

—De maravilla. —Ella sonrío al escucharme.

—Más le vale. Estás bellísima. Préstame tu vestido...

Toca la tela de mi vestido.

—Cuando quieras. —Aplaude, con entusiasmo. Elevo mi mirada para notar a tres pares de ojos posados en nosotros.

Rhett sonrío. Vivien mantiene una expresión seria, con su mirada aún en mí; es incómodo.

—Hola, Vivien.

—Hola, Arielle. ¿Cómo estás? —Viene hacia mí, para saludarme como siempre lo hace, con un gran abrazo—. Me alegra verte bien.

Asiento.

—No voy a presentarte a mi hija, ya que por lo que veo la conoces, y yo no sabía nada. Te presento a mi esposo, Alex.

Extiendo mi mano hacia él.

—Mucho gusto, Arielle. Es un gran placer conocerte... Eres muy linda.

—Gracias.

—Vivien y Alex, trajeron vino y algunos aperitivos —comenta Rhett, cortando la tensión.

—Y también unos regalos —chilla Cassie, quitando de las manos de su madre unas bolsas—. Para mi tío favorito en el mundo, y para Arielle.

Me sorprende al escucharla. Toma la bolsa verde con dibujos de animales y se la extiende a Rhett, que acaba de dejar las cosas sobre la encimera.

—Mamá dice que te hacen falta. Yo no creo, pero ajá...

Rhett saca unos auriculares grandes de marca, y sonrío, viéndolos.

—Gracias —dice el rubio hacia todos.

Cassie lo abraza emocionada, según lo que tengo entendido, Rhett no pasaba su cumpleaños con ellos, ya que estudiaba afuera. Esto para Cassie es nuevo y la hace feliz.

—De nada. No sabíamos si tenías unos, pero como eres adicto al ejercicio —dice Vivien.

Rhett saca una barra de chocolate rellena con pistacho para mí y me la extiende.

—Esto es para ti.

Cassie sonrío.

—Es divina. Papá y yo somos adictos.

Rio al escucharla, y la abraza con fuerza agradeciendo por el detalle. Rhett se ofrece a darles un pequeño tour por su nuevo departamento. Yo me quedo en la sala, abro las puertas del balcón para que la brisa entre, y el aire calme mis pulmones.

Me siento observada por Vivien, y eso me incomoda un poco. Lo que menos deseo en este momento es tener un ataque de ansiedad.

Escucho los pasos volver a la sala, Vivien se sienta en el sofá y Alex va a la cocina con Rhett para servir algunos tragos, Cassie me hala por un brazo para sentarme junto a su madre.

—Arielle es muy linda, ¿verdad, mamá?

—Sí, lo es. Siempre lo he pensado —declara, con una sonrisa en sus labios—. ¿Cómo te has sentido, Arielle?

Detallo su mirada; no pregunta como mi psicóloga, pregunta como Vivien, la hermana de Rhett.

—Bien, mucho mejor... Aunque un poco incómoda por la situación —contesto.

Vivien sonrío levemente.

—No tienes por qué. La verdad es que todo esto me tomo por sorpresa, y no es que no esté de acuerdo con su relación, es que no quiero que ninguno salga lastimado. Como tu psicóloga me preocupa tu salud mental, y como su hermana, quiero que él esté bien —recita con calma, mientras Alex y Rhett conversan en la cocina.

—Lo entiendo.

—No te enfraques en lo que el resto del mundo pueda sentir o pensar, eso es un grave error. Tú vive esta etapa... y listo. Mientras seas feliz y él también, para mí es más que suficiente, pero recuerda que siempre puedes acudir a mí. Yo no dejaré de ser tu psicóloga y mucho menos tu amiga. ¿Ok?

Asiento al escucharla.

—Gracias, Vivien.

—No hay de qué. Debía decirlo...

Siento el calor de las manos de Rhett en mis hombros, se sienta a mi lado y me pega a su cuerpo. Me entrega una gaseosa, mientras él sorbe su copa de vino.

Deja un beso en mi mejilla, y eso me calma un poco.

—¿Te encuentras bien? —susurra, cerca de mi oído.

—Sí. Estoy bien.

—¿Cómo va todo en la empresa? —inquieta Vivien.

Rhett se relaja en el sofá, y me hala a su cuerpo.

—Bien, adaptándome. Ya sabes... hay muchas cosas fuera de lugar. Proyectos atrasados, pero ya nos estamos poniendo al día.

—¿Cómo se porta, Hilda? Porque estaba loca por verte y ayudarte a tomar tu lugar.

Rhett sonríe, y entrelaza su mano con la mía, calmando mi cuerpo y alejando todos los malos pensamientos.

—Bien, me tiene consentido y me ha ayudado en todo el proceso. Y Alex no se queda atrás.

Alex sonríe.

—Hay mucho que hacer, pero Rhett sabe lo que hace.

Me giro hacia el rubio.

—¿Siempre quisiste trabajar allí?

Ladea su rostro hacia mí.

—Sí. Vi a... nuestro padre llegar con inmensas maquetas a la casa muchas veces, y evidentemente eso avivó mi curiosidad, preguntaba mucho y él respondía haciendo que más preguntas se formularán en mi cabeza —contesta con calma—. No siempre estaba de ánimos de responderme, pero, cuando lo estaba, yo lo saturaba con mis preguntas.

El timbre suena interrumpiendo lo que decía. Se excusa y levanta, dejándome con ganas de saber más. Vivien me sonríe en la distancia y escuchamos voces alegres cuando la puerta se cierra.

Aunque un moreno alto aparece, quién llama mi atención es la castaña que viene guindada del brazo de Rhett. Es bellísima, parece sacada de una revista. Un vacío incómodo se instala en mi estómago.

Una sensación de desagrado.

—Joseph —exclama Alex, levantándose a recibirlo.

Rhett se zafa del agarre de la castaña al posar sus orbes en mí, debe notarse mi disgusto. Respiro profundo e intento calmar mi cuerpo.

Alex y el moreno se saludan animadamente.

—Les presento a todos a Stefany, el primer amor de Rhett.

Vivien gira mi rostro hacia mí, cierro mis manos en puño.

—¡Joseph! ¡Por Dios! Solo fue algo de adolescentes, nada del otro mundo —chilla ella, divertida.

Me levanto y un mareo me toma por sorpresa, Cassie sujeta mi mano.

—Muy fuera de lugar tu comentario. Joseph y Stefany, les presento a mi novia... Arielle

Vandenberg —dice Rhett, parándose a mi lado. Ambos cambian su semblante alegre a uno serio.

El moreno intenta disculparse por el comentario, y yo le resto importancia ofreciéndoles algo de tomar.

Me alejo de todos y voy directo a la cocina, quisiera que hubiese una pared en este instante para poder ocultarme detrás de ella. Noto mis manos temblorosas y las apoyo en la encimera, buscando calmarme para poder servir los tragos.

—¿Amor?

La voz de Rhett me trae a la realidad.

—Lo siento, no sé por qué Joseph hizo ese comentario tan fuera de lugar. No le des vueltas, ¿sí? No sabía que vendría con ella.

No digo nada, tengo un nudo en mi garganta.

—¿Arielle? Mírame, por favor.

—Ahora no.

Tomo la botella de vino con mis manos temblorosas. Rhett se acerca, y eso me pone más inestable. La botella cae al suelo haciéndose añicos.

—Mierda...

Todos se levantan y vienen hacia acá.

Rhett se acerca a mí, y acuna mi rostro.

—¿Arielle?

—¡Voy por un trapeador! —chilla Alex.

Vivien nos aleja de la botella y yo no digo nada. Hasta que me percató que las miradas están en mí.

—Voy a la habitación, ya vengo.

Me alejo del toque de Rhett. Me encamino directo a su habitación, cierro la puerta con seguro y me dejó caer al suelo.

No ahora, Arielle. No ahora... no hoy.

Capítulo 35

Caída

Rhett Owens

Intento ir detrás de ella, pero Vivien me detiene.

—Déjala. Lo que menos desea en este momento es que la vean como una persona ansiosa, y tú entrando a esa habitación harás que eso suceda. Dale cinco minutos —susurra para mí.

Alex recoge la botella, y Joseph seca el vino del suelo. Todos creen que Arielle fue a mi habitación a cambiarse, pero Vivien y yo sabemos que no es así.

Muevo mis piernas impacientes, el timbre suena y Stefany se ofrece a abrir.

—Todo iba bien... —digo hacia mi hermana, que me aleja del pasillo.

—La ansiedad es así. Es una montaña rusa.

—¡Maldita sea! —bramo, cerrando mis manos en puño. Salgo al balcón para tomar un poco de aire, dándole tiempo a Arielle.

Hilda y su esposo entran con varios regalos en sus manos, intento sonreír hacia ellos. Stefany viene hacia mí.

—¿Todo bien, Rhett?

—Sí.

—Estás increíble, la verdad es que no sabía con qué encontrarme al venir aquí y me he quedado sin palabras. El niño rubio que corría detrás de mí ha madurado, y mucho.

—Pasaron años de eso.

—Sí, muchos. Ahora tienes novia...

—Sí, la tengo. Y es maravillosa.

—Lo noto. Te tiene encantado. Pero no sé Rhett, yo no la veo para ti.

Tenso mi mandíbula al escucharla.

—¿Qué edad tiene?

—¿Para qué quieres saberlo, Stefany?

—Porque quiero recuperar lo que fue mío.

—No hay nada que recuperar —suelto.

Paso por su lado, y me acerco a Hilda para saludarla. Recibo sus obsequios con gratitud, y aprovecho el momento para excusarme, diciendo que los guardaré en mi habitación.

Tocó ligeramente la puerta que se encuentra con seguro.

—Arielle... —susurro, casi al borde del desespero.

Todo sigue su curso en la sala, se escuchan risas y voces... pero el ruido que alivia mi alma es el de la puerta que tengo frente a mí.

Ella aparece con un rostro pasible, se cambió el vestido. Sin embargo, son sus ojos los que toman mi atención.

Están apagados.

—¿Amor, todo bien?

Asiente, sin decir nada. Intenta salir de la habitación, y yo la halo, metiéndola conmigo.

No estoy en su cabeza, pero puedo asegurar que en estos momentos ni ella misma desea estar allí.

—Yo no me siento bien —dice, bajando su mirada al suelo—. Creo que lo mejor es que me vaya... tengo náuseas y mareos. Yo...

Me acerco a ella dejando los regalos en la cama, huye de mi tacto y eso me duele.

—Rhett, por favor...

—Es mi cumpleaños, Arielle. No puedes hacer esto. No ahora —suelto.

No me doy cuenta de lo que digo hasta que sale de mi boca, y juro que me arrepiento de cada una de ellas. De cada maldita palabra.

Ella no decide cuando estar bien o mal, no es que ella así lo desee. Es algo que está fuera de su control, e insinuar que lo hace a propósito es lo peor que puedo hacer en este momento.

Eleva su rostro y traga grueso.

—Yo no decido cuando estar mal, Rhett.

Froto mi rostro con mis manos, lleno de frustración.

—Yo lo sé. Amor, discúlpame. No debí siquiera decir eso. Eso... fue un error.

—Nosotros somos un error —me congelo ante sus palabras.

Mi garganta se seca.

—No quise decir lo de hace rato, Arielle y sé que tú tampoco quisiste decir eso. Entiendo que tú no decides lo que pasa por tu mente y por tu cuerpo. Pero amor, no le des cabida... disfrutemos de nosotros, de este día.

—No puedo —dice.

—Arielle... —insisto.

—Te lo dije... te dije que esto pasaría. Mi mente va a sabotear cualquier momento. Te dije que voy a cuestionar todo, te dije que no soy estable.

Niego intentando nuevamente tocarla, e insiste en resistirse.

—¡Y yo te dije que estaría aquí! —grito, perdiendo el control—. Carajos...

La puerta es tocada.

—¡Tío! Te estamos esperando, ven... ¡Arielle! —la voz de Cassie hace que ambos nos enfoquemos en ese punto.

—Voy, Cass.

—¡Tío! —vuelve a insistir.

—¡Cassie, ya voy! —gruño.

Giro mi rostro para notar que Arielle comienza a recoger sus cosas, me acerco a ella por su espalda y le arrebato el bolso de las manos.

—No. No te irás —digo desesperado.

—Dame el bolso, Rhett.

—¡No! Maldita sea, Arielle. Solo... quédate y hablemos. ¿Sí? Le diré a todos que se vayan. Tú y yo hablaremos.

Niega insistentemente, su mirada recorre la habitación, cruza sus brazos sobre su pecho y las lágrimas comienzan a caer por su rostro.

Mierda.

—Déjame ir —pide, quebrando mi alma—. Necesito salir de aquí. Solo déjame ir...

Me acerco a ella y acuno su rostro.

—Inhala... —inspiro con fuerza para que ella imite mi acción, al principio se niega, pero vuelvo a insistir y lo hace—. Exhala...

Suelta el aire poco a poco.

—Yo...

Estalla en un fuerte llanto, la abrazo con fuerza a mi pecho y vuelve a inhalar, para dejar salir

el aire al rato.

—Shh...

—¡Rhett! —la voz de Vivien llega a mis oídos—. Abre...

No quiero soltarla, no quiero alejarme. Pero sé, lo mejor es que mi hermana entre. Con resistencia me alejo del calor de su cuerpo, abro la puerta dándole un vistazo a Arielle que intenta calmar su respiración.

Vivien pasea su mirada por ambos y va directo hacia ella.

—Eso Arielle. Lo estás haciendo muy bien. Solo respira. Todo fluye... todo es paz. Recuerda que el poder lo tienes tú. Nadie más.

Dice mi hermana, me quedo en la distancia observando cómo le habla y la guía hasta la cama donde se tienden. Me siento impotente y frustrado.

Todo iba bien...

¿Qué mierda paso?

Salgo de la habitación y cierro la puerta. Cassie corre hacia mí al verme.

—Tío... quiero comer pastel. ¿Podemos cortarlo ya?

—Sí, claro —musito, tragando grueso.

Sé cómo ocultar lo que pasa por mi cuerpo y mente. Al llegar a la sala nadie nota nada... todos están tan absortos en sus vidas que no se dan cuenta de que en una de las habitaciones alguien está teniendo un ataque de ansiedad, y ese alguien, es la mujer que yo quiero. A veces se nos olvida mirar a nuestro alrededor.

Herimos sin saber las tormentas que se afrontan.

Joseph se acerca a mí y me habla tan normal sobre su día en el gimnasio y los kilómetros que recorrió, que me siento asqueado.

¿No se pregunta dónde está Arielle?

No la ve desde que hizo su desagradable comentario.

Entiendo que no puedo controlar lo que dirán las personas, que a veces los filtros no existen y lastimamos con palabras vacías, corazones y almas heridas sin imaginarnos siquiera los estragos que causan.

Muchos no entienden la importancia de la salud mental, yo era uno de ellos hasta este instante. Nadie se ha preocupado por ella... nadie ha preguntado si está bien, y eso hace hervir mi sangre, porque no podemos ser tan ajenos e indolentes.

Cuando estoy por botar a todos de mi apartamento, las manos de mi hermana tocan mi espalda. Sonríe levemente hacia mí.

—Está bien —dice y relajo mi cuerpo.

Alex se levanta al notar a Vivien, Cassie insiste en el pastel y la verdad es que no deseo cantar el cumpleaños sin ella.

No quiero nada sin ella, me siento malditamente pesado, ¡quiero ir a por mi novia!

Cuando me giro, sus orbes están en mí.

—¿Vamos a cantar cumpleaños? —expresa, sus mejillas están rojas y sus ojos brillantes por las lágrimas derramadas.

—¡Sí! —chilla Cassie, caminando hacia ella para empujarla hacia mi cuerpo. Cuando sus manos tocan las mías, el mundo se estremece.

—Cantemos entonces —susurra, elevando su mirada hacia mí.

Nadie existe.

Nadie.

Si la vida son sus ojos, quiero vivir en ellos y morir también.

Capítulo 36

Alma rota

Arielle Vandenberg

Intento enfocarme en las palabras de Vivien.

“Nadie tiene el derecho a hacerte sentir menos, nadie tiene más poder que tú.”

Solo escucho bullicios en mi entorno, me siento ida y fuera de este mundo, es como si no fuese parte de él, como si no perteneciera a aquí. Cierro mis ojos por un segundo, y procuro enfocarme en una sola cosa.

Estar bien...

Tengo que estar bien.

Mi estado de ánimo es voluble, puedo estar bien en un momento del día y al cabo de unos segundos un sencillo comentario, lugar, olor o simplemente nada, puede desatar un infierno en mí. Puedo derrumbarme tan fuerte y duro que será imposible levantarme.

Yo no decidí sufrir de ansiedad. Yo no decido estar bien o mal. Todo comienza sin tener un control de mi cuerpo, y luego falla mi mente.

Mareos, náuseas. Dolor de cabeza y esa sensación de muerte que te ahoga y acelera al máximo tu corazón. Alguien diría que quiero llamar la atención, que busco desesperadamente el afecto o tacto, pero la ansiedad provoca en las personas todo lo contrario. Suelen huir y alejarse al no comprender lo que sucede en nuestra mente, al creer que son inventos nuestros.

No comprenden que todo va más allá. Mucho más allá.

Siento a alguien frente a mí, y abro mis ojos para notar a Cassie con una porción de pastel, me sonrío; ignorando por completo la lucha que llevo por dentro. Estoy dando todo de mí en este momento para no huir.

Sonrío y acepto el trozo.

—Gracias, Cassie.

—De nada, está delicioso. ¿Lo hizo tu mamá?

Asiento.

Se sienta a mi lado, entrelaza su mano con la mía, y se queda mirando hacia el frente. Es como si supiera por lo que estoy pasando, y lo que tiene que hacer.

No hablar del tema, solo estar allí.

—Mi tío me dijo que le regalaste una snitch dorada, y ese adorno de las Reliquias de la Muerte.

—¿Sabes de Harry Potter?

Sonríe y asiente con una amplia sonrisa.

—Mi tío, me leía esos libros todas las noches cuando me llamaba por vídeo. Me hizo ver las películas...

—Ya veo —musito.

La mirada azulada de Rhett se mantiene expectante en la distancia, la siento... siento como me mira.

Las personas empiezan a despedirse. Detallo como Rhett habla con su amigo con rostro serio. La tal Stefany intenta mantener una conversación con Vivien.

Alex viene hasta donde nos encontramos.

—¿Lista para irnos? —inquire hacia Cassie.

—Sí. ¿Llevamos pastel? Está muy bueno —dice hacia su padre que sonríe.

—Sí, llevamos. —Eleva sus labios en una sonrisa.

Cassie se levanta, se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza, la recibo con gusto. Siento que voy a romperme, pero respiro con fuerza y la dejo ir.

Me da una última mirada y corre hacia su tío, el cual la eleva por los aires y llena de besos con mucha ternura. Camino hacia Vivien.

—Todo estará bien, Arielle. —expresa, sujetando mi mano—. Recuerda que el lunes debes ir a ver a August.

—Lo sé.

Me acerco a ella.

—He pensado en lo que me dijiste —susurro, dejando salir lo que mi mente me dice.

—¿Qué?

—Estoy creando dependencia.

Eleva sus cejas y ladea su rostro.

—Arielle. Estás cuestionando una relación que me parece, te hace bien. No repitas lo que te dice tu mente en un momento de ansiedad. Yo no veo dependencia... y espero no verla. ¡No te sabotees!

Se despidе de mí y se acerca a Rhett. El tal Joseph viene hacia mí, me extiende su mano.

—Un placer y... disculpa lo sucedido.

—No hay problema —me fuerzo a decir, y estoy segura de que él lo nota.

La tal Stefany siente mi mirada. Sin embargo, no viene, y lo agradezco porque estoy segura de que no podré controlarme.

Todos se marchan y Rhett los acompaña. Yo me encamino hacia su habitación, para recoger mis cosas. Estoy por llamar a mi madre, para que sepa que me iré en un rato, cuando siento su presencia en el espacio.

—¿Qué haces?

—Recogiendo. Tengo que irme.

—Tenemos que hablar.

—Ahora no quiero, Rhett... No estoy bien.

Suelto. He aprendido que debo decir cómo me siento sin importar lo que el resto piense.

—Lo sé. Sé que no estás bien, por ello quiero que hablemos. Hiciste un gran esfuerzo para salir de esta habitación. Y quiero estar allí para ti, porque hiciste de todo para estar a mi lado.

Siento que mi corazón se estruja. Yo no quería arruinarle este día... y eso fue lo que hizo mi ansiedad.

Arruinar el maldito día que había sido perfecto.

—Siento haber arruinado tu cumpleaños —musito con un nudo en la garganta—. Yo... no sé, mi mente...

Sus pasos aproximándose me hacen temblar.

—No arruinaste nada, Arielle. Jamás... tú no hiciste nada mal.

—En estos momentos solo pienso en lo que tuviste con ella, y puedo asegurarte que fue una relación normal. Conmigo no lo será. Yo me la pasaré cuestionando todo, y nos pasaremos días discutiendo por cosas sin sentido, que para mi mente sí lo tiene —suelto, girándome a verlo—. No puedo hacerte eso.

Ladea su rostro, y frunce su ceño.

—¿Hacerme qué?

—Torturarte con una relación inestable.

Tensa su mandíbula. Pienso en todo lo que vivió con ella, en los besos que se dieron, en las caricias que ella debió sentir, y si volvió, es porque él marcó su vida.

Porque hizo una diferencia. Porque existe un antes y un después de Rhett, así como lo existirá en mi vida.

—No somos una relación inestable.

—¡Lo somos! No es justo contigo. Nada de esta mierda lo es —exclamo, alejándome de él—. No soy lo que mereces...

Siento mi alma romperse al decir en voz alta lo que mi mente piensa y me obliga a sentir.

—¿Qué? Arielle... eres más de lo que merezco. Eres un condenado regalo del cielo. Llegaste a mi vida justo en el momento en que más te necesitaba.

—Ella es estable, yo no lo soy —musito, con un desgarró de voz.

—¡Deja de comprarte con ella! —gruñe—. No hay un punto de comparación. Tú eres más... tú lo eres todo. Ella fue una mierda del pasado, y algo de adolescentes, Arielle.

Su desespero y frustración puede sentirse en su voz. Viene hacia mí, pero me alejo.

No estoy bien, y no lo estaré. No puedo hacerle esto. Yo lo amo... y no es justo que él esté sometido a una relación que no tiene futuro, porque mi ansiedad no nos dejara ser felices.

Y él merece ser feliz...

—Necesito tiempo.

Se tensa.

—¿Qué mierda estás diciendo?

—Necesito tiempo —digo, elevando mi mirada llena de lágrimas hacia él—. No puedo estar a tu lado estando así. No es sano.

Su rostro se pone pálido, y puedo jurar que acabo de sentir a mi corazón rompiéndose.

—No. No voy a darte ningún tiempo. No vas a alejarnos, y así me botes de tu vida diez mil veces, ¡no me iré! Es la ansiedad la que habla... no es mi Arielle.

Seco mis lágrimas.

—Es Arielle la que habla ladrón de Dalias. Soy yo.

Capítulo 37

Corazón roto

Rhett Owens

—Debemos calmarnos. —susurro con un dolor en mi pecho. —. No estás pensando con claridad. No es el momento de tomar una decisión así...

¿Tiempo?

No.

—¿Qué vamos a esperar? Rhett no puedo estar a tu lado, si no estoy bien. ¿Cómo puedo ser eso que mereces? ¿Cómo puedo hacerte feliz?

Es su ansiedad quien tiene el dominio en estos momentos.

—Eres más de lo que merezco, y me haces inmensamente feliz. Deja de cuestionarnos... más han sido los momentos de alegría, que estos instantes. Porque para mí son instantes que podemos superar juntos.

Arielle baja su mirada al suelo, niega cerrando sus manos en su pecho. Su lenguaje corporal me dice más de lo que ella cree.

Quiere huir...

—¿Arielle? —insisto—. Yo te amo.

Confieso, su sollozo estremece mi ser. Quiero abrazarla, quiero sentirla, quiero demostrarle que todo lo que sale de mis labios es real. Es tan real como el latido frenético de mi corazón en estos momentos.

Sus hermosos orbes se posan en los míos, su rostro está enrojecido por el llanto, se le ve triste, destrozada... y me llena de frustración, no poder borrar lo que la lástima.

—Yo también te amo. —El mundo se detiene—. Pero no puedo hacerte esto. —Seca sus lágrimas—. No puedo, no me lo perdonaría jamás. Quiero amarte sanamente, hacerte feliz, que ames cada instante a mi lado. Cada instante... no quiero verte huir. Eso me destrozaría.

—¿Y quién dijo que voy a huir? No lo haré.

Bufa.

—Lo harás. Todos huyen... te cansarás. Pensarás que lo hago para llamar la atención, te agotará el no poder estar bien y mi ansiedad va a afectarte anímicamente. Tengo dos años viviendo con esta mierda. He visto mi mundo caerse en pedazos, he sentido y vivido el abandono. No serás la excepción, Rhett. No podemos estar juntos. No puedo ser así de egoísta.

Dejo de contenerme y me acerco a ella, su rostro se llena de súplica, pero no puedo. Ya no puedo...

—Vas a estar bien, vamos a estar bien. No voy a dejarte. No lo haré. No puedo... porque tú eres el aire que respiro.

Niega con insistencia. Acaricia mi barba, dejando salir las lágrimas que inundan sus ojos.

—Se acabó. No hay marcha atrás.

—Arielle... —susurro, con un nudo en mi garganta.

—Te amo. Te amo tanto que entiendo que no puedo estar a tu lado siendo esto. No puedo hacerte eso. No puedo... lo siento.

—No voy a darme por vencido.

Se pone de puntillas y siento el beso que me da como una maldita despida, duele... y quema. Me aferro a su rostro y me niego a separarme de ella.

Arielle me quita las manos y se aleja para tomar su bolso.

—No voy a dejarte. Me niego a hacerlo.

—Yo me niego a hacerte pasar por tanta mierda. Mereces lo mejor, y eso no soy yo.

—Basta, Arielle. Deja de decir estupideces —gruño perdiendo el control—. No sabes lo que dices.

Se detiene en toda la entrada de la habitación.

—¿Vas a acabarlo, en serio? ¿Vas a dejarme? —pregunto conteniendo mi dolor.

—Sí.

Asiento.

—Ok. Ok... —respondo—. Tú vas a dejarme... yo no a ti. Fácil y sencillo.

—Deja de insistir.

—Dime en mi cara que no me amas... y lo dejo, Arielle. Juro que lo hago. Porque no voy a estar con alguien que no me ama, no voy a buscar aceptación de alguien que no me quiere. Ya lo hice una vez en mi vida. No pasará de nuevo. Pero sé que me amas, sé que es la ansiedad lo que está llevándote a alejarme. En el fondo de tu corazón no quieres, y esto te lastima tanto como a mí —digo.

Intenta articular palabras, y niega, llena de lágrimas.

—Sabes que no puedo decirte eso. Solo necesito alejarme. Solo eso...

Sale de mi habitación cerrando la puerta detrás de ella, siento que mi mundo acaba de colapsar, me siento miserable, inútil y desesperado. Daría todo lo que tengo para que ella deje de sufrir de ansiedad.

Cierro mis ojos por un leve instante y me digo a mí mismo que no voy a dejarla. No lo haré.

Tomo rápidamente las llaves de mi camioneta, y salgo de mi habitación, corriendo, atravesando lo más rápido que puedo el apartamento para salir de este. Las puertas del elevador se están cerrando, y corro tan rápido como puedo con la mirada de ella puesta en mí, me interpongo y estás vuelven a abrirse.

Presiono el botón para que vuelvan a cerrarse.

—¿Por qué insistes?

Su voz llena de tristeza, me hace girarme.

—Porque cuando amas no abandonas... el amor no se hizo para dejarlo ir, el amor se hizo para vivirlo. El día que dejes de amarme... ese día me iré, de resto, lo siento Arielle me quedaré a tu lado.

Me acerco a ella y la abrazo con fuerza, aunque se resiste. Lloro en mis brazos y juro que estoy por romperme, pero debo ser fuerte por ambos.

Por ella y por mí.

Llegamos al sótano, y la ayudo con su bolso para guiarla hasta la camioneta.

La ayudo a subirse y esto duele demasiado. Duele... un corazón roto, duele más de lo que imaginé. Dudo en encender el motor porque llevarla a su casa es colocar una gran distancia entre ambos, donde su mente jugará en contra y eso nos hará más daño.

—Te amo —susurro aferrándome al volante—. En serio lo hago. Lo hago con todas mis fuerzas. No lo dudes, no lo cuestiones. Créeme a mí que te lo estoy diciendo... me duele esto. Me dueles.

Extiendo mi brazo y ella viene hacia mi pecho, me abraza y llora en el.

—Juro que yo también te amo —solloza.

Una lágrima corre por mi mejilla.

—Yo lo sé, mi apellido extraño. Yo lo sé.

Enciendo el motor con pesar, y no la alejo de mi cuerpo. Conduzco con ella pegada de mí, mientras ambos derramamos lágrimas que hieren y queman.

Llegamos finalmente a su casa, apago el motor y nos quedamos en silencio.

Acuno su rostro y la beso, la beso entregando todo de mí, desarmando mi ser ante ella porque me duele esto... me duele dejarla en su casa sabiendo que le estoy dando pie a la ansiedad para alejarla de mí.

Odio esta mierda.

Odio la ansiedad.

Sus manos se meten debajo de mi camiseta y tiemblo ante el tacto. No me importa nada, y la sujeto de su cintura para sentarla sobre mis piernas, su vestido de flores se sube, y mis manos se aprovechan de ello, necesito su calor, su tacto...

Todo sabe a despedida, los besos, las caricias... los gemidos y las lágrimas que corren.

No lo pienso, y ella tampoco. Llegamos a un punto donde me encuentro dentro de ella, justo enfrente de su casa, y se entrega a mí sin tener vergüenza.

Sus caderas se mueven, y hundo mi rostro en su pecho, porque Arielle, mi Arielle se está despidiendo de lo nuestro y de mí.

Capítulo 38

Dolor

Ela Wins

Escucho la puerta de casa, cerrarse de golpe, volteo mi rostro en busca de Arielle, pero solo escucho sus pasos subiendo las escaleras.

Dejo lo que estaba haciendo en la cocina, y me acerco a la ventana de la sala, la camioneta de Rhett está estacionada justo frente a nuestra casa.

La trajo...

Abro la puerta, y este se baja. La luz de la calle alumbra su rostro, sus mejillas están rojas al igual que su nariz y sus ojos... me lo dicen todo.

—Ella me está alejando... —susurra, y una lágrima cae por su mejilla—. Yo no voy a irme. No voy a irme de aquí.

Mi corazón se estruja.

Elevo mi mirada hacia la ventana de la habitación de mi hija, no ha encendido las luces, ni la lámpara que normalmente prende para que la relaje.

Está mal.

—Rhett, ve a casa. Dale esta noche, deja que se calme. Es... —suspiro con fuerza—. Ella buscará alejarte, ten paciencia.

—¡Y la tengo! Pero no puedo irme con ella así... su ansiedad le dará razones para alejarse de mí. Y no quiero darle oportunidad a nada —vocifera.

Puedo notar la sinceridad en sus palabras, el evidente dolor que siente. Arielle aleja a todos... se aísla y se hunde en un mundo de tinieblas, donde es difícil sacarla. Sus pensamientos intrusivos buscan dominarla, aterrarla y, sobre todo, destruirla.

Sé a qué se refiere, no podemos permitir que su ansiedad avance más.

—Ven mañana por la mañana —declaro, acercándome a él.

Se siente impotente, destruido y desolado. La ansiedad no solo afecta a quien la padece, también hace estragos en sus familiares y seres queridos.

Nos afecta tanto que no sabemos cómo afrontar la situación. Pensamos que es simple drama o debilidad. Pero, no es así.

La ansiedad es real, existe.

Vi a mi hija florecer, convertirse en una bella mujer... al punto que los pretendientes llovían, al igual que los halagos, y en menos de un segundo, se marchitó. Y por mi culpa...

La vi apagarse poco a poco, consumirse en sus pensamientos. La vi en sus largas noches de insomnio, la sujeté en sus mareos, sostuve su mano cuando la migraña llegó. No sabía qué hacer. No sabía como ayudarla... no entendía qué sucedía, porque en ese momento no veía su mundo, únicamente enfocaba la vista en el mío. En donde un matrimonio se estaba acabando, por causa mía.

Hasta que comprendí lo que era la ansiedad, y eso estaba destruyendo a esa niña, con la que muchas veces reí viendo estrellas en el cielo. Pensé que los medicamentos la ayudarían a sanar.

¿Para eso son no?

Para curar...

Pero estaba equivocada, mi hija no solo necesita medicamentos, un psicólogo y un psiquiatra. Mi hija necesita a su madre.

Amor, respeto y cariño.

No es llamar la atención, no es necesidad de afecto. Es más.

—Déjeme quedarme en la sala... juro que no le molestaré —insiste Rhett.

Su amor por Arielle es puro, y bonito.

No estaba de acuerdo con esta relación. Sin embargo, desde que él entró a la vida de mi hija, la mejoría es evidente. Incluso conversa conmigo, cosa que no había hecho en largo tiempo. No me pedía favores, no me tomaba en cuenta para sus cosas, no me contaba nada.

Nos volvimos distantes, y ahora todo ha cambiado gracias a él.

—No es lo mejor en estos momentos. Mañana con gusto te dejo entrar. Déjame ver qué pasa en su cabeza... te llamo si te necesito. ¿Te parece?

Frota su rostro lleno de dolor.

—Ella puede... ¿Y si se lastima?

Trago grueso al escucharlo.

—¿Vivien te lo dijo?

Asiente.

Ese día... es uno que trato de borrar de mi mente. El pánico y la angustia que sentí aún hace helar mi sangre.

—No lo hará. Yo me quedaré con ella. Solo... está al pendiente del teléfono. ¿Sí?

—Por favor...

Ruega, y mi instinto de madre me dice que lo abracé y eso hago. Lo abrazo, e intento calmar su sufrimiento.

—Haz caso Rhett. ¿Sí? Ven mañana a primera hora. Es momento de darle espacio... no puede abrumarse.

Asiente, y se aleja de mí. Seca sus lágrimas y eleva su mirada hacia la ventana.

—La amo. En serio, lo hago.

—Lo sé. No hace falta que me lo digas. Mi hija ha sido recompensada contigo. Vales oro.

—¿Me llamará?

—Lo haré.

Se aleja un poco más calmado, sube a su camioneta y yo regreso a mi casa al escuchar el motor alejándose. Subo las escaleras lo más rápido que puedo, voy directo a la habitación de Arielle.

Cuando intento abrir la puerta, descubro que está trancada.

Golpeo la puerta, y nada se escucha al otro lado.

—¡Mierda! ¡Arielle! —exclamo.

No lo pienso dos veces, voy por mi llave.

Cuando mi hija intentó quitarse la vida, el psiquiatra me recomendó tener una llave de su habitación para poder entrar en caso de que ella trabe la puerta y eso hice.

Tengo una copia. Ella no sabe nada, pero cada vez que tranca la puerta yo entro, a revisar que todo esté bien.

Abro y su cama está vacía, la noche abriga las paredes y la oscuridad es quien gobierna en este momento.

—¿Arielle?

Insisto.

Escucho el agua de la ducha caer, corro hacia al baño para conseguirme con mi hija vuelta un

ovillo bajo el agua.

Solloza con fuerza, y me apresuro hasta donde se encuentra el agua, moja mi cabello, la sujeto con fuerza y la abrazo a mi cuerpo.

Al sentir mi calor, hunde su rostro en mi cuello y llora.

Llora con fuerza. Me parte el alma.

—Shhh... —siseo—. Mami está aquí. Mami siempre estará aquí.

Quito de su rostro las hebras doradas que me impiden ver sus hermosos ojos.

Dejo un beso en su frente y la abrazo más a mí.

—No puedo estar con él. Yo no estoy bien.

Cierro mis ojos y dejó caer mi cabeza hacia los azulejos. Me duele, me duele esto... mi niña está sufriendo.

—Yo no soy buena para él.

—Eres más que buena, Arielle. Recuerda mi amor, tu ansiedad quiere alejarte de todo aquello que te hace feliz. No dejes que gane.

—Solo lo veo engañándome, mintiéndome y haciéndome daño... solo veo dolor. No quiero pasar por eso.

Suspiro con fuerza.

—Mami, yo no quiero sufrir.

Las lágrimas corren por mis mejillas, la abrazo y acuno.

—Como quisiera asegurarte que no vas a sufrir. Quisiera poder decirte cuáles serán los obstáculos que te pondrá la vida, pero no puedo. Solo puedo decirte que mi Arielle, mi hija, es el ser humano más fuerte que existe. Tienes mucho amor para dar, y mucho que recibir. Rhett está dispuesto a lo que sea para tenerte a su lado. Solo él puede decidir lo que quiere, y está muy claro que eso eres tú. ¡Vive!... deja que las cosas fluyan. Así debe ser la vida. Un paseo... a ti te ha tocado un poco más difícil, pero eso te hace apreciar todo lo bueno que te ha pasado. Enfócate en eso... en lo bien que te sientes al estar juntos. Las risas, los besos, la felicidad. Solo en eso, Arielle.

No dice nada, y eleva sus pestañas.

—Lo siento. Perdóname por todo, mamá.

Niego, llorando junto a ella.

—Aquí quién debe pedir perdón, soy yo. Te herí... y los padres no debemos herir a nuestros hijos, solo protegerlos. Perdón, y mil veces perdón. No te imaginas siquiera lo mucho que me duele.

Acomodo su cabello y los recuerdos de ella corriendo feliz por la casa vienen a mi mente.

La ayudo a levantarse y cierro la llave de la ducha. Toma una toalla y la guío hasta su habitación, secando su cuerpo. Se sienta en la silla de su escritorio, tomo el cobertor y se lo pongo encima. Para encaminarme a encender la lámpara.

Arielle eleva su mirada al techo.

—¿Rhett?

—Se fue, pero no porque quisiera. ¿Ok? Hasta me pidió quedarse a dormir en la sala. Te ama, hija.

Asiente con tristeza. Traga grueso, y me señala sus medicamentos.

Los tomo y se los extiendo.

—Mamá, vas a resfriarte.

—No importa. Voy por agua, quédate allí.

Salgo de su habitación, y busco rápido agua en la cocina, para subir nuevamente, está en la

misma posición con la mirada en mí.

—¿Cómo entraste? Yo cerré con llave.

Suspiro.

—Tengo una copia. El psiquiatra me recomendó tenerla.

Arielle solloza y me acerco a ella.

—Mamá, lo siento. Yo pensé que estaba de más en este mundo, quería acabar con mis pensamientos.

—Aquí estoy para que me digas lo que piensas, si esos pensamientos vuelven... dímelo. Buscaremos ayuda. Porque este mundo no sirve de nada sin ti. ¡Yo no puedo vivir sin ti! ¿Ok?

—Ok —sorbe su nariz.

Se toma los medicamentos con mi mirada en ella. Le busco ropa para cambiarse y con mi ayuda se viste. Me deshago del cobertor y busco uno seco, me siento con ella. Cuando estoy por cepillar su cabello, como cuando era pequeña, Arielle toma una toalla y la pone sobre mí, para secar mi cuerpo.

—Mejor...

Dice con una leve sonrisa.

—Mejor...

Su teléfono en el escritorio suena, ambas sabemos que es Rhett.

Mi hija suspira.

—Quiero estar bien para él.

—Estarás bien para él, pero principalmente para ti. ¿Ok?

—Ok.

Capítulo 39

Impotencia

Rhett Owens

Lanzo todo lo que se cruza en mi camino al suelo.

Me duele.

Me duele el alma y el corazón, me dejó caer al suelo llevando mis manos a mi cabeza, lloro con fuerza como si fuese un pequeño niño. Nada me había dolido como esto.

Nada.

Tomo mi teléfono y marco su número, insisto tanto como puedo... sé que ella ahora no quiere contestar, pero quiero que sepa que estoy allí. Que estoy para ella.

—Ehh... hola, soy Arielle Vandenberg. Deja tu mensaje después del tono.

Su voz...

Causa estragos en mí, cuelgo la llamada y vuelve a escucharse.

—Ehh... hola, soy Arielle Vandenberg. Deja tu mensaje después del tono.

—Te amo. Te amo con cada latido. Tu voz es... lo más hermoso que he escuchado. Aquí estoy, amor. Aquí estaré.

Cuelgo la llamada.

Dejo caer mi cabeza hacia atrás, esta noche será la más larga de todas. Me levanto del piso, y me desplazo hacia la cocina, busco algo de tomar y lo consigo.

Hilda trajo una botella de vino que no se destapó, la abro y sorbo un largo trago directo de ella. Camino con la botella hacia el sofá y me dejó caer sobre este. Puedo ver en la biblioteca mis libros y su regalo de cumpleaños.

—¿Qué hago...? No voy a darme por vencido. No puedo... —susurro para mí.

Enciendo la pantalla de mi teléfono y nuestra fotografía se ilumina.

Su sonrisa, y ese brillo especial que la rodea resaltan. Arielle es fuerte... y es maravillosa, yo lo he visto.

Yo la veo brillar.

Llamo a la única persona que puedo guiarme en este momento, tarda un poco en contestar, pero lo hace.

—Es hora de dormir, Cassie. Hasta mañana... te amo —dice—. ¿Rhett? ¿Todo bien?

—Todo mal.

—¿Arielle? ¿Qué pasó?

—Me quiere lejos. No... yo sé que es por la ansiedad, es la ansiedad. No es ella.

Un fuerte suspiro invade el teléfono.

—Ella buscará la manera de sabotear lo mejor que tiene. Es algo que su mente hace... intentará alejarte, presionarte, incluso lastimarte. Lo que yo vi hoy... fue una Arielle muy distinta a la que tengo años tratando. Luego de una crisis, Arielle suele retraerse por días. En minutos se armó de valor y salió de una habitación para hacerle frente a su entorno. Tú has logrado más que yo y que el psiquiatra. Dale tiempo... pero no te vayas, no te alejes, eso es peor. Si lo haces la ansiedad va a abrumentarla.

—No quiero perderla —susurro con lágrimas en mis ojos.

—Lo sé... ¿Ela sabe de la crisis que le dio?

—Sí. Lo sabe. Está con ella en estos momentos —murmuro con dolor.

Quisiera yo estar con ella.

—Ok, Ela no la dejará sola —dice—. Rhett dale tiempo. ¿Ok?

Seco mis lágrimas.

—¿Y si después de ese tiempo ella sigue con la misma idea? ¿Qué hago?

Mi hermana suelta un largo suspiro.

—Respetar su decisión. Dolerá... y mucho, pero debes respetar sus deseos. Conozco Arielle, y créeme que lo que menos desea es lastimarte. Su corazón es puro, muy noble.

Trago grueso, y le doy otro sorbo a mi botella.

—Ok.

—¿Quieres que vaya a tu departamento? Puedo hacerte compañía.

—No, estaré bien. Siempre he estado solo. Hasta luego, Vivien.

Tranco la llamada sin esperar que responda a mi despedida. Me levanto del suelo y me encamino hacia mi habitación, dejo la botella en la pequeña mesa de noche y me echo sobre la cama.

Esta noche será larga. Lo sé.

Vuelvo a insistir con su teléfono, pero nada que me contesta; así que me pongo a ver las fotografías que tengo de ambos, con la esperanza de, en un futuro, tener más.

Entro a su habitación en total silencio, yace dormida en su cama, puedo notar los medicamentos que le ha dado Ela, dormirá todo el día...

Me siento con cuidado a su lado y acaricio su mejilla, se le ve tan en paz consigo misma que mi temor se aleja.

—La llevaré en la tarde con Angust —trago grueso al escuchar a Ela.

—¿Intento algo?

—No, solo trato de evitar que caiga en depresión. Creo que ha tenido tantas crisis porque dejó los medicamentos. Angust se lo comentó una vez... que el dejarlos, su cuadro podría empeorar.

Entiendo todo. Me inclino hacia ella y dejó un beso en sus labios.

—Te amo, Apellido Extraño. Más de lo que imaginé.

Trago grueso y me levanto con cuidado.

—¿Quieres café, Rhett? Veo que te hace falta...

Asiento, y rodeo la cama.

Antes de salir de su habitación, tomo un post-it y le dejo una nota junto a la Dalia eterna.

Cierro la puerta con cuidado, y bajo las escaleras donde, ya en la cocina, Ela tiene servida una taza de café para mí.

Junto a ella están los otros dos diarios.

—Ella me pidió que te los entregara.

Me siento frente a estos. Abro el segundo y ya no hay flores dibujadas en él, sino lágrimas.

—Los leí... hace un mes.

Elevo mi mirada hacia ella.

—Yo... quería entender a Arielle, estar para ella y los leí a escondidas. No es fácil leer lo que pasó hace un año, como ella pensó todo y como se aferró a la idea de que no merecía vivir. No será fácil de digerir, Rhett. Quizás cuando leas sus pensamientos te llenes de miedo, porque yo lo hice, pero Arielle es mucho más que ansiedad. Mucho más.

Paseo mis dedos por las hojas, y me quedo en una de ellas donde se puede leer en letras rojas.
“Quizás ya mi tiempo aquí se ha agotado, la vida de los demás sería mucho más fácil sin mi.”

Cierro el cuaderno con fuerza.

—En el tercero, estás tú —dice y me tenso—. Por lo que escribió cambié mi forma de pensar sobre ti. Eres un buen hombre, Rhett. Gracias por amar a mi hija, pero debes pensar... si realmente quieres esto. Porque, aunque Arielle supere la ansiedad ahora, en algún momento esta volverá nuevamente. Y créeme que, aunque deseo que tenga su historia de amor a tu lado, debemos ser conscientes y realistas también.

Sujeta mi mano y me sonrío.

—Quiero que ella sea feliz, quiero lo más bello del mundo para ella, mis errores jamás debieron afectarla, pero lo hicieron y cargo con eso. No quiero, no deseo que tú cargues con dolor y ella tampoco.

No digo nada, acaricia levemente mi mano.

Nunca había tenido un afecto materno.

Suelta mi mano y sorbe su café, puedo notar que ha pasado una mala noche al igual que yo.

—Leí el primero —confieso—. Su exesposo es un patán de mierda. Tanto usted como Arielle son demasiado buenas para una basura como él.

Suspira largo y tendido.

—Yo le fui infiel. Él reaccionó a mi falta, y toda su ira hacia mí es correcta, pero no hacia Arielle. Ellos eran muy unidos... y fue duro con ella. Al culparla, al señalarla y, sobre todo, al descargarse con ella. Cuando le hablé de la ansiedad de Arielle me dijo que solamente quería que él volviera, y la verdad es que no. Lo detesto desde el día en que dejó a mi hija llorando en media calle. —Frota su rostro y deja caer sus hombros llena de dolor—. Cuando... ella intentó quitarse la vida, lo llame. Y me dijo que era un invento de ambas para arruinar lo que ya tenía. Su nueva familia... Arielle preguntaba por él.

Cierro mis manos en puño, y contengo el aire.

Impotencia...

—Yo... —Una lágrima corre por su mejilla—. Yo le decía que él llamaba cuando ella estaba dormida... y le envié unas flores a su nombre.

Mierda.

Seca su lágrima, y se yergue nuevamente.

—Yo haría lo que sea por ella. Anoche lo llamé... no contestó. Así que le deje un mensaje, pidiéndole que por favor llamará a Arielle... no lo ha hecho, y no pienso que lo haga.

—No hace falta.

—Lamentablemente, Rhett. A ti y a mí no. Pero a ella, sí.

Suspiro con fuerza.

—Llévate los diarios, léelos... te llamaré cuando salgamos del psiquiatra.

—Quisiera...

—Ella aún no quiere verte, Rhett. Espera a que te llame.

No es fácil lo que me pide. Quiero tanto verla a los ojos, quiero tanto sentirla y, sobre todo, hacerle saber que aquí estoy, y que aquí estaré.

—Le diré que viniste.

—Gracias.

—Gracias a ti. Lo que he hablado contigo no es algo que se pueda hablar con cualquiera. No muchos empatizan. No muchos entienden... —dice—. Hay tanto desconocimiento, tanta

desinformación. Pero bueno...

Me levanto y tomé los diarios en mis manos.

—¿Puedo verla otra vez antes de irme?

—Sí, claro.

Sujeto los diarios con fuerza y subo las escaleras, abro la puerta muy despacio, aún sigue dormida.

Me quito mi chaqueta y la dejo en el borde de la cama. Me arrodillo frente a ella, para pasear ligeramente mis dedos por su rostro.

—Te extraño con locura. Por favor.... Déjame estar cerca de ti.

—Rhett —murmura entre dientes, aún dormida.

Mi corazón se acelera con fuerza.

—Te... amo.

Sonrío al escucharla.

—Yo también te amo. Yo también te amo —trago grueso, y juro que quiero despertarla, pero sé, debo mantenerme calmado.

Dejo otro beso en sus labios.

Ella me ama.

Me despido de Ela y subo a mi camioneta, marco el número de Hilda dejando los diarios a un lado.

Conduzco sin rumbo fijo, pensando en lo que escuché de sus labios y que ha calmado mi alma, deseo tanto darme media vuelta y quedarme allí, así ella me rechace.

Noto en la distancia el hotel, el mismo donde me hospedé por largo tiempo.

Aparco y bajo de mi camioneta.

Entro y la anciana sonrío al verme.

—¡Oh, miren quién volvió!

—Necesito... —intento gesticular palabra, pero no puedo.

Deja de sonreír, y saca unas tazas de café.

—Hablemos.

Capítulo 40

Fuerza

Arielle Vandenberg

Caminar se siente pesado, respirar cuesta, pero me esfuerzo por hacerlo. Si no mi vida... ya se habría acabado.

Salgo del baño sintiéndome ajena a mi entorno, me abrazo con fuerza paseando mi mirada por las paredes turquesa, que se supone deberían resguardar mi cuerpo y mi mente de atrocidades.

Mi vista focaliza una chaqueta. Ladeo mi rostro y me acerco poco a poco a esta, con cautela. Reconozco de quien es... Se la vi hace meses, justamente el día en que lo conocí. Jamás olvidaré lo que tenía puesto ese día.

No dudó en tomarla entre mis manos, la llevo directo a mi rostro para inhalar su aroma, y como si fuese magia, el mundo vuelve a girar.

—Viniste —susurro.

—Sí, Rhett vino —afirma mi madre—. Deberías llamarlo...

No digo nada, me siento en mi cama con su abrigo en mis manos.

Mi mamá entra para buscar mis zapatillas en mi clóset.

—Angust te atenderá en una hora —informa.

Asiento en silencio.

—¿Le diste... los diarios?

—Sí. Se los di. Llámalo, cariño. La está pasando mal.

Mi corazón se estruja, y juro que mis dedos pican por hacer la llamada, pero quiero estar bien, quiero que él me vea bien. Y quizás tome tiempo... No quiero estar mal estando a su lado, no se lo merece.

Niego colocándome la pieza, mi madre deja las zapatillas negras frente a mí y suelta un largo suspiro.

—Vivien llamó también. Me preguntó si podía venir en la tarde, luego de que veas a Angust. Le dije que le avisaría. ¿Tienes problema con que venga?

—No. Puede venir... pero sin Rhett. Por favor.

—Está bien. Le diré.

Me coloco las zapatillas, y mi mamá se sienta a mi lado para cepillar mi cabello.

—Sabes... pensé que, quizás, luego de salir del consultorio de Angust podríamos ir a ver algunas películas o sencillamente estar en el jardín y comer allí. Puedo hacerte lasaña.

Asiento en silencio.

—Bueno, vamos.

Me levanto de mi cama, dejo mi teléfono donde se encuentra, no quiero tenerlo encima, pero me detengo cuando un Post-it de color rosa desvía mi mirada hacia la Dalia eterna.

Lo tomo mientras mi madre espera, veo la caligrafía y reconozco la letra al instante.

Escucha *Yellow*, estaré contigo en cada estribillo.

Te amo.

Doblo la pequeña nota, y la guardo en el bolsillo de su chaqueta para llevarla conmigo. Tomo

mi teléfono y mis audífonos, finalmente, para hacer caso a su petición.

Me coloco los audífonos y la música comienza sonar, veo las notificaciones, tengo muchos mensajes, tanto de voz como escritos. No los reviso, decido hacerlo luego de que hable con August.

Mi madre conduce en silencio, eso me permite refugiarme en la canción que fluye, y me adentra a esos momentos de felicidad que he vivido a su lado. Sonrío recordando el concierto, y ese beso... ese beso que ha marcado un antes y un después en mi vida. Porque mi corazón empezó a vibrar a su ritmo desde ese instante.

Cierro mis ojos y revivo todo. Me siento más ligera, y en calma. Normalmente, cuando veo a August me lleno de ansiedad porque no sé qué esperar, me aterran los diagnósticos que suelen anular mi ser.

No me gustan los medicamentos, pero entendí que son para mi bienestar.

Cumplen una función que yo no debo interrumpir.

Caminamos hacia el consultorio, no me quito los audífonos en ningún momento, tengo la canción en repetición, y eso me hace sentirlo muy cerca. Tanto que giro de vez en cuando, buscando su rostro.

—¡Arielle! —exclama mi psiquiatra.

Su cabello canoso y agradable sonrisa me dan la bienvenida.

—Buenos días, Ela... bienvenida.

Mi madre toma asiento y espera con calma.

—Gracias —murmuro. Bajo mi mirada y se hace a un lado para permitirme pasar.

Su oficina es de lo más relajante posible, tiene una fuente en una de las esquinas. El sonido del agua es maravilloso, me quito los audífonos.

Tomo asiento en el sofá de color crema, que alivia mi cuerpo.

—¿Té, Arielle?

Niego, la primera vez que vine estuve una hora sin hablar. Me quedé callada... no sabía qué decir, como expresarme, y no sabía qué haría él.

—Me han contado que dejaste los medicamentos por una semana.

—Sí. Yo asumí que no eran necesarios, ya que me sentía bien.

Se sienta frente a mí con su taza de té humeante.

—Entiendo, recuerdo que te comenté que el día que los fuese a suspender lo haría progresivamente, ya que no serían para toda la vida; algo que te angustiaba y sé que lo hace. La interrupción abrupta de los ansiolíticos puede causar una decaída y crisis. Y es lo que está haciendo.

Frunzo mis labios.

Saca su libreta y cruza sus piernas, estudiando mi postura.

—¿Pensamientos recurrentes?

—Sí.

—¿Fatiga, mareo, dolor de cabeza?

—Sí.

—¿Pensamientos intrusivos?

—Aún no. Yo... —las palabras no salen de mi boca.

—Arielle, seamos sinceros. ¿Los has tenido? ¿Has pensado en lastimarte?

—No. Yo no quiero eso... yo... solo he estado muy mal anímicamente.

—¿Triste? ¿Desolada?

—Sí, quiero estar bien. Anhele estarlo. Yo odio verme así, sentirme así.

—¿Volviste a tomar los ansiolíticos?

—Sí.

—Recuerda que te comenté que la suspensión abrupta de tu medicación, generaría ambivalencia emocional, haciéndote pasar de nuevo por el proceso de adaptación. Queremos llegar a un punto donde pueda ir retirando poco a poco cada medicamento, donde tú puedas llevar una vida completamente normal. Pero, para ello, debemos ser sinceros. Vivien me comentó de los diarios. Quiero saber qué sientes cuando escribes lo que te pasa...

Dejo caer mis hombros.

—Alivio. Es soltar una carga.

—Eso es bueno. ¿Las técnicas han funcionado? ¿El control de la respiración?

—Sí. Aunque... existen cosas que detonan mi ansiedad.

—¿Cómo cuáles?

—Mi padre, mi inseguridad y mis pensamientos negativos.

—Arielle, no puedes controlar tu entorno, pero sí puedes controlar lo que te afecta. Tienes el poder y la fuerza. Todos esos detonantes pueden trabajarse. Podemos llegar a un punto en donde ninguno de ellos detone un estado de crisis, y lo sabes. Sabes que puedes...

Tenso mis labios, y empiezo a mover mis dedos entre ellos.

—Le entregué mis diarios a mi novio —me aclaro la garganta con un intenso dolor en mi pecho. Me corrijo a mí misma—. A mi exnovio.

—¿exnovio? No sabía que tenías novio... explícame.

Suspiro con fuerza, todo en mi cuerpo se tensa, pero mi corazón se acelera al recordarlo. Lo que siento por Rhett es muy intenso.

—Ehh. Sí, tenía o tengo novio —muerdo mi labio, recorriendo mi mirada por la biblioteca de mi psiquiatra.

Me ha prestado algunos...

—¿Por qué esa duda ante el estatus?

—Porque... lo amo, lo amo mucho, pero me niego a amarrarlo a una relación donde yo no estoy bien, no es justo. Vivo con los constantes pensamientos de que se marchará, de que me va a mentir, necesito que me diga a cada rato que me quiere, necesito el afecto... Vivien me habló de dependencia emocional y ahora es en lo único en que pienso. Cuestiono mis sentimientos y pienso que creé dependencia hacia él; que esta necesidad constante de sentirlo, de mirarlo, de tocarlo... no es amor.

Trago grueso, y vuelvo mi vista hacia el hombre que se muestra calmado y sereno ante mí.

—Lo estás alejando, Arielle. ¿Sabes por qué?

—Porque le temo al abandono, y prefiero ser yo la que se marche.

Asiente con sonrisa sincera.

—Exacto. No veo dependencia emocional, veo a la ansiedad haciendo lo suyo. Alejándote de todo aquello que te da un respiro y paz. Puedes permitirte amar, puedes vivirlo, sentirlo y experimentarlo. Aplaudo el hecho de que quieras estar bien para poder ofrecer lo mejor de ti. Eso me hace sentir muy orgulloso. Con ello compruebo que es amor, y amor verdadero —dice, y un leve calor invade mi corazón—. Estás dispuesta a sacrificar tu tiempo a su lado para ofrecerle la mejor versión de ti, en algún momento. No cualquiera hace eso.

Se levanta, y se pasea por sus libros.

—¿Qué ves al ver estos libros?

—Vida...

Respondo sin dudar.

—Yo veo mundos, universos, sueños y amor... amo las letras, amo las hojas, pero entiendo que delante de ellas hay más. Me he abierto a la posibilidad de conseguir un mundo así para mí, el cual quizás tenga sus momentos bajos, pero que a pesar de ellos vale la pena cada bocanada de aire que tomo y cada paso que doy. Yo aprendí a amarme... y me parece hermoso, Arielle, que desees hacer lo mismo. Amarte... pero, también necesitamos ser amados.

Sonríó al escuchar sus palabras.

—Cada uno de estos autores nos abrió su corazón y su alma con cada una de sus letras. ¿Por qué no podemos hacer nosotros lo mismo en la vida? Vive las oportunidades, deja a un lado la ansiedad... Sí se puede, tú puedes. como ejercicio te pondré lo siguiente. Sé que estás por aplicar a la universidad, escribe tu ensayo... un ensayo mostrando a Arielle, la verdadera. La que siente y padece, esa misma que se niega cosas cuando no debería. Habla desde el alma y el corazón — declara, haciendo referencia a lo que dijo hace rato.

—¿Y se lo envió?

Niega... Se sienta nuevamente.

—Lo enviaras a la universidad, conservarás una copia, y la otra se la darás a quien más amas, y ambos sabemos quién es.

—¿Y si me rechaza la universidad?

Inquiero, moviendo mis dedos entre sí. Mi mente empieza a hacer lo suyo.

—Arielle —musita Angust—. Las manos a los lados. No lo permitas. ¿Por qué rechazarían a alguien que es auténtico? ¿A alguien que tiene el valor de hablar con la verdad? ¿A alguien que quiere ser mejor persona? Esas son las preguntas que deberías hacerte... y esas preguntas aplican para todo en la vida.

Hago caso, y me enfoco en él.

—Para todo, incluso para el amor.

Me guiña un ojo, y sonríó. Me extiende un caramelo de esos que guarda en una cajita de madera que le regaló su hija. Programa una cita para dentro de un mes... y asiento feliz, incluso calmada.

—Cualquier pensamiento Arielle... llámame. Puedo ayudarte, todos queremos ayudarte. ¿Ok?

—Ok.

Salimos a la pequeña sala, donde mi madre aguarda con paciencia, como siempre... no me había percatado de ello hasta ahora, ella siempre me espera.

—Las veo dentro de un mes. No debe dejar los medicamentos y tiene tarea. La verdad es que estoy orgulloso de Arielle.

Mi mamá sujeta mi mano con fuerza, y con la otra recibe las recetas de mis ansiolíticos.

—Gracias, Angust.

—Siempre a la orden. Hasta luego, chicas.

Mi mamá sujeta mi mano con fuerza, sabe que luego de salir de consulta lo que menos quiero es hablar, solo necesito repetirme todo lo que me dijo Angust y reflexionar sobre ello.

Cierro mis ojos un instante cuando una brisa helada y repentina, nos sorprende camino al auto.

Me siento más tranquila y más ligera. Estoy por subir al auto, cuando noto en la distancia una farmacia, y mi cerebro hace clic.

¡Mierda!

Me giro de golpe hacia mi madre, que me observa confundida.

—Voy a la farmacia —digo.

—¿A qué? ¿Te dio otra receta, Angust?

Niego.

—Yo... —dudo en decirle, pero no puedo darle vueltas—. Necesito una pastilla de plan b.

Mi madre no dice nada, solo asiente y cierra nuevamente la puerta del auto.

—Vamos... así compro de una vez todo esto.

Mi corazón palpita con fuerza, pero su mano sujetando la mía calma mi cuerpo.

—Debes ponerte en control y ser un poco más precavida.

—Lo sé.

—Ok, vamos.

Compro lo que necesito, mientras mi madre encarga mis medicamentos. Los cuales deben durar un mes exactamente.

Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi pantalón.

Mi ladrón de Dalias.

Te amo. Adivina con quién estoy.

Sonríe viendo el mensaje. Una fotografía llega, y rio al verlo abrazado con la anciana del hotel.

Te extrañamos, yo más que ella. Insiste en que eres lo mejor que me ha pasado en la vida y la verdad es que, yo pienso lo mismo.

Un leve pellizco en mi mejilla me obliga a despegar la vista de la pantalla. Mi madre me sonríe...

—Esa sonrisa tiene nombre y apellido.

Le muestro la fotografía, y sonríe.

—La vieja Pilar.

Frunzo mi ceño.

—¿La conoces?

—Claro. Cuando tenía tu edad trabaja cerca de su hotel, ella siempre pasaba por la tienda y me regalaba galletas. Luego, cuando salí embarazada, iba a Elli's a llevarme las galletas que tanto amaba. Hasta que por alguna razón dejó de hacerlo... tenías como diez años. Creo que fue por tu padre que dejó de hacerlo, no lo sé. Extraño sus galletas.

Siento un beso en la cabeza, que me da mi madre. Ella me guía para irnos. Quiero responder... y cuando subo al auto lo hago.

Dile que quiero las mismas galletas que le hacía a mi mamá. También te amo y te extraño... no sé cuánto tiempo me tomé. Pero, estaré bien. Lo juro.

Capítulo 41

Consejos

Rhett Owens

Me levanto de golpe al recibir una respuesta de su parte. El intenso palpitar de mi corazón ratifica lo que siento por ella.

Es intenso, fuerte e indestructible.

—Niño rico, casi me matas —susurra Pilar, agitada.

—Arielle, me respondió —digo.

Detallo el mensaje una y otra vez.

—Debo responderle. Debería ir a su casa...

El chasqueo de lengua de Pilar llama mi atención.

—Pasos de bebé, niño rico... pasos de bebé... —canturrea—. No la agobies.

Lleva la taza de café a sus labios.

—Me estoy muriendo aquí —gruño, desesperado.

—Puedo verlo, te sangra el alma, pero la dulce y hermosa Arielle necesita respirar... No la ahogues con tanto. Recuerda que ella es una joven que apenas empieza a vivir.

Tomo asiento algo agitado, mi mirada está en la pantalla.

—Ya tú estás viejo... y lleno de cicatrices, ella aún descifra su vida —susurra—. Su padre es una basura ambulante.

—Lo sé.

Y yo espero estar allí para verlo. Lo deseo con el alma.

Respondo su mensaje.

—Ese maldito engaño por años a Ela —suelta, y elevó mi mirada—. ¿Creías que era un santo? Todos señalan y miran hacia un punto, pero no detallan lo que sucedió en el camino... soy vieja y se las historias. Lo vi, más de una vez...

Me tenso.

—Mantenía una vida por las apariencias, y la careta se le cayó cuando la moneda se giró. Tu padre era una basura como persona, pero nunca engañó a tu madre, tanto así que fíjate nunca se volvió a casar... él si la amaba de verdad, solo que no sabía cómo hacerlo.

Dejo a un lado mi teléfono.

—Háblame de mi papá —susurro.

Me lanza un estambre de lana, y toma sus gigantes agujas para ponerse a tejer.

—Tu padre... era déspota, y egoísta, pero eso hacía que cada niña del pueblo se enamorara de él. Incluyendo tu madre... la joven y dulce Elisa. ¿Qué hizo para enamorarla? No lo sé... Cuando se casaron, Elisa era la mujer más feliz de la ciudad. Ella brillaba... nunca supe si tu padre la trato mal, o algo, nunca se escuchó nada. Al contrario, solo se hablaba de que ella brillaba. Nació Vivien, luego tú... y ella de la noche a la mañana empezó a apagarse. Supe que visitó a varios médicos, y me enteré de que tu padre busco especialistas en el extranjero. Aunque ya era obstinado y mal humorado antes de la enfermedad de tu madre, el no poder hacer nada y el perderla exacerbó su temperamento —declara, mientras teje—. Fue después de tenerte que su enfermedad se complicó. Así que imagino que de allí fue que...

—Salió su rabia hacia mí.

—No era rabia, niño rico... era dolor. Él no supo como superar su duelo. Y no lo estoy justificando. Con el pasar del tiempo, cuando te fuiste... iba mucho a un bar que queda a unas cuadras. ¿Adivina de quien hablaba? Solo se escuchaba: “Rhett es el mejor de su clase, Rhett va a graduarse con honores... mi hijo es una maravilla.”

Siento un nudo en mi estómago. Nunca lo escuché decirme algo así, nunca.

Nunca glorifico mis logros, y no era que yo lo necesitara, es que como hijo quieres enorgullecer a tus padres y yo me llegue a sentir inútil. Tanto que busque huir.

Huir de su mirada, de decepción. De su falta de cariño y amor.

—Entiendo el vacío que sientes, pero lamentablemente tu padre fue un hombre que sufrió tanto por la partida de tu madre que se perdió en el dolor —dice—. No sabía como amar... no sabía cómo expresar amor. Y eso, lo llevo a perderse a un gran hijo. Estaba orgulloso de ti, de eso no me queda duda.

Sigo desenredando el estambre.

—Yo no vine a despedirme... él me mandó a llamar —murmuro, lleno de arrepentimiento.

Si existe algo que causa dolor en mí, es eso. Lo escuché una vez cuando llamé a Vivien, suplicando en la distancia por verme, y yo lo ignoré.

Ignore su súplica, por mi rencor.

—Y créeme que le dolió, allí entendió el daño que te había hecho...

—Yo le hice más daño. —Niega dejando de tejer.

Eleva su arrugado rostro hacia mí, suaviza su expresión.

—Jamás. Créeme que sabía que lo querías. Tu esfuerzo por ser el mejor ante sus ojos le demostró lo mucho que lo querías. Y eso sucede con la niña preciosa. —Hunde sus hombros—. Tú no lo ves, pero ella sí. Ve todo el esfuerzo que haces, lo valora, lo aprecia y, por eso, ella quiere ser mejor persona para ti. Porque es lo que mereces, niño rico.

Bajo mi mirada hacia el suelo. Entiendo su punto, entiendo que Arielle quiera mejorar, pero podemos hacerlo juntos. Quiero estar para ella.

¿Cómo puedo estar sin ella?

Sin su sonrisa, sin sus labios... y sin sus hermosos ojos.

¿Cómo dejas ir el amor?

—No debería meterme, pero quiero darte un consejo. A veces... solo a veces, las almas correctas se encuentran, en el momento equivocado. Ella necesita crecer, madurar y sanar. Quizás su momento como pareja no sea ahora, quizás su tiempo es luego de su sanación y deberías respetar eso. El tiempo de Dios es perfecto, y no es que sea católica, pero creo fielmente en esa frase.

Tenso mi mandíbula.

—Me está diciendo... que debo alejarme. —Un nudo se forma en mi garganta.

Desespero y dolor, eso es lo que siento.

—Te estoy diciendo, que quizás este no sea el momento para Rhett y Arielle, para esa historia romántica que todos esperan. Quizás... esa historia se desarrolle en un par de meses o años, cuando ella sane y pueda ofrecerte lo mejor de su ser. Porque sé que tú estás dando lo mejor de ti.

Suelto el estambre. Y aunque me duele lo que dice, una parte de mí insiste en que tiene razón, que debería respetar lo que Arielle me pide, pero, ¡mierda!, eso va a destrozarme el alma.

Va a dolerme mucho.

—Me duele.

—Y dolerá mucho, pero vivirás. Vivirás sabiendo que ella está sanando, que ella está creciendo y que en algún momento volverá a ti.

—Mierda... —jadeo, levantándome.

Me estoy ahogando, abro una de las ventanas y tomé una larga bocanada de aire.

Una vida sin Arielle.

Maldita sea, siento temblar mi corazón, y un ardor sofocante se expande bajo mi piel.

—Solo piénsalo —susurra—. Un amor sano, eso es lo que todos merecen. Un amor sano y puro.

—Lo sé.

—Y ella merece sentirse plena a tu lado. Conociéndote, quieres eso para ella.

Dejo caer mi cabeza.

—Claro que quiero eso, quiero lo mejor del mundo para ella —confieso—. Arielle... Es tan pura, tan perfecta, tan bella que merece lo mejor. Solo eso y no menos.

Mi teléfono vibra en la pequeña mesa, me armo de valor para caminar hacia ese punto y tomarlo mientras Pilar sigue tejiendo; quién diría que la anciana gruñona y yo seríamos tan amigos.

—Recuerda respirar —expresa, muy bajito mientras trago grueso.

Desbloqueo mi teléfono, y me llega una fotografía de Cassie con Arielle, están en su habitación comiendo palomitas.

Entiendo lo que ella necesita. Pero me iré luego de hacerle entender que nuestro destino es estar juntos.

—Necesito que hagas galletas —digo, hacia la mujer que me observa con confusión.

—¿Galletas?

—Sí, has galletas. Por favor.

Gruñe y balbucea algo entre dientes, la ayudo a levantarse y me guía hasta su cocina donde de mala gana me indica dónde están los ingredientes.

—Galletas... —balbucea—. Ok, harás galletas.

Abro mis ojos en demasía.

—¿Yo?

—Sí, tú...

Capítulo 42

Decisión

Arielle Vandenberg

Rio con las ocurrencias de Cassie en mi habitación, hablé un rato con Vivien a solas, y la verdad es que me hizo muy bien.

Los ánimos son otros, me siento más optimista.

Aunque esté rota, siento que ya he recuperado todas las piezas y puedo empezar a juntarlas, y eso me hace feliz. He descubierto que todo es mental, y el control remoto está en mis manos.

Cassie recarga su cabeza en mi hombro.

—¿Vas a dejar a mi tío?

Suspiro con fuerza.

—No quiero. Yo lo amo —respondo, no sé cómo explicarle a una niña que a veces se necesita tiempo.

Solo eso.

—Y él también a ti. Mi tío volvió a casa después de mucho tiempo, no quiero que se vaya.

—No sé irá. —Dejo un beso en su cabeza.

Vivien se asoma por la puerta.

—Cass, es hora de irnos. Arielle debe descansar.

La verdad es que sí, la ansiedad, te agota física y mentalmente.

—Pero, mamá. Estábamos teniendo una conversación de adultos.

Vivien y yo reímos al escucharla.

—Ok, mañana siguen con la conversación madura y de adultos. Ahora, vamos.

Cassie baja de mi cama, no sin antes darme un gran abrazo.

—Arielle, mañana debes ir a clases a escuchar la charla de la universidad, y recuerda que debes empezar a aplicar.

—Sí, lo sé —afirmo.

—¿Ya tienes opciones?

Frunzo mis labios, y asiento.

—Algunas. Algunas...

Sonríe, mi madre llama a Cassie para darle pastel y esta corre dejándome sola con Vivien.

—¿Cómo cuáles?

—Tengo que solicitar un crédito estudiantil, pensé en aplicar en dos universidades de aquí de Atlanta y quizás una en Boston. Aún no me siento... —me quedo en silencio, detallando mi habitación.

—¿Lista para dejar esto? La seguridad...

Asiento volviendo mi vista hacia Vivien.

—Este es mi lugar seguro —afirmo, con voz melancólica.

Relaja sus hombros y me sonríe con cariño, llenándome de amor. Es sorprendente lo que un pequeño gesto puede hacer en ti.

—Lo sé, y lo comprendo. Pero detrás de estas paredes, de esta ciudad y de todo aquello que te da seguridad, hay un mundo que merece ser explorado por ti. Lo que sea que el destino te

tenga preparado, vas a afrontarlo con la fuerza que te caracteriza. —dice, con un tono de voz que me llena de paz.

Es increíble el cambio que han logrado Angust y Vivien en mí, me han ayudado de maneras que no puedo explicar. Las herramientas que me han proporcionado han guiado mi camino, me han ayudado a sobreponerme ante la ansiedad y sorprendentemente, yo quiero hacer eso con las demás personas. Dar mi testimonio, y serviles de guía, pero antes, debo salir de mi caparazón.

Soltarme, estar bien y ver con mis propios ojos lo que dice Vivien, el mundo.

—¿Puedo confesarte algo?

Se acerca a mí, y me detalla.

—Dime...

—Temo perder lo que siento mío —susurro, con el corazón hecho trizas.

Lo que menos deseo es perder todo aquello que me llena, y me hace feliz.

—Todo aquello que sientes tuyo, si en realidad te pertenece, seguirá allí para cuando vuelvas, y conociendo como conozco al personaje, te va a esperar... y va a celebrar contigo tus triunfos, tu crecimiento personal y, sobre todo, el amor.

Unos pequeños pasos se escuchan en las escaleras.

—Ahora si, te dejo... descansa, Arielle.

—¡Mami! ¿Nos vamos o nos quedamos?

Ambas reímos antes el rostro divertido de Cassie, que tiene sus mejillas llenas de nevado. Adora los pasteles de mi madre...

—Nos vamos, glotona —dice Vivien, acercándose a ella. Limpia sus mejillas con una mano.

—¡Amo los pasteles de tu mamá! —chilla—. Vendré todas las semanas...

Me río al escucharla.

—Ella amará que vengas. Te lo aseguro.

—Lo sé.

Ambas me lanzan un beso, y se marchan. El silencio llega y lo agradezco, me envuelvo en mi frazada y sopeso encender el televisor, pero prefiero ver las estrellas en mi techo.

—¿Arielle?

—Dime, mamá.

—¿Vas a descansar?

Ladeo mi rostro para verla en la entrada de mi habitación, se le ve agotada. Paso toda la noche conmigo, y puedo apostar que no durmió.

—Ve a dormir mamá. Te hace falta, yo estaré bien.

—¿Segura?

Le sonrío y asiento.

—Segura. Yo creo que también dormiré un rato o quizás vea algo en el televisor —informo, sonrío levemente y viene hacia mí para dejar un beso en mi cabeza.

—Si me necesitas, no dudes en despertarme. Hay pastel en la cocina y también hice macarrones con queso. Según Cassie son los mejores que ha probado en su vida.

Sujeto su mano.

—Lo son mamá, son los mejores —digo.

Asiente y se marcha, vuelvo a envolverme en mi frazada y ahora sí decido encender el televisor para poder cortar el silencio que ayuda a que la mente haga ruido ensordecedor.

No es lo que necesito, no es lo que quiero, así que me mantengo entretenida con el sonido que me invade. El timbre de la casa llama mi atención, salgo lo más rápido que puedo de la cama para que mi madre no se despierte, bajo las escaleras de dos en dos y llego a la puerta agitada.

Sin embargo, quién es, no vuelve tocar. Quito los seguros y abro.

Me quedo anclada al piso de madera, mis piernas poco a poco empiezan a temblar y mi corazón da ese brinco particular que hace al tenerlo tan cerca.

—Hola, Apellido Extraño —susurra, derrumbando mi mundo.

El amor...

El amor es... magia. Lo describo de esa manera porque con solo su mirar cualquier dolor se apaga, cualquier duda se marcha.

El es todo lo que está bien.

—Hola, Ladrón de Dalias. —logro finalmente articular.

Eleva un poco la comisura de sus labios, encendiendo mi cuerpo.

Amo todo de él.

Su cabello rubio amarrado en una cola alta, sus tatuajes, esos que lo hacen ver cómo chico malo, pero que yo sé que no lo es... sus hermosos ojos azules, esos mismos que me gritan ahora mismo en silencio que me aman, y esa sonrisa llena de picardía que me recuerda cada instante que el estar en sus brazos me lleva al infierno.

Viene con ropa deportiva, y puedo notar que quizás no ha dormido... aunque eso, no le quita lo atractivo que es.

—Vengo con galletas. Pilar me hizo cocinarlas —dice, mostrando frente a mí el pequeño frasco, lo abre para que el olor invada mis fosas nasales.

—¿Las hiciste tú?

Asiente cerrando el envase.

—Sí, Pilar, con su aguja de tejer me tenía amenazado. Me dio varias veces en las manos.

Me muestras sus manos y puedo notar unos pequeños moretones en ellas, intento contener la risa.

—¡No te rías! —gruñe—. Me duele...

—Está bien, no me reiré. Pero, admite que es gracioso... Me estoy imaginando la escena y es la cosa más graciosa del mundo —suelto.

Rhett se ríe, conmigo... luego de un rato ambos nos calmamos para encontrarnos con nuestras miradas.

—¿Puedo pasar?

Su aura me atrapa, me hago hacia un lado y lo dejo pasar, cierro la puerta y este me detalla de pies a cabeza. Estoy con pijama...

Un short corto y una camiseta que no tapa ni mi ombligo.

—Yo vine... —traga grueso—. Vine en plan de ver películas. Harry Potter...

Sonríó al escucharlo.

—¿Harry Potter? Ya las has visto todas, te debes hasta saber los diálogos.

Sonríe, lleva su mano detrás de su nuca y se rasca.

—Sí, pero... no las he visto contigo. Así que, eso será nuevo para mí y para ti.

Siento que me derriro ante sus palabras, y el aire se agota.

—Rhett...

—Por favor —súplica, acelerando mi corazón—. Déjame estar a tu lado estos meses... déjame ser tu apoyo, tu amigo. Y cuando te vayas a la universidad yo me alejaré. Yo... te daré el espacio que necesites y te esperaré. Juro que lo haré, pero antes de eso quiero demostrarte que nuestro destino es estar juntos, que tú eres mía y que yo soy tuyo.

Mierda...

Capítulo 43

Promesas

Rhett Owens

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no lanzarme sobre ella, se ve tan hermosa que me tiene embobado.

Me tiemblan las manos, debo tomar grandes bocanadas de aire para calmarme, ella me detalla... siento que con cada segundo que pasa mis esperanzas de que acepte se pierden.

Tensa sus labios en un gesto que jamás me ha pasado desapercibido, está pensando en...

—¿Cuál veremos? —mi alma vuelve a mi cuerpo.

Debo controlarme para no gritar y abrazarla.

—Debemos empezar por la primera, y si podemos seguimos con el resto —digo emocionado.

Ella asiente, extiende su mano para tomar el tarro de galletas, sus dedos rozan ligeramente mi mano.

—¿En mi habitación?

—En donde tú quieras... si me dices que, en el techo, allí será —suelto, y Arielle ríe divertida.

Niega, caminando hacia la cocina, saca una bandeja de uno de los gabinetes, con un par de tazones, en uno sirve un poco de galletas, en otro pastel hecho por su madre, y en el último, macarrones con queso.

Saca dos latas de gaseosa y me extiende la bandeja.

—Si veremos películas, debemos hacerlo bien. Con mucha comida...

—Me parece perfecto —susurro.

Deja el tarro con una pequeña nota.

—Son para mamá, espero que no te importe.

—Claro que no —suelto, levanto la bandeja y sigo de cerca a Arielle; no puedo evitar recorrerla con mi mirada.

Me atrae y demasiado, me gusta todo de ella... hasta el dulce aroma que expide su cuerpo.

Lleva su dedo a sus labios y trato de hacer silencio cuando llegamos al pasillo, abre la puerta e ingreso a su habitación. Cierra con seguro.

—Mamá no ha dormido bien. Quiero que descanse unas horas.

—Trataré de no hacer ruido —contesto, dejando la bandeja en la cama.

Puedo notar que estaba acostada, con la televisión encendida en el canal viajes...

—¿Canadá? —inquiero con un nudo en la garganta.

Frunce su ceño al escucharme, desvía su mirada hacia la pantalla que muestra lugares de turismo en Baltimore.

—No lo estaba viendo... solo necesitaba escuchar algo.

Suelto el aire, y la pesadez. Rodea su cama y se mete en ella, da pequeñas palmadas al otro lado de la cama, me quito mis zapatillas de deporte y entro para acostarme a su lado.

—¿En dónde veremos Harry Potter?

—Pague una suscripción en una app.

Me extiende su control remoto, y hago todo para activar la aplicación que nos permitirá ver

las películas, siento su mirada en mí y eso acelera mi corazón.

—Viniste esta mañana... —susurra.

Trago grueso.

—Sí. —No me volteo a verla, si lo hago mis ganas de besarla van a ganarme.

Estamos muy cerca.

—¿Por qué?

—Porque me importas. —La aplicación abre y busco las colecciones de películas.

—Tú también me importas, Rhett. Es por eso... que quiero darte la mejor versión de mí, no menos.

Aprieto con fuerza el control, esta vez no puedo resistirme giro mi rostro y, allí está ella, observándome con esos hermosos orbes tan llenos de vida.

—Lo sé. Lo entendí. Por eso te prometo dejarte libre... pero justo ahora no puedo, hasta que comprendas que somos uno.

—Siempre mío...

—Siempre tuyo.

Muerde sus labios, y vuelve su vista hacia el televisor.

—Fui al psiquiatra hoy, y vino Vivien.

—Lo sé.

Asiente con una pequeña sonrisa para volver su vista hacia mí.

—¿Empezamos?

—Empezamos —afirmo.

Se acomoda en su cama, me extiende una almohada y halo la bandeja hacia nosotros, Arielle toma una galleta y yo el tazón con macarrones con queso.

—Mmmm... ¿Las hiciste tú? ¿En serio? —inquiero masticando la galleta.

—Sí.

—Están divinas, creo que las de mi madre no van a sobrevivir si no se despierta pronto. —suelta y me río.

La detallo mientras la película empieza, mastica y disfruta de las galletas.

Se acerca más a mí, toma la cuchara y me da macarrones.

—Come. Conociéndote, no has comido nada. ¿Verdad, Rhett?

No puedo mentirle. Disfruto de la comida que me da mientras vemos la película, cuando finaliza de darme, hago a un lado la bandeja y ella se acomoda en mi hombro.

Vemos la primera película en esa posición. Se queda a mi lado y disfruto de este momento, disfruto del silencio que nos abriga, es algo que voy a atesorar.

Pasamos a la siguiente de inmediato, pero la puerta es tocada. Arielle se levanta para evitar que yo lo haga, quita el seguro y Ela está en la puerta. Desvía su mirada hacia mí y me sonrío.

—Hola, Rhett. ¡Qué bueno verte!

—Gracias, Ela. Lo mismo digo... —susurro.

—Vamos por la segunda de Harry Potter —dice Arielle.

Su madre la detalla y sonrío en demasía al verla.

—¡Qué bueno, cariño! Voy a Elli's iba a decirte que me acompañaras... pero sigue con el maratón. Me alegra que estés más animada —suelta.

—Si quieres... —Ela niega.

—Sigan con las películas. Les traeré algo si aún Rhett está aquí, espero que sí. Besos a los dos.

Se despide con un abrazo de Arielle, y de mí, con una gran sonrisa, gesticula “Cuídala” y eso

haré.

Arielle vuelve a la cama, comienzo la película nuevamente y su calor me invade, no le presto atención a lo que sucede en la pantalla, cierro mis ojos para disfrutar de este momento. Siento que su cabeza se gira y su nariz roza la mía.

Abro mis ojos y allí está ella, tan cerca de mí que únicamente necesito ladear mi rostro para que sus labios choquen con los míos.

Ella toma la iniciativa, ladea su rostro. Cierro mis ojos y sus labios están en los míos. Se sube sobre mi cuerpo y mis manos inmediatamente van hacia su abdomen desnudo.

—Te extrañé —murmura pegada a mis labios—. Te extrañé mucho.

Suelta la liga de mi cabello, y pasea mis manos por este... para luego guiar mis manos hacia su pequeña camiseta y sus pechos que van sin sujetador quedan libres ante mí.

La sujeto de la espalda y la pego a mi rostro, reparto besos en el medio de sus pechos para luego acunar uno de ellos y llevarlo a mi boca, Arielle gime y tiembla. La intimidad entre nosotros ha cobrado mucha fuerza... es entrega pura.

Paso al otro seno mientras ella mueve sus caderas, y me pega más a su cuerpo. Libero su pezón, y elevó mi rostro en busca de sus labios.

—Ahora no podré ver más Harry Potter por tu culpa —declaro, sujetando su rostro.

—Recuérdame que eres mío —pide.

La acuesto en la cama, me deshago de mi camiseta, y bajo su pequeño short junto con su braga.

La recorro con la mirada, y la vez que lo hicimos en el auto viene a mi mente.

No, nos cuidamos.

—Arielle —me tenso—. No usamos protección la última vez...

Ella niega con mirada tranquilizadora.

—Me tomé la pastilla, no te preocupes por eso. —Hala la cintura de mi pantalón.

—¡Dios! Fui...

Me siento tan irresponsable. Arielle es muy joven, y tiene mucho camino...

—Shh... —sisea—. Hazme el amor, Rhett.

Mi garganta se seca ante su petición. Busco mi billetera, y saco uno de los preservativos. Hago a un lado mi pantalón para colocarte el condón.

Separa sus piernas, y me hala del brazo.

—Promete que me buscaras cuando vuelvas, Arielle.

—Lo haré. Lo prometo.

Bajo hacia su cuerpo, y poco a poco voy entrando en ella, mi boca saliva más de lo normal ante la sensación, mi piel se eriza y cierro mis ojos para sentir más...

Mucho más.

—Promete que vas a esperarme —sisea.

—Lo haré. Lo prometo —gruño, terminando de entrar en ella de golpe.

Sus manos se aferran a mi espalda.

—Te amo.

—Yo te amo, Arielle.

Capítulo 44

Futuro = Ansiedad.

Arielle Vandenberg

—Lamento llegar tarde —susurro, al ingresar en mi aula de clase.

Extiendo el permiso que me dio Vivien y tomo asiento en un lugar libre.

La mirada de todos está en mí, intento mantenerme concentrada en mis movimientos para no prestar atención a mi entorno.

Escucho al tutor que nos habla sobre las universidades, y recargo mi espalda en mi asiento.

Volver a la rutina no es algo fácil para alguien con ansiedad, lo que menos deseamos es ser lanzados a enfrentar el mundo, pensamos que nuestro lugar seguro en nuestra habitación, la fortaleza de sus paredes nos protege de cualquier destino violento que pueda afectarnos. Porque eso es lo que nuestra mente ve... peligros inminentes.

Tomo aire a profundidad, y cierro mis ojos por unos segundos.

Pensar en el futuro que es incierto me causa un nivel alto de ansiedad, el tener que enfrentar el mundo lejos de mi fortaleza no es fácil. Todo aquello que no puedo ver, qué no logro contemplar, me llena de miedo, me causa angustia.

Por ello pensé en algunas opciones en la ciudad, podría quedarme en casa con mamá, estaría a salvo en mi habitación y sé que si pasase algo tanto Vivien como August buscarían mi bienestar. Sin embargo, entiendo muy dentro de mí que esa no es la repuesta que debería darle a mi vida. Comprendo que lejos de esta ciudad existe un mundo que merezco vivir, pero mi mente se niega a darme esa oportunidad.

Nos muestran fotografías de algunas opciones fuera de Atlanta, fuera de Georgia.

Tan fuera que con solo verlas la soledad me embarga en forma de una sombra oscura que me llena de pánico.

Mi corazón comienza a palpar con fuerza.

—Respira, Arielle —susurro para mí—. Solo respira.

La voz de Rhett en mi mente suena con más fuerza, y con más ímpetu.

Respira, Arielle.

Rhett...

Elevo mi mirada hacia la pantalla que muestra la Universidad de Utah, con sus techos blancos, debido a la nieve.

Busco en mi teléfono la distancia que existe entre Atlanta y Salt Lake.

4.2 horas.

¡Mierda!

Hago a un lado mi teléfono, el tutor empieza a repartir folletos sobre algunas opciones hasta que llega a mí.

—¿Cuál llama tu atención, Arielle?

Aprieto mis manos con fuerza sobre mis muslos.

—Universidad de Utah —murmuro—. Y algunas de acá.

Sonríe y me extiende los folletos.

—Utah está un poco lejos, pero gracias a los aviones podemos volver a casa en cualquier

momento —dice.

Asiento con calma, tomo los folletos.

Estaré a cuatro horas de distancia, ha cuatro horas de mi fortaleza, de mi madre y de los brazos de Rhett.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero niego encendiendo la pantalla de mi teléfono para vernos juntos en la fotografía que tengo de protector de pantalla.

Él va a esperarme.

—¿Vas a irte a Utah, Arielle? —la voz de Ben llama mi atención.

Detallo que tiene en sus manos un folleto para NYU. Imagino que su beca deportiva fue aprobada.

—No lo sé.

—Deberías, dicen que es una buena universidad. Y quizás nos veamos en los juegos de football, cuando juegue contra ese equipo.

Me guiña un ojo y se aleja. Todos conversan entre sí, yo me levanto tomando mi teléfono en mis manos, y me encamino hacia una de las esquinas del aula.

Marco un número que no tarda en contestar.

—Apellido Extraño.

—Utah... —susurro—. Nieva... y son 4.2 horas en avión.

Un silencio se hace en la línea, un nudo se forma en mi estómago.

—Yo... —susurro sintiendo tanto, pero sin saber cómo expresarlo.

—Yo voy a esperarte... y me gusta la nieve —dice, y sonrío viendo el jardín del instituto por la ventana del aula—. Yo estaré aquí en la empresa... esperando por la mujer que amo.

—Ok —respondo—. ... Pero tengo miedo.

—Es normal. Yo lo tuve cuando me fui, pero... ese miedo se convirtió en ganas de vivir, de conocer, de crecer... —Suelta un largo suspiro—. Y ahora vuelvo a experimentarlo, y no está mal sentirlo, eso nos demuestra que estamos vivos.

—Estamos vivos —repito.

—Sí, nada va a pasarte. Nada va a pasarnos.

—Ok —pronuncio con pesadez.

—Te amo, Arielle.

Sonrío al escucharlo.

La decisión de irme es tan difícil como el dejarlo ir... pero quiero ser lo que él como hombre se merece, y estando aquí no voy a poder serlo, debo tener la suficiente fuerza para alejarme y volver.

Volver por él.

—El futuro me da ansiedad —confieso.

—A mí también, pero confío en tu decisión. Puedes con lo que sea, Apellido Extraño.

—¿Puedes venir por mí al terminar?

—Claro que sí. Iré por ti...

—Nos vemos, Ladrón de Dalias.

—Nos vemos, amor.

Tranco la llamada con una sonrisa en mis labios.

No puedo decir que me siento tranquila porque no es así, siento que están por pasar tantas cosas y eso me hace sentir intranquila. Sujeto con fuerza los folletos, salgo del aula para caminar por los largos pasillos para ir a mi próxima clase.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, lo saco para notar que es mi padre... Me detengo de golpe y

recorro con mi mirada todo el lugar.

No ahora... no ahora.

Intento regresar en busca de la oficina de Vivien, pero el timbre suena y todos corren. Salgo al jardín con mi teléfono vibrando en mis manos.

Tomo una profunda y larga bocanada de aire, y desvío la llamada.

“Si no suma que no reste”

No puedo ahora, no ahora...

Apago mi teléfono porque sé que seguirá insistiendo, él es así... tarda en llamar, pero cuando lo hace insiste hasta que habla conmigo.

—¿Qué haces aquí, Vandenberg? —inquieta uno de nuestros tutores.

—Lo siento...

—Ve rápido.

Asiento volviendo al instituto para correr por los pasillos, y llegar a tiempo a mi próxima clase. Necesito graduarme... quiero graduarme.

Espero con paciencia en el frente del instituto, escucho en la distancia la risa de Ben y de sus compañeros de equipo.

Sonríe, viéndome en la distancia, y viene hacia mí.

Mierda.

Rhett debe estar por llegar y la situación me incomoda.

—Arielle.

—Ben, por favor, vuelve con tus amigos.

—¿Por qué? Solo quiero acompañarte mientras esperas a tu novio —lo último suena con irritabilidad.

Muerdo mi labio, aferrándome a mi bolso.

—Tu novia va a molestarse, y, la verdad, no quiero su veneno salpicándome.

—¿Millie? No vino hoy, sus padres van a divorciarse.

Me giro a verlo.

—¿Por qué? —niega hundiendo sus hombros.

—No lo sé. Ella no ha querido hablar conmigo desde entonces. Así que yo ando en lo mío.

Me giro a verlo, está haciendo lo mismo que ella hizo conmigo.

—Pues no deberías. Te necesita en estos momentos... si eres su novio lo más correcto es que estés allí para ella.

Escucho una bocina en la distancia, la camioneta de mi novio aparca y viene hacia nosotros.

—Como lo hace él. —Yo señalo a Rhett—. Siempre está para mí, a pesar de todo.

Me alejo de Ben y camino con rapidez hacia el rubio que me abre los brazos, me recibe con fuerza y llena de besos mi rostro.

—¿Todo bien?

—Más o menos.

—Lamento el haberte hecho esperar, tuve una reunión de último minuto. Te estuve llamando, pero tu teléfono está apagado. Vine lo más rápido que pude —dice, mirando detrás de mí. Me quita mi bolso y lo toma—. ¿Te estaba molestando?

Niego.

—Vamos... quiero ir al jardín botánico.

Sonríe al escucharme, me detalla y abre la puerta para que suba.

—¿Voy a robarme unas Dalias?

—Quizás... o podemos solo caminar por el jardín botánico tomados de la mano y dándonos besos.

—Eso me gusta.

Me da un beso rápido, cierra la puerta y rodea la camioneta lo más rápido que puede para montarse en ella.

—Mi papá me llamo hoy.

Se gira a verme, él sabe lo que causan sus llamadas en mí.

Mi ansiedad es producto de su ausencia.

—Por eso apagaste el teléfono —susurra, mientras entrelaza su mano con la mía.

—Sí. No quiero hablar con él... yo quiero poder decirle todo lo que me afecta, pero no sé si podré hacerlo sin tener un ataque de ansiedad.

Su otra mano acaricia mi mejilla con dulzura.

—Solo debes recordar algo... —Sonrío.

—Respirar.

Asiente.

—Y que yo estaré allí, para sujetar tu mano. Pase lo que pase.

Capítulo 45

Colapso

Rhett Owens

La semana ha pasado sin mayor novedad, Arielle y yo nos hemos dedicado a compartir momentos que nos servirán de recuerdos para un futuro.

No hemos hablado de lo que pasará cuando ella se marche a la universidad. He intentado imaginarme un escenario donde yo viajo y puedo verla cuando se me antoje, pero también sé y comprendo que ella quiere un tiempo para sanar, y no sé si aceptará mis visitas; lo que menos quiero es imponerme. Sé que cuando se siente agobiada se retrae y huye.

Quiero darle lo que ella necesita y desea, pero también están mis sentimientos. Y no quiero dejarla ir... una parte de mí quiere decirle que no me gusta la idea, que odio tener que despedirla, que quiero que se quede aquí, pero sería egoísta de mi parte.

Ha investigado sobre Utah, Vivien la puso en contacto con un psicólogo y un psiquiatra allá con los cuales trabajará, envió la solicitud hoy, y ahora solo queda esperar.

No he podido dejar de pensar en ello toda la mañana, la parte más oscura de mi corazón desea que la rechacen, y me odio por ello.

Me odio.

—Rhett... —habla Hilda a mi espalda.

—¿Ujum? —murmuro detallando el movimiento de máquinas desde mi oficina.

—Llamo Vivien... quiere hablar contigo.

—En un rato la llamo.

—Ok...

Cierra la puerta, y me quedo solo de nuevo.

Arielle está en clases y esta semana ha transcurrido con normalidad, no ha tenido ataques de ansiedad, ni se ha sentido mal y eso me llena de tranquilidad, pero su padre sigue insistiendo con las llamadas. Ella tuvo que bloquearlo y sé que, aunque no lo diga, esa acción está haciendo eco en su mente.

Debe estar pensando que algo malo seguro le pasa, que algo terrible pasará si ella no contesta y demás.

Su mente siempre busca plantearse terribles escenarios, y no es eso lo que me preocupa. Lo que lo hace es su silencio...

Tomo mi teléfono y llamo a Vivien necesito que me diga que hacer.

—¡Rhett! ¿Cómo estás?

—Preocupado —susurro, y ella suelta un suspiro largo.

—Imagino el porqué. No te ha dicho que piensa. Me dijo que lo bloqueó, pero tengo algo que decirte.

—¿Qué pasa?

—Archie Vandenberg está aquí. —Me tenso al instante.

Tomo las llaves de mi camioneta aun con el teléfono en mi oído.

—¿Está en el instituto?

—Sí. Está fuera de mi oficina, esperando por Arielle... voy a ir por ella, solo quería que lo

supieras.

—¡No vayas por ella!

—No puedo negarme, es su padre... solo si Arielle se niega a verlo es que puedo hacer algo.

—Voy para allá.

—Rhett no, no puedes venir.

—¡Me importa una mierda! —gruño—. No vayas por ella... dame tiempo de llegar.

—Rhett...

—Vivien, sabes lo que le hará verlo... lo sabes...

—Tienes 15 minutos, 15 —gruñe, y la llamada se tranca.

Salgo corriendo por toda la empresa, llevándome a cuánto empleado se cruza en mi camino.

Si Arielle ve a su padre, lo bien que le ha ido en esta semana, se irá a la mierda en un segundo...

Malditos segundos.

Segundos que pueden destruir la estabilidad emocional de cualquiera.

Conduzco a toda velocidad pasando unas cuantas luces rojas, estoy casi seguro que Vivien llamo a Ela, y debe estar en camino también.

Noto en la distancia el instituto y ruego porque Arielle se haya negado a verlo...

Bajo de mi camioneta y corro por el estacionamiento hasta llegar a la entrada, el vigilante me detiene de golpe.

—No puede pasar.

Respiro agitado.

—Soy hermano de la psicóloga Vivien Owens.

—Corey... es mi hermano.

El hombre se hace a un lado, corro hacia mi hermana.

—¿Dónde está Arielle?

—En gimnasia. Voy a sacarla...

Niego.

—Vivien, no lo hagas.

—Rhett, no puedo negarme. Ella tiene que hacerlo, si ella decide no verlo, no lo verá, pero debo notificarle. Ela viene en camino también.

—Quiero ir contigo.

—No puedes. Lo siento. Quédate aquí... ya vengo.

—Vivien.

—¡No!

Sentencia muy seria.

—Espera aquí.

Siento que mi corazón va a salirse de mi pecho, veo hacia el pasillo que camina mi hermana, y vuelvo la vista a lo que es la dirección, cierro mis manos en puño y juro que quiero ir a molerlo a golpes por lo basura que ha sido como padre.

El sonido de una puerta a mi izquierda llama mi atención, puedo notar que viene hacia mí Vivien, con Arielle.

Lleva una camiseta de gimnasia, y unos shorts a juego. Frunce su ceño al verme, recoge su cabello en una cola alta, y sonrío hacia mí.

—Hola... ¿Pasa algo?

La halo hacia mi cuerpo y la abrazo con fuerza, sus manos bajan por mi espalda, y se acomoda en mi pecho.

—Rhett...

Musita Vivien, dejo de abrazar a Arielle y ella eleva su mirada hacia mí para luego pasarla a Vivien.

—¿Le pasó algo a mamá? —inquieta llena de pavor, ambos negamos, lleva su mano a su pecho.

Muerde sus labios, y comienza a hiperventilar. Acuno su rostro y ella posa su mirada en mí.

—Archie está aquí, Arielle. Necesito que me digas si quieres verlo —susurra Vivien.

El semblante de Arielle cambia, su rostro se torna pálido, y se gira hacia mi hermana.

—¿Quién?

—Tu papá está aquí. Quiere verte, como tu psicóloga y como la coordinadora de la institución, es mi deber informarte que vino. Por ser mayor de edad estás en todo tu derecho a negarte a verlo, pero debo cumplir con hacértelo saber.

La tensión fluye, Arielle tensa su agarre en mis manos.

—No tienes que verlo —digo hacia ella.

—¿Por qué tarda tanto, Vivien? ¿Dónde está, Arielle?

La voz gruesa que suena detrás de mí, detiene el mundo de la mujer que amo, puedo verlo en su rostro, puedo incluso notar como su mente comienza con los cuestionamientos.

—¿Arielle?

Capítulo 46

Caída

Rhett Owens

“Compre el arma hace semanas, no pensé que realmente me atrevería a hacerlo. Los pensamientos siguen en mi mente con tanta insistencia que solo veo una realidad, esa que misma que mis pensamientos pintan con tinta de sangre...”

Me siento vacía, sola y decaída... no hay nada en este mundo que me haga creer que vale la pena vivir.

Pienso en la vida de los demás sin mí.

¿Será mejor? Estoy segura de que sí.

No estoy destinada a alguien, no nací para ser feliz.

Eso no es lo mío.”

Lo que leí en el segundo diario aún se reproduce en mi mente, es difícil borrar esas palabras que para ella desatan tanto dolor.

¿Cómo pudo sentirse así?

Para mí Arielle es mi destino, y si hubiese llevado a cabo con éxito su cometido, yo jamás habría conocido el amor de su mano. Mi pasado seguiría atormentándome, y jamás me hubiese tomado el tiempo de continuar.

Estamos destinados a algo, eso es así. La vida jamás será fácil... pero debemos seguir adelante, buscar ese propósito de vida y luchar por ello.

No estamos solos, jamás lo estaremos.

Yo veo en ella; fuerza, amor y valentía.

La ansiedad es dura, y ella la sobrelleva, hay días buenos, y otro no tan buenos. Aun así, sale a flote, sigue la vida y lucha por encontrar su camino.

Resiliencia.

Eso la define, y eso define a cada persona que lucha en silencio con fantasmas que buscan entorpecer su camino de vida.

La ansiedad es real, y hablar de ello en voz alta debería ser normal. Puedo notar como poco a poco su cuerpo es invadido por la sensación de no pertenecer, de estar fuera de lugar, del vacío...

Vivien eleva su mano hacia el hombre que permanece detrás de mí, le bloqueó la vista. No puede ver lo que yo veo.

Su mente haciendo desastre.

—Tú tienes el poder. La vida consiste en hacerle frente a todo aquello que nos hace daño, tú decides si el momento es ahora y aquí. En algún punto deberes enfrentarlo. Tú decides cuando, es tu decisión, Arielle. Solo tuya.

No suelto su mano, murmura algo entre dientes y cierra sus ojos un instante. Puedo sentir que quien está detrás de mí empieza a acercarse, Arielle inhala con fuerza y abre sus ojos.

—Es hora.

Respira nuevamente, esta vez con más pesadez.

—No...

—¿Arielle?

Ella se suelta de mi agarre y busca con la mirada a quien la llama, me hago a un lado a petición de Arielle, a regañadientes, pero lo hago. Puedo por fin darle un rostro a quien tanto daño le ha hecho a mi Apellido Extraño.

Se parecen... Arielle tiene sus ojos. Puedo notar algunas arrugas en su rostro, se nota que durmió poco. Pasea sus manos por su cabello canoso.

—Tengo días llamándote.

Arielle no dice nada, se mantiene en el mismo lugar con su mano en su pecho, estoy dispuesto a llevármela en cualquier momento... no voy a dejarla pasar por esto.

—Yo... no quería hablar contigo —suelta, y eso tensa a su padre.

—Vivien, voy a llevarme a Arielle.

Intento dar un paso, pero la mano de mi hermana me detiene.

—Eso lo decide, Arielle. No usted, señor Vandenberg. Le recuerdo que Arielle es mayor de edad.

Su rostro se muestra confundido, gira su mirada hacia la rubia que se mantiene al tanto de su respiración, está concentrada en eso para no permitir que le dé un ataque de ansiedad.

Es la técnica que mejor le funciona.

—No quiero irme contigo —dice, llamando su atención—. Tú desatas mi ansiedad. Tú eres el causante de mi inestabilidad. Solo tú.

—¿Inestabilidad? ¿De qué estás hablando? Quieres llamar la atención... Eso es todo. Me hiciste venir aquí, tengo días llamándote.

Siento que estoy viendo rojo, y Vivien al notarlo se interpone de inmediato.

¿Llamar la atención? ¿En serio?

—La Salud mental no es un condenado invento, papá —gruñe Arielle—. Sufro de ansiedad. Tomo ansiolíticos, debo verme con un psiquiatra todos los meses y hace un año intenté pegarme un tiro en la cabeza, porque pensé que este mundo era mejor sin mí. ¿Y tú dónde coño estuviste? Con tu mujer... y con tu nueva familia. Diciendo que yo solo quería llamar la atención. ¿Llamar la atención? ¡Yo quería morirme! —grita, con lágrimas en sus ojos.

Y mi corazón se quiebra, leí el diario... leí esa parte. Quiero acercarme a Arielle, pero Vivien, niega y detallo el semblante del hombre que se rehúsa a ver qué su hija se está abriendo ante él, y que cada palabra que sale de su boca la mata por dentro.

—Lo mejor es que hablen en mi oficina, está por sonar el timbre. Allá tendrán privacidad.

—¡No! Arielle se irá conmigo. Vamos, Arielle.

Intenta tocarla y se lo prohíbo quitando su mano de ella.

—Ni la toque —amenazo—. Porque juro que lo mato...

—¿Y quién eres tú?

—Es mi novio. Es quien ha estado para mí, es quien, a pesar de mis problemas, está a mi lado, papá —declara.

Se escuchan unos pasos en la distancia, Ela viene apresurada observando al hombre que me mira de pies a cabeza.

Juro que quiero partirla la cara.

Ela acuna el rostro de Arielle y seca sus lágrimas, le susurra que inhale y exhale... y lo hace.

—Llego la madre del año —murmura con sarcasmo—. ¿Me puedes explicar por qué dejas que Arielle salga con un hombre mayor que ella?

Cierro mis manos en puños. El vigilante se acerca a petición de Vivien.

—Es hora de marcharse.

Ela me da una mirada, y se gira a ver a su exesposo.

—Sí, es la madre del año —habla Arielle, haciéndole frente—. Porque mientras tú hacías una maldita vida con una mujer que seguro te dejará cuando seas un viejo que no le sirva, ella cuidó de mí. ¡Paso noches en vela! Dejaba de comer, y de dormir por cuidarme, vive con angustia pensando que en algún momento yo volveré a tener pensamientos suicidas, me lleva a consultas y cuida de mí como nadie lo ha hecho... ella cometió un error, ¡uno! Tú... me destruiste, destruiste mi mundo... y dejaste de ser mi papá.

El timbre suena y Arielle observa su entorno para luego fijar su mirada en sus manos. Las puertas comienzan a abrirse y el vigilante insiste.

Ella es la primera en encaminarse hacia la salida, la sigo sin importarme nada.

—Arielle... ¿Amor?

La llama varias veces, ella sigue caminando hasta que sale al frente del instituto.

—¡Arielle!

Elle se detiene frente a mi camioneta, y escucho como el idiota de su padre recrimina hacia Ela.

Me giro y ya no puedo más, no puedo contenerme más, me abalanzo contra él empujándolo con todas mis fuerzas, su espalda pega con la reja.

—¡Rhett! —exclama Ela, detrás de mí.

—¡Es una maldita basura! —suelto—. Engañó a Ela por años, ella aguantó por mantener a la familia unida, y cuando ella se lo hizo a usted no lo soportó, el machismo gobernó. Abandonó a su hija, despreciando y anulando los sentimientos de ella. Arielle le rogó, y la dejó tirada... ¿Sabe por qué? Porque fue su excusa perfecta para alejarse de ellas.

Su rostro está lleno de pavor, intenta zafarse de mi agarre, pero no puede.

—¡Rhette! —dice Vivien a mi lado, sujetando mi mano elevada lista para estamparse en su rostro—. No lo hagas... no lo hagas...

Gruño lleno de furia.

—¡Arielle intentó quitarse la vida por su maldita culpa! Vea lo que ha hecho con ella... ¡Es su hija!

—¡Rhett! —la voz de Arielle suena a lo lejos—. ¡Rhett! ¡No!

Todo es un caos, lo empujó hacia el suelo.

—¡Rhett!

Su grito me hace girar...

—¡Arielle!

Capítulo 47

Mírame

Rhett Owens

Su grito me hace voltear hacia donde se encuentra, su rostro está pálido...

Suelto a quien tengo agarrado de su camisa, y corro a toda velocidad hacia donde se encuentra.

El temblor en su mano se acentúa, desvía su mirada de la mía, e intenta mirar hacia el cielo buscando aire y luz.

—Respira —susurro, ella asiente buscando imitar mis movimientos.

Todos vienen, pero Arielle se focaliza en mí.

—Yo puedo —dice agitada.

—Sí, amor. Tú puedes... —susurro.

Cierra sus ojos por un instante y, por primera vez, la veo controlar un ataque de ansiedad.

—Mírame —pido, abre sus ojos con lentitud—. Estoy orgulloso de ti.

Seco las lágrimas que marcan sus mejillas, y ella sonríe débilmente.

—Estoy bien.

—Estás bien —afirmo con ella, desvía su mirada hacia quien se encuentra detrás de mí.

Deseo partirla la cara, deseo destruirlo.

Arielle toma una larga bocanada de aire.

—¿Por qué viniste, papá? —inquire, aun con su respiración agitada—. ¿Para qué? ¿Qué es lo que quieres?

—Porque... —dice, me giro a verlo y se tensa.

—Si es por el gasto de la universidad, ni se preocupe. Yo costearse la universidad de Arielle —suelto—. Ella no lo necesita para nada.

Arielle eleva su mirada hacia mí, y vuelve su mirada al hombre que permanece en la distancia.

—¿Por eso fue que viniste, Archie? ¿En serio? —inquire Ela, indignada.

El hombre no niega nada. No hace falta ser un adivino para saberlo... no había aparecido todo este tiempo, y lo hace justo ahora, cuando las solicitudes fueron enviadas.

—Quiero irme de aquí —susurra Arielle—. Sácame de aquí.

Saco la llave de mi camioneta sin dudarlo, y quito los seguros.

—Vete con tu familia, papá. No te preocupes, no necesito de tu dinero, ni de ti.

Arielle sube a la camioneta, ofrezco llevar a Ela, pero se niega.

—Tengo cosas que hablar con este señor, cuida a Arielle.

—Ok.

Subo, y acelero el motor. Conduzco directo a mi apartamento, el silencio de Arielle me preocupa.

Extiendo mi mano para que tome la mía, y lo hace.

No dice nada, permanece sumergida en sus pensamientos, y eso, no me gusta. No me gusta nada.

Empieza a morder sus labios, y a mover sus piernas.

—Manda a la mierda lo que diga tu mente.

—Vino por el dinero... —susurra muy bajito—. No vino por mí. Tan poco le importo, tan poco amor de padre me tiene.

—Arielle —detengo la camioneta de golpe—. Aquí la basura es él, es una escoria de mierda que en algún punto pagará por todo el daño que te ha hecho. Y entiendo que te duela, lo comprendo. Se supone que nuestros padres deben querernos por sobre todas las cosas, y cuando no lo hacen pensamos que es nuestra culpa. Pero no es así, Arielle. Ellos son los que están mal. Tú eres maravillosa, eres demasiado buena para él.

Suspira y muerde sus labios, para contener las lágrimas que se acumulan en sus bellos y tristes ojos.

—Duele.

—Lo sé. Sé que duele... pero enfócate en esto. En nosotros... en Arielle Vandenberg y Rhett Owens.

Se acerca a mí, y me abraza. Dejo besos en su cabeza, y vuelvo a ponerme en marcha.

Debo desconectarla del mundo, debo crear una burbuja impenetrable donde ella y yo seamos lo único que exista.

Llegamos al edificio donde vivo, aún lleva su uniforme de gimnasia, camina a mi lado con la mirada baja... entiendo que quizás sus ánimos en estos momentos no sean buenos, y que tal vez busque sabotearnos, debo estar preparado para ello.

Entramos al apartamento y ella recorre con su mirada el lugar, su mirada queda prendada de la fotografía de ambos que coloque en la sala junto a los regalos que ella me ha hecho.

Se sienta en el sofá en silencio.

Me tomo el atrevimiento de encender el reproductor y poner algo de música. Algo que ambos reconocemos y sentimos como nuestro.

Extiendo mi mano hacia ella, sus orbes se posan sobre los míos, duda, pero toma mi mano.

—Solo tú y yo —susurra—. Esta es nuestra burbuja... un refugio...

Se abraza a mi cuerpo, y mueve sus pies con los míos al ritmo de la música.

Al ritmo de *Fix you*.

—Yo voy a costear tu universidad.

Niega y eleva su rostro.

—No.

—Sí, quiero hacerlo... yo voy a costear todo. Desde tu hospedaje, hasta tus comidas. No tienes que preocuparte por ello. No te hará falta nada... yo voy a cuidar de ti. Escúchame, voy a cuidar de ti.

Tomo la liga que sujeta su cabello, y la halo para que sus hebras doradas caigan por su espalda.

Trago grueso al verla.

Arielle es la mujer más hermosa que conozco, y la dueña de mi corazón.

Evitó un ataque de ansiedad hace un par de minutos, y aquí está, bailando conmigo una canción.

—Nadie se imagina lo maravilloso que es escuchar que alguien diga que va a cuidar de ti.

—Lo sé.

—¿Por qué yo? —inquire.

—Porque quién menos imaginamos es quien llena de color la vida. Y tú hiciste eso con mi vida... la llenaste de color —susurro—. ¿Duermes conmigo hoy?

Asiente sin dudarlo.

—Me quedaré todo lo que quieras.

—¿Y si digo toda la vida?

—Te diría que debo ser la mejor versión de mí para eso... y que, aunque la distancia se interponga, será para toda la vida.

Sonrió al escucharla.

Seguimos bailando un par de minutos más, Arielle poco a poco se va soltando, y esos pensamientos intrusivos que parecían cobrar fuerza se van debilitando ante mi mirada.

Sus manos se cuelan bajo mi camisa, suelta mi corbata y yo hundo mi rostro en su cuello.

Amo esto...

Amo lo que somos.

—Te amo —dice.

—Yo te amo más.

Mis manos van a sus nalgas, y la elevo para cargarla.

—Mírame, Arielle.

Lo hace, su cabello cae y ella sonríe.

—Te amo, en serio lo hago.

—Lo sé.

Sus labios chocan con los míos, y nos fundimos en un beso que me da vida y fuerzas.

Es increíble lo que el amor puede lograr en una persona. Ella espantó mis fantasmas, y ha alejado todo aquello que me hacía temer y creer en el amor.

Su camiseta queda en el suelo, al igual que mis prendas de ropa, haciendo un pequeño camino hacia mi habitación.

Las caricias se vuelven adictivas, y los besos imposibles de detener. La sensación de estar en ella y de sentirla mía es una necesidad de vida para mí, reforzarle que ella es todo a cada instante es lo único que quiero hacer, y lo hago.

No le pienso dar cabida a nada que le haga estar mal, a nada que la haga cuestionarse cosas de la vida.

Sus besos y caricias en mí, causan estragos, me desarma con un simple toque... ella puede darme vida, y llenarme de luz. Así como también, puede matarme y llenarme de oscuridad. Eso es lo maravilloso del amor.

Alguien que te lleve de un extremo a otro.

Alguien que esté dispuesto a salvarte y al mismo tiempo sea consciente que puede destruirse en el camino, pero que a pesar de lo que sea no dejará de buscar tu salvación.

Nos hemos vuelto muy íntimos... sé lo que le gusta, y ella sabe lo que a mí también.

Compartimos secretos, deseos y sueños que en un futuro pensamos vivir unidos, o así lo planteamos.

Temo que crea que nunca será lo que merezco, aunque para mí ya lo es.

Temo que no regrese a mí.

Temo que su vida sea mejor sin mí en ella, pero entiendo que así es el amor.

Temo tantas cosas, entre esas perder a Arielle.

Estamos desnudos en la bañera, Arielle me cuenta de las veces que soñó con ir a la playa.

—¿Nunca has ido?

—No.

—¿Por qué si hay varias cerca?

—No lo sé.

Ella pasea sus manos por mi pecho, detallando los tatuajes que tanto le gusta.

—Voy a hacerme una Dalia —susurro.

Eleva su mirada hacia la mía.

—¿Cuándo?

—Estoy esperando a que confirmen la cita, y el diseño esté listo.

—¿Puedo acompañarte?

—Claro que sí. Me gusta esa idea.

—Yo debería tatuarme también —suelta.

Sonríó al escucharla.

—¿Qué quieres hacerte?

Paseo mi mano húmeda por su cabello. Muerde su labio, y piensa por un instante.

—Respira, inspira y suspira —dice.

—Me gusta. Entonces, lo haremos... haremos todo lo que quieras.

—Todo juntos.

—Todo juntos.

Capítulo 48

Cerrando un ciclo

Arielle Vandenberg

Llegó a Elli's para ver a mi madre, saludo a algunas de las chicas y voy directo hacia su oficina.

La consigo sentada, llena de facturas. Sonríe al verme.

—¿Todo bien?

—Todo bien. —Tomo asiento frente a ella—. ¿Muchas facturas?

—Sí, pero no te preocupes... lo resolveré.

Asiento, hundiendo mi uña en mi dedo.

—Rhett se ofreció a pagar mi universidad.

Mi madre suelta un largo suspiro, deja las facturas a un lado.

—Lo sé, él lo habló conmigo hace días. Le dije que no hacía falta. Yo puedo... tengo los ahorros necesarios para costear tu cuota —dice, desvía su mirada hacia mis manos—. Arielle, vamos a resolverlo. Siempre lo hacemos.

—Acepté el ofrecimiento de Rhett, mamá. —Me detalla—. No quiero que tengas más estrés del que ya posees.

Se levanta y rodea su escritorio, saca algo de una de sus gavetas y viene hacia mí.

—Eres increíble, cariño. Tienes tanto en tu cabeza y te preocupas por mi estrés. Eso no hace falta —informa, me extiende una pequeña caja rosa—. Lo compré hace días...

Recibo la pequeña caja, y la abro ante su mirada.

Es un pequeño anillo dorado, con esferas que se mueven en este.

—Es para la ansiedad —susurra dando una pequeña explicación, toma la caja y lo saca para deslizarlo en mi dedo anular—. Mueve las esferas cuando sientas que estás por tener un ataque. Según, distrae tu mente. Así dejas de torturar tus dedos.

Sonrío débilmente al escucharla, tengo mis dedos rojos de tanto hundir mis uñas en estos.

Muevo con mi pulgar las esferas, y mi cuerpo se relaja.

—Gracias, mamá.

—De nada. Hablaré con Rhett, dividiremos gastos. Yo he guardado dinero para tu universidad, y soy tu madre, es mi responsabilidad —dice detallando mis manos—. No hemos hablado de lo que pasó... con tu padre.

Elevo mi mirada hacia ella.

Es decepcionante como la figura paterna que, para mí, significaba tanto se destruyó con un solo chasquido.

Su nueva vida lo ha cegado por completo. Y eso duele.

—No hay nada de que hablar.

—No debes quedarte callada, y lo sabes.

Trago grueso, y empiezo a jugar con las esferas de mi anillo.

—Duele, yo... entiendo que él me ha hecho mucho daño, y que lo mejor es tenerlo lejos, pero me pregunto que hice mal. ¿Qué fue lo que yo hice?

Mi madre se acerca, y toma mis manos.

—Tú no hiciste nada mal. Él que está cometiendo errores que en un futuro le pasarán factura es tu padre. Está ciego por la vida que lleva actualmente. No ve lo maravillosa que eres, pero no importa, no lo necesitas para brillar. Únicamente te necesitas a ti misma.

Asiento, con un nudo en la garganta.

Mi mente le ha dado centenares de vueltas a la situación, me he culpado, lo he justificado, lo he acusado, y me he lastimado. También he detenido esos pensamientos, dejando a un lado aquellos que no me llevan a nada bueno, esos pensamientos que me harían caer en un profundo hoyo.

—Extraño al hombre que me regalaba Dalias, y me decía princesa. —La nostalgia me invade.

Mi madre posa sus dedos en mi barbilla.

—En estos momentos tienes a uno que roba Dalias para ti, y que, aunque no te dice princesa, te llama Apellido Extraño.

Sonrí de oreja a oreja, pellizca mi mejilla y vuelve a su sitio.

—Pediré algo de comer para mí, y para Rhett —musito.

—Está bien. Llévale un pedazo de tarta de fresa también.

Estoy por salir de su oficina, pero me detengo y regreso a donde ella se encuentra para darle un pequeño abrazo, que la toma por sorpresa.

—Gracias, mamá.

—Te quiero un mundo. Ve... debo seguir con estas condenadas facturas.

Asiento y salgo de su oficina apresurada. Llegó a caja dónde está Jenny le pido lo que quiero para llevar y hace la orden.

—La bruja de Salen está por allá en una esquina —expresa, empaquetando la tarta que le llevaré a Rhett.

Desvío mi mirada hacia el punto que indica, y puedo ver a Millie moviendo la pajilla de su te frío en círculos, sumergida en sus pensamientos.

Conozco esa sensación...

—Ya vengo —murmuro hacia Jenny, que niega insistentemente.

Camino entre las personas y las mesas, llego hasta donde se encuentra y carraspeo para que note mi presencia.

Sus orbes oscuros muestran tristeza.

—Hola, Millie.

—Quiero estar sola, Arielle.

Niego, y tomo asiento frente a ella.

Eso es lo que menos quiere. Una cosa es lo que su boca dice, y, otra muy distinta, lo que su cuerpo siente.

—Sé que no es así. Pasé exactamente por dónde estás. No es tu culpa, jamás lo será. La vida es así... debemos aprender a vivir de estos momentos porque eso son... algo pasajero. Busca ayuda, Millie. No te aferres al dolor. No es tuyo...

No dice nada, sus ojos se llenan de lágrimas. Extiendo mi mano y tomo la suya.

—No estás sola, y no está mal hablar de lo que sucede. Cuentas conmigo, solo estoy a una llamada y lo sabes.

Le sonrío y me levanto ya para irme.

—Gracias, Arielle —sisea.

—Llámame.

Asiente y me encamino hacia la barra para buscar mi comida. Todo está empaquetado y listo.

Jenny me sonríe, y me despido de todos para irme directo a la empresa.

Tomo un taxi y el aroma de la comida abre mi apetito; eso es bueno. He notado que he empezado a recuperar mi peso, y me gusta.

Llego a la gran empresa de los Owens.

Aunque la había visto varias veces, nunca había tenido la oportunidad de venir hasta hoy.

Me encamino hacia recepción donde una chica muy amable me indica el camino, y me entrega un pase de visitante.

Sujeto con fuerza las bolsas de comida que llevo en mis manos, y el elevador se abre para darme paso al piso donde se encuentra la oficina de Rhett.

Todo está impecable, el aroma a pino es exquisito. Y la señora mayor que fue al cumpleaños de Rhett me sonríe en la distancia desde su puesto.

—¡Arielle! —exclama.

—Buenas tardes, señora Hilda —susurro y niega divertida.

—Hilda, por favor... ¿Cómo estás? Mi niño dijo que vendrías, pero está en una reunión. Ya debe de estar por salir...

Se acerca a mí, para tomar las bolsas y dejarlas en su escritorio.

—¿Quieres un recorrido?

—Sí.

—Vamos...

Me toma del brazo y me guía por el piso mostrándome las oficinas, y la pequeña sala de espera que tienen.

—Rhett hizo algunas renovaciones, y mira lo lindo que ha quedado.

—Sí, ha quedado muy lindo.

Me acerco a uno de los inmensos ventanales y puede verse el terreno lleno de maquinaria, y materiales de construcción.

—El viejo Owens se paraba siempre aquí, Rhett hace lo mismo...

—Venía cuando niño, ¿no?

—Sí. Jugaba por todo el piso, y luego bajaba al terreno a subirse en las máquinas. Hacía que el viejo Owens se saliera de su oficina a buscarlo como loco —ríe divertida—. Lo amaba mucho, es solo que el dolor de perder a su esposa le afectó.

Escuchamos unas voces al fondo del pasillo, y puedo detallar a Rhett enfundado en un traje a la medida negro, con una fina corbata negra y camisa blanca. Lleva su cabello perfectamente peinado y recogido en una cola alta.

Sus tatuajes quedan ocultos, y se le ve tan metido en su trabajo que me deleito con ello. Extiende las manos a los hombres con los cuales estaba reunido, y como si mi corazón lo llamase, voltea a verme.

Me anclo al suelo cuando sus orbes azules me detallan, empieza a andar hacia donde me encuentro, y yo me quedo sin aliento con cada paso que da.

¿Él es mío?

Aún me cuesta creerlo, aun mi mente lo duda. Sin embargo, cuando sus manos me tocan, todas las voces se callan.

Sí, él es mío.

—Hola...

—Hola. —Sonríe con demasía y mi corazón da un brinco—. Estás bellísima.

Siento que mis mejillas arden.

—Tú... te ves bien —contesto, y Rhett ríe con fuerza.

—¿Bien?

—Bueno, te ves sexy...

—Así sí, así me gusta.

Me pega a su cuerpo, mientras Hilda se disculpa para dejarnos solos.

—Te traje comida.

—Mmm... ¿Y qué más? Porque no dejo de pensar en todo lo que hicimos en el apartamento, y quizás puedas darme un poco de eso aquí.

Me carcajeo, nerviosa.

—¿Algo como qué?

—Como tus besos, tus caricias... y tu cuerpo —dice muy bajito.

Trago grueso.

—¿En tu oficina?

—En mi oficina... o aquí.

Abro mis ojos en demasía haciendo que él se ría, divertido.

—¡En mi oficina! Vamos...

Capítulo 49

Recuerdos

Rhett Owens

Arielle camina por mi oficina, detallando los libros y las maquetas que en esta se encuentran, mientras me arregló la corbata y vuelvo a ponerme mi saco.

Ahora mi oficina tiene su marca...

Ladea su rostro hasta donde me encuentro, y sonrío, ruborizándose.

Amo cuando hace eso.

—Dime...

—¿Nos habrán escuchado?

Niego con una amplia sonrisa.

—No te preocupes por ello. ¿Te gusta mi oficina?

Asiente, deslizado sus dedos por la maqueta que me recuerda tanto a mi padre.

—Cuidado, es muy vieja —susurro.

Retira su mano.

—Lo siento.

Niego acercándome a ella, tomo la maqueta y la guio hasta uno de los sofás, para que se siente junto a mí.

—De niño la veía como una pista de autos... pero es la maqueta de la primera construcción que hizo mi padre.

Arielle la detalla y se gira a verme.

—No lo sabía, lo siento.

—No te preocupes, amor... hasta hace poco no podía ni tenerla en mis manos. Ya hoy en día puedo.

Detallo que tiene una cinta, y la intento quitar ante la mirada curiosa de Arielle.

Una caligrafía queda al descubierto.

De papá, para mi futuro gran constructor.

Te quiero, Rhett.

Mi piel se hiela.

—¿Tu padre?

No digo nada, sigo detallando la letra. Es de él...

—¡Hilda! —grito.

Arielle se levanta, y busca tocarme, pero niego, llevando conmigo la maqueta.

—¡Hilda!

Abro la puerta y esta se levanta.

—¿Qué es esto?

Señalo la dedicatoria, y ella viene hacia mí para detallarla con sus lentes puestos.

—Oh, había olvidado que tenía eso escrito. Es que cuando tu padre se la iba a mostrar a un nuevo cliente no podía tener nada escrito, y yo tuve que colocarte esa cinta —dice, explicando como si eso fuese suficiente para lo que siente mi cuerpo.

—¿Siempre estuvo allí?

—Sí, por eso, se molestó cuando lo agarraste. Él quería dártela cuando te graduaras, pero ya sabemos que nunca llegó a hacerlo.

—¿Rhett? —la voz de Arielle me hace girar—. ¿Estás bien?

Niego, y ella viene hacia mí para rodear mi torso, mientras sujeto la maqueta.

—Él te amaba, pero no sabía cómo expresarlo.

Pequeñas cosas desde que llegué aquí me han afirmado lo que Hilda dice, el corazón de mi padre quedó destrozado con la muerte de mi madre y no supo como lidiar con ello, y las consecuencias de eso, las viví yo.

Bajo mi rostro hacia la cabeza de Arielle, para inhalar el aroma de su cabello y relajarme con eso...

—Deberías tenerla en tu apartamento, creo que merece estar allí —manifiesta, elevando su mirada y nuestras narices se rozan.

Hilda suspira.

—Me dan envidia, pero de la buena, lo juro —murmura, alejándose para tomar su lugar.

—Sí. Llévemola al apartamento.

Volvemos a mi oficina donde Arielle recoge la comida que dejamos y su bolso.

Envío algunos correos antes de irnos, y dejando todo en orden, me marchó con ella a mi lado. Le muestro a nuestro paso lo que no pudo ver, ya que la encerré en mi oficina y en la distancia, Joseph nos observa, intenta hacer un gesto con su cabeza. Yo lo ignoro, tomando con fuerza la mano de Arielle.

Desde mi cumpleaños no he hablado con él, salvo por reuniones de trabajo, pero como amigos, nada...

No quiero a mi lado alguien que busque lastimar a quien amo.

La guio hasta el terreno para que pueda verlo, sujeto la maqueta con cuidado mientras ella detalla las maquinarias.

El cielo se torna gris.

Ella fija su mirada en las nubes que empiezan a formarse.

—Va a llover... vámonos, no queremos que se arruine la maqueta. Gracias por mostrarme todo.

Sonrió al escucharla.

—Un gusto...

Caminamos rápido hacia mi camioneta negra. La leve lluvia empieza a caer, Arielle disfruta de las gotas que caen sobre la ventanilla, pasea sus dedos por esta.

—¿Alguna vez has bailado bajo la lluvia? —inquire.

—No, solo me he sentado bajo la lluvia una vez. Y fue contigo... —respondo con calma hacia ella, mientras conduzco directo a mi apartamento.

Arielle se acerca a mi cuerpo.

—¿Te gustaría bailar bajo la lluvia conmigo? Quiero ser la primera...

Bajo mi rostro hacia ella, observo que estamos cerca del apartamento y conduzco abrazándola a mi pecho. Detengo la camioneta y enciendo las luces...

—Quiero bailar contigo bajo la lluvia... quiero ser esa felicidad que ni la más terrible de las tormentas derriba.

Sonríe de oreja a oreja, hace a un lado su bolso, y baja de sin titubear, la sigo para verla abrir los brazos y dejar que el agua caiga en su rostro.

Está dándole la bienvenida.

Camino hacia Arielle, sintiendo las gotas de agua que caen, me quito mi saco, lo lanzó al

capo, y extendiendo mi mano hacia ella.

Se abraza a mí y sonríe llena de felicidad.

—Te amo, Rhett Owens. Eres mi arcoíris, y te buscaré al final de la tormenta, siempre.

Comenzamos a bailar sin ninguna música de fondo, no hace falta... ella y yo somos quienes imponemos como queremos llevar lo que sucede.

Cierro mis ojos y disfruto de su compañía, de la lluvia y del cielo gris.

Algo que sirve como una perfecta metáfora para la vida, el cielo puede estarse cayendo por una intensa tormenta de lluvia, pero tú decides como llevar la situación.

Opciones simples de la vida; darte por vencido o bailar bajo lluvia. Y decido una y mil veces bailar bajo la lluvia con ella.

Reímos abrazados hasta que un fuerte trueno nos hace correr de nuevo a la camioneta, tomo mi saco y conduzco hasta el estacionamiento para finalmente ingresar al apartamento.

Llevo la maqueta directo a la biblioteca donde tengo todo lo que me ha regalado Arielle, y lo que considero que es especial para mí, como una fotografía de mi madre, unos dibujos hechos por Cassie, unos adornos que me regaló Vivien.

Arielle se sienta en el sofá y abre su bolso para sacar una hoja de este.

—¿Qué es eso?

—Es mi ensayo. Mi psiquiatra me sugirió darte una copia.

Frunzo mi ceño, me acerco a ella para hacer a un lado su cabello húmedo.

Tomo la frazada que tengo para decorar y la poso sobre sus hombros.

—¿Y tú quieres que yo lo lea?

—La verdad es que... ¡Sí!, pero que lo hagas cuando me vaya.

Siento un nudo en la garganta. Sus manos aligeran lo que mi cuerpo siente, cuando empieza a quitar los botones de mi camisa.

—No quiero pensar en eso ahora —susurro.

—Lo sé, yo tampoco, pero ambos sabemos qué pasará... —dice con mirada baja—. Igual no dejaré de pertenecerte.

Sonrío.

—No quiero que me pertenezcas, quiero que estés a mi lado, y que caminemos juntos... quiero vivir la vida contigo.

Se deshace de mi camisa.

—Deberías escribir novelas...

Rio con fuerza.

—La escritora eres tú. Sé... Que tus diarios son algo privado, pero, no te imaginas lo mucho que esos diarios ayudarían a las personas con ansiedad. Deberían ser publicados.

Bufa, y recarga su espalda en el sofá.

—Nadie querría publicarme.

—Créeme que muchos querrían publicarte. Tienes en tus manos una guía para muchas personas... para muchos que necesitan ser comprendidos. Y, sobre todo, no sentirse solos —musito.

Forma una línea con sus labios.

—¿Y cómo lo llamarías?

—Respira, suspira e inspira.

Capítulo 50

Susto

Arielle Vandenberg

Dejo caer mi bolso en toda la entrada de la casa, han pasado un par de días, y con cada uno de ellos, se aproxima mi graduación, y todo lo que conlleva.

Voy directo hacia la cocina, abro el refrigerador para buscar algo para tomar. Me sirvo agua, y mientras lo hago detallo en un par de cartas en el mesón.

No lleno el vaso, dejo todo a un lado y me encamino con el palpitar de mi corazón en mi pecho hacia el mesón. Mis dedos pican al mismo tiempo que mis manos tiemblan.

Cierro mis ojos por un instante, busco concentrarme en mi respiración, y, sobre todo, en tener el control.

—Tú puedes, Arielle. Tú tienes el control —murmuro, muy bajo, para mí.

Vuelvo a repetirlo en voz alta, mientras insisto en volverlo en mi mantra mental para no darle chance a la ansiedad de tomar fuerza, y dominar.

Me deslizo hasta al piso al sentir que mis piernas comienzan a tambalearse, me abrazo a estas al pegarlas en mi pecho, elevo mi rostro a uno, con mis ojos cerrados.

—Solo respira... tú puedes —susurro, nuevamente—. Yo tengo el control.

Paseo mis manos sudorosas por mis muslos, soltando el agarre que tenía hacia ellas. Voy poco a poco soltando la tensión que me amenazaba...

Abro mis ojos poco a poco, bajo mi mirada para notarme en el suelo.

—Eso es, Arielle. Eso es...

Me felicito por lo que he hecho, he evitado un fuerte ataque. Saco mi teléfono del bolsillo de mi pantalón, me quedo en el suelo y marco su número.

—Amor...

—Llegaron las cartas —suelto.

Se hace un largo y tortuoso silencio en la línea.

—No he abierto ninguna. Casi me da un ataque de ansiedad. Yo...

Detallo mi mano libre aún con leves temblores.

—Yo quiero abrirlas contigo.

—En estos momentos no puedo ir, quizás en unas horas. —Su voz suena triste—. Sé que lo que tiene dentro será lo que deseas.

Mi corazón se estruja, las lágrimas se acumulan en mis ojos nublando mi mirada.

—Está bien —contesto, casi al borde del llanto.

Le estoy pidiendo tanto... lo estoy lastimando.

—Amor, yo te amo. Y créeme que una parte de mí está siendo inmensamente feliz por ti. Pero mi corazón está sufriendo... intento hacer a un lado el dolor, pero mierda... es difícil.

—Lo sé. Lo siento... yo... no estoy pensando en ti.

Un largo suspiro sale de sus labios.

La puerta de la sala se abre, seco mis lágrimas e intento levantarme antes que mi madre llegue a la cocina.

—Hablamos... luego.

—Arie... —no le doy tiempo a nada y tranco la llamada.

Mi madre se asusta al verme en la cocina, se acerca a mí y me abraza por la espalda.

—¡Cariño! Pensé que irías con Vivien.

—Fui temprano —digo, llamando su atención.

—¿Arielle?

Su mano se posa sobre la mía, finjo una amplia sonrisa en mis labios y elevó mi mirada hacia ella.

—¡Llegaron las cartas!

Pasa su mirada de mí hacia donde se encuentran todos los sobres. Sonríe en demasía y vuelve su vista hacia mí.

—Yo recogí el correo esta mañana, pero estaba tan apurada que no me fijé. ¡Cariño! ¡Llegaron! —Chilla, pero se contiene al notar mi rostro.

Su sonrisa se borra y sin pedírselo ella viene, me abraza con fuerza, con tanta que, siento que me pasa un poco de su fortaleza.

—Todo estará bien, cariño. Todo... Lo que esté en ellas sea bueno o no, te vamos a apoyar. ¿Lo entiendes?

Asiento ocultando mi rostro en su cuello.

—Le temo al cambio, mami.

—Yo lo sé. Aterra... créeme que lo hace, pero tú eres tan fuerte y maravillosa que podrás con lo que sea. Los cambios abren ventanas a lo desconocido, llenándonos de experiencias de vida. Respiremos juntas... ¿Sí?

Asiento, saliendo de mi pequeño escondite.

Ella seca mis lágrimas.

—¿Quieres abrirlas ya?

—Cuando venga Rhett.

—Ok, entonces prepararé algo rico de cena.

Acaricia mi rostro y se aleja para moverse por la cocina.

—Iré a mi habitación.

—Ok.

Me encamino a tomar mi bolso, y subo las escaleras para irme directo a mi habitación.

No cierro la puerta, dejo todo a un lado y me siento en mi escritorio.

Rhett me devolvió los diarios, los detallo sobre mi mesa, enciendo mi laptop y busco información sobre editoriales.

No sé qué hago, ni sé por qué lo hago, pero si no me atrevo ahora quizás jamás lo haga.

Desde que él me hizo el comentario, la idea ha rondado mi cabeza con demasiada insistencia. Incluso esa noche me costó dormir, no podía apagar mi mente.

Solo pensaba en el efecto que podrían tener estos diarios en las personas con ansiedad. Quizás los ayudarían...

Quizás.

Mi mente también se encargó de llenarme de pensamientos negativos al respecto, quizás no sean bien recibidos, quizás ninguna editorial los tome en cuenta, quizás... nadie los lea. Pero como dice mi madre, son experiencias de vida.

Así que no presto atención a esas voces que buscan hacerme desistir, y consigo varios editores que están recibiendo manuscritos.

Tomo mis diarios, anoto las direcciones y muy decidida de lo que haré, salgo de mi habitación.

—¡Mamá!

—Dime...

—¿Me prestarías tu auto?

Sale de la cocina y me detalla en la entrada con rostro confuso.

—¿Mi auto? Arielle... sabes que cuando estás tomando medicamentos no puedes conducir.

Muerdo mi labio, y nota mi reacción.

—¿A dónde irás?

—Pensaba ir al Mall, sacar unas copias y volver.

Me escruta con su mirada, relaja sus hombros, y viene hacia mí.

—Promete que solo irás al mall, y que vendrás...

—Lo prometo.

—Si sientes mareo o adormecimiento me llamas. Iré por ti... —dice buscando las llaves para extendermelas—. Promete que me llamas.

—Lo prometo, mamá. Solo iré al mall está a tres calles de aquí.

—Ok. Ve con calma.

Asiento y salgo de casa para subirme al auto, respiro profundo antes de encender el motor. Tengo meses sin conducir..., ya que por los medicamentos la recomendación fue no hacerlo, pero quiero poder hacer cosas como las personas normales.

Mi ansiedad no debería limitarme.

No voy a negar que varios escenarios se pasean por mi mente para llenarme de pavor, pero bajo la ventanilla, inhaló el aire puro y doy marcha atrás para ir hacia mi destino.

No es mucha la distancia y el tráfico a esta hora del día es relajado, ya que aún están en horario laboral. Voy despacio y a mi ritmo... no tardo nada en llegar porque queda cerca de mi casa.

Aparco y bajo directo hacia la tienda donde hacen copias.

El ruido, la música y las personas me abruma ligeramente, me aferro con fuerza a mi bolso, y cuando entro todo es paz.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarte?

—Buenas tardes... necesito hacer copias, y encuadernarlas.

Saco los diarios y los pongo frente a ella.

—Perfecto... ¿Cuántos?

—Seis de cada uno.

—¿Quieres el encuadernado con este mismo color? ¿Turquesa?

No lo había pensado, pero asiento con una amplia sonrisa.

—¿Y podríamos hacerle una portada?

—Sí, sí... solo dime qué quieres que diga, y listo.

Me extiende la hoja donde ha anotado mi pedido, y escribo los títulos y mi nombre.

—¿Cuánto tardaría?

—Una hora...

Mamá va a preocuparse, pero aun así le extiendo mi tarjeta y hago el pago. Decido ir a caminar mientras ella hace el pedido y llamo a mi madre para calmarla un poco.

Llego a la feria de comida, me siento en una de las mesas, a ver a las personas caminar enfrascadas en su mundo.

—Para seguir mirando personas caminar, necesitas algo de tomar.

La voz familiar me hace elevar la mirada.

Millie me extiende un vaso con té helado, mientras ella sorbe el suyo. Recibo lo que me

ofrece y se sienta frente a mí.

Ninguna dice nada, sorbemos nuestras bebidas hasta que, luego de un rato, suelta un largo suspiro.

—Estoy viendo a Vivien —susurra—. Gracias, Arielle.

—¿Por qué?

—Porque cuando nadie estuvo, tú estuviste... y me diste el mejor consejo. Buscar ayuda.

—Solo hice lo que yo necesité en un punto. Solo eso...

Sonríe levemente.

—Me iré New York... me aceptaron.

Sonríó en demasía al escucharla, me levanto sin pensarlo mucho y rodeo la mesa para abrazarla.

—¡Felicitaciones, Millie!

—Gracias, Arielle. Gracias en serio... ¿Y tú?

Vuelvo a mi asiento.

—Aún no abro las cartas...

—Van a aceptarte. Sé que sí.

—Espero que sí.

Pasamos el resto de horas que queda hablando de tonterías, de lo que usara para la graduación. Pensé que pasaría mi tiempo de espera mirando lejos, pero no fue así. Y lo agradezco.

Millie me acompaña a la tienda de copias, donde ya la chica tiene todo empaquetado y listo para mí.

—Gracias.

—Espero que te guste. Me tomé el atrevimiento de hacer los títulos con blanco.

Asiento, y Millie me ayuda con los paquetes, ya que pesan. La indico donde está el auto de mi mamá y guardo todo atrás. Nos despedimos con un largo abrazo.

—Ten cuidado, Arielle. Nos vemos el lunes en el ensayo. Saludos a Ela.

—Seguro, nos vemos el lunes. Besos...

Enciendo el motor, me pongo en marcha por el mismo camino por el que vine. Mi cuerpo está más relajado, y me siento más segura. Tomo la autopista para irme directo a casa... Mi madre no ha dejado de llamarme, y ya se le nota el desespero en la voz, así que acelero un poco... Pero una fuerte bocina me obliga a frenar de golpe haciendo que mi corazón se agite con fuerza.

Mierda.

Capítulo 51

Susto

Rhett Owens

—¿Cuándo terminarán la obra? —inquiero hacia el grupo de ingenieros.

—Quizás en dos semanas, todo depende del clima... las lluvias han atrasado un poco el vaciado del concreto.

Asiento detallando el cielo casi gris.

Sonríó recordando nuestra danza bajo la lluvia, y me siento un poco culpable, al no poder controlarme cuando hablamos por teléfono.

—No podemos seguir atrasándonos, los gastos han estado aumentando. Y los permisos tienen fecha de vencimiento —murmuro.

—Por supuesto, Rhett.

Habla Joseph a mi espalda.

—Pueden retirarse.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunta.

Asiento sin girarme a verlo, escucho como la puerta de mi oficina se cierra. Me giro finalmente, y Joseph deja caer sus brazos a su lado.

—Me has estado evitando... te escribí hace días, invitándote para ir al gimnasio.

—Lo sé. Estaba ocupado.

—¿Pasa algo, amigo?

—No somos amigos, Joseph. Si no respetas mi relación actual, no lo somos.

Eleva sus cejas.

—Es una niña. Pensé que necesitabas a alguien maduro a tu lado.

Contengo mis ganas de lanzarme encima de él. Tenso mi mandíbula.

—No es una niña, ella es más madura de lo que imaginas. No necesito a nadie, lo tengo todo con ella. Si no tienes más nada que decir, por favor, retírate. Y deja de suponer que es lo que necesito, no me conoces lo suficiente para saberlo.

Tomo asiento en mi escritorio, y espero a que se marche.

Mi cuerpo se relaja cuando la puerta se cierra, tomo mi teléfono y marco el número de quien realmente me conoce, y sabe lo que necesito para estar bien.

La llamada es desviada al buzón de voz.

Gruño, y vuelvo a insistir, pero nada. Es extraño porque se supone que estaría en su casa, esperando por mí para abrir las cartas.

En un rato me llamará.

Hago a un lado mi teléfono, e intento concentrarme en mi trabajo y en todos los proyectos que nos han estado llegando últimamente. Hemos cumplido con los plazos, usamos buenos materiales y somos responsables, por ello, la mayoría nos busca.

El negocio va bien. Muy bien...

Noto que ha pasado una hora, y no sé nada de Arielle. Vuelvo a marcar su número mientras comienzo a recoger mis cosas. Salgo de mi oficina, Hilda insiste en que tengo una reunión, pero la ignoro entrando al elevador.

Las puertas se abren y me apresuro a ir al estacionamiento. Le doy varias veces al botón del seguro y mi camioneta no hace nada.

—¿Qué mierda? —gruño.

Me acerco para notar la puerta entreabierta por culpa del cinturón.

—¡Maldita sea!

Se descargó la batería, y fue mi culpa.

Mi teléfono suena en el bolsillo de mi pantalón, lo saco para contestar pensando que será Arielle.

—¡Rhett!

Es Ela.

—Ela, ¿cómo estás?

—Estamos en la clínica, ven por favor.

—¿Paso algo?

—Solo ven, por favor. Medical Center Atlanta.

La llamada se tranca, y la frustración corre por mis venas. El aire comienza a faltarme y cualquier escenario catastrófico pasa por mi mente.

Comienzo a correr hacia la avenida sin importarme nada, mi corazón va al mismo ritmo de mis piernas, que buscan llegar lo más rápido posible a ese punto donde se encuentra mi Arielle.

El aliento me falta, pero mis piernas siguen su recorrido con más fuerza y ganas que nunca. Llego a un punto en la avenida donde busco tomar un taxi, ya que por más que corra tardaré en llegar, y lo que deseo es estar rápido a su lado.

Estoy sudado, con las manos y mi cuerpo temblando. Cruzo la avenida, y un auto frena de golpe.

Es un taxi.

Hago señas con mis manos y lo rodeo para subirme en este, mi voz no sale.

Cierro mis ojos por un instante.

—Medical Center Atlanta.

No dice nada al notar mi estado, se pone en marcha acelerando el motor lo más que puede. Marco el número de Ela, pero no contesta. Eso aumenta más mi angustia y preocupación.

Estoy sintiendo en estos momentos lo mismo que experimenta Arielle en un ataque de ansiedad. Mi mente trabaja a mil y mi cuerpo se siente a punto del colapso.

Saco el dinero que tengo en mi bolsillo al verme cerca, y mis manos delatan lo que sucede en mi cuerpo. Extiendo el dinero al señor y salgo, sin que detenga del todo el auto, no me importa nada.

Corro por la entrada buscando el área de Emergencia. Paso a un lado del vigilante y empujo con fuerzas las puertas grises, e ingreso.

Todo es un caos.

Médicos, enfermeras y personas.

Recargo mis manos en mis rodillas buscando tomar aire. Una mano me toma por sorpresa.

—Rhett..

Ela me detalla, tiene los ojos rojos y el rostro pálido.

—¿Arielle? ¿Qué pasó?

El vigilante intenta sacarme, pero Ela entra en discusión con este para que me deje ingresar, y finalmente cede. La sigo en silencio mientras seca sus lágrimas, su silencio me pone más ansioso.

—¿Ela?

—Salió en mi auto, un camión le robo la derecha. Freno, pero el auto derrapo.

Siento que mi corazón se detiene por leves segundos.

—Llego inconsciente.

Hace a un lado la cortina, y Arielle aparece acostada en una camilla, tiene un pequeño vendaje en su cabeza y está dormida.

Mi mundo se detiene, me apresuro a verla, toco sus manos buscando sentir su calor y allí está. Su mano se cierra en la mía.

Su ropa está con pequeñas manchas de sangre, y el desespero me invade.

—Hola... —dice muy bajito, y yo acuno su rostro con cuidado—. Hola, Ladrón de Dalias.

Sonríó casi al borde de las lágrimas, al verla tan frágil.

—Hola, Apellido Extraño.

—Estoy bien.

Pasea su pulgar por mi mejilla.

—¡Júralo!

—Lo juro, estoy bien.

Asiento, uniendo su frente con la mía, sus mejillas con ese tono rosa que suelen teñirlas me calma un poco.

—¿Por qué no me esperaste?

—Porque quiero hacer mis cosas, quiero volver a ser la misma de antes. Además... —abre sus ojos en demasía y busca a su madre con la mirada.

—Mamá. ¿Y lo que estaba en auto?

—¿Los diarios?

Asiente.

—Yo los tengo. Me los entrego el paramédico con tus cosas.

—¿Podrías...?

Ella no dice nada, solo sale del pequeño cubículo.

—¿Qué pasó con los diarios?

—Ya verás...

Paseo mis dedos por su rostro, dibujando su perfil. Si ella me falta... mi mundo colapsaría. Puedo sobrevivir al saberla lejos, lejos por unas horas, pero perderla para siempre, sería una catástrofe en mi vida.

—Te amo, Arielle.

—Yo te amo, Rhett. No dejemos de decirnos lo que sentimos. Por favor...

—Jamás.

Ella vuelve y lleva en sus manos un cuaderno turquesa.

Me lo extiende, y Arielle estudia mi reacción al verlo, la portada me deslumbra, las letras blancas en cursiva perfecta anuncian un título **“Respira”** Cuando lo abro detalló que es uno de sus diarios.

Los encuaderno.

—Salí a eso... los quiero publicar.

Elevo mi mirada hacia ella.

—Quiero que el mundo sepa sobre la ansiedad, quiero que entiendan mi mundo, mi mente... quiero ayudar. No quería darle chance a mi mente para renegar de mi idea.

Paseo mis dedos por la portada y entiendo todo...

—¿Los demás donde están?

Inquiero.

—Los tengo yo —responde Ela.

—Bueno, hagamos que lleguen a donde tienen que hacerlo. ¿Sí?

—Sí, no dejes que me arrepienta, por favor.

—No lo haré.

Recarga su rostro en mi mano, y cierra por un instante sus ojos.

—Tengo sueño...

Me giro hacia Ela, quién sale en busca de alguien.

—No duermas... hablemos. ¿Sí? ¿Quieres escuchar música?

Elle intenta abrir sus ojos con pesadez.

—¿Música?

—Sí... escuchemos Coldplay.

No dice nada, únicamente asiente. Su rostro está más pálido, y me angustia el que quiera dormir cuando tiene un golpe en la cabeza.

Sujeto su mano, y pongo la música a andar bajito para que no le aturda.

—Yellow, quiero escuchar Yellow.

—Ok. Será Yellow, entonces... Te amo, Arielle.

—Yo te amo más —susurra muy bajito.

Las cortinas se abren e ingresa un doctor. Me aleja de Arielle, y busca llamar su atención.

—¿Arielle?

Capítulo 52

Lo que toca el alma, jamás se olvida

Rhett Owens

El sol a su espalda, ella corriendo por la arena y el sonido del mar de fondo es todo lo que necesito en mi vida, su sonrisa eriza mi piel, y el brillo hermoso de sus ojos posados en mí me hacen temblar, ¡pero es maldito sueño!, un sueño...

Todo, en menos de un segundo, se volvió un caos. Sus signos vitales cayeron, y ella... perdió el color de su piel.

Nada en la vida te prepara para un momento así, nada. Nada de lo que he vivido me hizo sentir así; tan vacío, inútil, y desesperado.

El grito desgarrador de Ela aún resuena en mi mente... y las lágrimas que aún caen por mi rostro, me afirman una realidad con la cual no estoy dispuesto a lidiar.

Existe mucho aún en mi mente que deseo hacer a su lado; llevarla a la playa, conocer la universidad que la aceptará, ayudarla a adaptarse al cambio de ciudad, ver sus diarios publicados y celebrar con ella el verlos en una librería.

Muchas cosas por hacer... y la vida debe darnos esa oportunidad.

Con ella me he contemplado un futuro, momentos.

Con ella... me he visto viviendo, teniendo algo llamado hogar.

Con ella he conocido lo que es el amor, lo mucho que puede llenarte de vida, y lo mucho que puede hacerte sufrir, porque en este maldito momento estoy padeciendo.

Deslizo mis dedos por los diarios, y sus letras se pasean por mi mente. Abro "Suspira" el tercer diario, ese que habla de mí.

Leo la dedicatoria, una dedicatoria que antes no estaba y que estruja con fuerza mi corazón.

Para mí Ladrón de Dalias, ese mismo que llegó para enseñarme a suspirar.

Mierda.

Arielle...

Poso mis labios en la dedicatoria, una que me llega al alma, paso la hoja y comienzo a leer.

Quiero sentirla...

"Los días grises suelen estar llenos de mucha nostalgia, esos días normalmente están llenos de muchas interrogantes y de esos mareos que hacen sentir mi mundo inestable. Iba enfocada en encerrarme en mi habitación y dejar que el mundo de tinieblas me consumiera, mis ánimos no eran buenos, y mi mente se encargaba de evitar a toda costa que algo de color alumbrará mi vida... hasta que él posó sus manos en mí.

El calor de su tacto me lleno de vida, fue como si una corriente eléctrica me recordara que vivo... y que respiro.

Cuando sus orbes azules se posaron en mí, el paisaje gris se tornó de color. Fue como si esa televisión vieja que se veía en blanco y negro, fuese cambiada por una de última generación.

El contraste que agregó a ese momento fue único.

Su sonrisa... Es algo que jamás olvidaré. Podría describirla una y otra vez, y estoy segura de que no omitiría ningún detalle.

Su sonrisa era sincera, real... se elevaba hasta sus orejas, haciendo que pequeñas líneas de expresión se marcarán en sus ojos, esos mismos que se achicaban con la intensidad de esta.

Su voz se sintió como un canto; suave, armonioso y fuera de este mundo. Temía que viera en mis ojos lo dañada que estaba, lo vacía que podía estar mi alma, pero lo sorprendente de esto es que, en el reflejo de sus ojos eso no existía. Él no veía eso...

¿Por qué?

¿Por qué él no veía eso?

¿Por qué mi reflejo se veía de una manera distinta en sus ojos?

Mi mente le dio miles de vueltas a esto, y el mareo que había dejado de tambalear mi mundo por unos segundos volvió, recordándome que estoy dañada.

¿Por qué alguien como él se fijaba en mí?

¿Se preocupaba por mí?

Se le notaba madurez, control y seguridad.

Yo nunca recibía la atención de alguien así, de alguien como él.

Una leve sonrisa escapó de mis labios, cuando confesó que mi apellido era extraño. Tenía tiempo sin sonreír... mucho tiempo.

¿Cómo alguien que no conocía causaba eso en mí?

Lo que nadie entiende de lo que sufre alguien con ansiedad es qué cuestionamos todo, hasta el aire que respiramos, y con él a mi lado se hacían intensos esos cuestionamientos.

Intenté respirar, intenté mantener la calma y aunque mi mente quería huir, mi cuerpo deseaba seguir a su lado. Por primera vez, en mucho tiempo, me dejé llevar por lo que sentía, no por lo que pensaba, y así fue como terminé en el jardín botánico rodeada de flores y de sus ojos azules.

Lo detallé por largos minutos, mientras buscaba saber de mí.

Pude comprobar que no era un sueño. Que, efectivamente, un hombre como él me estaba mirando, me estaba hablando, y, lo mejor y más increíble de ello es que, parecía que yo de alguna forma le interesaba.

Me percaté de que su cabello rubio tiene destellos oscuros en la raíz, que tiene pequeñas pecas cerca de su nariz y que sus orbes azules se intensifican con la luz del sol. Lo estudié tanto que puedo jurar que esta noche, si llego a dormir, soñaré con él.

Noté que era tarde, que a su lado el tiempo volaba y no pesaba; que los minutos fluyeron como el agua, y eso no me gustó. Porque a pesar de que odiaba que el tiempo en mi mundo lleno de ansiedad fuese pesado y lento, quería que a su lado transcurriese de la misma forma, para estar más rato a su lado.

Cuando tocó el momento de irnos, él me sorprendió con un arrebato que jamás olvidaría, que me marcaría para siempre, porque él sería en mi vida...

Mi ladrón de Dalias."

Trago grueso con un nudo en mi garganta que pesa, ahoga y me duele. Cierro el diario y sollozo, abrazando este con fuerza a mi pecho. Ella me ha tocado el alma y el corazón.

Ella hizo temblar mi mundo, y aún siento las réplicas en mi pecho.

Como dicen por allí...

Lo que toca el alma no se olvida... lo que toca el alma se queda tatuado en esta, y ni la muerte logra borrarlo, ya que el alma trasciende y vive para siempre.

En esta vida conocerás a una persona que amará cada lado de tu ser, tus ángeles, tus demonios, tus virtudes y tus defectos, en ese momento es cuando comprendes que no solo llega alguien especial a tu vida, sino alguien único, en todos los aspectos, porque a pesar de lo dañado

que creas estar, eso no existirá ante su mirada.

Ella no vio en mí lo mal que podía estar, lo dañado que venía y me sentía; lo imperfecto que era para estar a su lado. Así como ella descubrió un nuevo reflejo de su ser en mí, yo también.

Me sentí nuevamente un adolescente y esa sensación de vivir la vida para alguien es maravillosa. Me niego a volver a ese punto oscuro de mi vida, me niego a vivir lleno de matices grises... me niego a hacerlo sin ella.

Camino con el diario en mis manos hacia la puerta blanca que hace de mi vida en estos momentos un infierno. Poso mi mano libre en la helada superficie.

—Solo recuerda respirar... —murmuro.

Unas manos tocan mi espalda.

—Inhala y exhala, Rhett —susurra la voz de mi hermana.

No digo nada, las palabras sencillamente ya no pueden salir de mi boca.

—Vas a respirar, vas a inspirar la mayor cantidad de aire posible y vas a sacudir tu cuerpo. No imagino siquiera el dolor y la desesperación que te embarga, pero en este instante debes mantenerte cuerdo, duro y fuerte. ¿Por qué? Porque no logramos nada con caernos al suelo, porque no debemos darle poder a ese dolor que nos busca consumir, y porque el mundo sigue girando y jamás va a detenerse, porque la vida continúa queramos o no, y porque estoy segura Rhett de que Arielle no te quiere ver derrotado.

Mis lágrimas caen al suelo, y mi pecho se oprime. Aunque intento expandir mis pulmones, la sensación me quema y ahoga.

Mi hermana me guía hacia un pequeño sofá, y se mantiene a mi lado en silencio sujetando mi mano.

No necesito que diga algo, a veces... solo a veces, necesitamos que nos tomen la mano, se queden en silencio y nos llenen de fuerza. El simple hecho de estar es más que suficiente para seguir.

Las horas pasan con una extrema lentitud, siento eso mismo que describe Arielle en su diario, me levanto y camino de un lado a otro, abrazado a ese pedazo de su alma que dejó para mí.

Cuando por fin llega la hora, esa misma que anhelaba con fuerza, me encamino hacia esas mismas puertas heladas que me separaban de lo que me da vida e ilusión en este mundo.

Me siento un robot siguiendo unos parámetros y requerimientos que lo llevan a un destino. No suelto el diario en ningún momento y me dejó guiar por la helada unidad llena de tanto vacío y tonos grises...

Una máquina suena, un movimiento coordinado y guiado hiela mi piel.

Recuerdo las palabras de Vivien...

Inhalo y exhalo.

Doy pequeños pasos que me acercan a ese ser de luz que en estos instantes la vida busca quitarme.

Mis dedos acarician su mano, me centro en ese pequeño lugar que se encuentra cerca de su pulgar, tomo la silla que está a su lado y detallo su hermoso perfil.

Ni siquiera ese tubo que la mantiene respirando opaca su belleza...

Ahora que me siento a su lado, ahora que la veo de esta manera y que el dolor es inhumano, comprendo que ella me estaba esperando, que ella quería decirme lo de los diarios... que ella estaba luchando por volver a verme y yo debo hacer lo mismo.

Abro el diario, y esa vez que comimos helado por primera vez aparece.

—Todos tenemos derecho a rompernos. Está bien, no estar bien... debemos aprender a normalizar eso —leo en voz alta—. Él no tenía ni idea de que esa frase iba a quedarse grabada en

mi mente. Él me hizo entender que está bien, no estar bien... que los días grises siempre van a existir, pero depende de mí llenarlos de color, y eso haré...

Voy a llenar mi vida de color.

Dejo caer mi cabeza ligeramente sobre su mano.

—Por favor, vuelve a mí. Vuelve a mi vida... vayamos a la playa... corramos por la arena, dime una y otra vez que me amas, y vuelve a respirar, Arielle.

Por favor.

Capítulo 53

Suspira

Arielle Vandenberg

11/06/2022

Es impresionante lo que causa en mi corazón cuando su toque está en mi piel.

Sus orbes destellan llenos de vida, y su sonrisa me hace suspirar con fuerza, intenté concentrarme en su rostro. Quiero aprenderme sus facciones, memorizar sus pecas, sus destellos rubios, las líneas de expresión que se forman en su frente, y, sobre todo, el tono exacto de azul que tiene su iris.

Tengo tantas dudas en mi cabeza. Insisto en buscar algo que me aleje de él, cuestiono si sus sentimientos hacia mí son reales, creo que es un sueño y reniego de la realidad, buscando huir de él.

Buscando arruinar algo tan real como lo es él.

Hoy...

No fue un buen día. Hoy mis ánimos estaban por el suelo, y él se las ingenió para hacerme sonreír, imagino que así debe sentirse ser querida por alguien, así debe sentirse ser prioridad para alguien y fue maravilloso.

Una sorpresa tras otra, una charla, unos helados con su sobrina y unas entradas para ver Coldplay.

¡Entradas para Coldplay!

Nadie se imagina siquiera lo que eso significó para mí, y creo que jamás lo entenderán.

Muchas de mis noches largas las pase con mis audífonos puestos, hecha un ovillo, escuchando sus canciones a todo volumen.

Fix you para mí es como ese himno que me impulsa a continuar con mi vida, a no dejarme decaer ante la ansiedad.

Me recuerda que siempre puedo encontrarme, y yo sola puedo salir del hoyo en el que caigo...

Escucharla en vivo fue y siempre será la mejor experiencia de mi vida, y ocurrió junto a él.

La música para mí significa tanto, no me importa el estar sola, disfruto de esta y de un momento en silencio donde mi mente se apaga, por ello este día, esta fecha quedará siempre en mi memoria.

Existen personas en esta vida que llegan para hacer el camino más ligero, para ponerle color a tu camino, y eso hizo él al cantar Yellow en mi oído, y proponerme ser su novia.

Sí, aunque no lo crean, me propuso ser novia.

¿Qué pudo ver en mí?

No lo sé, pero en este instante estoy dejando atrás las dudas, mis miedos por vivir algo que soñé y deseé en silencio.

Quiero ser alguien normal, quiero vivir con normalidad... quiero sonreírle a la vida, y disfrutar del camino.

No quiero volver a sentir mi mundo tambalearse, no quiero dudar tanto de la vida, no quiero

cuestionar aquello que pasa, y quiero dejar de temblar por angustia y miedo.

Solo quiero respirar y seguir suspirando a su lado.

Quiero seguir sintiendo la paz que embarga a mi alma cuando él toma mi mano.

Rhett Owens es todo aquello que está bien, es todo lo bueno y bonito de la vida. Con él me he permitido vivir...

Vivien siempre me dice, busca algo que te motive, consigue esa chispa que te inspire... esa ilusión que te abrigue el alma. Yo busqué y busqué, yo creí haber intentado lo suficiente, yo pensé que esa chispa no estaba para mí, que no existía eso que pudiese inspirarme y motivarme nuevamente en la vida, pero cuando menos pensé llegó y dejé de darle poder a la ansiedad.

La ansiedad es un torbellino que busca negarte momentos de felicidad. Entre los pensamientos acelerados y las emociones abrumadoras que pueden inundar la mente de las personas en este vertiginoso mundo. Y, como consecuencia, les paralizan y dificultan su funcionamiento, la realización de sus actividades cotidianas.

Llevar una vida normal es complicado, pero no difícil cuando encuentras tu chispa, cuando descubres como combatir o con que combatir la ansiedad.

Entre las técnicas, las estrategias y las personas que me rodean pude descubrir lo que me hacía falta para hacerle frente, para no dejarla gobernar mi mente.

Y eso es el amor.

El amor que estoy sintiendo y viviendo. Una motivación...

Hoy mi corazón se aceleró, hoy mi garganta se secó, hoy mis manos sudaron, hoy sentí un fuerte mareo... pero no fue un ataque de ansiedad, fue el amor.

Fue Rhett.

Me niego a darle a mi ansiedad el poder.

Me niego.

No le des fuerza a esos pensamientos, no dejes que tengan el control. Tú puedes con todo y siempre podrás. Refúgiate en aquello que te llene el alma.

Eso siempre sana.

Hoy entendí que la vida está afuera, y quedarme encerrada en mi habitación no evitará que el tiempo siga su curso, los segundos siguen pasando, los minutos no se detienen y las horas no van a esperar por mí.

Tengo 18 años, y quiero vivir tanto.

Quiero vivir.

Eso quiero.

Capítulo 54

Un diagnóstico

Rhett Owens

—Las contusiones cerebrales son lesiones traumáticas del cerebro habitualmente causadas por un impacto violento en la cabeza. El cerebro resulta afectado en el sitio del impacto y en el lado opuesto, al golpear el interior del cráneo. Las contusiones pueden hacerse más grandes en las horas y días posteriores a la lesión, lo que ocasiona que la función cerebral se deteriore.

Bajo mi mirada hacia sus labios, intentando procesar la información que da, mi cerebro se ha bloqueado, se niega a entender algunas de sus palabras.

—Si las lesiones son grandes, o si la inflamación o la hemorragia de una lesión pequeña son graves, las personas tienen síntomas de traumatismo craneal grave. Por ejemplo, a menudo están inconscientes por un tiempo corto, como unos pocos minutos o menos, o por un tiempo más prolongado. Cuando despiertan, a menudo las personas se encuentran soñolientas, confusas, inquietas o agitadas. También experimentan vómitos, convulsiones o trastornos del equilibrio o de la coordinación. La capacidad de pensar, controlar las emociones, moverse, sentir, hablar, ver, oír, oler y recordar resulta afectada. Con esto quiero decir que; Arielle tiene una contusión grave, la cual no vimos. Las horas pasaron y su estado neurológico empezó a deteriorarse. Como pudieron ver la tenemos bajo cuidados intensivos, y con respirador, esto ayuda a que su cerebro reciba el oxígeno necesario, queremos bajar la inflamación que se ha producido, y controlar el sangrado. El cual está causando presión en su cerebro, de ser necesario tendríamos que llevarla a cirugía para drenar el hematoma.

Ella solloza frente a mí.

—Yo... no debí dejar que ella condujera. Yo... ella es mi niña.

—En estos momentos no es cuestión de buscar culpable, señora. Arielle los necesita, ya sea leyéndole o hablándole. Está comprobado científicamente que los pacientes que reciben apoyo de sus familiares en estado de coma inducido tienen un alto nivel de probabilidades de mejoría. Todo es cuestión de esperar... y darle el tiempo necesario para su sanación. Estaré disponible para cualquier pregunta que tengan.

Informa, Ella asiente en silencio, para luego agradecerle por tomarse el tiempo para explicar que es lo que sucede con Arielle, mientras yo me hundo en una nube negra llena de confusión.

Mi mente solo se pregunta, ¿y si la inflamación no baja? ¿Si la contusión no sana? ¿Qué pasará?

No puedo hacer esas preguntas frente a Ella que se aferra a la esperanza, no puedo derrumbarla más de lo que ya está.

No puedo ser así de egoísta, y es en este momento cuando entiendo por qué Arielle quería dejarme... porque ella no quería ser así de egoísta conmigo. Ella quería darme una mejor versión de ella, una que, según sus palabras, yo me merezco.

Es totalmente normal que el ser humano se niegue a perder algo o a alguien, no voy a aceptar un escenario sin ella, no puedo, allí seré el más grande de los egoístas, y mis razones son más poderosas que la vida misma.

La vida no va a hacerme eso. He perdido mucho, no voy a aceptar esta pérdida.

Salgo detrás del doctor, lo halo de un brazo haciendo que se de vuelta y me enfrente.

—Arielle tiene que vivir. —Señalo hacia la UCI—. Ella tiene que volver a respirar por ella misma. Usted tiene que salvarla.

El hombre se sorprende ante mis palabras.

—Usted tiene... —Rompo en un fuerte llanto—. Yo necesito volver a escuchar su voz.

El hombre deja caer sus hombros.

—Estamos haciendo todo aquello que está a nuestro alcance para que su cerebro mejore. Tenemos mucho a nuestro favor, su juventud, sus ganas de vivir... así que no pierda las esperanzas, por este lado estamos haciendo todo. ¿Ok?

Seco mis lágrimas con brusquedad.

—Ok.

—Salga a respirar... en un par de horas podrá volver a verla. Llénese de fuerza, y trasmitale eso.

No digo nada, trago fuerte y lo veo marcharse.

Vivien se acerca a mí con una inmensa taza de café, me sonríe levemente, buscando un indicio de calma en mí.

Solo pienso en lo último que me dijo, sus palabras resuenan en mi mente.

—Necesito hacer algo.

—¿Qué?

Tomo el café y vuelvo hacia donde se encuentra Ela. Toma café con rostro cansado, Jenny está a su lado.

—Ela, necesito los diarios. Todos... —Eleva su mirada hacia mí.

No dice nada, mira a Jenny, y, esta, saca las llaves de su auto de su abrigo.

—Están en mi auto.

—Gracias. Vuelvo en un rato.

—Rhett, tráele Dalias... —susurra Ela—. Roba Dalias.

Asiento.

Vivien viene detrás de mí, sé que ella no va a dejarme solo. Teme que haga una locura o que me decaiga, y el objetivo que se ha impuesto, es evitarlo.

Presiono el botón de mando del auto de Jenny, y gracias a esto doy con el. Corro hacia el auto, y saco todos los diarios con ayuda de mi hermana.

—¿Qué haremos?

—Enviarlos a editoriales —suelto—. Haré lo que ella quería, y sé que quiere.

—Ok, hagámoslo.

Vivien me ayuda a buscar sobres, y ubicar editoriales. De camino, de regreso al hospital, le pido que pare en el jardín botánico.

Me bajo apresurado, pago mi entrada y los recuerdos de la primera vez que la vi llegan.

La veo caminando a mi lado... aferrada a su bolso turquesa, y con su cabello cubriendo su hermoso rostro.

Respiro profundo, evitando un fuerte mareo. Voy directo al área que tienen dedicada a las Dalias, me detengo en seco al ver lo bellas que se ven.

Son tan bonitas como Arielle.

Los impresionantes colores que poseen, y lo llenas de vida que se encuentran. Solo hay dos Dalias turquesas, y me voy directo a estas.

Acaricio sus pétalos, miro hacia los lados, porque al verme robando una flor pueden acusarme de vandalismo, y no deseo pasar la noche lejos de ella. Me arrodillo como hice la vez

pasada, y saco la Dalia desde su raíz, para esconderla dentro de mi saco negro.

Corro por todo el jardín, buscando la salida, y entró al auto donde mi hermana espera por mí.

—El famoso Ladrón de Dalias.

—Vamos.

Mi hermana arranca, y nos ponemos en marcha hacia el hospital, bajamos todo lo que llevo para irnos directo a la cafetería. Busco un pequeño jarrón en una tienda de obsequios que se encuentra allí, y pongo la Dalia en agua, no sin antes comprarle también un peluche a Arielle. Ubicamos una mesa, y entre los dos empezamos a armar los sobres con los diarios, colocando las direcciones a las cuales serán enviados.

La hora de visita está a escasos minutos, Vivien se ofrece a llevar los diarios a una oficina de envíos, y yo subo al piso de cuidados intensivos.

Jenny está sola, Ela ha entrado...

—No le hemos avisado a su papá —dice, fijando su mirada en la Dalia que llevo conmigo.

—Yo no voy a llamarlo —suelto.

—¿Crees que te dejen entrar con la Dalia?

—Espero que sí.

Los minutos se hacen eternos, camino de un lado a otro con mi mirada en la flor y el peluche.

La puerta se abre y Ela sale secando sus lágrimas, un leve reflejo de esperanza se visualiza en su mirada.

—Qué hermosa...

Dice al ver la Dalia.

—Si ven un policía, no digan que estoy aquí. —Ambas se ríen, levemente.

Toco la puerta de la UCI y la enfermera detalla la flor.

—Por favor...

—Debemos mantener el área estéril.

—Juro que la lave hasta con alcohol.

Pone sus ojos en blanco.

—Sé que no lo hiciste, escóndela debajo de la cama. ¿Ok?

Asiento entrando, me ayuda con la bata que debo usar y sigo mi camino hasta donde Arielle permanece bajo extremos cuidados.

Han cepillado su cabello...

Contengo el aliento al verla, y me siento en la silla.

—He vuelto a ser el Ladrón de Dalias... —susurro.

Dejo el jarrón en el suelo, colocando bajo su cama la flor.

—Por ti haría lo que fuera. Quiero que siempre lo recuerdes.

Sujeto su mano, y acaricio levemente sus dedos, detallando que sus uñas están largas, y que ya no hay indicios de que las muerde o arranca su cutícula.

—Envié los diarios... así que necesito que te levantes de aquí para que los veas publicados, amor. Porque sé que los van a publicar. También nos debemos el viaje a la playa... y conocer tu universidad. ¡Mierda! Las cartas... no las hemos abierto —expreso—. Solo abre tus ojos... y sigamos viviendo la vida juntos.

Capítulo 55

Hola

Rhett Owens

Vivien me detalla al otro lado de la mesa, y eleva una de sus cejas al ver que he dejado de comer.

—Come.

—No tengo hambre —gruño.

—Rhett te ves fatal, tienes ojeras, has bajado de peso y hueles mal. —Elevo mis cejas al escucharla.

—¿En serio?

—Sí, tío. Hueles mal —grita Cassie desde el mueble—. Báñate, no te dejarán entrar al hospital si sigues así.

Mi hermana sonríe levemente.

—¿Estás con insomnio de nuevo?

Asiento, bajando la mirada al plato que tengo frente a mí.

—¿Cuánto fue la última vez que dormiste?

—No lo recuerdo —susurro.

Mi hermana sujeta mi mano.

—Come algo, báñate... y descansa un rato. ¿Te imaginas que te hospitalicen a ti?

Vuelvo mi vista a ella, está usando la psicología inversa.

—Estaría más cerca de ella —respondo.

—¡Rhett! —chilla—. Me tienes preocupada, y no solo a mí; Cassie, Alex y Ela...

Me extiende su teléfono para que detalle los mensajes que Ela le a enviando hablando de mí, con evidente preocupación.

—Por favor...

Dejo caer mis hombros, y asiento. Tomo el tenedor y llevo un bocado a mi boca, bajo su intensa mirada.

Sonríe satisfecha, y se levanta para ir a la lavandería. Cassie por su parte, ve su programa favorito en la televisión. El sonido de esta es lo único que me recuerda que existe un entorno.

Unas toallas y algo de ropa desvían mi atención.

—Mi baño está desocupado. Úsalo...

Termino de comer obligando a mi garganta a tragar la comida que siento tan pesada, me levanto y me encamino directo a la habitación de mi hermana.

Muy pocas veces he estado aquí. Voy directo al baño, abro la ducha y espero a que el agua caliente salga, para desvestirme y entrar.

La ligereza que siento entra en conflicto con lo que sucede en mi vida en estos momentos, con la impotencia que me domina.

Me quedo un rato bajo el agua. Un rato que parece eterno, pero que sé que no lo es... El tiempo últimamente pasa tan lento que me agota más de lo normal.

Siento todo eterno, hasta respirar...

He lavado mi cabello, y me he dado una buena ducha, seco mi cuerpo y recojo mi cabello,

me visto con la ropa que tenía Vivien de mí.

Salgo a la habitación y noto un retrato en la chimenea, que se encuentra en una de las paredes. Me acerco a esta, y es una imagen de mi padre sosteniendo una fotografía mía, ¡de mi graduación!

—¿Listo?

—Sí. Listo.

Vivien se acerca e inhala mi aroma.

—Ahora sí hueles rico.

Rio con pesadez. Se abraza a mi pecho.

—Te amo, y me encanta escucharte reír, aunque sea forzado.

—Yo también te amo, Vivien.

Suavizo mi tono e intento relajar mi cuerpo. Siento que mis músculos han cargado con mucho peso estos días, y la tensión se siente fatal.

—Tío... tu teléfono suena y suena.

La pequeña entra con mi celular en sus manos, me acerco apresurado, con una presión en el pecho. No es una llamada, son unos correos.

Abro uno de ellos, y siento que me quedo sin aire cuando leo de que es.

—¿Rhett? ¿Rhett?

Insiste Vivien a mi lado.

—Es una editorial...

Susurro, y salgo corriendo de la habitación dejando atrás los gritos de mi hermana, tomo las llaves de mi camioneta y subo a esta acelerando el motor al máximo para llegar al hospital.

Ella tiene que saber esto. Me paso algunas luces, pero me importa muy poco, sonrío como idiota al entender lo que acaba de suceder. Lo que acabo de leer...

Aparco mal, y bajo corriendo hacia el hospital, subo las escaleras y Ela se detiene al verme llegar al piso.

Solemos turnarnos, no se ha alejado de Arielle ni un solo día, salvo para ir a ducharse. De verdad que me quito el sombrero ante ella, es una madre increíble.

—¿Rhett? Se suponía que ibas a dormir.

Se preocupa incluso por mí.

—Comí, y me duché —respondo, y asiente satisfecha.

—Bueno, algo es algo... pero tienes que dormir.

—Sabes muy bien cuando lo haré. Pero, eso no es importante en este momento.

Le extiendo mi teléfono. Lo toma dudosa y lee el correo, lleva su mano a su boca llena de emoción, sus ojos se llenan de lágrimas.

—¡Quieren publicarlos!

Asiento.

—¡Quieren publicarlos! —exclamo, y nos abrazamos con fuerza. Ela llora pegada a mi pecho.

Entiendo lo que siente. Lo entiendo...

—Tiene que saberlo —musita, dándome el paso que necesito para ir a las condenadas puertas, que se han hecho tan familiares estos días.

Toco y como de costumbre me abren la puerta con una amplia sonrisa.

—Faltan diez minutos.

—Es importantísimo. Prometo que te traigo café —susurro. La mujer me sonríe, y asiente.

—Café doble —exige.

Me coloco todo lo necesario y me voy directo al cubículo. La mejoría es franca, tanto la inflamación como el sangrado han disminuido, ya no la tienen bajo sedación, ahora solo debemos esperar a que ella despierte.

La Dalia ha empezado a marchitarse. Tiene cartas de muchos compañeros de clases, y varios peluches. Muchas personas han venido...

Me siento a su lado, acaricio su mano como siempre.

—Hola, Apellido Extraño. Tengo una buena noticia. Pero me gustaría dártela estando despierta. Anda... abre los ojos para mí. ¿Sí?

Ya el tubo no está en su boca, permanece, únicamente, con la sonda de oxígeno en su nariz y puedo acercarme a su rostro para rozar su nariz con la mía.

—Por favor... te extraño con locura. Ya me bañé, comí algo, y me hace falta dormir. Quiero dormir contigo. Y debemos celebrar lo que va a suceder.

Vuelvo a sentarme.

—Quieren publicar los diarios, Arielle. Dos editoriales han respondido. ¡Mi amor lo lograste! No te imaginas lo orgulloso que me siento. ¡Carajos!, quiero gritar de emoción... pero contigo.

Mueve ligeramente sus dedos, pero el doctor explicó que es normal, ya que le han bajado la dosis de anestésicos, y tienen movimientos involuntarios. Me recuesto a su lado, beso su mano y la detallo embelesado.

Nunca me había enamorado así, este sentimiento es tan único, como ella.

Quiero todo con Arielle. Todo...

La enfermera entra y me observa.

—Veo que te bañaste.

—¿Por qué nadie me dijo que olía tan mal?

Ríe divertida, mientras revisa el oxígeno y la vía de Arielle.

—Porque cargas con mucho...

—¿Cómo ha pasado el día?

—Bien, tranquila. Sus reflejos poco a poco van regresando. Sus signos vitales están estables, cuando menos lo esperes despertará... y ya por lo menos tu olor no la hará huir.

Río con fuerza.

—Eres mala —acuso.

—Café doble... Rhett —me recuerda, divertida.

—Me ha tocado sobornar a las enfermeras... —musito—. Voy a leerte el correo. Coloqué como contacto tu correo y el mío, así que me llegó una copia de la respuesta que dieron...

Me acomodo en la silla, y busco el correo. Estoy por comenzar a leer, cuando una dulce voz interrumpe mi acción.

—Hola... Ladrón... de Dalias.

Capítulo 56

La playa

Arielle Vandenberg

La arena se funde con mi piel, el cosquilleo causa sensaciones agradables en mi cuerpo. Cierro mis ojos, y siento la intensa brisa acariciar mi rostro, el olor a mar relaja mi cuerpo y mi alma.

Esto parece un sueño.

En estas semanas, aprendí que la vida es un suspiro. Se va tan rápido como llega, e inesperadamente.

Lo último que recuerdo es que iba de vuelta a casa con mis diarios en el auto, lo demás son pequeños destellos que a veces aparecen, ya sea el golpe en la cabeza, el bajarme del auto y dejarme caer en la carretera. Aunque no sé si esos recuerdos son reales, yo los siento así; fue el mayor susto de mi vida. Pasé casi tres semanas en un hospital.

Tres semanas.

Me perdí mi graduación, pero mis compañeros y profesores grabaron el momento de mi llamada e hicieron una ovación para mí. Y lo agradezco, sé que todos ellos de alguna forma deseaban que yo me mejorase.

Y lo hice.

La voz angustiante de mi madre, las súplicas de Rhett, son susurros que me despiertan en la madrugada. Los escuchaba y los sentía, era tan desesperante no poder reaccionar de la manera en que quería.

Cierro mis ojos por un instante y recuerdo el momento en el que desperté, y él estaba a mi lado. Su rostro palideció, y sollozó al verme a los ojos, tuve que tomar su mano para hacerle sentir que el momento era real, que yo estaba despierta y junto a él.

La confusión me reino por unos momentos, yo solo quería refugiarme en sus brazos, lo extrañaba. Lo extrañaba con locura...

Unas manos me sujetan por la cintura, chillo emocionada, me eleva y me guía hasta la playa haciendo que ambos caigamos en medio de una ola, aguanto la respiración y salgo para tomar aire. Sus ojos azules me observan, su amplia sonrisa hace latir mi corazón con fuerza.

Me hala hacia su cuerpo, mientras el mar nos rodea, y abriga con sus aguas cálidas.

—¿Te gusta la playa?

—¡Me encanta! —chillo, guindándome de su cuello.

Me embeleso con su mirada llena de amor hacia mí. Me ama... me ama con cicatrices, con marcas que quizás nunca se borren, con miedos que me abruman y con sombras que me siguen a todos lados.

Acaricio su mejilla con cariño.

—Te amo, Arielle.

—Yo te amo más, Rhett.

—No vuelvas a asustarme de esa manera, por favor.

—Jamás, no quiero que nadie vuelva a sufrir por tu olor.

Ríe con fuerza.

Me pego a su cuerpo con las olas del mar moviéndonos. Pasea sus dedos con delicadeza, por la pequeña cicatriz que ha quedado en mi frente.

—¿En serio duraste una semana sin ducharte?

Asiente.

—No quería dejarte. Yo... no podía irme y dejarte en esa bendita cama. Odiaba el sonido de la máquina, pero carajos, sentía un alivio cuando entraba y la escuchaba. Era como que aún había la esperanza de que respiraras de nuevo sola.

Lo detallo, en sus ojos puedo ver que esas semanas para él fueron una tortura.

—Jamás fue mi intención el hacerte pasar por eso.

Sonríe débilmente.

—Lo sé, mi Apellido Extraño, lo sé —susurra, rozando su nariz con la mía—. Vamos, es hora de ir a comer algo.

Me suelta y me abalanzo a su espalda, sale conmigo, guindada de él como si fuese un mono, y nos guía hasta donde se encuentran nuestras cosas. Me bajo con cuidado y lo ayudo a llevar nuestros bolsos.

Entrelazamos nuestras manos, y caminamos hasta la casa que ha alquilado para nosotros, para este fin de semana de escape.

Un escape que es justo y necesario, luego de lo que hemos pasado.

Al despertar vi muchas personas familiares a mi alrededor, compañeros de clases, profesores, Vivien con Cassie y Alex, mi madre por supuesto que nunca me soltó, y Rhett.

Es impresionante lo amado y valorado que puedes sentirte al estar rodeado de personas, personas que realmente muestran preocupación, empatía y amor.

Empatía, un valor que no suele aplicarse en estos tiempos, un valor que ha perdido vigencia y significado. Y, por primera vez, en largo tiempo lo experimenté de terceras personas; personas que me veían en la distancia, pero no se acercaban al no comprender o entender lo que la ansiedad hace en tu mente y cuerpo.

Pude hablar con cada uno de ellos, entre esos con Millie. Quien llena de llanto me pidió perdón; un perdón que no debía darle yo, debía dárselo ella misma.

Siento que he tocado fibras, y que quizás, luego de hablar conmigo, aplicarán un poco más en su vida la empatía.

Un granito, un solo granito que puedo apostar, ayudará a muchos.

Suspiro al ver a Rhett moviéndose en la pequeña casa de playa; tiene un baño, una habitación, sala y cocina. Lo justo y necesario, que se necesita para estar cómodos.

Me dejo caer en el pequeño sofá celeste. Los tonos cálidos te hacen sentir que aún estás en el mar.

En la pequeña cocina Rhett prepara algo para merendar y recuerdo que es hora de mis medicamentos. Reviso mi bolso, y noto en este las cartas de las universidades.

He recibido correos, pero no he tenido un momento para sentarme a revisar. Saco las cartas y las llevo a la cocina junto a mis documentos.

Rhett se gira a verme.

—¿Tienes dolor de cabeza?

Niego parándome a su lado. Dejo las cartas en la encimera, las detalla en silencio.

—¿Ahora?

—Sí.

Deja lo que hace, y limpia sus manos con una pequeña toalla.

—¿Las abres tú o yo?

—Yo. —Eleva su dedo y va por agua para que tome mis medicamentos. Lo hago ante su mirada azulada.

Asiente satisfecho, y me pide abrir las cartas, con manos temblorosas, tomo una larga bocanada de aire y me armo de valor.

No existe nada que hará que me rechacen, nada. Yo lo sé. Yo lo siento...

Abro la primera. Paseo mi mirada por las letras y a medida que leo mi corazón se dispara con fuerza dentro de mi pecho.

¡Me aceptaron!

—¡Me aceptaron! —susurro, una pequeña lágrima llena de felicidad corre por mi mejilla.

Rhett sonrío de oreja a oreja, y me hala a su cuerpo para cargarme con ligereza.

—¡Felicitaciones amor! ¡Lo sabía! ¡Sabía que lo lograrías!

Acuna mi rostro al dejarme nuevamente en el suelo, y me llena de besos.

—Te amo, vamos a resolverlo.

—Vamos a resolverlo —contesto—. No quiero dejar de tenerte en mi vida.

—Eso no pasará. Ya te lo dije, buscaremos una manera de resolverlo todo. Yo viajaré, tú vendrás y así —musita, calmando mi alma.

Sé que es necesario este cambio, esta distancia... para lograr lo que quiero.

Darle lo mejor, ser la mejor versión de mí misma.

Recargo mi frente en su pecho, siento sus manos en mi espalda, y mi cuerpo se relaja. Me abraza con fuerza.

—¿Qué quieres hacer para celebrar? Tus diarios serán publicados.

Sonrió pegada a su pecho.

Mis diarios serán publicados, ¡publicados!

No puedo explicar la emoción que siento ante todo lo que está pasando en mi vida, cosas maravillosas.

Todo se está alineando, todo está tomando su camino.

—Y... ahora serás una chica universitaria.

—Tu chica universitaria.

Capítulo 57

Momentos

Rhett Owens

Momentos, la vida consiste de ellos. Quiero que Arielle lleve consigo mágicos momentos, que la hagan volver a mí.

—¿De qué quieres tu helado? —inquiero hacia ella—. ¿Mantecado?

Para una persona que sufre de ansiedad hacer un cambio le causa angustia e inseguridad, ellos suelen ver las mismas películas porque saben el final, no cambian de rutas porque se sienten seguro con la que transitan a diario. Y así...

La vida es monótona, pero según lo que ellos sienten, es segura.

—No —suelta llamando mi atención—. Pistacho. Una pequeña niña me lo recomendó, y la verdad es que es delicioso.

Sonrío al escucharla.

Arielle se acerca a mí y posa su mano en mi espalda, el bronceado que ha adquirido le queda de maravillas, y la luz en sus orbes intensifica el ámbar en ellos.

—Dos de pistacho, por favor —pido.

La mujer sonrío, y nos sirve los helados. Seguimos en la playa, ya mañana debemos volver... pero quiero que esté día sea más que especial para ella.

Recibo los helados, y le extiendo el suyo a Arielle, que lo detalla antes de darle la primera probada.

Disfruta el sabor, y sonrío.

Paso mi mano sobre sus hombros y camino con ella por el pequeño pueblo vacacional, caminamos con calma disfrutando el paisaje, el aroma y hasta el clima.

—Nieva en Utah.

—Sí. Lo hace... —respondo—. Pero estarás bien abrigada. Compraremos mucha ropa de invierno.

No dice nada, sigue con su helado.

—Son 4 horas y veinte minutos en avión —susurro cerca de su oído—. Iré cuando me necesites, juro que será así.

Gira su rostro hacia mí, roza ligeramente su nariz con la mía.

—Lo sé. Pero voy a extrañarte mucho.

—Yo también a ti. Tú solo tienes que llamarme y juro que dejó todo para ir a estar a tu lado. Eso hace el amor.

Se pone de puntillas y deja un beso en mis labios.

La amo.

—Termina tu helado, hay más cosas por hacer.

—¿Cómo qué?

—Como... bailar, jugar en una mesa de billar, caminar en la playa de noche, y hacer el amor, una y otra vez.

Sus mejillas se tiñen.

—Shh...

Me carcajeo con fuerza, nadie está al pendiente nuestro.

—¿Qué?

—No puedes estar diciendo eso en pleno calle. —Rio al ver su cara de vergüenza.

—Ellos hacen eso y más. Además, no debe darte pena.

Dejo un beso en su cien y seguimos caminando hasta un pequeño bar. Boto nuestros envases de helados, y la guío hasta la mesa de billar, le extendiendo uno de los palos con una amplia sonrisa.

—Dije que quería momentos a tu lado. Este será uno.

—Ok. Ok... —musita, con una amplia sonrisa.

Le indico la postura, como sujetar el palo, como inclinarse y apuntar. Me pongo detrás de ella, pegando sus caderas a las mías. Se ríe divertida ante lo que hago.

—Me parece que estás jugando sucio.

—¿Yo? Jamás... —siseo, detallando sus nalgas pegándose a mí.

El pequeño short que lleva, no ayuda. No lo hace.

—Visualiza la bola —susurro, y lo hace, intentando estar concentrada. Le da a la bola, pero falla.

Se yergue y ríe girándose a verme, mientras yo intento contener las ganas que tengo de hacerle el amor.

—Me estás enseñando billar... ¿Verdad?

—Claro que sí.

Ríe divertida.

Pido un par de té helado para ambos, y así pasamos la hora siguiente, intentando que aprenda a jugar billar. Entre risas, besos y leves caricias que me desconcentran, y, que, aunque parezca extraño, me han hecho perder ante ella.

Perdí... y yo feliz.

Ella poco a poco se ha soltado a tal punto que está dispuesta a experimentar cosas a mi lado. Cómo cambiar el sabor de su helado que, aunque parezca estúpido ante los ojos de quien no conoce la ansiedad, para mí es increíble.

Habla por teléfono con los de la editorial, armándose de valor y escuchando con atención eso que le ofrecen. Ella sabe lo que quiere y está determinada a conseguirlo. Ha pensado que nadie la leerá, incluso ha imaginado a las personas rechazando o vociferando cosas negativas hacia sus libros, pero no ha dejado que eso haga que desista de su idea, de que sean públicos, haciéndome sentir orgulloso. Muy orgulloso.

Sonríó al verla dando su opinión, haciendo valer lo que desea y quiere.

Termina la llamada satisfecha, y con una sonrisa llena de mucha ilusión.

—¿Te gusta lo que te ofrecen?

—Sí, y mucho. Están editando el primer diario, quieren esperar cierto tiempo para lanzar el segundo. Quieren ver la receptividad.

—¿Y eso te gusta?

Asiente.

—Sí. Aunque no voy a mentirte. Tengo miedo.

—Lo sé, pero eso bueno. Quieres que todo salga bien, y tengo fe de que así lo será. Yo creo en ti, y en lo que eres capaz de hacer con esos libros.

—Eso es más que suficiente para mí... Ahora, vámonos a caminar en la playa de noche.

—Sí, vamos.

La tomo de la mano, y guío hasta el patio de la pequeña casa.

—Ya va.

Se quita los zapatos y yo hago lo mismo que ella, para sentir la arena en nuestros pies. Caminamos hasta la playa, el agua helada sumerge nuestros pies.

—Gracias por estos días increíbles.

—Haremos muchas cosas más. Ven, súbete a mi espalda.

Me observa confundida, pero lo entiende, y me rodea para subirse, ríe divertida y yo camino con ella.

—Te amo, Rhett Owens —grita.

*

Paseo mis dedos por la espalda desnuda de Arielle, definitivamente hacer el amor con ella es una de esas cosas que extrañé con locura.

Me siento en el condenado cielo cuando me acaricia y se entrega a mí.

—Hola —susurra con voz ronca, abriendo lentamente sus ojos.

—Hola.

—¿Ya es de día?

Niego.

—Son las dos de la mañana —respondo, acostándome a su lado.

—¿Insomnio?

—Un poco, sí.

Se acomoda dejando al descubierto sus pechos, y mi mirada va hacia ese punto.

—¿Qué pasa?

—Deseo seguir haciéndote el amor...

Le arrebato la sábana y ella se ríe.

—Bueno, dijimos que crearemos momentos, hagamos eso.

Se sienta en la cama, me quita mi sábana y sonrío divertida viendo mi cuerpo. Sus manos recorren mi torso, y pasan a mi brazo donde yace el tatuaje de Dalia turquesa que me hice en su honor.

Se sube sobre mí, rozando mi falo efecto y dejándome con la garganta seca.

—Tú eres mi momento más perfecto, Rhett. Solo tú.

Capítulo 58

Paz

Arielle Vandenberg

El viaje en auto fue muy divertido, reímos, cantamos a todo pulmón; yo dejé fluir mi vida, en medio de paisajes y aire puro.

Fue mágico. Todo...

Aunque llegar a casa se siente bien, debo admitir que una gran parte de mí quería quedarse con él en esa pequeña casa.

Le muestro a mi madre la carta de la universidad de Utah y el correo, también la de la universidad Clark de Atlanta.

Sonríe y chilla, llena de dicha, se abalanza a mis brazos y solloza con emoción.

—Esto es maravilloso, cariño. Un éxito más. Lamento tanto que te hayas perdido tu graduación.

Hundo mis hombros.

—Me perdí mi graduación, pero gané una vida —susurro hacia ella—. El acto de grado no importa.

Asiente y pasea sus manos por mi cabello.

—Está bien. Me gusta el bronceado que tienes, y estoy enamorada de tu mirada llena de ilusión —dice, haciendo que sonría—. Te amo, hija.

—Yo también te amo, mami —musito, dejando un pequeño beso en su mejilla—. Voy a mi habitación...

—Ve. Te llamo cuando lleguen todos.

—Ok.

Pellizca mi mejilla y salgo corriendo para subir las escaleras. Cómo hemos llegado de viaje hoy en la mañana, mi madre decidió planear una cena para todos en el jardín. Lo cual me parece magnífico.

Quiero ver a Cassie, Vivian y Millie.

Me abalanzo a mi cama, haciendo que un par de almohadas caigan al suelo. Cierro mis ojos y por, primera vez, no escucho nada...

Solo silencio, estoy en calma y siento que ese nudo que siempre permanecía en mi estómago se ha soltado.

Inhalo con fuerza, y abro mis ojos, para ver el techo blanco de mi habitación cubierto de las pequeñas estrellas.

En un par de semanas despertaré en un apartamento que no las tendrá...

Necesito estrellas, necesito mis Dalias y todo lo que me recuerde que tengo un hogar. Me levanto con pesadez de la cama, pero con mucha ilusión y me siento en mi escritorio para revisar mi correo otra vez.

Ver que fui aceptada es algo que me hace creer en los sueños. No puedo negar que siento un poco de temor ante lo inesperado; sin embargo, estoy dispuesta a enfrentarlo.

Marco el número de Rhett, mientras me pongo a buscar información sobre Utah.

—¿Ya me extrañas? —inquire con tono divertido—. Porque yo a ti, sí.

Rio con fuerza.

—Sí. Ya te extraño. ¿Qué haces?

—Estoy firmando una pila de papeles que guardo especialmente para mí, Hilda. Y si vieras como me mira... si me descuido me mata.

Escucho sus murmullos de regaños de fondo.

—Dile que tú eres mío, y que te dije, ¡quieto! —susurro.

—Ya dijo que solo me salvo por ti. ¿Y tú qué haces?

—Viendo cosas de Utah —respondo.

—Mmm. Quédate conmigo hoy, y te prometo que buscamos opciones de apartamentos. — propone, y me sonrojo.

—Te dije que puedo vivir en los dormitorios sin problema.

—Y yo te dije que no... Quiero poder quedarme contigo cuando vaya a visitarte. Así sea algo pequeño. ¿Ok?

Pongo mis ojos en blanco.

—Ok...

—No has respondido. ¿Te quedas conmigo hoy?

Muerdo mis labios.

—Sí, me quedaré contigo.

Chilla, y yo me echo a reír.

—Termino aquí y me voy para allá. Te amo.

—Yo más. Trabaja...

Tranco la llamada y sonrío viendo el teléfono, no tardará nada en escribirme, y así es...

Cada minuto a su lado, son años de felicidad para mí.

Me derrito con su forma de ser, con lo atento, amoroso y pasional que es conmigo.

Un chat sin leer llama mi atención, me quedo mirando el nombre de este, sopeso no leer, incluso me contemplo la idea de borrarlo sin siquiera abrirlo, pero quizás me arrepienta. Entro a este y comienzo a leer...

Mi querida princesa.

Estas letras quizás nunca las leas, porque has decidido borrar mi mensaje, pero espero correr con la suerte de que no sea así.

Fui a verte mientras estabas en la UCI, el dolor que sintió mi corazón al verte en esa cama es indescriptible, me arrepiento de todo y viviré con este dolor todo lo que me queda de vida, fuiste y siempre serás mi verdadero amor. Perdona mis errores, perdona mi desconociendo, perdona mi falta de empatía. El desconocimiento nos hace insensibles e inhumanos, porque eso fui... vinimos a este mundo para ayudarnos, para creer y para amarnos los unos a los otros. Como padre mi labor era protegerte y amarte, no lo hice. Fallé.

Perdóname, no entendía que el causante de tu ansiedad era yo. No comprendía el daño que te había hecho, ahora lo hago.

Vi el círculo que te rodea, vi a tu madre dispuesta a cambiar de lugar por ti, vi a tu novio derrumbarse en el piso desesperado por volver a ver tus bellos ojos... Él me dio una gran lección de vida. Espero y deseo que todo aquello que sueñas se haga realidad y, que todo eso, lo vivas a su lado.

Cuando creas que sea el momento para hablar, aquí estaré. Te escribiré todos los días, y espero que los leas. Si decides responder, haré todo lo que esté en mis manos para recuperar el tiempo perdido.

Te amo, mi princesa.

Por siempre, papá.

Una lágrima cae en la pantalla de mi teléfono. Sigo bajando y todos los días me ha escrito, desde los buenos días, hasta unas buenas noches.

Tenía silenciado su chat y no había notado sus mensajes... su estado cambia, y se pone en línea, normalmente, cuando eso sucedía, mi ansiedad me invadía.

Mi teclado aparece, comienzo a escribir, pero me detengo, me levanto de la silla y camino por la habitación manteniendo la calma, y presiono un botón para luego llevar mi teléfono al oído.

Un tono, solo uno...

—¿Arielle?

—Papá —susurro.

—Hola... —su tono de voz denota emoción—. ¿Cómo estás? ¿Ya llegaste?

Frunzo mi labio. Mamá le ha estado pasando información.

—Sí, hace unas horas... estoy bien, un poco cansada.

—Claro, por el viaje en carretera. ¿Las pastillas? ¿Cómo van los dolores de cabeza?

Me siento en la orilla de mi cama.

—No he tenido estos días —contesto—. ¿En serio viniste a verme?

Detallo mis dedos y mis uñas, están intactas... no me he lastimado la cutícula en largo tiempo.

—Sí. Estuve una semana, pero volví por el trabajo. No podía seguir con el permiso —explica—. Yo... le pedí a tu madre y a Rhett que no te dijeran nada. No hasta que estuvieras del todo bien.

—Ya veo —musito, dejo mi mano a un lado—. Gracias.

Miro hacia mí Dalia eterna.

—No. No hay nada que agradecer. Yo... cariño. Perdóname ¿Sí? He sido el peor padre del mundo.

Escucho el llanto de una bebé, y contengo el aire, me preparo mentalmente para lo que pasará.

Va a dejarme y sin explicación, cuando estoy por alejar el teléfono con decepción sigue hablando.

—No quiero perderme más momentos. No más... quiero estar a tu lado, quiero verte brillar y la verdad es que quiero poder abrazarte. —susurra.

No sé qué decir, no sé cómo actuar. Durante tanto tiempo quise poder tener una conversación tranquila con él y ahora que se puede, yo no sé qué decir.

—Entiendo tu silencio y lo comprendo. Pensé que esta llamada no pasaría en largo tiempo.

—No había visto los mensajes, yo... tenía silenciado tu chat de mensajes.

—Comprendo. Lamento mucho el daño que te hice. Iré la semana que viene, si te parece... ¿Estaría bien?

Muerdo mi labio.

—Yo te aviso.

—Ok. Eso, eso es suficiente para mí. Te extraño, princesa. Y me alegra tanto saber que estás bien.

—Gracias, papá. Nos vemos pronto.

Decido darle fin a la llamada.

—Espero ese día con ansias. Besos.

—Igual.

Me quedo viendo el teléfono en mis manos, me giro al sentir alguien detrás de mí, mi madre me detalla con curiosidad. Estudia mi reacción.

—Vino...

Asiente.

—Estuvo toda una semana. —Trago grueso—. Cuando despertaste lo llame y te vio por videollamada, no hablé porque no quería alterarte. Todo ese tiempo estuvo hablando con Vivien, y creo que logró comprender lo que sucedía.

Vuelvo mi mirada al aparato.

—¿Hablo con Rhett?

—Sí, aunque al principio Rhett estaba algo receloso al respecto. Pero, sí. Hablaron.

—Ya veo.

Siseo dejando a un lado mi teléfono.

—No puedo decirte si su arrepentimiento es real o no. Pero lo que yo vi en esa clínica fue un padre desesperado que entendió que hizo mal al castigarte a ti. Y que le dolía la posibilidad de perderte, hija. Deja que el tiempo fluya... y que tu mente y corazón sanen como es debido.

—Gracias, mamá. Por todo... de verdad es que eres... única. —Sonríe levemente.

—Te compré algo hace días —dice, viene hacia mí y saca un hermoso vestido negro de tiras finas.

Me levanto y paseo mis manos por este.

—Es hermoso, mamá.

—Sí, lo es. Pero se verá aún más bello en ti. Póntelo para cenar. Puedo asegurarte que vas a infartar a Rhett.

Río con ella.

La veo salir, y me recuesto en mi cama con el vestido en mis manos.

Paz...

Por primera vez hay paz.

Capítulo 59

Una graduación

Arielle Vandenberg

Salgo de la ducha y comienzo a cepillar mi cabello frente al espejo.

Mi semblante ha cambiado, y me gusta lo que veo ante el espejo, ya no hay una simple sombra que debe vivir, hay luz, ¡estoy llena de vida!

Me maquillo un poco, buscando realzar lo que veo y me gusta de mí, antes mi físico me desagradaba, me sentía tan mal conmigo misma.

Buscaba una excusa para no hacer esto, arreglarme, vestirme... incluso pararme de la cama. Me invitaban a salir cuando la ansiedad empezó y me encerraba; eludía las salidas con la excusa de que tenía otras cosas que hacer, y lo único que hacía era acostarme en mi cama, a ver el techo lleno de pequeñas estrellas.

Hoy puedo salir, y aunque ciertas situaciones o lugares muy llenos me causan un poco de ansiedad, disfruto de mi vida, poco a poco, como lo debería hacer.

Me gusta, me gusta lo que he alcanzado. Vivien siempre me lo ha dejado claro, pasos pequeños pero importantes. Y así es...

Salgo del baño para conseguirme con Rhett sentado en mi cama.

—Hola...

—¿Tienes tiempo aquí?

—No, no mucho —dice, levantándose para venir hacia donde me encuentro.

Elevo mi mirada hacia él, sonrío en demasía.

—Estás bellísima.

—Gracias —musito nerviosa, Rhett siempre me pone nerviosa.

Su mirada es intensa, y su porte me hace ver pequeña, porque él es gigante.

—¿Te gusto?

—¿Gustarme? Me tienes loco —susurra, como si fuese un secreto. Me carcajeo, divertida ante su rostro.

Dejo caer mi frente sobre su pecho.

—¿Cómo te fue en el trabajo?

Sus manos se pasean por mi espalda y me abraza a su cuerpo.

—Agotador. Creí saber lo que significa estar a cargo de una empresa, y realmente no tenía ni idea —expresa, cierro mis manos en su espalda.

—Tú puedes...

Elevo mi rostro, la comisura de sus labios forma una bella sonrisa.

—Gracias.

Deja un beso en mi frente.

—Tengo que bajar, le dije a tu madre que subiría a robarte un beso, y, luego, la ayudaría.

Yo me río.

—Así que es hora de ayudar a mi suegra antes de que quiera matarme. Vístete que me estás tentando a otras cosas —dice, y detallo que sigo en bata de baño.

Pellizca mi mejilla y sale de mi habitación. Me acerco a mi vestido, cierro la puerta y

empiezo a arreglarme.

Mi novio ya está aquí, y la verdad es que quiero estar con él la mayor cantidad de tiempo posible; el tiempo vuela y pronto tendré que ir e instalarme en Utah. Sin él...

Deslizo la delicada tela por mi cuerpo, y voy al espejo para verme, me queda perfecto. Me coloco un par de zapatillas con tacón y salgo de mi habitación. Bajo las escaleras para escuchar un alboroto.

Rhett está intentando sacar la mesa del comedor al jardín.

Tiene la camisa arremangada, y va sin saco.

¡Dios!

Me recorre con la mirada oscura, y siento que me desnuda hasta el alma.

—Estas... —se queda inmóvil—. Preciosa, bella...

Siento que mi corazón va a salirse de mi pecho. Trago grueso y recupero la compostura.

—¿Qué haces?

Mi madre se gira a verme, y Rhett se queda con la mesa en medio de la puerta.

—Comeremos en el jardín —suelta mi mamá.

—¿Y eso?

—Está haciendo un clima agradable afuera. Y el cielo está lleno de estrellas.

—Umm... ¿Ayudo en algo?

Niega, mandando a Rhett a que termine de sacar la mesa, y este obedece como niño bueno.

Detallo toda la comida que ha hecho mi madre y creo que invito a media ciudad.

—Mamá es mucha comida. ¿No?

Desvía su mirada hacia la isla donde todo está perfectamente servido.

—Vendrán todos. ¿Tú crees que sea mucho?

—La verdad es que sí. —Me robo una papa de la ensalada y mi madre chilla.

—¡Arielle! ¡No! —Golpea levemente mi mano—. Siéntate en la sala y recibe a las personas, anda... chao, chao.

—¡Ok!

Rhett vuelve a entrar a la casa, me lanza un beso y empieza a sacar las sillas. Pobre... viene cansado y mamá lo pone a trabajar.

—Mamá, sabías que Rhett tuvo un día pesado en la empresa.

—Lo sé. Yo hablo con él, sabías... —contesta, desde la cocina—. Pero él insistió en ayudar.

Me dejo caer en el sofá y no digo nada. Mi novio sigue sacando cosas y mi madre por su parte acomoda la comida. El timbre suena, y me levanto a hacer la tarea que se me fue asignada.

Recibir a los invitados para la gran cena, una cena que hace mi madre para todos aquellos que estuvieron cuando mi accidente.

Abro la puerta y me consigo con Vivien, Alex y Cassie.

La pequeña chilla y se lanza a mis brazos.

—Dime que tu mamá hizo pastel... dímelo.

—¿Mamá hiciste pastel?

—Claro que sí, Cass.

Y la pequeña corre hacia la cocina para abrazar a mi madre, y llenarla de besos, por cumplir sus caprichos con los dulces.

Vivien y Alex me saludan, los invito a pasar. Mi cuñada sonrío llena de emoción al verme.

—Arielle volvió —susurra, acariciando mi mejilla—. Me gusta lo que veo, es un lindo reflejo de como marchan las cosas dentro de ti. Tus ojos brillan...

—¿Eso es bueno?

—Lo es.

Pasa de largo para ir a saludar a mi madre junto a su esposo, estoy por cerrar la puerta cuando Millie llega.

—¡Oye me ibas a dejar afuera!

Rio y niego, abrazándola.

—¡Te aceptaron! —grita y me hace brincar con ella—. Estoy tan feliz.

—Yo también... realmente lo estoy —suelto, confesando algo que no sentía en largo tiempo, y así, poco a poco, la casa se va llenando con personas que significan tanto para mí.

No sabía que esto era algo que necesitaba, algo que me podía llenar tanto.

Estamos en el jardín donde todos conversan, Jenny también está junto a Hilda y su muy carismático esposo. Incluso mi profesora guía y madrina de graduación, con algunos de mis compañeros.

Me abrazó a Rhett mientras él toma algo junto a Alex, me recibe y deja un beso en mi cabeza, para seguir en su conversación.

Amo esto.

Lo amo mucho, y sé que cuando vuelva, lo tendré.

Mi mamá se para en medio del jardín con una copa de champán en sus manos.

—Buenas noches, esta noche es una noche especial. Mi pequeña niña fue aceptada en dos buenas universidades, sus diarios serán publicados y lo más importante está viva... —susurra con lágrimas en sus ojos. Yo siento un nudo en mi estómago al escucharla—. Las cosas buenas llegan, siempre lo hacen. Entiendo que en algún momento creemos que no nos pasará nada bueno, pero sí lo hace, el simple hecho de respirar es una gran bendición. Hoy mi hija lo hace, ¡respira!... Respira llena de amor y felicidad.

Rhett me acaricia el brazo.

—Un momento especial te perdiste, pero como me dijiste, ganaste una vida —se dirige a mí—. Hoy, todos estamos aquí para recrear ese momento que es especial... Tu graduación...

Abro mis ojos en demasía.

Mi profesora sonríe en la distancia y da un paso hacia delante, llevando un diploma en sus manos.

—Vamos a graduarte, Arielle.

Vivien se acerca con una toga y un birrete, estoy temblando, y Rhett sonríe buscando calmar mi cuerpo. Entre ambos me colocan las cosas.

—¿Es en serio?

Todos sonríen y aplauden en medio de mi shock.

—Sí, es muy en serio —dice Rhett—. No puedes irte a Utah sin una graduación. Así que... aquí tendrás una.

Todos se ubican en sus asientos menos mi profesora, me siento en las condenadas nubes, debo estar soñando.

En las sillas me observan todos aquellos que han marcado etapas en mi vida, buenas y no tan buenas, pero que siempre han estado allí, y que, aunque algunos huyeron, volvieron al entender lo que sucedía en mi vida; cuando comprendieron que la empatía es necesaria para existir en un mundo donde hay tanto caos, y que muchas veces nos sobrepasa creando tormentas en nuestras mentes, desestabilizando nuestras vidas. Afectando nuestro entorno y bienestar.

—Arielle Dahlia Vandenberg —llama mi profesora.

Todos aplauden y se levantan.

La emoción que siento es indescriptible, no es lo que está por pasar, es ver las caras de

quienes me aman, lo que hace que este momento sea mágico.
Momentos... De eso trata la vida.

Capítulo 60

Inspira

Rhett Owens

Ariella se acuesta a mi lado con la laptop en sus manos, sonrío al ver la Dalia que me he tatuado por ella, y deja un beso en ese lugar.

—No me desconcentres —gruño hacia ella.

Ríe divertida.

—Ajá, sigamos.

Detallo la pantalla donde se muestran varios pequeños apartamentos, he insistido demasiado en que no quiero que viva en los dormitorios, que al fin he logrado mi cometido.

Ella ha aceptado.

—Me gusta este.

Me muestra uno que queda a escasos 10 minutos de la facultad, es moderno y cumple con todas las comodidades que ella necesita; una habitación cómoda, un buen baño, cocina y sala.

El precio es bueno, y aunque Arielle refuta al notar el costo, yo insisto.

La verdad es que no me importa lo que cueste, quiero que ella esté bien. Es lo que más deseo en la vida.

Le he abierto una cuenta, voy a cancelar el año completo de arriendo, evitando con ello a toda costa que se niegue a aceptarlo y viajaré cada vez que pueda.

Cada vez que pueda.

Se abraza a mi pecho, y hago a un lado la laptop. Paseo mi mano por su espalda.

—¿Estás emocionada?

Asiente.

—Pero siento que estoy siendo tan egoísta contigo y con mamá.

—¿Por qué?

—Porque estoy feliz por lo que me espera, aunque me llene de miedo, y ustedes están tristes.

—No estamos tristes, estamos felices. Y sabes que es lo que me hace más feliz. El hecho de que, sin darte cuenta, has aprendido a sobrellevar tu ansiedad.

Sonríe.

—Gracias a ti —suelta elevando su mirada hacia mí—. Gracias por no huir. Por mirarme, y por, sobre todo, querer entenderme. Todos deberían tener a su lado a alguien así. Tan Rhett Owens...

Pasea sus dedos por mi barba.

—Te amo, Arielle.

—Yo te amo más.

Mis dedos se apoderan de su barbilla, y acerco su rostro al mío para besarla.

Ella me enciende.

Me recuesto en la cama, y me subo sobre su cuerpo. Ambos estamos desnudos desde hace horas. Separa sus piernas para mí, permitiendo que me adueñe de su cuerpo.

Su gemido eriza mi piel, sus uñas se anclan a mi espalda.

Dejamos de besarnos para fundirnos en una profunda mirada, exponiendo hasta nuestras

almas mientras nuestros cuerpos se fusionan.

Disfruto de su exquisito cuerpo, ese mismo que me ha llevado a experimentar lo que en realidad significa hacer el amor, y el toque de almas.

Ella me entrega todo, y yo lo atesoro.

Sus besos, sus caricias me desesperan al punto que la pasión empieza a tomar fuerza. La velocidad e intensidad va aumentando.

Sus gemidos con los míos llenos de excitación llenando la habitación. Amo ver el rostro de Arielle lleno de placer, me gusta que en estos momentos nada más existe que nosotros dos.

Nada más.

Solo ella y yo.

Arielle está preparando su equipaje. En unas horas, nos iremos a Utah para cerrar el trato del apartamento, y no únicamente eso. Ella conocerá finalmente la universidad.

Lamentablemente, me tocará regresarme solo y aunque me deja un vacío en el corazón y en el estómago, debo aceptarlo.

Aparco el auto frente al hotel en el cual me hospedé a mi llegada a Atlanta.

Como siempre, la pequeña anciana está en la recepción tejiendo una de sus creaciones, eleva su mirada y sonríe en demasía al verme.

—¡El niño rico!

—¡La vieja amargada!

Ríe divertida.

Le extiendo una caja de galletas, y se sonríe al abrirla. El aroma invade el lugar, y ella se relame los labios.

—¿Las hiciste tú?

—Sí, me enseñó una vieja fastidiosa —suelto, rodeando la recepción para abrazarla.

Pasea sus manos por un mechón de mi cabello y lo hala.

—¡Fastidiosa tu abuela, que en paz descanse!

Rio y me siento a su lado, detallo que está tejiendo una bufanda de color turquesa con pequeños hilos púrpuras que la hacen ver muy delicada y bella.

—La quiero.

Voltea su mirada hacia ese lugar.

—¿Cuánto me vas a pagar? Sé que eres millonario, conmigo no te vas a poner de tacaño. —gruñe, tomando nuevamente las agujas.

Deja la caja de galletas entre ambos y comienza a comer. Las hice con Arielle...

—Dime cuanto quieres. Te hago el cheque de una vez.

—¿Cheque? No seas idiota. Solo efectivo.

Me carcajeo con fuerza.

Saco un fajo de billetes de 100 y se los muestro.

—No soy tacaño.

Pone sus ojos en blanco, y empieza a tejer.

—¿Qué hace aquí el niño rico?

—Te extrañaba, pero no te lo creas del todo —murmuro.

—No hace falta que me lo digas, se nota. Me trajiste galletas.

Aliso mi pantalón, y me quedo mirando en un punto fijo.

—Arielle se irá hoy a Utah conmigo, pero de regreso me vendré sin ella —expreso.

No dice nada, solo sigue tejiendo.

—¿Vas a llorar? Porque si es así, no tengo pañuelo cerca, y no quiero que llenes la bufanda de Arielle de mocos.

Niego divertido.

Deja las agujas a un lado, y posa su mano llena de arrugas sobre la mía.

—Debes dejarla abrir sus alas.

—Lo sé.

Trago grueso.

—Ella volverá a ti madura. Dispuesta a comenzar una vida a tu lado, a formar una familia y la tendrás para toda la vida. Porque el amor que se tienen es de esa clase, el que dicta con fuerza “Para siempre”, vas a sostener su mano por largos años hasta el punto donde bajes la mirada y notes unas manos arrugadas por el pasar de los tiempos. Pero, aunque la apariencia de ambos haya cambiado, el calor permanecerá siendo el mismo. El mismo que esa primera vez.

Sonríó al escucharla.

—Tienes prohibido morirte. Quiero que estés a mi lado cuando nos casemos.

Bufa.

—Niño rico, ya quiero descansar, no me jodas tanto.

—Ya te lo dije —dictamino.

Sonríe y vuelve a tejer.

—Jamás me perdería eso.

Da las últimas puntadas y me extiende la bufanda.

—Esa es de tu parte, pero estás...

Se levanta y busca una caja con más de ocho bufandas de todos los colores.

—Son de mi parte. Dile que le deseo lo mejor, y que no olvide inspirar. Nadie mejor que ella para eso.

Capítulo 61

Utah, y una dura despedida.

Arielle Vandenberg

Me siento en mi cama con miles de sentimientos acumulados en mi pecho, no sé cómo describirlos con exactitud, porque se aglomeran, haciendo presión en mi pecho, tanta que temo que un ataque de ansiedad tome partido.

Doy una profunda bocanada de aire y cierro mis ojos.

Estoy a horas de irme, a horas de subirme a un avión y darle un nuevo comienzo a mi vida.

Un cambio de rutina, de Estado y ciudad, un cambio de clima y, sobre todo, un entorno extraño.

Cuando inicias una nueva etapa llena de cambios, el choque suele desestabilizar tu mundo, y el miedo puede apoderarse de ti. En una persona con ansiedad, todo es peor.

Los escenarios que pasan por tu mente, los miedos que sientes tan reales y los síntomas físicos que se manifiestan haciéndote sentir mal, y que impiden que puedas vivir la experiencia de forma agradable, destruyen la posibilidad de tener una vida normal, una experiencia que, aunque te llene de incertidumbre te da vida.

Abro mis ojos para notar mi habitación casi vacía, varias cajas esperan en la puerta por una dirección de envío, y mi equipaje ya está listo, esperando por mí.

Un leve carraspeo llama mi atención, el rostro triste de mi madre estruja mi corazón. Apoya todas mis decisiones, y está contenta por el paso que daré, pero eso no quita que ella sienta dolor, porque su hija abandona la casa para seguir con su vida.

—¿Rhett ya viene?

Asiento.

Rodea la cama, y se sienta a mi lado.

—Promete que vendrás en Acción de Gracias —susurra.

—Vendré mamá, vendré cada vez que tenga vacaciones —musito.

Una lágrima corre por sus mejillas, la abrazo con fuerza y me lleno de su amor por mí.

Muchas veces la traté mal, y la alejé por mi ansiedad. Ella cargó con todo lo malo que mi condición implica, y aun así se quedó. Siempre ha estado para mí; siempre hemos sido ella y yo, contra todos.

Y me costará no verla en la cocina cada mañana, dolerá horrores, el no poder abrazarla, cada que a mí se me antoje.

Pasea sus manos por mi cabello rubio, y sonrío, sorbiendo su nariz.

—Estoy orgullosa, muy orgullosa de ti. Ya eres grande... estás haciendo un camino y sé que la próxima vez que te vea serás mi niña, la universitaria.

Sonrío al escucharla.

Desvío mi mirada hacia el techo que está lleno de las estrellas que ella puso para mí.

—¿Buscamos estrellas? —inquiero.

Mamá mira hacia el techo y sonrío llena de nostalgia. Se recuesta conmigo en la cama, entrelazamos nuestras manos y miramos las bellas estrellas, que muchas noches me permitieron desconectar mi cerebro, y calmar ese corazón a prisa, que más de una vez me hizo sentir débil.

—Voy a extrañarte mucho.

—Yo también, mami.

Me abrazo a su cuerpo, y me corresponde con tanto amor, que más que hacerme sentir llena de nostalgia, me hace sentir amada.

Nos quedamos en silencio un par de minutos, disfrutando de la presencia de cada una.

Le pedí a Cassie que venga a casa cada vez que pueda, que le haga compañía, y, sobre todo, que la llene de amor.

Mi madre y ella se han vuelto amigas. A Cassie le encanta todo lo que mi madre cocina para ella, y mi mamá adora el poder ver comer a la pequeña Cass.

Me iré tranquila sabiendo que entre todos le harán compañía.

Finalmente, nos levantamos, tomo mi rosa eterna, la cual se irá conmigo de una vez... y con ayuda de mi mamá bajo mi equipaje.

Es un poco triste dejar mi habitación casi vacía... la verdad es que me golpea en el alma.

Mamá se ofrece a hacerme una taza de té, me siento en la cocina con ella y disfrutamos del té hasta que el timbre suena.

Rhett ha llegado.

—Pasa...

La puerta principal se abre, y puedo verlo entrar con una caja blanca en sus manos. La observó con curiosidad.

—Te enviaron algo.

Dice, saluda a mi madre, para luego dejar un beso en mi cabeza.

—¿Quién?

—La vieja amargada.

Rio al escucharlo. La quiere y mucho, se han hecho grandes amigos.

Abro la caja y sonrío maravillada, viendo todas las bufandas que hizo para mí.

—Y esta es de mi parte —dice mi novio, a mi lado—. Para que me recuerdes siempre.

Susurra.

Es turquesa. La amo de inmediato, será mi favorita. Me la coloco en el cuello, y acaricio las fibras de lana.

—¿Estás lista?

—Sí.

Detalla la Dalia eterna y sonrío al ver que la llevaré conmigo, explico a mi madre que llegaremos a un hotel, ya que el apartamento lo entregan mañana, y debemos amoblarlo.

—Te enviaré la dirección exacta para lo de las cajas cuando nos entreguen las llaves.

—Perfecto. Si necesitas dinero, te pasaré enseguida.

Rhett niega.

—Ya pagué todo. No te preocupes por eso —insiste él, a mi madre.

Toma mi equipaje y lo lleva hacia su camioneta. Mentalmente, siento que me preparé para este momento, siento que tengo la fuerza suficiente para decir hasta pronto a la casa donde crecí y mi ciudad.

Mi madre me acompaña hasta la camioneta sin soltar mi mano, pensamos que lo mejor sería despedirnos aquí, con calma y sin tanto alboroto.

Un momento que sea nuestro, y no del resto.

Pasea sus manos por mi cabello, me detalla de pies a cabeza y sonrío, llena de felicidad y orgullo. Esa es una inmensa carga de energía.

—Nos vemos pronto, cariño.

—Nos vemos pronto mamá. Cuando venga quiero pastel, y lasaña.

Ríe.

—Brilla, brilla como solo tú sabes hacerlo.

La abrazo con fuerza, inhalo su aroma y grabo en mi memoria su calor y su olor, para llevarlos conmigo día tras día.

Se aleja de mí para despedirse de Rhett.

—Cuídala.

—Siempre. Nos vemos en unos días.

Asiente. Y vuelve a abrazarme, se aleja con pesar cuando ya me toca subir a la camioneta.

—¡Cariño, no dejes de ver las estrellas nunca! Allí estaré —dice.

—Yo también estaré allí, mamá.

Una dura despedida, un nuevo comienzo.

Rhett pone en marcha la camioneta mientras dejamos a mi madre atrás, puedo verla moviendo su mano con una amplia sonrisa en sus labios.

—Detente.

Le pido al rubio, que hace caso al instante, bajo de la camioneta, y corro hacia los brazos de quien nunca me abandonó.

Mi madre es lo más valioso que existe, y nunca me cansaré de abrazarla.

Nunca.

—Te amo, mamá.

—Yo más, cariño. Ahora ve... la vida te espera.

Capítulo 62

Utah

Rhett Owens

Seguir las recomendaciones de Vivien al pie de la letra ha sido un poco estresante para mí.

La ansiedad de Arielle puede presentarse en cualquier momento, no es algo que se cura y más nunca vuelve a pasar, es algo con lo que ella debe aprender a vivir.

Son muchas emociones por las que está pasando en estos momentos en su vida, y aunque tenga tiempo sin una crisis, lo incierto puede desatar una, cuando menos se espera.

El avión...

Muchas personas que sufren de ansiedad temen estar en un ambiente cerrado, él no tener el control de su vida desata una crisis. Por ello, Vivien nos recomendó un medicamento para que Arielle permanezca tranquila en el vuelo, son cuatro horas que, para ella, sin ayuda, seguro parecerían una eternidad.

Su mano permanece cerrada en la mía, lleva los audífonos puestos y sus ojos cerrados.

Todo va marchando bien.

Falta poco para llegar, y agradezco enormemente que su ansiedad no esté tomando partido en este momento.

Despedirse de todos aquellos que significan mucho para ella, duele. No quería nada agobiante, una despedida con todos. Ella quería darse la oportunidad de compartir con cada uno, por separado, para no abrumarse y creo que fue la mejor decisión.

Una tarde de películas con mi familia, unos helados con su amiga, un café con la vieja amargada, y una tarde silenciosa con su madre. Esa es su manera de atesorarlos, y, sobre todo, de controlar aquello que su mente a veces reniega.

No llenarse de escenarios fatalistas, no hacerse historias, no sobre pensar las cosas y dudar de sus decisiones, es lo que desea en el alma.

Paseo mis dedos por su mandíbula, sonrío ligeramente al sentirme.

—¿Todo bien?

Asiente.

Abre poco a poco sus ojos.

—Quiero llegar.

—Falta poco.

No dice nada, vuelve a cerrar sus ojos y me sujeta con fuerza la mano.

No sé qué pasa por su cabeza en estos momentos, y no sé realmente si debo preguntarlo. Porque sus pensamientos a veces son invasivos, y el hacer preguntas solo hace que se afiancen más.

—Una cama inmensa —susurro—. Debemos comprar una cama inmensa.

—¿Por qué?

—Bueno, porque quiero que estés cómoda, y yo quiero estar cómodo contigo en ella.

—¿Qué más quieres comprar?

—Una TV, implementos de cocina, un perro...

Abre sus ojos y ladea su rostro hacia mí.

—¿Un perro?

—Sí. Un perro.

—¿Por qué?

—Te hará compañía.

Sonríe y asiente.

Anuncian el aterrizaje, Arielle se tensa a mi lado, sujeto con fuerza su mano, y le sonrío para aligerar su cuerpo.

—Ya llegamos, y estamos bien —digo.

—Sí, estamos bien.

La ayudo con su cinturón, y me abrazo a ella, para que pueda estar en calma, y así lo está.

*

El clima frío de Utah nos da la bienvenida, Arielle se ve hermosa con el abrigo negro y la bufanda turquesa en su cuello, sus ojos destellan viendo la ciudad por la ventanilla del auto que renté.

Pasamos la noche en un hotel, y ahora vamos camino a ver el apartamento que alquilé para ella.

Empieza a mover sus manos en su regazo, se quita los guantes y sé qué hará.

—¿Cómo quieres la decoración?

Desvía su mirada hacia mí, dejando sus manos quietas.

—Como la de tu apartamento. Me gusta, me relajan esos tonos.

—Perfecto.

Llegamos al pequeño edificio de cuatro pisos, estamos exactamente a 10 minutos de la universidad.

La cercanía era esencial.

Arielle baja del auto, colocándose los guantes nuevamente. Sus mejillas rosadas son lo más bello que existe en este mundo.

—Es bellissimo.

Mucha nieve, árboles bañados de blanco.

—En primavera debe verse más bello.

Rodea el auto para acercarse a mí, su mirada recorre el entorno con mucha emoción.

Eso es lo que quería.

Un hombre sale del edificio, nos sonrío.

—¿Rhett Owens?

Asiento, este se acerca a mí y me extiende su mano enguantada.

—Bienvenidos a Utah. Lamento haberlos hecho esperar.

—No tenemos mucho tiempo aquí. En realidad, acabamos de llegar —musito—. Mi novia, Arielle Vanderberg.

Arielle le sonrío, y extiende su mano. Notamos a un inmenso grupo con las camisetas de la Universidad de Utah.

—La ciudad en estas fechas está más concurrida de lo normal, los estudiantes llegan para instalarse y conocer la universidad.

Nos abre la puerta, y nos invita a pasar.

No me pierdo ningún detalle del lugar, quiero saberla segura, y bien. La verdad, la seguridad en este lugar me impresiona. Es un edificio nuevo, y lo que más me gusta de todo, es el rostro de Arielle lleno de ilusión.

Eso es suficiente para mí.

Subimos las escaleras, hasta el segundo piso. Son dos apartamentos por piso. Esta es la opción que a ambos nos gustó más. Por lo cómodo, espacioso y seguro para ella.

Nos abre la puerta, Arielle es la primera en entrar.

Pisas de madera y paredes blancas. La distribución es perfecta. Sala, comedor, cocina que da una linda mirada a la calle, y un pasillo que guía hacia la habitación principal y una de visita.

Solo le hace falta unos buenos muebles.

—¿Te gusta?

—Me encanta —manifiesta.

Yo asiento al hombre que me extiende las llaves, y también el contrato, el cual firmo en la encimera de la cocina.

Se despide de ambos, nos deja a solos.

Arielle se quita el abrigo dejando que este caiga al suelo.

Me sonrío de oreja a oreja, se sienta en el suelo para luego acostarse en el piso, la sigo, para tumbarme a su lado.

—Recuerdo que bautizamos tu apartamento hace un tiempo.

Susurro, desvío mi rostro hacia ella.

—Yo quiero tener los mismos recuerdos que tú.

Rio al escucharla.

—¿Me estás seduciendo? —inquiero divertido.

—Sí. Estoy seduciendo a mi novio.

Si quiere un recuerdo, yo se lo daré.

Me siento en el piso y empiezo a quitarme todo lo que llevo puesto, con su mirada en mí.

Se arrodilla frente a mí, y se deshace de la bufanda y su camiseta. Voy a extrañar con locura su cuerpo, su manera de mirarme cuando nos entregamos.

Se acerca más a mí, y sus manos van a la liga de mi cabello y lo suelta.

La subo a mi regazo, y la sujeto con fuerza de sus nalgas.

—¿Vas a extrañarme?

—Como no tienes idea —murmura, pegándose a mis labios. Mueve sus caderas sobre mi pantalón a medio quitar.

Buscamos deshacernos de su pantalón, para finalmente hacer a un lado su ropa interior, muero por estar dentro de ella.

Sonríe al notar mi desespero.

—Tenemos toda la noche. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento.

—Me pones mal, Arielle. Te amo, demasiado. Mi hermosa Dalia.

Sonríe iluminando mi vida, su cabello cae a un lado, empieza a bajar lentamente, permitiéndome entrar en ella. Mi cuerpo se estremece, y su gemido tan cerca de mi rostro me deja sin aliento, su espalda se contrae, su interior me aprisiona con fuerza.

Amo la manera en la que me recibe.

Empieza a mover sus caderas muy lentamente, me gusta que ella tome el mando, que se deje llevar. La complicidad y la confianza entre ambos nos ha compenetrado de una manera que nadie podrá entender. No necesitamos que lo hagan, nosotros lo hacemos, y es más que suficiente.

Será mi amor por siempre, esa que me rescató y me sacó de las tinieblas, la que me llenó de esperanza y que me demostró que, en este mundo, aún existen personas maravillosas; como lo es ella.

Mi hermosa Arielle.

Capítulo 63

Tomando el control

Arielle Vandenberg

Estar en sus brazos en una sensación que abriga mi alma, el mundo fluye con ligereza. La vida tiene un sentido, una dirección.

Él llegó a mi vida para salvarme. Para recatarme de todo aquello que atormentaba mi mente.

Me salvó de todas las maneras posibles e inimaginables. Quizás él no lo sepa, quizás yo no sé lo he dicho, pero es mi salvador. Ese que volvió mi vida de colores, porque antes de su llegada todo estaba gris.

Todo.

Mi perspectiva de la vida estaba llena de nostalgia, aquello que debía darme ganas y fuerza no lo hacía, los motivos faltaban y las preguntas abundaban. De esa manera no debe ser vivida la vida.

La vida costa de tener muchos motivos, y pocas preguntas. Ahora intento verla así.

Sus besos encienden mi cuerpo, haciéndome sentir tan viva que parece irreal, mi corazón se agita con fuerza, mi cuerpo suda, mis manos tiemblan y hasta siento que pierdo el sentido ante el placer.

Sus besos llenos de deseo, sus gemidos ahogados, y sus eternas caricias me harán mucha falta.

Sé también que únicamente deberé decirle te extraño, para tenerlo tocando a la puerta, y eso apaga un poco la tristeza que se acumula en mi estómago, haciéndome sentir sin aire y pesada. Rhett es alguien increíble en todos los aspectos, que merece una mejor versión de mí, y voy a trabajar, por ello.

Quiero que se sienta orgulloso de mí.

Nuestra relación poco a poco ha escalado niveles de intimidad que muy pocos llegan a alcanzar, estamos en ese punto donde él conoce mis miedos, mis defectos, mis dudas, mis sueños, mis anhelos, mis ganas, y viceversa.

No cualquiera llega a ese punto con su pareja, esos pensamientos, nosotros lo hemos hecho.

La conexión de ambos trasciende cuerpos, almas y corazones.

El calor de su mano se posa en mi pecho, y hace pequeños círculos, bajando hasta mi abdomen desnudo. Antes exponerme así no era algo que pasase por mi mente, me siento hermosa ante su mirada y su toque.

Me siento única.

—Sabías que el lago más grande del estado tiene un tamaño de 2.100 millas cuadradas. Es el Gran Lago Salado —dice, para sacarme de mis pensamientos.

Elevó mi mirada hacia él, sus orbes azules me hipnotizan. Ya sabe detectar cuando mis pensamientos comienzan a tomar partido, y busca las maneras de sacarme de estos, atrayendo mi atención hacia él.

—No sabía.

—Podríamos ir a visitarlo cuando venga la próxima vez, si tus horarios lo permiten.

Sonríó al escucharlo.

—Sí, podríamos —susurro—. La verdad es que quiero explorar el mundo contigo.

—Sí, pero sabemos que para la carrera que aplicaste los horarios son apretados.

Frunzo mis labios.

—¿Crees que sea una buena psicóloga sufriendo de ansiedad?

Inquiero con miles de miedos instalándose en mi pecho. No he querido darle vueltas al asunto, he evitado a toda costa permitirle a mi mente que juzgue mi decisión, y que me haga dudar de ella.

—Serás la mejor. Estoy seguro de ello... Levántate, ¡vamos!

Se levanta del suelo, y me extiende su mano para levantarme de este.

—¿Qué haremos?

—¡Comprar los condenados muebles! Me duele la espalda —declara, estirándose, y buscando alivio para su dolor.

—Ya estoy viejo. —Me rio al escucharlo, y niego con diversión.

—No es así. —Me pongo de puntillas para darle un beso, me pega a su cuerpo, y el calor intenso de este me envuelve.

—Dime que vas a extrañarme —pide, en un leve susurro que quiebra mi alma.

Voy a extrañarlo con locura.

—Voy a extrañarte, Rhett. Y mucho. —susurro, elevando mi mirada para encontrarme con la suya—. ¡Te amo!, te amo más de lo que puedo expresar.

Sonríe levemente.

La nostalgia nos invade a ambos, su mirada se entristece y la mía igual. Me abrazo con fuerza a su pecho, y dejo salir aquellas lágrimas que he procurado no derramar.

Mi sollozo estremece mi cuerpo, y puedo sentir como él suyo hace lo mismo.

Ninguno dice nada, solo nos sentimos en este abrazo, que dice y calla tanto. Percibo el calor de sus lágrimas, que ruedan por mi piel, y quiero gritarle al maldito mundo que es injusto en este instante conmigo, pero entiendo que todo tiene un propósito, que volveré a él.

Lo sé.

Me costará respirar sin él a mi lado... pero lo haré. Por él y por mí.

*

No quiero ser la misma de antes, no quiero volver a los tonos grises, quiero color, y vida. Por ello, me obligo a mí misma a tomar fuerzas, de donde no existen, para caminar y no caer en el condenado hoyo que busca atraerme con fuerza.

La despedida se acerca sin freno, y el nudo en mi garganta se hace pesado, muy sofocante.

El calor de sus manos se afianza a la mía, y aunque el clima frío busca volver helada mi alma, su calor insiste en mantenerme cálida.

En estos momentos me cuesta respirar y me detengo un leve instante para tomar aire, su andar se detiene, se gira a verme, con sus mejillas rojas por el frío, y su mirada azulada.

—Respira, amor...

Susurra y lo hago con fuerza. Su mano enguantada se pasea por mi mejilla. Ante su mirada me veo perfecta, pero no lo soy, eso lo sé. También sé que él me entiende, que comprende mis imperfecciones y las acepta. Me ama con ellas; siempre lo hará.

—Recuerda siempre respirar.

—Siempre —susurro.

Asiente satisfecho, y seguimos nuestro camino hasta llegar a la tienda donde compraremos los muebles.

Una parte de mí está llena de emoción por este momento.

Caminamos entre la tienda, viendo colores y piezas, que estén acorde con lo que queremos los dos. Porque deseo que ese apartamento tenga tanto de mí, como de él.

Que sea nuestro, y se sienta así.

Nos muestran la gama de colores y escogemos tonos tierra claros.

Rhett se sienta en uno de los sillones, estirando sus brazos en este, y sonríe hacia mí. Saco mi teléfono, y le hago unas cuantas fotografías.

Se levanta finalmente.

—Quiero ese sofá —digo, a la chica que nos sigue.

—Ok.

Escogemos el comedor, nuestra cama, las alfombras, lámparas. Todo... incluso hasta una biblioteca muy parecida a la que él tiene en Atlanta.

No queda nada por fuera, no dejamos ningún detalle al aire.

Termino agotada, sentada en una de las sillas del comedor, mientras observo a Rhett en la distancia dar la dirección a los empleados de la tienda, para que todo nos sea entregado hoy mismo de ser posible.

No quiere sentarse más en el suelo.

Me detalla en la distancia, y viene hacia mí, luego de extender su tarjeta.

—En tres horas estarán en el apartamento.

—¿Entregarán todo hoy?

—Sí, vamos a comer algo.

Observa la hora en su reloj, quizás con algo de impaciencia.

—¿Pasa algo?

Niega.

—Tengo hambre. Vamos.

Insiste, y camino junto a él, al llegar a la caja, le regresan su tarjeta y le agradezco con un beso, y un enorme abrazo.

Él no tiene por qué hacerse cargo de ninguno de mis gastos, no es necesario. Mi madre y mis ahorros pueden costear las cosas, pero se niega a que sea así.

Volvemos al auto, y conduce por la ciudad que se muestra alegre al mediodía. Rhett sigue las indicaciones que le muestra el GPS, vamos a un lugar en específico y eso llama mi atención.

—¿A dónde me llevas?

—A un lugar que me recomendaron... —susurra, aparcando el auto, en un lindo restaurante.

—¿Quién?

Giro mi rostro hacia él, puedo notar en su mirada que está por decirme algo, que quizás me incomode.

—Si no quieres bajarte del auto, está bien. Quiero que lo sepas, todo se hará como tú quieras hacerlo.

Solo una persona viene a mi mente. Solo una, una que puede hacer que Rhett este así.

—¿Mi papá está allí?

Asiente.

—Me llamó ayer. Quiere verte, le dije que eso solo sucedería si tú querías.

Presionó mis labios con fuerza, desvió mi mirada hacia el restaurante.

—Bajaré del auto, solo si vas conmigo —contesto, con la mirada al frente—. Solo así.

Apaga el motor, y quita la llave, para guardarla en su abrigo.

—Vamos entonces.

Bajamos al mismo tiempo, viene hacia mí y acomoda mi gorro.

—¿Segura?

—Sí.

Caminamos hacia el restaurante, nos abre la puerta y nos dan la bienvenida.

—¿Tienen reservación?

—Nos esperan.

Mi padre en la distancia se levanta, haciendo señas, me aferro a la mano de Rhett. Espera que sea yo quien dé el primer paso.

Deja que lo haga a mi tiempo, y eso hago. Empiezo a andar lentamente, me concentro en mi respiración y en el latir de mi corazón, procurando que se mantenga estable.

A medida que caminamos noto su rostro lleno de emoción, y no sé si el mío expresa lo mismo, solo sé que intento mantener al margen mi ansiedad.

Quedamos a pocos centímetros de distancia, se queda inmóvil sin saber qué hacer y la verdad es que yo también. Rhett le extiende su mano, y mi padre la recibe.

—Gracias, por esto.

—No hay de qué.

—Hola, princesa —manifiesta—. Estás muy hermosa.

Rhett suelta lentamente mi mano.

—Gracias —musito, abre sus brazos esperando que me acerque a él, y eso hago, me pego a su pecho para sentir el calor de su cuerpo.

Sus manos se cierran en mi espalda, y puedo sentir como su corazón se agita y late con fuerza en su pecho.

No sé si es nerviosismo o emoción, pero me hace sentir bien.

Muy bien.

—Lamento todo lo malo. Lo lamento tanto...

Niego conteniendo las lágrimas.

Nos sentamos, él sujeta mis manos y siento que su mirada está llena de incredulidad. No puede creer que me tiene a su lado.

—¿Te gusta Salt lake?

—Es bonito. ¿Cuándo llegaste?

—Hace un par de horas. ¿Cómo estás? ¿Cómo están? —inquire.

Rhett deja que sea yo quien conteste.

—Bien, la verdad es que bien. Agotados —digo—. Pero, bien.

Asiente, desvía su mirada hacia Rhett.

—Yo quería verte, y la verdad es que estoy algo nervioso, no quiero incomodarte y menos hacerte sentir mal.

—No lo haces. Ya no —confieso—. Desde que salí del hospital muchas cosas han cambiado, papá.

—Lo sé, he estado hablando con tu madre, Rhett y Vivien —expresa—. Estoy en terapia con Vivien.

Me sorprendo al escucharlo.

—Yo, necesito entender que es lo que sucede, y más siendo yo el causante de todo. Quiero estar para ti. Casi te pierdo, cariño, y la verdad es que se sintió horrible. No quiero perderte.

Sus ojos se llenan de lágrimas, sujeto su mano y ese calor familiar, que muchas veces me llenó de paz, está allí.

Puedo sentir sinceras sus palabras, y eso, me hace sentir bien. Aunque la ansiedad no va a marcharse, puedo darme la oportunidad de recuperar la relación con mi padre, únicamente si va a

aportar a mi vida.

—¿Vas a sumar?

Frunce su ceño al no comprender.

—Vivien mi dijo una vez; si no suma, que no reste. Y eso es lo que quiero en mi vida, personas que sumen, que aporten, y que me quieran ver brillar.

Posa su mano sobre la mía.

—Voy a sumar. Te lo juro... por eso estoy aquí. Quiero verte triunfar, y quiero hacer mi parte como padre. Costear tus cosas, estar allí, cuando me necesites.

Rhett se tensa.

—Ya hablamos de eso —suelta—. De la universidad y sus gastos me encargo yo.

—No es tu obligación. Es mía —insiste mi padre.

—No lo hago por obligación, lo hago porque quiero. Porque deseo que tenga lo mejor, y yo puedo dárselo —musita Rhett.

—Por favor... —susurro.

Ambos callan.

—No quiero escuchar discusiones sobre dinero —digo—. ¿Quién paga qué? ¿Quién da más? La verdad no quiero estar en medio de ello, yo solo quiero comenzar mi carrera, estar bien física y mentalmente. Lo demás lo resuelven ustedes. Yo voy a buscar un trabajo, y no seré la niña que todos mantienen. Esto es por mi crecimiento personal, por quién quiero ser... ¿Entendido?

Vuelvo mi vista a cada uno de ellos.

—Lo siento —murmura mi padre—. Lo siento, de verdad. Rhett y yo luego hablamos de los gastos. ¿Ok?

No digo nada, la verdad ponerme a discutir solo me causará ansiedad. He aprendido que hay situaciones en que, si no las puedo controlar, y tengo la posibilidad de alejarme para evitar un ataque, lo haré.

—Es difícil verte crecer, siempre lo ha sido. Entiendo que me perdí momentos, y que, aunque no lo creas, es difícil, verte ya hecha una mujer que va a quedarse en una ciudad que no es la suya. Pero, es parte del crecimiento.

—Lo es, y es lo que necesito, lo que yo quiero.

Respondo decidida.

La mano de Rhett se posa en mi muslo.

Es difícil para todos, las despedidas son terribles.

—¿Comemos?

—Comemos.

Capítulo 64

Mis padres

Arielle Vandenberg

Luego del almuerzo que tuvimos, mi padre se ofreció a ayudarnos con los muebles. Entre discusiones y acuerdos terminamos de organizar todo.

Entre Rhett y él existe una pequeña guerra, que, aunque no me gusta, la entiendo. Mi novio está molesto por lo que hizo mi padre, y mi padre está incómodo porque Rhett está haciéndose cargo de mí, quitándole deberes, lo cual evidentemente lástima su ego.

Mi papá quiere compensar su falta, su ausencia y lo veo... lo siento, pero mi vida continúa y yo debo seguir adelante.

Estoy tendiendo la cama, y colocando en ella las almohadas. Un leve carraspeo me hace girar. Mi papá está en todo el marco, con la Dalia eterna en sus manos.

—¿Lo recuerdas?

Insinúa, señalando la flor.

—Sí, siempre. Me regalabas Dalias desde pequeña.

Entra a la habitación y le deja en la mesa de noche, junto a mi fotografía con Rhett en el concierto de Coldplay.

—Sí, una Dalia para mi princesa.

—Sí —murmuro.

Se sienta en la cama, detalla la fotografía y sonríe.

—Fuiste a un concierto.

Rodeo la cama, y fijo mi mirada en el momento más mágico de mi vida.

—Fuimos a ver a Coldplay. Rhett me pidió ser su novia allí, con Yellow siendo tocada.

Me inclino hacia la Dalia eterna, la hago sonar, y le muestro la escritura.

—Es parte de la canción.

—Es un buen chico.

—Lo es. Deben de parar la pequeña guerra que tienen. Los quiero a los dos en mi vida, fluyendo a mi lado. No me hace bien verlos bien dos segundos, y luego empiezan a decirse cosas diez minutos.

Asiente, dándome la razón.

—Debes entender...

Lo interrumpo.

—Lo entiendo, créeme que lo hago, pero tú dijiste que no podías hacerte cargo de mi universidad, y él tomó el mando de la situación, porque sabía y comprendía lo importante que era para mí venir. Y aunque nos duele el tener que separarnos, y sé que está callando muchas cosas, me apoya sin excusas, sin pretextos y no porque yo se lo pida, lo hace porque quiere. A mamá tampoco le gusta, pero ella acepta aquello que me hace bien, que imparte un lado positivo a todo lo que sea para mi crecimiento. Espero que tú hagas lo mismo.

No dice nada.

Me siento a su lado.

—¿Cómo están tus cosas? ¿Cómo está Bella?

Inquiero, preguntando por mi hermanita.

—Bien, mucho trabajo, pero todo está bien y Bella está enorme... dice tu nombre. La grabé.

Saca su teléfono y entra a la galería donde puedo notar que tiene fotografías mías recientes... elevo mi mirada para verlo, mientras él abre el video, recargo mi cabeza en su hombro, relajando por completo mi cuerpo a su lado.

Corre el video y la pequeña Bella aparece balbuceando, mi padre le muestra una fotografía mía.

—Ari...

—Sí, cariño. Ari, tu hermana.

Le da un beso a la fotografía, y mi corazón se derrite al instante.

—Me encantaría que ambas compartan. Lo merecen, tanto tú, como ella.

—A mí me encantaría, papá.

Asiente, toma mi mano dejando a un lado el teléfono, sé que llegó el momento.

Es hora de despedirse. Solo vino por unas horas para verme y comprobar que todo estuviera bien, algo que agradezco grandemente.

—¿Estarás bien?

—Lo estaré. Y de no estarlo, sé que puedo recurrir a ustedes. Solo tengo que llamar.

—Solo tienes que llamar. Y estaremos tocando esa puerta. Puedes asegurarlo.

—Gracias por venir, papá. Gracias por lo que estás haciendo para estar en mi vida.

Susurro siendo sincera.

Me hala a su cuerpo para abrazarme, y aunque al principio me siento extraña, cierro mis manos en su espalda para sentir ese calor familiar que muchas veces me hizo falta.

Inhalo su aroma y mi cuerpo se relaja, los recuerdos de mi infancia corren por mi mente, las sonrisas, los abrazos, esas Dalias que me regaló, y me hacían suspirar.

Él me enseñó el tipo de hombre que merecía, y hoy lo tengo a mi lado.

Nos separamos con pesar, un par de lágrimas recorren sus mejillas.

—Mi princesa creció.

—Así es papá, pero seguiré siendo tu princesa por siempre.

Seco sus lágrimas.

Nos levantamos para salir de la habitación, Rhett está instalando la TV de la sala, voltea a vernos y entiende lo que sucede. Deja a un lado las herramientas.

—¿Ya debe irse?

—Sí, mañana tengo una reunión en la tarde, pero vendré en cuanto pueda.

—Gracias por venir.

—Gracias a ti, por todo lo que has hecho por Arielle. Estoy feliz de que estés a su lado.

—Más feliz estoy yo... —susurro.

Mi novio sonríe.

Rhett extiende su mano a mi papá, y este la acepta, para luego abrazarlo rápidamente.

—Nos vemos pronto.

—Así será.

—Lo acompañaré.

Rhett asiente, y vuelve al televisor. Salgo del apartamento con mi papá. Ninguno dice nada, solo caminamos tomados de la mano, como cuando me ayudaba a cruzar la calle.

Salimos del edificio, el auto que alquiló lo espera.

—Voy a pasarte dinero a tu cuenta. ¿Ok?

Pongo mis ojos en blanco, y asiento para que deje el tema.

—Sí, papá. Está bien.

Ríe ante mi tono cansado.

—¿Vas a llamarme?

—Sí.

—La próxima vez vendré con Bella.

Sonrío.

—Seré feliz.

—Todo irá bien, eres maravillosa hija. Recuerda que por muy grises que sean los días, el sol siempre brillará en lo más alto.

Sus palabras me llegan al alma.

—Así es. Te amo, papá.

—Yo más...

Lo abrazo con fuerza, y permanezco pegada en su pecho largo rato. Se aleja hacia su auto, y aunque mi corazón se estruja con su partida, siento una gran paz interna.

Entiendo que este acercamiento no evitará que mi ansiedad aparezca de nuevo, pero todo en mi vida empezará a encajar con este pequeño paso que nos une otra vez.

Lo observo alejándose en su auto, y, antes, los recuerdos de un momento así me llenaban de pánico, de mareos, náuseas y ahogos... Hoy siento calma. No durará para siempre, lo sé. La ansiedad no es algo que desaparece, no es algo que se cura. Vivirá siempre conmigo. Sin embargo, yo puedo controlar la situación.

Lo sé.

Vuelvo al edificio, para subir a mi piso.

Abro la puerta y noto que el televisor fue instalado, la sala se ve hermosa con todos los muebles que escogimos, y todo tiene ese toque que me recuerda al apartamento de Rhett en Atlanta, tal como yo lo quería.

Busco a mi novio en mi habitación, la luz está apagada, pero mi mirada va hacia las estrellas que brillan en el techo...

—Tu mamá quiere que recuerdes que las estrellas siempre te acompañarán, al igual que ella.

Susurra detrás de mí.

Un nudo se forma en mi garganta.

Mi mamá es la mejor.

Capítulo 65

Esto no es una despedida

Arielle Vandenberg

Rhett se está duchando, mientras yo termino de acomodar mi ropa en el clóset.

Todo poco a poco va tomando forma, ya se siente como un hogar. Recorro con mi mirada la habitación, sé que la soledad en algún punto llegará a abrumarme, pero creo que podré con ello.

Creo...

Cierro mis ojos por un instante buscando calmar mi respiración, y lo logro.

Yo podré. Sé que sí.

Cierro las puertas del clóset recargando mis manos en estas.

—Estaba viendo nuestras fotografías —dice Rhett, me giro para verlo.

—¿Mientras te duchabas?

Inquiero elevando una de mis cejas divertida, Rhett se ríe con fuerza.

—No necesito tocarme, si estás tú —declara—. Estaba viendo nuestras fotos, y hemos vivido grandes momentos juntos. ¿Lo sabes?

—Lo sé.

Me acerco a él.

—Contigo mi vida cambió, y la verdad es que he vivido los mejores momentos de ella a tu lado.

Baja su rostro hacia el mío, su cabello está húmedo, y las gotas de agua corren por su cuerpo.

—Estoy muy orgulloso de ti. ¿Lo sabías? —expresa en un leve susurro—. Has logrado tanto desde esa primera vez que nos vimos, ¿lo recuerdas?

Asiento, mordiendo mi labio.

—Mi corazón iba a salirse de mi pecho cuando tus ojos se posaron en mí —confiesa.

Trago grueso.

—Nunca nadie me había hecho sentir como tú lo hiciste solo con tu mirada...

—¿Qué tenía de especial?

Sonríe levemente.

—Eres especial en todos los sentidos, en todos y cada uno de ellos. Ya veo magia cuando te miro, y mi corazón se agita con solo verte. Así de mágica eres... Yo veo realmente quién es Arielle, eso nadie va a quitármelo, y espero que cuando te veas en el espejo notes lo maravillosa que eres.

Sonríó al escucharlo.

—Ya lo hago. Lo hago al verme reflejada en tus ojos.

—¿Entiendes que voy a amarte toda mi vida?

—Lo entiendo —respondo—. ¿Y tú comprendes que sigo siendo de alta demanda?

Sonríe débilmente.

—Sí, y me gusta que sea así. Soy egoísta, lo sé.

—No me importa. Yo te amo así.

Mis dedos van hacia la toalla que cubre su cuerpo de la cintura para abajo, sonríe lleno de picardía, robándome más que un suspiro.

Lo amo.

Lo amo con toda mi alma.

Viví en tanta oscuridad por tanto tiempo que jamás pensé llegar a ver la luz, y lo hice con él a mi lado. Es realmente un sueño, para alguien como yo, el tener a una persona a tu lado que está dispuesta a vivir las tormentas que viven asomándose y acechándote.

Aunque me lleno de dudas con facilidad, cuestiono sus sentimientos y sus intenciones, no dudo de su amor por mí, ¡jamás lo haré!, porque con creces me ha demostrado que es real.

Mi Rhett Owens es real, y es mío.

Paseo mis manos por sus muslos, y hace un gesto que seca mi garganta, cierra sus ojos dejando caer su cabeza hacia atrás.

—Arielle...

Y ese leve susurro me alienta a seguir con mis caricias, esas que lo hacen jadear, incluso temblar bajo mi toque.

Me ha enseñado a descubrir su cuerpo y el mío. Esa clase de intimidad entre ambos, nos ha convertido en un solo ser.

Su mano va a mi cuello de manera posesiva, y me gusta que lo haga así.

—No voy a poder irme de aquí sin ti —sisea.

Se apresura a besarme desesperado; es un beso muy pasional, donde nuestras lenguas buscan la necesidad del roce, del choque entre ambos, es un beso lleno de tanto.

Nuestros labios colisionan, al igual que nuestros dientes.

—Te amo, carajos. Te amo demasiado, Arielle.

Murmura pegado a mis labios, y eso me enciende más, me olvidó de un punto mundo donde mi mente se tambalea, adiós los mareos, adiós las náuseas, hasta nunca las dudas.

Me guía hasta la cama, mientras mi mano sigue haciéndole eso que tanto lo desarma y desestabiliza.

—¿Me amas? —inquire con voz ronca.

—Te amo con cada respiro que doy —respondo mirándolo a los ojos, con total sinceridad.

Él es mi aire.

Él me hace sentir que puedo realmente respirar.

Sus besos bajan a mi cuello, en busca de encender mi piel, y todos mis pensamientos oscuros, esos que ahora quieren darle todo lo que su cuerpo desee.

Sus manos me quitan la camiseta que llevo puesta, desnudándose y dejándose únicamente con mi pequeña braga.

—Oh, Dios —jadea, el recorrerme con su mirada.

—Esto no es una despedida, Ladrón de Dalias. ¿Ok?

—Ok, mi Apellido Extraño. No lo es... vendré por ti, tú irás por mí... y nos vamos a encontrar en el medio, vamos a formar un futuro juntos.

—Un futuro juntos.

Susurro, dejándome caer en la cama con él.

Sus caricias intensas y pasionales me llevan al cielo, besa hasta el lugar más recóndito de mi cuerpo, haciéndome gemir su nombre llena de desespero, y cuando invade mi cuerpo con fuerza... Hacemos realidad eso de que somos, uno solo.

Sus embestidas, y mis movimientos de cadera buscando ese encuentro necesitado que disfruto con locura en esta entrega llena de amor.

Él arriba de mi cuerpo apoderándose de todo lo que tengo para ofrecerle, es justo lo que quiero en estos momentos de mi vida.

Lo quiero a él, solo a él.

—Mía...

—Mío...

Y con eso mi clímax llega, y detrás de este el suyo.

Tiemblo entre sus brazos que sé que jamás me soltarán, ni me dejarán caer.

Nos abrazamos, disfrutando de la recuperación del aire que se nos escapó con aviso previo, y yo me pongo a pasear mis dedos por sus tatuajes, que tanto amo.

—Escuché una canción hace días. Quiero ponértela. ¿Me dejas estirar el brazo?

Inquierte haciéndome reír, ya que estoy acostada sobre el brazo que quiere utilizar.

—Ok...

Me siento en la cama, para verlo buscar su teléfono que quedó en el suelo, toma la manta y nos cubre a ambos para luego ponerse a buscar la canción. Al ver el título y quién la canta... mi corazón se arruga.

Es perfecta para lo que estamos por vivir.

—Gravity... —susurro.

—Sí. —Traga grueso—. La gravedad va a atraernos de vuelta. Es tuya y mía, así como Yellow y Fix you. Ellos cantan nuestra historia, y tú la escribes...

La canción comienza a sonar y siento que un nudo se forma en mi garganta. Estamos a horas de separarnos por más tiempo del que quisiéramos.

Me abrazo a su pecho con fuerza, dejando que la música nos sumerja en nuestra burbuja, en ese momento que nos llevará a estar unidos.

La gravedad va a empujarnos de vuelta, lo sé.

*

Caminar por Utah para conocer lugares es lo que haremos horas antes de que tenga que irse. Quiero que sepa cuáles son los lugares a los cuales iré, y quiero estar en ellos con él en este momento, creando unos primeros recuerdos.

—¡Amor, mira! —dice, llamando mi atención hacia un punto.

Una librería.

—No quiero ir —suelto con temor y no sé por qué.

No puedo sentir vergüenza porque mi libro este en una biblioteca, al contrario, debería sentirme orgullosa.

—¿Por qué? Vamos... tus copias aún no llegan, seguro allí lo tienen. Hagamos eso juntos. Compláceme... —pide.

Me giro a verlo, y hace un puchero que no va de acuerdo con su edad y contextura.

—No eres chiquito.

—Lo sé, pero vamos... ¿Sí?

—Ok.

Me rindo ante sus pucheros de niño, que no compaginan con él.

Cruzamos la calle apresurados, la librería es bellísima, madera, mesas para tomar café y miles de libros cubriendo sus paredes.

Ok, tengo un nuevo lugar favorito.

Mi mirada recorre el lugar mientras Rhett va directo a la caja, no sé a qué, pero mi mente y mi corazón sonríen viendo lo hermoso y relajante del lugar. Camino hasta una de las mesas que se encuentran pegadas a la vitrina, y me siento en esta, paseando mis manos por la madera.

El olor de libro y madera es lo mejor que existe en este mundo.

Son aromas relajantes...

Cierro mis ojos por un instante, y el roce de algo en mis manos me hace abrirlos.

Mi libro acompañado de una pequeña cajita.

—Tu libro... y un collar para que recuerdes siempre este momento único entre los dos.

Mi nombre en la portada, las letras en blanco de *Respira* en relieve, y el hermoso tono turquesa que resalta en su bella portada con un dibujo de mí.

Una portada que al principio me intimidó, pero que acepté porque es mi historia, mi vida... mi ansiedad.

Paseo mis manos por la portada enamorada de lo que veo, y luego paso a la pequeña cajita donde resalta una Dalia giratoria.

Es un collar para la ansiedad.

—Ya tienes un anillo, ahora el collar que te hará salir de cualquier episodio que pueda presentarse. Aunque sé que tú puedes sola, siempre has podido.

Abrazo las dos cosas y sonrío llena de extrema felicidad. Me hace una fotografía, y luego toma una de ambos, con el libro para enviársela a mis padres.

Es algo que nos llega a todos.

Un recuerdo que vivirá para siempre.

Dos lattes son servidos, y sonrío a la chica.

—Gracias.

—Son por parte de la casa, nunca habíamos tenido una autora aquí, tu libro es hermoso. Gracias por escribirlo —susurra, con una linda sonrisa que dice mucho.

Sufre de ansiedad...

—De nada... —musito—. Recuerda siempre respirar.

Capítulo 66

Un adiós que quema

Rhett Owens

Hojea una y otra vez el libro, y sonrío llena de emoción.

—Está bello, ¿verdad?

Inquiérese hacia mí.

—Sí, muy bello. —Me muestra las páginas, y releo con ella una parte que a ambos nos encanta.

La del concierto, de nuestro primer beso.

Dejo un beso en su cabeza, mientras caminamos sin rumbo fijo, solo queremos disfrutar de este momento.

—Estoy muy orgulloso de ti. Pero sabes quién debería sentirse muy orgullosa, ¡tú! Mira lo que has logrado... la ansiedad no define una vida de fracasos y de tristeza, no le diste pie para tumbarte, te adueñaste de su fuerza y te levantaste. Eso se llama ser resiliente.

Sus orbes brillan, la chica que antes no podía mantenerme la mirada, ahora me descubre el alma posando su mirada en mí.

—Te amo.

Susurra, dejo un beso en sus labios murmurando la respuesta.

—Vamos al apartamento.

Asiente.

Caminamos hasta el apartamento descubriendo sitios a los cuales ella puede ir cuando esté sola.

Y debo admitir que es un tema que me preocupa un poco...

—¿Le escribiste al psicólogo y al psiquiatra que te recomendó Vivien?

—Sí, hoy en la mañana. Tengo cita para el martes, luego de la presentación en la universidad con el psicólogo y con el psiquiatra el jueves en la tarde. Ya coloqué los recordatorios —dice a mi lado, y me empuja levemente—. Estaré bien.

Se expresa con tanta convicción que yo le creo.

—Ya sabes, solo debes llamarme... ¿Ok?

—Ok. Te llamaré, y sé que le pedirás a la fuerza aérea que te traiga en uno de sus jets.

Rio con fuerza al escucharla. De ser necesario hasta les pagaría para que me trajeran con ella, eso ni lo pensaría.

Ella se contagia de mi risa, y se abraza a mi pecho. Llegamos al edificio y subimos, hablando de lo gracioso que yo me vería en un jet a toda velocidad.

—Y tú con cara de pánico —bromea, haciendo una mueca imitándome.

—No seas mala —me quejó intentando hacerle cosquillas, pero huye corriendo por las escaleras mientras yo busco alcanzarla.

Tropieza levemente, y mi corazón está por salirse de mi pecho cuando veo que está por caerse y la tomo en mis brazos.

—Como siempre salvándome —declara, mirándome a los ojos.

—Dios... —susurro uniendo mi frente con la de ella, dejando ir mi nerviosismo, dándole

paso a la tristeza.

—¿Rhett?

Sus manos acunan mi rostro, la levanto mientras ella busca mi mirada.

—¿Rhett?

—Yo...

Entiende lo que sucede, y suelta mi rostro para abrazarme, puedo sentir sus lágrimas cayendo en mi hombro.

La cargo; así la llevo a su apartamento, con ella llorando, y con mi corazón hecho un desastre.

Las horas, las horas no se detienen, el minuterio sigue andando alejándome cada vez de ella con su avance. El dolor que cala por mis huesos se intensifica a medida que el segundero da un paso más. En estos momentos quisiera tener el poder de controlar el tiempo, y detenerlo justo aquí, justo con ella en mis brazos, donde respirar se siente como una expresión de vida.

¿Qué es amar?

Amar es estar expuesto al dolor en carne viva.

Amar es color.

Amar es vida y muerte.

Amar es sentir que el mundo puede detenerse, si no respiras.

Mi maleta está en la entrada, y ella y yo estamos abrazados en el sofá, mientras ambos lloramos en silencio.

Esta es una despedida que quema, que duele y que llena de miedos.

Porque la verdad es que tengo miedo de que ella vea un mundo sin mí, que no encuentre su camino de vuelta a mis brazos, y que descubra que existe mucho más allá fuera, pero así es la vida, y así es amor.

Cuando se ama lamentablemente se debe estar listo para sufrir...

Paseo mis manos por su rostro y seco sus lágrimas. Sus hermosos orbes brillan, haciendo que se vean más bellos de lo que ya son.

El tono ámbar que los pinta es mi color favorito en el mundo.

—Siempre voy a amarte —susurro hacia ella—. El tiempo pasa volando, así como lo está haciendo ahora... justo ahora. Espero que la vida no sea tan injusta.

Solloza, y siento que mi alma se quiebra un poco.

—¿Seguirás amándome? —inquire.

—Toda la vida... ¿Y tú? ¿Seguirás amándome?

—Con todas mis fuerzas, porque, aunque la vida nos separe, mi corazón siempre estará donde tú estés... allí es donde pertenece.

Acuno su rostro y dejo un fuerte beso en sus labios.

Las despedidas son dolorosas, amargas y fatalistas.

Nunca me había dolido tanto agarrar las llaves de un auto, nunca se había sentido tan fatídico sostener el asta de mi equipaje.

Rodeo todo con mi mirada, para asegurarme de que ella estará bien, y sé que lo estará.

—La gravedad nos unirá. ¿Verdad?

—Lo hará, más le vale que lo haga.

Ríe débilmente.

—Dime que me amas. Por favor... necesito escucharlo en estos momentos.

Pasea sus manos por mi cabello, y recorre el camino que ellas hacen con sus ojos hasta llegar a mis labios, donde sus pulgares rozan mis labios.

—Te amo.

Uno mi frente con la de ella.

—Te amo, te amo y te amo mi Ladrón de Dalias. Tengo algo para ti...

Se encamina hacia la pequeña mesa que se encuentra frente al sofá, y toma una caja que se encuentra allí.

Viene hacia mí, secando sus lágrimas.

—Tú me has dado más a mí, de lo que yo he podido darte a ti. Lo mandé a hacer hace un tiempo, no sabía cuándo te lo daría... creo que el momento es ahora. No es nada del otro mundo, pero es con todo mi corazón.

Susurra, tomo la caja rozando sus manos, y la abro sin dudar.

Es una cadena de hombre de plata con un dije con nuestras iniciales entrelazadas, fusionándose a la perfección.

—Yo siempre estaré, donde tú estés.

—Pónmela.

La saca de la caja, y me inclino un poco para que ella pueda ponérmela sin problema.

—No voy a quitármela jamás —prometo, sintiendo como el dije toca mi piel.

La pego a mi cuerpo, una despedida que quema, un dolor que ahoga y unas innegables ganas de no soltarla jamás.

Tomo mi equipaje con miles de sensaciones en mi pecho. Ella me acompaña hasta la planta baja, y entre ambos subimos todo al auto, el cual debo dejar en el aeropuerto.

—¿Vas a llamarme? —inquire—. Necesito una videollamada hoy en la noche, y todas las noches. ¿Ok?

—Ok. —Seco sus lágrimas y la sujeto del rostro—. Todas las noches... será nuestra eterna cita.

Solloza con fuerza, y me parte el alma. Sabíamos que esto llegaría, pero aun así duele. Duele mucho.

—Mi Ladrón de Dalias.

—Mi Apellido Extraño.

Beso su frente, su nariz y luego sus labios con sutileza, prolongando el contacto.

—No es una despedida.

—No, es un comienzo para un futuro juntos.

Manifiesta y eso es más que suficiente para mí. Justo es eso lo que ambos buscamos.

Un futuro juntos.

Ella debe crecer y yo debo dejarla.

Ella vendrá a mí, y yo la recibiré con los brazos abiertos, y feliz.

Me alejo con dificultad de ella, y subo al auto. Se abraza a sí misma y seca sus lágrimas.

Juro que quisiera borrar esas lágrimas, convertir cada una de ellas en sonrisas y momentos de alegría.

Me aferro al volante con fuerza, y tomo una larga bocanada de aire para encender el motor y arrancar.

Este momento será uno de los más difíciles de mi vida.

Ella en medio de la carretera, gritando que me ama.

Detengo el auto de golpe, y bajo de este, dejándolo atravesado para correr a sus brazos.

La cargo con fuerza y la pego a mi cuerpo.

—Volveremos a respirar juntos. Siempre lo haremos —prometo, y ella asiente con una gran sonrisa.

—Lo haremos.

Capítulo 67

Realidad

Arielle Vandenberg

Un apartamento vacío, un hueco en el corazón y un nudo que aprieta, y aprieta, en mi estómago.

Eso es lo que veo, y siento.

Me recuerdo que solo tengo que respirar, que ellos vendrán si algo sale mal y que allá donde se encuentran me piensan y extrañan.

Todo estará bien.

—Todo estará bien, Arielle —me repito, un par de veces.

Comenzar en una universidad donde no conoces a nadie choca con fuerza en tu estabilidad emocional, ser la nueva afecta... pero mantener la mente ocupada ayuda a que mi cabeza no de tantas vueltas.

Hoy fue mi primer día. Aunque llegué llena de dudas y miedos, el entorno, el ruido hicieron que mi día fluyera como debía hacerlo, con calma.

No puedo negar que más de una vez pensé en salir corriendo, aún lo pienso; sin embargo, no le daré pie a mi mente.

No puedo hacerlo. Esto es por mí, por mi mamá, por mi papá, y por Rhett.

Anoche me llamó, tal cual como lo prometió. Ninguno dijo nada, solamente nos quedamos viendo en silencio, dejando que las lágrimas cayeran por nuestras mejillas. El adaptarnos a la distancia tomará tiempo, y la verdad es que, no sé si quiero adaptarme a ello, porque eso diría que me siento bien sin él, y aunque entiendo que así debe ser, no quiero.

Mi horario me mantendrá realmente ocupada, y espero no sentirme abrumada por ello, así que ahora, voy camino hacia mi nuevo psicólogo. El cual me dará técnicas para sobrellevar la situación.

Toco la puerta un poco dudosa, pero lo hago.

Una dulce señora me abre y sonrío al verme.

—¿Arielle Vander...?

Se le enreda la lengua, y sonrío.

—Vandenberg.

—Eso mismo —dice, abriendo la puerta para mí un poco más, me señala un sofá y cierra. —. Qué apellido tan extraño.

Murmura haciendo que me le quede mirando.

Rhett...

—¿De casualidad usted roba dalias?

La mujer frunce su ceño, mientras camina hacia su escritorio.

Se sienta en su silla para luego sonreír, y saca algo debajo de su escritorio y es un tulipán.

—No Dalias, pero sí Tulipanes —mi sonrisa se expande, y me acerco a ver el hermoso tulipán que tiene en un bello matero.

—Está bellissimo —expreso, mientras ella detalla la flor—. ¿No es más fácil comprarlos?

Bufa, haciéndome reír.

—Le quitas la diversión a la vida —se queja, guardando el tulipán.

La puerta que está detrás de ella se abre, un hombre mayor sale y desvía su mirada hacia la mujer, y luego hacia mí.

—¿Arielle?

Asiento, se acerca a mí y extiende su mano.

—Mucho gusto, soy Gustavo Mohamed. Es un placer. He oído hablar mucho de ti, gracias a Vivien. Ella fue mi alumna.

Estrechamos manos y me siento más en calma al conocerlo.

—¿Ya mi esposa te enseñó el tulipán que se robó de la casa de nuestro vecino?

Desvía su mirada hacia ella, que lo ignora mientras finge teclear.

—Es más divertido así —murmura.

—Ya lo de ella es patológico —dice hacia mí y la mujer se ríe—. He intentado tratarla, pero ya sabes, la mujer manda. Ven pasa...

Me guía dentro de su oficina, mi cuerpo se relaja al escuchar la leve música.

La iluminación natural de los inmensos ventanales que dan con el jardín lleno de nieve, la hace sentir muy pacífica.

—Yo conozco a alguien que roba Dalias —susurro.

Me indica el sofá y sonrío.

—¿Es patológico?

Niego con una sonrisa.

—Solo lo hace para verme sonreír —respondo.

—Eso es bonito, mi esposa me hace correr detrás de ella cada que ve una flor que le gusta. Y ya estoy viejo, sabes, mis rodillas piden auxilio, pero son momentos que disfruto con el alma. No vayas a decirle —sentencia, y yo paso mi dedo por mis labios, en señal de silencio—. Bueno, Arielle estás aquí para hablarme de ti, y yo que, aunque estoy viejo, todavía escucho bien, y doy buenas recomendaciones.

—Es extraño hablar con alguien que no sea Vivien.

—Lo sé, pero podrás hacerlo. Somos amigos. Ya sabes que mi esposa es una ladrona compulsiva de flores... eso te hace cómplice de sus delitos. —Rio, relajando mi cuerpo.

Todo en ellos me recuerda a él.

—Padezco de ansiedad y depresión desde hace años. Los detono el abandono de mi padre... pero tengo más de seis meses sin una crisis. Sigo medicada, y estoy llena de temor.

—¿Por qué, Arielle?

—Estoy sola, lejos de mi familia, en un lugar que no conozco y abriéndome paso hacia un futuro incierto.

—¿Qué te causa lo incierto? Háblame de eso.

—Angustia, miedo y ganas de huir.

—¿De volver a casa?

Asiento.

—Todos tenemos un lugar seguro, un espacio en el cual nos sentimos a salvo de aquello que no nos gusta o de aquello que no conocemos. Algo que debemos aprender es que nuestro lugar seguro somos nosotros mismos, donde quiera que estemos. Sentirnos a gusto depende solo de una decisión. Tú puedes ser tu lugar seguro, estando aquí o estando en Atlanta. La mente tiene poder, lo pienso y lo creo. Si tú te dices a ti misma varias veces; yo soy mi lugar seguro. Llegarás a un punto donde así lo sientas. ¿Cómo te fue hoy en la universidad?

Frunzo mis labios, y recuerdo la sensación.

—Quería huir.

—¿Lo hiciste?

Niego.

—¿Por qué Arielle? Tenías todo para hacerlo.

—Porque vine hasta aquí con un objetivo, graduarme, crecer emocionalmente, y espiritualmente. Porque vine con el objetivo de ser mejor.

Sonríe y se inclina hacia adelante.

—La mente tiene poder.... —susurra—. Te lo dijiste, te lo planteaste y mira lo que lograste. No huiste, Arielle. —Sonríe al escucharlo—. ¡Plantéatelo! Yo soy mi lugar seguro. Tienes un objetivo, ve por él. La ansiedad no tiene cabida en esta etapa de tu vida, no digo que no tendrás un episodio porque quizás pase, pero en tus manos están las herramientas para superarlo.

—¿Qué pasa si me doy por vencida? —inquiero, con mi cabeza llena de dudas.

—No pasa nada. La vida consiste en caernos, levantarnos y seguir. No serás la primera, ni la última. La pregunta es: ¿Quieres darte por vencida?

Niego.

—No. Estoy aquí con un objetivo.

—Ve por él entonces. Todos los que están en Atlanta quieren verte lograrlo, y tú quieres tener esa satisfacción personal, lo veo en tu mirada. Tú puedes, y aquí estaré para guiarte.

Sonríe al escucharlo.

—¡Por cierto!

Se levanta y va hacia su pequeña biblioteca, saca mi libro, lo reconozco al instante.

Siento mi corazón a mil.

—Esto. —Me lo muestra—. Dice más de Arielle que cualquier otra cosa, esto grita con fuerza que Arielle Vanderberg es fuerte, inteligente y valiosa, que lucha por lo que quiere. Por favor, fírmalo.

Me lo extiende y lo tomo, sonriendo de oreja a oreja. Paseo mis dedos por su portada, y la abro recibiendo un bolígrafo para dejar mi nombre en él.

—Alcanzarás todo lo que te propongas en la vida. Y, por cierto, yo tengo una ladrona de tulipanes.

Capítulo 68

Sorpresa

Rhett Owens

El mes ha pasado.

Un puto mes.

Y mi mal humor empeora con los días, solo me calmo cuando la veo en las noches en nuestra videollamada; esas que puede durar horas.

La extraño con locura, quiero sentirla, tenerla cerca, y aún falta para poder vernos. El tiempo está siendo muy injusto conmigo, en estos momentos.

Demasiado injusto.

Me he establecido una rutina buscando calmar mi mente.

A primera hora voy al gimnasio, regreso al apartamento para prepararme para mi trabajo, al mediodía paso por Elli's y almuerzo allá en compañía de Ela, vuelvo a mi trabajo, y al salir paso por el hotel a saludar a la vieja; luego voy con Vivien a cenar, para esperar, al finalizar la noche, la llamada de mi hermosa Dalia.

Mantenerme ocupado es lo único que hace que no tome un avión para aparecerme allá.

Le va bien en la universidad, asiste a sus citas con el psicólogo y el psiquiatra, y sigue las recomendaciones, lo cual me genera calma.

Lo más importante, ella me llama si se siente abrumada, y eso alivia un poco la tensión y preocupación que me invade, porque me preocupa el hecho de que se guarde cosas, o que no manifieste el tener un ataque de ansiedad.

Vivien me ha recomendado esperar su invitación para ir a verla, pero yo ya me estoy impacientando, ¡me voy a volver loco aquí!

Tengo reuniones, e intento mantenerme enfocado en ello, para que el día fluya con más rapidez, y así llegar a nuestra llamada antes de dormir.

Intercambiamos uno que otro mensaje en el día mientras no esté en clases. Hoy es viernes, y sé que ella tiene un día un poco más relajado.

¿Amor? ¿Estás?

Leo su mensaje con una sonrisa en mis labios.

Siempre estoy para ti. ¿Qué haces?

Respondo.

Nada, caminando por el campus hacia la biblioteca. ¿Y tú? Acabo de hablar con Felicia, está pensando en asaltar de nuevo el jardín del vecino.

Se ha hecho muy amiga la esposa de su psicólogo, y eso me alegra.

Jajaja, ya no deben quedar flores en ese jardín. Ella es más peligrosa que yo.

Sonrío, enviando el mensaje.

Nadie te gana ladrón de Dalias. Nadie... ¿Me extrañas?

Nuestros recuerdos juntos se aglomeran en mi mente, y decir que no la extraño sería tan falso como decir que he dejado de amarla, al contrario, la amo con mayor intensidad.

Mucho, tanto que duele.

Respondo para luego quedarme viendo el teléfono.

Yo también te extraño, tanto que duele. Pero falta poco para Acción de Gracias.

Largo un suspiro con fuerza.

No voy a aguantar tanto sin verte, Arielle. Me estoy volviendo loco aquí. Pronto estaré tejiendo con la vieja rabiosa en el hotel. Tengo que verte antes de eso.

Envío el mensaje y luego me arrepiento porque no quiero hacerle presión. Ella está en un proceso de adaptación... y yo debo tener paciencia.

Entonces busquemos una fecha. ¿Te parece? Me gustan las bufandas, pero no quiero que te vuelvas loco.

Sonríó al leer el mensaje.

Me parece. Lo hablamos hoy en la noche. ¿Sí?

Sí. Lo hablamos ahora. Ve a almorzar, come. Por favor. Te amo con el alma. En un rato te llamo cuando salga de la biblioteca.

Está pendiente de mis comidas, y de todo lo que hago en el día. Por ello la amo tanto, porque ella puede tener un día ajetreado, pero está pendiente de mis cosas también.

Ok, ya salgo a comer. Te amo, amor. No te olvides de llamarme que luego me pongo triste.

La imagino riendo leyendo mi mensaje, y tomo las llaves de mi camioneta para irme a Elli's. Me despido de Hilda, quien me notifica que mis reuniones de la tarde fueron canceladas.

Igual vendré a la oficina a terminar algunas cosas pendientes.

Hilda me sonríe más de la cuenta, y frunzo mi ceño al verla. La ignoro y sigo mi camino.

Enciendo el motor de mi camioneta y Coldplay suena a todo volumen en los parlantes.

Mi cuello me está matando, la carga de tensión que tengo es enorme.

He mantenido a raya el insomnio haciendo ejercicios, y el hablar por las noches con Arielle ayuda. Pero eso no quita que quiera verla, sentirla, tocarla, e incluso solo respirar su mismo aire.

Sabía que esto sería duro, pero pensé que el tiempo estaría a nuestro favor...

Hablo por corto rato con Vivien, quien como de costumbre me llama para ver cómo me encuentro. Soy vigilado por todos los que me rodean y no me quejo. Me hace bien.

Llego a Elli's aparcando a unos metros de distancia, cierro mi abrigo y entro al restaurante, Jane me sonríe en la distancia.

—Bienvenido, Rhett. Imagino que lo mismo de siempre.

Asiento.

Arielle me hizo adicto a los emparedados.

Tomo asiento en la mesa acostumbrada, mi comida no tarda nada en llegar, ya que saben que siempre vengo a la misma hora, le hago una fotografía a lo que colocan frente a mí y se la envío a mi novia.

La silla a mi lado, se rueda y Ella se sienta a mi lado, hoy se le ve feliz. Las primeras semanas las pasó fatal.

—Hola, suegra.

Bufa, y pone sus ojos en blanco.

—No me digas así. Lo detesto y lo sabes.

—¿Te ves muy feliz hoy? ¿Tienes novio? —entrecierro mis ojos hacia ella.

Ríe divertida.

—¡Respétame! Soy tu suegra. —Me río con fuerza al escucharla—. Solo yo puedo decirlo. ¿Cómo te fue hoy?

Le doy un sorbo a mi té helado.

—Bien, muchas reuniones, las cuales me sirven para mantenerme entretenido. Ya sabes...

—Eso es bueno. Ayer me visitó Cassie, hicimos pastel de chocolate. Te guardé una porción.

Sonrío satisfecho.

—Gracias. Ahora cuéntame. ¿Tienes novio?

—No te diré nada. Come, se te va a enfriar, iré por tu porción de pastel.

Se levanta y me deja comiendo. El silencio y el vacío de la silla de enfrente me ponen un poco nostálgico, por ello intento visualizarla frente a mí riendo, y robándome mi comida.

Carajos.

Ela aparece con una porción de pastel, alejando de mi pecho la sensación de nostalgia.

—Quedó exquisita.

—Exquisito está esto. —Señalo la comida.

—¡Qué bueno!

—¡Ela! Te necesito aquí.

Jane llama a Ela, y se excusa para marcharse. Termino de comerme mi almuerzo, tomo mi pastel, y voy a la caja para cancelar lo que debo. Como siempre se niegan a cobrarme, así que dejo una buena propina. Le pido a la chica en la caja que me despida de Ela, y salgo del café para irme a mi trabajo.

Detallo la hora y me inquieta que Arielle no me haya llamado. Así que busco su número y lo marco, repica varias veces y no contesta, preocupándome.

Vuelvo a marcar y nada.

Me giro para hablar con Ela al respecto, pero no doy ningún paso cuando noto quién está a un metro de distancia.

Tengo que estar soñando.

Tienes que ser un sueño, ella...

—Hola, Ladrón de Dalias.

Capítulo 69

Capítulo final

Arielle Vandenberg

Un mes sin verlo es demasiado para mí, no podía quedarme este fin de semana en Utah sin verlo...

Tomé el primer avión que salía hasta acá, con miedo y temor me subí, me enfoqué en mi respiración, en los ejercicios de concentración que me recomendó Gustavo, y aquí estoy, frente a él.

—¿Arielle?

Sonríó en demasía ante su asombro, todo valió la pena. Corro hacia sus brazos me carga, pero me detalla buscando que sea real.

—Soy real. Estoy aquí —susurro, acuna mi rostro y me llena de besos desesperados.

—¡Estás aquí! ¡Dios! ¡Estás aquí! —exclama, lleno de emoción.

En sus ojos se acumulan un par de lágrimas, me baja con cuidado y me recorre con su mirada, aún sigue sin creerlo.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace unas tres horas...

—¿Por qué no me dijiste?

—Porque eso arruinaría la sorpresa, amor. Quería esto... Este momento.

Asiente feliz, paseo mis manos por su rostro, por su cabello, y está igual que siempre.

Tan bello, y sexy como únicamente él puede serlo.

—¿Todos sabían?

—Sí. He estado aquí desde que llegué con mamá, y bueno, ahora quiero estar contigo, con mi novio —confieso.

Su sonrisa se amplía tanto que sus ojos se cierran.

—¿Cuándo te vas?

—El domingo en la noche. Tenemos todo el fin de semana.

Me abrazo a su pecho, y puedo sentir su agitado corazón, golpeando con fuerza. La emoción que nos invade es única.

—Te extrañé. Mierda, te extrañé tanto... —manifiesta, paseando sus manos por mi cabello suelto.

—Yo también te extrañé, tanto que mira dónde estoy —respondo.

Lo guío hasta el café de mi madre, no deja de verme en ningún momento. Todos sonríen, y celebran mi llegada.

Mi mamá aplaude feliz, y viene hacia ambos para abrazarnos.

—En serio creí que era por un novio.

Mi madre se ríe con fuerza.

—Lo tengo, pero no te diré quién es. Chismoso.

Rhett pone cara de escándalo, y rio al verlo.

—Me hace feliz, verte así, verlos así —dice mi madre—. ¿Nos vemos en la noche?

Asiento.

—Sí, en la noche nos vemos. Yo me lo secuestro ahora...

Dejo un beso en la mejilla de mi mamá, y halo del brazo a mi novio para que venga detrás de mí. Lo guío por la cera hasta el parque donde solíamos comer helado.

—Mierda, me cuesta creer que estés aquí. —Se detiene y me hala a su cuerpo—. Te amo.

—Yo te amo más. Me subí a un avión sola, para venir a verte.

—Gracias, amor. En serio, gracias por esto —susurra.

—¡Hola! Tiempo sin verlos —musita el vendedor de helados.

Nos giramos hacia donde se encuentra sonriente.

—¿Lo mismo de siempre?

Asentimos al mismo tiempo, y nos sirve los helados. Rhett no quita su mirada de la mía, y con ello me doy cuenta de que haré esto muy seguido, cada que pueda vendré a verlo.

Recibimos los helados, y volvemos por donde llegamos.

—¿Qué quieres hacer? —inquire.

Llevo el helado a mis labios, y lo detallo.

—Quiero hacer el amor con mi novio hasta que caiga la noche, y luego de ello, iremos a una cena familiar, para después volver a tu apartamento y seguir haciendo el amor...

Traga grueso, y sonrío.

—Lo que quieras, y como lo quieras.

Subimos a su camioneta y nos ponemos en camino hacia su apartamento.

—¿Cómo ha estado tu semana?

—Bien, entregué el informe. Lo terminé ayer.

Se gira a verme.

—¿No era para el lunes?

—Sí, pero no me gusta estar en el apartamento sin hacer nada, adelanto lo que puedo y así mantengo la mente ocupada, amor —confieso.

—No te exijas mucho. ¿Sí?

—Estoy bien —contesto, tomando su mano. Él sonrío al escucharme, y asiente tranquilo.

No tardamos nada en llegar a su apartamento, me encanta que le preocupe todo lo que tiene que ver con mis estudios.

Recorro con mi mirada la sala, todo está como siempre. Me quito mi abrigo y puedo sentirlo detrás de mí.

Me abraza por la espalda, y deja un beso en mi cuello, el cual eriza toda mi piel.

Cierro mis ojos disfrutando de su calor.

Me giro para rozar su nariz con la mía, siento su aliento caliente fusionarse con el mío.

Nos besamos, dejándonos llevar por la pasión. Mis manos buscan quitarle su camiseta, acaricio su torso, recorro sus tatuajes recordando cada uno de ellos, lleva la cadena que le regalé puesta. Sonrío al notarlo.

Rompe mi blusa...

—No más de dos semanas sin vernos —murmura, pegado a mis labios—. No más...

—No más.

Posa su mano debajo de mis muslos, y me carga para guiarme hasta su habitación.

Extraña todo...

Todo lo que soy se encuentra aquí.

Todo lo que me representa está aquí.

Me recuesta en su cama, detalla la fotografía que tiene de mí en la mesa de noche, junto con una pequeña cajita turquesa.

Desvió mi mirada de ese punto, al sentir sus manos en mi piel. Se deshace de mi pantalón, y yo busco quitarle el suyo.

El desespero de ambos es evidente, nos necesitamos, nos extrañamos y nos deseamos.

Se mete en mi interior de golpe, gime mi nombre mientras yo clavo mis uñas en su espalda.

Carajos.

Esto es vivir.

Esto es respirar.

—Te amo —jadea, uniendo su frente con la mía.

—Yo te amo más.

Sus caderas comienzan a moverse, la excitación de ambos toma fuerza, la pasión nos invade.

Soñé con esto muchas noches...

Soñé con el hombre que amo, y con quien pienso pasar toda la vida.

Las caricias nos avivan.

Mi aliento es suyo, la bocanada de aire que tomo es por él.

Nos gira para él recargar su espalda en la pared, me sienta sobre su regazo, para que yo quede arriba. Toma mi mano y la besa, extiende la suya hacia lo que llamó mi atención antes.

—Sé mía para siempre, Arielle. Para siempre. A tu tiempo... pero para siempre, voy a esperarte.

Siento que desliza algo por mi dedo, y mi mirada va hacia ese punto. Un hermoso destello acelera mi corazón.

Oh, por dios...

Sonrío, viendo lo que coloca en mi dedo.

—¿Mía para siempre? En un futuro que sea nuestro.

—Tuya... para siempre.

Un futuro con él es lo que más deseo, a mi tiempo, pero con él. Con ese mismo hombre que me impulsó a vivir, que me salvó y me mostró los bellos colores que hacen brillar la vida, y que está dispuesto a esperarme.

Mi nombre es Arielle Vanderberg y la ansiedad es parte de mí, y he aprendido que siempre lo será, pero solo tiene un pequeño porcentaje en mi vida, la mayoría lo tienen esas personas que amo, que me aman y que me hacen feliz.

Todo será más grande que la misma ansiedad, todo.

El amor puede todo, el apoyo familiar también, y el hablar de algo que no se toma en serio haciendo ruido y llenando de conciencia marcará la diferencia en la vida de quien menos esperas.

Por ello, aprendí que hablar en voz alta, no solo me ayuda a mí, ayudará a otros también.

Lo más importante de esto es entender que a veces es necesario buscar ayuda, eso no te hace débil, no te hace menos... te hace valiente.

Lo aprendí, lo entendí y ahora lo digo. Buscar ayuda, hablar y concientizar, salvará mentes, incluso vidas.

Una enfermedad mental no te define.

Jamás lo hará.

Lucha, y recuerda:

Expande tus pulmones, inhala y exhala.

Solo respira...

Epílogo

Ansiedad

Arielle Vanderberg

Dos años después.

“La única batalla que se pierde, es esa que no se enfrenta...”

Estos dos años han pasado volando, la universidad no ha sido fácil, pero he enfocado toda mi energía en ello, y como dice Gustavo: “La mente tiene poder”. Me he planteado un propósito, y es graduarme.

Deseo vivir la experiencia de caminar hacia un estrado y recibir mi título, ese que marcará el comienzo de una vida llena de grandes cambios. Estoy haciendo esto por mí, y por los míos.

Ahora, mi madurez emocional es otra, mi madurez física también. Tengo nuevos amigos, y viajo cada vez que puedo a Atlanta, para abrazar a mi madre y besar a mi prometido.

A mi prometido...

Es impresionante como solo pensarlo dibuja una sonrisa en mis labios. Rhett no me ha abandonado en todo este tiempo, al contrario, nos hemos vuelto más unidos a pesar de la distancia que se interpone entre ambos, nuestra relación ha escalado hasta la cima, el amor es infinito, al igual que la confianza.

La gravedad siempre unirá corazones, esos que se pertenecen.

Lo extraño con cada respiro que doy, esa es la verdad. Y muero porque las semanas pasen con rapidez para estar en verano junto a él. Un viaje que hemos programado por meses, y que queremos disfrutar al máximo.

Estoy a un año de graduarme, tengo libros publicados. Mis tres diarios, y sus críticas han sido muy buenas. Mis miedos fueron evaporados con el amor y gratitud de aquellos que me han dado su apoyo, y han llenado de amor mis libros.

Lo agradezco como nunca, la editorial me pidió hacer una firma de libros, y ahora estoy aquí, muerta de miedo.

Una firma de libro, ¡una gran firma de libros en Utah!, sin mi familia...

No han podido viajar por cuestiones de tiempo, y logística; eso me tiene ansiosa. Verme rodeada de personas que no conozco, el no saber si vendrán lectores, el imaginarme escenarios donde critican mi libro frente a mí y todos escuchan.

Cierro mis ojos ante los temblores de mis manos, un fuerte mareo me golpea, y las náuseas me abordan.

Tú puedes Arielle, siempre podrás.

Me repito en mi mente una y otra vez.

La ansiedad nunca te abandona, solo aprendes a canalizar tu energía de una mejor manera, y aprendes estrategias que te ayudan a sobrellevarla. Aplico cada una de las estrategias que me ha dado Gustavo y Vivien.

Respiro, una y otra vez, cierro mis ojos y me concentro en calmar los latidos de mi corazón.

Bloqueo mis pensamientos negativos, y le doy pasos a aquellos que me calman.

La sonrisa de Rhett, llevo mi mano a la cadena que me regaló, la pequeña flor empieza a girar sobre su eje.

—Yo puedo, siempre puedo —digo en voz alta.

—Arielle.

No digo nada.

—¿Arielle estás bien?

Siento las manos de Marifer, la encargada de la librería en mis hombros.

—Yo... No hay nadie, ¿verdad?

Inquiero con lágrimas en mis ojos, y con las manos en mi collar.

—Arielle, hay más de 100 personas, y la verdad es que creo que son más.

Me giro a verla, su sonrisa es sincera, real y llena de emoción.

—¿Es en serio?

Asiente, sujeta mis manos y puedo sentir su energía positiva, su entusiasmo. Lo cual me relaja... la tensión en mis hombros desaparece.

—Y debo decirte que la emoción de ellos es alucinante. Quieren verte, están aquí por ti, todos tienen los libros.

Me hala del brazo y lleva a la puerta, la cual entreabre para que pueda ver hacia fuera. Noto la fila de lectores en la distancia y mi corazón sigue con sus frenéticas palpitaciones, pero estas, son de alegría.

—¡Oh, por dios! Quisiera que Rhett estuviese aquí —susurro—. ¿Puedes grabarlo? Quiero que mi familia lo vea.

—Claro que sí. Grabaré todo... no te imaginas cómo has cambiado vidas, Arielle.

Me abraza con fuerza y se marcha diciéndome que mi entrada está programada para dentro de cinco minutos.

Reviso mi cabello en mi pequeño espejo, y me repito, mirándome en este, que aquellos miedos que yo misma me enfundo, no existen.

No están.

Mi teléfono suena, lo contesto notando quién es...

—Hola...

—Mi hermosa Dalia. ¿Cómo estás?

—Nerviosa —me sincero.

—No tienes por qué estarlo, amor. Están allí por ti. ¿Tuviste una crisis?

—Sí.

Suspira con pesadez.

—Amor, ellos están allí por ti. Lo que has hecho con tus libros es mágico, no le des pie a aquello que busca hacerte decaer, aquí estoy para lo que sea.

—Lo sé. Lo sé...

—Eres mi hermosa Arielle Vanderberg, mi Dalia preciosa y mi apellido extraño. Tú puedes.

Sonrío al escucharlo.

—Te amo, novio.

—Yo te amo, más. Nos vemos este fin de semana. ¿Ok?

—Ok.

Marifer vuelve a entrar para anunciarme que es hora.

—Te dejo, debo firmar libros.

Ríe llenando de alegría mi pecho, y alma.

—Ve... estoy orgulloso de ti. Te amo.

La llamada se tranca, y tomo una fuerte bocanada de aire para pasear mis dedos por el dije de flor.

—¡Yo puedo!

Salgo detrás de Marifer, el eco de voces empieza a hacerse fuerte con cada paso que doy, hago un leve conteo en mi mente... buscando alejar aquello que busca desestabilizarme.

Los gritos se hacen presentes cuando llego a la mesa, me quedo inmóvil al ver cómo se emocionan al verme, y como muchos de ellos llevan mis libros en sus manos.

¡Lo hice!

Me siento con manos temblorosas, y con el corazón a mil.

¿En serio vinieron por mí?

Empiezan a pasar y la emoción que cada uno imprime en sus palabras me hace sentirme orgullosa de lo que logré, con un poco de valentía. Toqué almas, logré empatía. Mi cuerpo se va relajando a medida que van pasando, firmo, sonrío y disfruto de las emociones.

Cada uno tiene vivencias, es sorpréndete la cantidad de personas que sufren de ansiedad y no hablaban de ello por miedo, por desconocimiento y por falta de orientación.

Me siento grande y no en mal plan, me siento grande porque sin darme cuenta ayudé.

Marifer me llama y me distrae un instante, los gritos que se habían calmado, vuelven y llaman mi atención cuando poso mi mirada hacia el frente, quien me sonrío me deja sin habla.

—Yo quiero mi libro firmado también —declara, extendiéndome los diarios originales—. Jamás me perdería esto. Jamás... Te amo.

Detallo *Inspira*, y sonrío mirando mi anillo de compromiso.

Todos están emocionados al verlo, saben quién es y lo que hizo en mi vida. Siempre logra darme lindas sorpresas, y me llena de felicidad que lo haga.

Abro el diario, y escribo.

Eres mi más bella inspiración, futuro esposo. Yo también te amo.

Se lo devuelvo y roza sus dedos por mi anillo, lee y sonrío en demasía.

—Yo también te amo, futura esposa.

Biografía del autor

mm



***María José Paradas**, autora venezolana, nacida en el estado Zulia en el año 1987. Decidió cumplir su sueño y se lanzó a escribir historias que enamoran desde el año 2017, el resultado de hacer realidad sus sueños la han llevado a culminar veinticinco obras, todas ellas de su completa autoría, publicadas en Wattpad y Booknet. Entre ellas están **Zeit Habbak**, con más de un millón de lecturas en la plataforma naranja, y **Latir Otra Vez** que fue publicada en Amazon en físico.*

Actualmente vive en Venezuela con su esposo, y sus dos hijos, combina la escritura con ser madre y esposa, sin dejar de sumar obras a su colección.